

El Perfume de la Dama de Negro

Por

Gaston Leroux

I. Que comienza donde las novelas acaban

La boda de Robert Darzac y Mathilde Stangerson se celebró en Saint-Nicolas-du-Chardonnet, París, el 6 de abril de 1895, en la más estricta intimidad. Habían transcurrido, por tanto, algo más de dos años desde los acontecimientos que relaté en la obra anterior, acontecimientos tan sensacionales, que no es aventurado afirmar que tan breve período de tiempo no había podido borrar de la memoria el famoso «misterio del cuarto amarillo». El caso seguía tan presente en todos los ánimos, que de no haber sido porque la boda se celebró con la mayor discreción —cosa por otra parte bastante fácil en aquella alejada parroquia del barrio de las escuelas—, la pequeña iglesia habría sido invadida seguramente por una muchedumbre ávida de contemplar a los héroes de un drama que había apasionado a todo el mundo. Sólo fueron invitados algunos amigos del señor Darzac y del profesor Stangerson, con cuya discreción se podía contar. Yo era uno de ellos. Llegué temprano a la iglesia y, naturalmente, lo primero que hice fue buscar a Joseph Rouletabille. Al principio, me sentí un poco decepcionado al no verle, pero estaba seguro de que vendría. Por hacer tiempo, me junté con los letrados Henri-Robert y André Hesse, que en la paz y recogimiento de la acogedora capilla de Saint-Charles, rememoraban en voz baja los incidentes más curiosos del proceso de Versalles, que la inminente boda les traía a la memoria. Yo los escuchaba distraídamente, mientras observaba a mi alrededor.

¡Dios mío, qué triste es la iglesia de Saint-Nicolas-du-Chardonnet! Decrépita, cuarteada, con grietas y sucia; pero no con esa suciedad vetusta que da el tiempo, que es el más bello adorno de la piedra, sino con esa inmundicia grosera y polvorienta tan peculiar en los barrios de Saint-Victor y los Bernardinos, en cuya intersección se halla enclavada la iglesia, tan sombría por fuera como lúgubre por dentro. El cielo, que parece más alejado de este santo sitio que de cualquier otro de los alrededores, derrama una luz tan pálida que a duras penas llega hasta los fieles a través del secular polvo de las vidrieras. ¿Han leído ustedes los Recuerdos de infancia y juventud, de Renan? Empujen la puerta de Saint-Nicolas-du-Chardonnet y comprenderán por qué el autor de la Vida de Jesús, quien vivía encerrado en el pequeño seminario del padre Dupanloup y que sólo salía para ir a rezar allí, llegó a desear la muerte. Y precisamente en aquella fúnebre oscuridad, en un marco que parecía concebido sólo para la tristeza, para el duelo y los ritos de difuntos, ¡iba a celebrarse la boda de Robert Darzac y Mathilde Stangerson! Sentí un gran pesar y, tristemente impresionado, tuve un mal presagio.

Los letrados Henri-Robert y André Hesse continuaban murmurando a mi lado. El primero le confesaba a su colega que, incluso después del feliz

desenlace del proceso de Versalles, no se sintió tranquilo respecto a Robert Darzac y Mathilde Stangerson hasta que no se enteró de la muerte, oficialmente certificada, del despiadado enemigo de éstos: Frédéric Larsan. Quizá recuerden ustedes que, unos meses después de la absolución del profesor de la Sorbona, se produjo la terrible catástrofe de La Dordogne, el buque transatlántico que cubría el trayecto de El Havre a Nueva York. Una noche de niebla, La Dordogne fue embestido en los bancos de Terranova por un velero de tres mástiles, cuya proa se incrustó en la sala de máquinas. Y mientras el barco asaltante flotaba a la deriva, el buque se fue a pique sólo diez minutos más tarde. Apenas tuvieron tiempo de saltar a las lanchas salvavidas unos treinta pasajeros, cuyos camarotes se hallaban más cerca del puente. Los naufragos fueron recogidos al día siguiente por un barco pesquero, que regresó de inmediato a Saint John's. En los días siguientes el mar estuvo vomitando centenares de cadáveres, entre ellos el de Larsan. ¡Los documentos personales que encontraron, cuidadosamente cosidos y disimulados entre sus ropas, atestiguaban que Larsan había dejado por fin de existir! Mathilde Stangerson se veía finalmente libre de un extraño esposo con el que, gracias a la permisividad de las leyes americanas, se casó en su confiada e inocente juventud. Aquel terrible bandido, cuyo nombre verdadero, muy ilustre por cierto en los anales judiciales, era Ballmeyer, y que se había casado con ella bajo el falso nombre de Jean Roussel, ya no volvería a interponerse entre ella y el hombre que llevaba tantos años queriéndola de forma silenciosa y heroica. En El misterio del cuarto amarillo referí todos los detalles de aquella formidable historia, una de las más curiosas de que se tenga memoria en los anales de la audiencia, y que habría tenido el más trágico desenlace de no haber sido por la intervención genial del joven reportero de dieciocho años Joseph Rouletabille, el único que fue capaz de descubrir, bajo la identidad de Frédéric Larsan, célebre agente de la Sûreté, ¡al mismísimo Ballmeyer! La muerte casual y —bien podemos decirlo— providencial de ese miserable parecía poner punto final a tanto acontecimiento dramático, y fue —también hay que decirlo— uno de los principales motivos de la rápida curación de Mathilde Stangerson, cuya mente se había visto fuertemente trastornada por los misteriosos horrores del castillo del Glandier.

—Ya ve usted —decía Henri-Robert a André Hesse, que no paraba de mirar hacia atrás—, decididamente, en la vida hay que ser optimista. ¡Todo acaba arreglándose! Incluso las desgracias de la señorita Stangerson. Pero ¿por qué mira usted hacia atrás a cada momento? ¿A quién busca? ¿Espera a alguien?

—Sí... —respondió André Hesse—. ¡Estoy esperando a Frédéric Larsan!

Henri-Robert se echó a reír —dentro de lo que permitía la santidad del lugar—, pero yo no, pues me faltaba poco para sentir lo mismo que el letrado

Hesse. ¡Y eso que estaba muy lejos de prever la espantosa amenaza que se cernía sobre nosotros! Cuando viene a mi mente aquella época y pienso en todo lo que he sabido desde entonces —lo que explicaré puntualmente a lo largo de este relato, mostrando la verdad tal y como se nos fue revelando a nosotros—, recuerdo muy bien la curiosa emoción que me agitaba entonces al pensar en Larsan.

—¡Vamos, Sainclair! —dijo Henri-Robert al percatarse de mi singular expresión—. ¿No ve que Hesse está bromeando?

—No sé, no sé... —farfullé.

Y otra vez me sorprendí mirando alrededor, como el letrado Hesse. A Larsan lo habían dado por muerto tantas veces cuando se llamaba Ballmeyer, que bien podía resucitar una vez más.

—¡Mire! Ahí viene Rouletabille —dijo Henri-Robert—. Seguro que está más tranquilo que ustedes.

—¡Oh, qué pálido está! —observó Hesse.

El joven reportero se acercó a nosotros y nos dio la mano con aire distraído.

—Hola, Sainclair. Hola, señores. ¿Llego tarde?

Me pareció que le temblaba la voz. Sin decir más, se fue a un reclinatorio que había en un rincón y se arrodilló. Luego hundió el rostro entre las manos y se puso a rezar.

No sabía que Rouletabille fuera tan piadoso, y su ferviente plegaria me extrañó. Cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Ajeno a lo que sucedía a su alrededor, no las disimulaba. Estaba entregado a su oración y a su pena. Pero ¿qué pena? ¿No debía sentirse feliz por asistir a una unión tan deseada por todos? ¿No era el artífice de la felicidad de Robert Darzac y Mathilde Stangerson? Quién podía saberlo, quizá nuestro joven lloraba de felicidad. Se levantó y fue a ocultarse tras una columna. Yo me guardé de ir tras él, pues era obvio que deseaba estar solo.

Además, en ese momento Mathilde Stangerson entraba en la iglesia, cogida del brazo de su padre. Robert Darzac iba detrás de ellos. ¡Qué cambiados estaban los tres! ¡El drama del Glandier había marcado de dolor a aquellos tres seres! Sin embargo, ¡cosa extraordinaria!, la señorita Stangerson parecía más hermosa aún. Desde luego ya no era aquella magnífica mujer, aquel mármol vivo, aquella antigua divinidad, aquella fría belleza pagana que en las fiestas oficiales de la Tercera República, a las que se veía obligaba a asistir por la situación relevante de su padre, suscitaba a su paso un discreto murmullo de admiración extasiada; por el contrario, parecía como si la

fatalidad, al hacerle expiar tardíamente una imprudencia cometida en su juventud, la hubiera arrojado a una crisis puntual de desesperación y locura tan sólo para que abandonara aquella máscara de piedra tras la que ocultaba un alma tierna y delicada. Y esa alma, aún desconocida, me pareció que resplandeció aquel día, con el brillo más suave y encantador, en el óvalo puro de su rostro, en sus ojos llenos de una tristeza feliz, en su frente lisa como el marfil, donde se podía leer el amor a todo lo bello y a todo lo bueno de la vida.

Por lo que respecta a su vestido de novia, he de confesar que no lo recuerdo y que incluso me resultaría imposible decir de qué color era. Pero lo que sí recuerdo es la extraña expresión que de pronto adquirió su mirada al no descubrir entre nosotros a la persona que buscaba. Sólo cuando por fin divisó a Rouletabille detrás de la columna, pareció tranquilizarse y volvió a ser dueña de sí misma. Le sonrió y también nos sonrió a nosotros.

—¿Lo ven? ¡Sigue teniendo los mismos ojos de loca!

Volví rápidamente la cabeza para ver quién había pronunciado aquella terrible frase. Era un pobre tipo al que Robert Darzac, en su bondad, había tomado como ayudante en su laboratorio de la Sorbona. Se llamaba Brignolles y era primo lejano suyo. No conocíamos más parientes del señor Darzac. Su familia era oriunda de la Provenza, y hacía mucho tiempo que había perdido a sus padres. No tenía hermanos, y parecía haber roto toda relación con su tierra natal, de la que sólo había traído consigo un ardiente deseo de triunfar, una capacidad de trabajo excepcional, una inteligencia sólida y una necesidad natural de afecto y de entrega, que había encontrado al lado del profesor Stangerson y de su hija. También trajo consigo de la Provenza, su tierra natal, un suave acento, que al principio hacía sonreír a sus alumnos de la Sorbona, pero que pronto apreciaron como una música agradable y discreta que atenuaba la inevitable aridez de las clases de su joven y ya célebre profesor.

Un buen día de la primavera anterior —hacía de esto un año, más o menos—, Darzac les había presentado a Brignolles. Venía directamente de Aix, donde había sido ayudante en un laboratorio de física; seguramente había cometido alguna falta de disciplina, porque de pronto lo echaron a la calle; pero muy oportunamente recordó que era pariente del señor Darzac, cogió el tren de París y supo ingeniárselas tan bien para ablandar a su primo, que éste se compadeció de él y encontró la forma de incorporarlo a su laboratorio. Por aquella época la salud de Darzac estaba lejos de ser buena. Aún sufría las secuelas de las tremendas emociones que había vivido en el Glandier y en la audiencia; parecía que la curación, ya segura, de Mathilde y la perspectiva de su próximo himeneo influirían beneficiosamente en su estado moral y, por tanto, en su estado físico. Sin embargo, desde el día en que se le unió aquel hombre —cuya ayuda, según decía él, iba a proporcionarle un precioso alivio—, su debilidad no hizo más que acrecentarse. Y en fin, todos pudimos

comprobar que Brignolles no traía suerte: en efecto, durante unos experimentos que no parecían ofrecer ningún peligro, se produjeron dos inoportunos accidentes, uno tras otro: el primero resultó del inesperado estallido de un tubo de Gessler, cuyas esquirlas habrían podido herir seriamente al señor Darzac, pero que sólo hirió a Brignolles, quien conservaba aún algunas cicatrices en las manos. El segundo, que pudo haber sido sumamente grave, ocurrió a consecuencia de la estúpida explosión de una pequeña lámpara de gasolina, justamente cuando el señor Darzac estaba inclinado sobre ella. La llamarada estuvo a punto de quemarle la cara; por suerte no fue así, pero le abrasó las cejas y durante algún tiempo tuvo problemas de visión, hasta el punto de que apenas soportaba la luz solar directa.

Desde que sucedieron los misterios del Glandier, yo me encontraba en tal estado de ánimo, que tenía cierta tendencia a considerar extraños los acontecimientos más naturales. Cuando sucedió este último accidente estaba yo presente, pues había ido a buscar al señor Darzac a la Sorbona. Yo mismo lo llevé a una farmacia, y luego a un médico; y cuando Brignolles manifestó su deseo de acompañarnos, le rogué con bastante brusquedad que permaneciera en su puesto de trabajo. Por el camino, el señor Darzac me preguntó por qué lo había tratado así, y le respondí que sentía cierto rechazo hacia él, que no me gustaban sus modales, y además sospechaba que era el responsable del accidente. El señor Darzac quiso saber la verdadera razón de mi aversión hacia su pariente, pero no supe qué responder, y se echó a reír. Sin embargo, ya no se rio cuando el médico le dijo que podía haber perdido la vista y que era un milagro que hubiera salido tan bien parado.

La desazón que me causaba Brignolles era, obviamente, ridícula, y los accidentes no volvieron a repetirse. A pesar de todo, mi opinión sobre él no mejoró, pues en mi interior le culpaba de que la salud del señor Darzac no mejorase. A principios del invierno empezó a toser de tal modo, que le supliqué, y todos le suplicamos, que pidiera un permiso y fuera a descansar a la Provenza. Los médicos le aconsejaron San Remo. Fue allí, y ocho días después nos escribía diciendo que se sentía mucho mejor, que desde que había llegado a aquellas tierras le parecía que le habían quitado ¡un peso de encima! «¡Ahora respiro! ¡Respiro! ¡En París, me ahogaba!»». Aquella carta me dio qué pensar y no dudé en hacer partícipe de mis inquietudes a Rouletabille. También a él le extrañó que el señor Darzac se sintiera tan mal cuando se encontraba al lado de Brignolles y tan bien cuando se encontraba lejos... Esta impresión estaba tan arraigada en mí, que no habría permitido a Brignolles ausentarse de París, ¡palabra que no!, pues habría sido capaz de seguir al buen Darzac. Pero no se fue; a cambio, eso sí, los Stangerson lo tuvieron constantemente cerca de ellos. Con el pretexto de pedir noticias del señor Darzac, no salía de casa del profesor. Una vez incluso consiguió ver a la

señorita Stangerson, pero yo le había hecho a ésta tal retrato de él, que logré que le resultara odioso, de lo que me alegré en mi fuero interno.

Tras cuatro meses de estancia en San Remo, el señor Darzac volvió restablecido. Únicamente sus ojos seguían delicados y debía prestarles una atención especial. Rouletabille y yo decidimos vigilar a Brignolles, hasta que tuvimos noticia —que recibimos con gran satisfacción— de que la boda iba a celebrarse muy pronto y que el señor Darzac se llevaría a su mujer a un largo viaje, lejos de París y... ¡también de Brignolles!

Al volver de San Remo, el señor Darzac me preguntó:

—Bueno, ¿cómo va con el pobre Brignolles? ¿Ha mudado usted su opinión?

—¡Francamente, no! —le respondí.

Y una vez más se burló de mí, dirigiéndome algunas de esas bromas provenzales a las que era aficionado —cuando los acontecimientos le permitían estar alegre— y que habían adquirido en su boca un nuevo sabor desde que su estancia en la Provenza devolviera a su acento todo su hermoso y original colorido.

¡Parecía feliz! Pero no pudimos hacernos una idea exacta de su felicidad —desde su regreso a París tuvimos pocas ocasiones de verle— hasta que apareció como transformado en el umbral de aquella iglesia. Con un orgullo muy comprensible erguía su talle ligeramente encorvado. ¡La felicidad le hacía más alto y apuesto!

—¡Parece que el jefe va de boda, y nunca mejor dicho! —rio Brignolles.

Me aparté de aquel hombre que me repugnaba y fui a tomar asiento detrás del pobre señor Stangerson, que permaneció de brazos cruzados durante toda la ceremonia, ausente, sin ver ni oír nada. Cuando terminó todo, tuve que darle una palmada en el hombro para sacarlo de su ensimismamiento.

Cuando entramos en la sacristía, el letrado Hesse lanzó un profundo suspiro.

—¡Bueno, ya está! —dijo—. Por fin respiro...

—¿Y qué le impedía respirar, amigo mío? —le preguntó su colega Henri-Robert.

Hesse manifestó de nuevo que hasta el último minuto había estado temiendo el regreso del muerto. Al ver que el otro se burlaba, replicó:

—¡Qué quiere! ¡No puedo hacerme a la idea de que Frédéric Larsan se conforme con estar realmente muerto!

Estábamos todos —unas diez personas a lo sumo— en la sacristía.

Los testigos firmaron en el libro de registro, y el resto dio cariñosamente la enhorabuena a los recién casados. La sacristía es aún más oscura que la iglesia y, de no haber sido de dimensiones tan reducidas, habría pensado que el motivo de que no viera a Rouletabille por allí se debía a la oscuridad. Pero lo cierto es que no estaba allí. ¿Qué significaba eso? Mathilde había preguntado ya dos veces por él, y Robert Darzac me rogó que fuera a buscarle, cosa que hice, pero volví a la sacristía sin él: no pude encontrarlo.

—¡Esto sí que es extraño —dijo el señor Darzac—, inexplicable, más bien! ¿Está seguro de haber mirado bien? Estará distraído en algún rincón.

—Lo he buscado por todas partes, incluso le he llamado a voces —repliqué.

Pero el señor Darzac no se conformó con mi respuesta y él mismo registró la iglesia. Tuvo más suerte que yo, pues un mendigo que se encontraba en el pórtico con su platillo le dijo que un joven, que efectivamente no podía ser más que Rouletabille, había salido de la iglesia unos minutos antes y se había alejado en un carruaje. Cuando se lo dijo a su mujer, ella se afligió visiblemente. Me llamó y me dijo:

—Querido Sainclair, usted sabe que vamos a coger el tren dentro de dos horas en la estación de Lyon; busque a nuestro joven amigo y tráigamelo; y comuníqueme que su extraña conducta me preocupa mucho...

—Puede contar conmigo... —le dije.

De inmediato salí a buscarlo. Pero volví a la estación de Lyon con las manos vacías. No lo encontré ni en su casa ni en el periódico ni en el bar del tribunal, donde las exigencias de su oficio le obligaban frecuentemente a estar a esas horas del día. Ninguno de sus compañeros supo decirme dónde podría encontrarlo. Es fácil imaginar con cuánta tristeza fui recibido en el andén de la estación. El señor Darzac lo sintió en el alma, y me rogó que anunciara la mala nueva a su mujer, mientras él se ocupaba de ayudar a instalarse al profesor. (Éste iba a Menton a ver a los Rance, y acompañaría a los recién casados hasta Dijon, desde donde ellos proseguirían su viaje por Culoz y Mont-Cenis). Así que comuniqué el triste recado, añadiendo que Rouletabille seguramente llegaría antes de la salida del tren. Mathilde comenzó a sollozar y dijo, con aire abatido:

—¡No vendrá! ¡Lo sé!

Y subió al vagón.

Fue entonces cuando el insoportable Brignolles, al ver la expresión de la recién casada, no tuvo empacho en repetir, dirigiéndose al letrado André

Hesse, quien le ordenó callar de inmediato:

—¿Lo ve? ¡Sigue teniendo los mismos ojos de loca! ¡Robert se ha equivocado! ¡Robert se ha precipitado!

Aún veo a Brignolles pronunciando estas palabras, y recuerdo el sentimiento de horror que me inspiró. Hacía tiempo que yo no albergaba la menor duda de que ese Brignolles era un hombre perverso, y sobre todo celoso, que no perdonaba a su pariente el favor que le había hecho al colocarlo en un puesto subalterno. Tenía la cara amarilla y las facciones largas, trazadas de arriba abajo. Todo en él transmitía amargura, y todo en él era largo: el talle, los brazos, las piernas, la cabeza... Lo único que se escapaba a aquella regla de excesiva longitud eran las manos y los pies. Sus extremidades eran pequeñas y casi elegantes. Al verse reprendido de modo tan brusco por el joven abogado, dio la enhorabuena a los esposos y abandonó airadamente la estación. O al menos creí que la abandonaba, porque no volví a verlo.

Faltaban todavía tres minutos para la salida del tren, y seguíamos confiando en ver llegar a Rouletabille. Todos inspeccionábamos el andén, esperando ver surgir entre la multitud apresurada de viajeros la cara simpática de nuestro joven amigo. ¿A qué se debía que no apareciera, según su costumbre, atropellándolo todo y a todos, sin hacer caso de las protestas y los gritos que señalaban ordinariamente su paso entre el gentío, donde siempre parecía tener más prisa que los demás? ¿Dónde se había metido? Se oyeron violentos golpes de puertas de vagón que se cerraban... y en seguida las breves invitaciones de los empleados: «¡Al tren...! ¡Viajeros, al tren...!»; las últimas carreras, el agudo silbido que anunciaba la salida, el ronco resoplido de la locomotora..., y el convoy se puso en marcha. ¡Pero ni rastro de Rouletabille! Todos permanecíamos quietos en el andén, mirando con expresión triste a la señora Darzac, sin que se nos ocurriera siquiera desearle un buen viaje. Ella echó una última mirada al andén y, en el momento en que el tren comenzaba a acelerar, segura ya de que no vería a su joven amigo, me tendió un sobre por la puerta...

—¡Para él! —dijo.

Y de pronto, con el rostro invadido por un repentino espanto, y en un tono tan extraño que no pude evitar pensar en los nefastos comentarios de Brignolles, añadió:

—¡Hasta la vista, amigos..., o adiós!

II. Del humor cambiante de Joseph Rouletabille

Mientras volvía solo de la estación, no pude menos que extrañarme de la singular e inexplicable tristeza que se había apoderado de mí. A raíz del proceso de Versalles, en cuyas peripecias me vi tan íntimamente mezclado, llegué a sentir un gran aprecio por el profesor Stangerson, su hija y Robert Darzac. Se suponía que debía estar alegre por aquel acontecimiento que parecía satisfacer a todos. Pensé que la extraña ausencia del joven reportero tendría algo que ver con aquella especie de triste postración. Rouletabille había sido considerado como un salvador, tanto por los Stangerson como por el señor Darzac. Consideración que aumentó cuando Mathilde salió del sanatorio —donde su mente perturbada necesitó cuidados constantes durante varios meses—, porque fue entonces cuando ella comprendió el extraordinario papel que había jugado el muchacho en aquel drama; pues sin su intervención, ella se hubiera hundido irremisiblemente junto a los que amaba; cuando por fin recobró la razón y pudo leer la versión mecanografiada de los legajos en que Rouletabille aparecía como un joven héroe milagroso, no hubo atenciones, casi maternas, que no le prodigara. Se interesó por todo lo concerniente a él, provocó sus confidencias, quiso saber sobre él más de lo que ya sabía y quizá más de lo que él mismo sabía. Mostró una curiosidad discreta pero insistente respecto a sus orígenes, que todos desconocíamos, y que el joven seguía rodeando de silencio con una especie de salvaje orgullo. Si bien era sensible a la tierna amistad que le brindaba aquella mujer, Rouletabille no cedía en su reserva, aunque en sus relaciones con ella mostraba una emocionada cortesía, que no dejaba de sorprenderme en un joven que yo tenía por impulsivo, apasionado y tan firme en sus simpatías como en sus aversiones. Más de una vez se lo hice notar, pero siempre me respondía con evasivas, alardeando, sin embargo, del profundo afecto que sentía por aquella persona, a la que decía estimar más que a nada en este mundo y por la que estaba dispuesto a sacrificarlo todo, si la suerte o la fortuna le dieran la oportunidad de sacrificar algo por alguien. También tenía momentos de un humor cambiante. Por ejemplo, después de regocijarse ante mí porque nos habían invitado a un día de descanso en casa de los Stangerson, que habían alquilado una hermosa finca para pasar los veranos a orillas del Marne, en Chennevières —pues no querían volver a vivir en el Glandier—, y tras haber mostrado una alegría infantil ante la perspectiva de tan feliz asueto, de pronto se negaba a acompañarme, sin motivo aparente. Y tenía que ir yo solo, dejándolo en la pequeña habitación que seguía ocupando en la esquina del bulevar Saint-Michel con la calle Monsieur-le-Prince. Yo me enfadaba con él por la pena que iba a causar a la señorita Stangerson. Un domingo, ella, indignada por la actitud de mi amigo, decidió volver conmigo a París para hacerle una visita por sorpresa.

Cuando entramos en su habitación del hotel, Rouletabille, que había respondido con un enérgico «¡Pase!» a los golpes con los que llamé a su

puerta, se levantó de la mesa en la que estaba trabajando y se puso muy pálido, tanto que creímos que iba a desmayarse.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Mathilde, corriendo a su lado.

Con un enérgico movimiento, Rouletabille arrojó una carpeta de tafilete sobre los papeles que había esparcidos sobre la mesa para ocultarlos.

Mathilde, que advirtió el hecho, se quedó muy sorprendida.

—¿Molestamos? —dijo con un tono de dulce reproche.

—¡No, no! —respondió—. Ya he acabado mi trabajo. Se lo enseñaré otro día. Es una obra de teatro, una pieza en cinco actos, pero no consigo dar con el desenlace.

Luego sonrió, se recompuso por completo y nos contó un montón de chistes, agradeciéndonos que hubiéramos ido a sacarlo de su soledad. Se empeñó en invitarnos a cenar y fuimos al Foyot, un restaurante del Barrio Latino. ¡Qué noche más hermosa! Rouletabille telefoneó a Robert Darzac, quien se reunió con nosotros a los postres. Por aquella época, el señor Darzac no estaba muy enfermo y el inquietante Brignolles aún no había hecho su aparición en la capital. Nos divertimos como niños. Era una noche de verano tan bella y tan suave en los solitarios jardines de Luxemburgo...

Antes de dejar a la señorita Stangerson, Rouletabille le pidió perdón por el humor tan extraño que gastaba a veces y confesó tener mal carácter. Mathilde le dio un beso y también Robert Darzac. Lo acompañé hasta la puerta de su hotel, pero él estaba tan emocionado, que en todo el trayecto no me dijo una palabra; sin embargo, en el momento de separarnos, me dio un apretón de manos como nunca lo había hecho hasta entonces. ¡Extraño muchacho! ¡Ah, si yo hubiera sabido...! Cómo me reprocho ahora haberlo juzgado de manera tan precipitada.

Y de esa manera, triste, muy triste, y asaltado por presentimientos que en vano intentaba ahuyentar, volvía de la estación de Lyon, rememorando las innumerables fantasías, rarezas y, a veces, hasta detestables caprichos de Rouletabille en el curso de los dos últimos años. Sin embargo, nada de todo aquello podía hacerme sospechar lo que acababa de suceder y menos aún explicármelo. ¿Dónde estaba Rouletabille? Fui a su hotel del bulevar Saint-Michel, diciéndome que, si tampoco allí lo encontraba, al menos podría dejarle la carta de la señora Darzac. ¡Cuál no sería mi estupefacción cuando, al entrar en el hotel, me encontré a mi criado con mi maleta! Le rogué que me explicara qué significaba aquello, y me respondió que no sabía nada: que se lo preguntara a Rouletabille.

Éste, efectivamente, mientras yo andaba buscándolo por todas partes,

excepto en mi propia casa, naturalmente, había ido a mi domicilio de la calle Rivoli, le pidió a mi criado que lo llevase a mi habitación y que le proporcionara una maleta. La llenó cuidadosamente con toda la ropa que puede necesitar un hombre decente para hacer un viaje de cuatro o cinco días y luego le ordenó al torpe de mi criado que, una hora más tarde, llevara el reducido equipaje a su hotel, en el bulevar Saint-Michel. Subí en dos zancadas a la habitación de mi amigo, y allí lo encontré llenando meticulosamente un bolso de viaje con utensilios de aseo, prendas de vestir y un pijama. Hasta que no terminó lo que estaba haciendo, no pude sonsacarle nada, pues en las pequeñas cosas cotidianas Rouletabille es terriblemente maniático y, a pesar de sus modestos recursos, ponía mucho empeño en vestir con pulcritud y detestaba todo lo que pudiera parecerse de cerca o de lejos a lo bohemio. Finalmente se dignó anunciarme que «iríamos a pasar afuera las vacaciones de Semana Santa», y que, ya que yo estaba libre y que su periódico, L'Époque, le concedía tres días de asueto, lo mejor que podíamos hacer era ir a descansar «a orillas del mar». Ni siquiera me digné a responderle de lo furioso que estaba por su forma de actuar y por lo estúpida que me parecía aquella propuesta de ir a contemplar el océano o el Canal de la Mancha con el tiempo tan abominable que hace en primavera, que todos los años, durante dos o tres semanas, nos hace añorar el invierno. Pero no le impresionó excesivamente mi silencio y, cogiendo mi maleta con una mano y su bolso con la otra, me empujó escaleras abajo y antes de que me diera cuenta estábamos montando en un carruaje que nos esperaba a las puertas de su hotel. Media hora después nos encontrábamos viajando en un vagón de primera clase de la línea del Norte, en dirección a Le Tréport, por Amiens. Cuando entrábamos en la estación de Creil, me dijo:

—¿Quiere darme la carta que le entregaron para mí?

Lo miré de arriba abajo. Había adivinado que la señora Darzac se llevaría un buen disgusto al no verlo en el momento de su marcha y que le escribiría. Tampoco había que ser muy listo para adivinarlo. Entonces le respondí.

—No merece que se la dé.

Y me puse a hacerle amargos reproches, a los que no prestó ninguna atención. Ni siquiera intentó disculparse, lo que me irritó sobremanera. Finalmente le di la carta. La cogió, la miró y aspiró su dulce perfume. Yo le observaba con curiosidad, y él frunció el ceño, disimulando bajo aquella fingida hosquedad una gran emoción, que sólo pudo ocultar apoyando la frente en el cristal y quedándose absorto en la contemplación del paisaje.

—¿Es que no va a leerla? —pregunté.

—No —me respondió—, aquí no. ¡Allí...!

Ya era noche cerrada cuando llegamos a Le Tréport, después de seis horas

de un viaje interminable y con un tiempo de perros. El viento del mar nos helaba y barría el andén desierto. Sólo encontramos a un aduanero, envuelto en su capote y su capucha, que iba y venía por el puente del canal. No había un solo carruaje, por supuesto. La llama de los faroles de gas, temblorosa en su jaula de cristal, reflejaba su luz pálida en los charcos de lluvia, por los que avanzábamos chapoteando, con la frente inclinada bajo las ráfagas del viento. A lo lejos se oía el apresurado chacoloteo de los zuecos de una mujer sobre el adoquinado. No caímos por el oscuro borde del malecón porque el frescor salado que subía del fondo y el rumor de la marea nos advertían del peligro. Yo iba refunfuñando detrás de Rouletabille, que se orientaba a duras penas en aquella oscuridad. Sin embargo, él parecía conocer bien el lugar, y logramos llegar —aunque a trancas y a barrancas y odiosamente abofeteados por las salpicaduras de las olas— a la puerta del único hotel que seguía abierto en la playa durante la temporada baja. Rouletabille ordenó de inmediato la cena y un buen fuego, pues teníamos tanta hambre como frío.

—Veamos —le dije—, ¿se dignará por fin a contarme qué hemos venido a buscar aquí, aparte de un ataque de reuma o de una más que probable pulmonía?

Rouletabille estaba tiritando y tosía sin parar.

—¡De acuerdo! —repuso—. Se lo diré. ¡Hemos venido a buscar el perfume de la Dama de Negro!

Aquella famosa frase me sacudió de tal manera, que apenas pude pegar ojo en toda la noche. Fuera, el viento marino seguía ululando y lanzando a la playa su largo quejido, que se colaba por las callejuelas de la ciudad y por los pasillos de las casas. Me pareció oír ruido en la habitación de al lado, la de mi amigo, y me levanté de un salto y empujé la puerta. A pesar del frío, estaba con la ventana abierta y vi claramente que enviaba besos a las sombras. ¡Parecía que estaba besando a la noche!

Cerré la puerta con discreción y volví a meterme en la cama. A la mañana siguiente me despertó él, espantado. Su rostro denotaba una angustia extrema mientras me tendía un telegrama procedente de Bourg, que le habían reexpedido desde París siguiendo sus indicaciones. El comunicado decía así: «Venga inmediatamente sin perder un minuto. Hemos renunciado a nuestro viaje por el este y vamos a reunirnos con el señor Stangerson en Menton. Estaremos en casa de los Rance, en las Rochers Rouges. Que este comunicado sea un secreto entre nosotros. No conviene asustar a nadie. Ponga como pretexto unas vacaciones, cualquier cosa, ¡pero venga pronto! Telegráfieme a la lista de correos de Menton. Venga pronto. Le espero. Con toda impaciencia, queda de usted, DARZAC».

III. El perfume

—¡Bueno, bueno! —grité saltando de la cama—. ¡La verdad es que no me extraña...!

—Nunca creyó en su muerte, ¿verdad? —me preguntó Rouletabille con una emoción que yo no podía explicarme, a pesar del horror que se desprendía de la situación, admitiendo que tuviéramos que tomar al pie de la letra el telegrama del señor Darzac.

—No del todo —dije—. Él tenía tanta necesidad de pasar por muerto, que bien pudo sacrificar unos cuantos papeles en la catástrofe de La Dordogne. Pero ¿qué le ocurre? Tiene usted mal aspecto. ¿No se encuentra bien?

Rouletabille se desplomó sobre una silla. Con voz temblorosa me confió que él tampoco se había creído aquella muerte hasta que hubo acabado la ceremonia de la boda. No le cabía en la cabeza que Larsan, de haber estado vivo, hubiera permitido que se celebrara aquella unión entre Mathilde Stangerson y el señor Darzac. ¡A Larsan le hubiera bastado con presentarse para impedir la boda, y, por peligrosa que hubiera podido ser la situación para él, no habría dudado en hacerlo! Conociendo los sentimientos religiosos de Mathilde, sabía que ella nunca consentiría en unir su suerte con otro hombre mientras viviera su primer marido, por más que la ley humana la liberara de él. En vano hubieran invocado ante ella la nulidad de la primera boda para las leyes francesas: ¡para ella seguía prevaleciendo el hecho de que un sacerdote la había convertido para siempre en la mujer de un miserable!

Y Rouletabille, mientras enjugaba el sudor que le corría por la frente, añadió:

—¡Ay, amigo mío! ¡No olvide que a los ojos de Larsan «la rectoría no ha perdido su encanto ni el jardín su esplendor»!

Puse mi mano sobre la suya. Tenía fiebre. Quise tranquilizarle, pero no me escuchaba.

—¡Y vaya sorpresa! ¡Ha esperado hasta después de la boda, sólo unas horas, para hacer su aparición! —gritó—. Porque, Sainclair, ¿no es cierto que el telegrama del señor Darzac significa que el otro ha vuelto?

—¡Sí, claro! ¡Pero el señor Darzac podría estar equivocado!

—¡Oh, no!, el señor Darzac no es un niño asustadizo. De todos modos, habrá que esperar, ¿verdad, Sainclair? ¡Quizá se trate de un error! ¡No, no es posible! ¡Sería horrible, espantoso! ¡Oh, Sainclair, amigo mío, sí, sería espantoso!

Jamás, ni siquiera en los peores momentos del Glandier, había visto a Rouletabille tan alterado. Se levantó y comenzó a pasear por la habitación cambiando los objetos de sitio sin motivo aparente. De vez en cuando me miraba y repetía:

—¡Sería espantoso, espantoso!

Le dije que no era razonable desesperarse por un telegrama que no probaba nada y que podía ser el resultado de un error o una alucinación. Luego añadí que en ese momento, más que nunca, íbamos a necesitar mantener la sangre fría. No era cosa de dejarse llevar por semejantes horrores, que eso era imperdonable en un joven de su temple.

—¡Imperdonable! Así que imperdonable, ¿eh, Sainclair?

—¡Pero, hombre, es que a mí también me está asustando! ¿Qué le pasa?

—Pronto lo sabrá. La situación es terrible. ¿Por qué no estará realmente muerto?

—Bueno, ¿y qué le hace a usted pensar que no lo está?

—Sainclair, cálese, por favor. Fíjese usted lo que le digo: ¡Si él está vivo, yo preferiría estar muerto!

—¡Está usted loco, loco de remate! ¡Si él está vivo es precisamente cuando más falta hace que usted también lo esté, al menos para defenderla a ella!

—¡Oh, eso es una gran verdad, Sainclair! ¡Eso que acaba de decir es una gran verdad! ¡Muchas gracias, amigo mío! Ha pronunciado usted la única palabra que me alienta a vivir: «¡Ella!». Tiene razón. No pensaba más que en mí. ¡Sólo en mí!

Rouletabille soltó tal carcajada, que me asusté, y estrechándolo entre mis brazos, le rogué que me dijera por qué estaba tan espantado, por qué hablaba de su propia muerte, por qué se reía de esa manera.

—¡Dígamelo como a un amigo, como a su mejor amigo, Rouletabille! ¡Hable de una vez! ¡Desahóguese! ¡Libere su secreto! ¡Dígame qué es lo que tanto le agobia! Yo le abro mi corazón...

Rouletabille me puso la mano en el hombro, me miró hasta el fondo de los ojos, hasta el fondo del corazón, y me dijo:

—Se lo contaré todo, querido Sainclair, sabrá tanto como yo, y también usted quedará tan espantado como yo, mi buen amigo, porque es usted bueno y sé que me estima...

Y, una vez dicho esto, cuando yo pensaba que iba a confesarse, se limitó a pedirme el horario de ferrocarriles.

—Salimos a la una —me dijo—. En invierno no hay ningún tren directo entre Eu y París. No llegaremos a París hasta las siete. Así que tendremos tiempo de sobra para hacer las maletas y coger en la estación de Lyon el tren de las nueve para Marsella y Menton.

Ni siquiera pidió mi parecer; me llevaba a Menton como antes me había llevado a Le Tréport; bien sabía él que en tal coyuntura yo no podía negarle nada. Por lo demás, le veía en un estado tan agitado, que, aunque no me lo hubiera pedido, no le habría dejado ir solo. Además entrábamos en pleno período de vacaciones y mis asuntos del Palacio me dejaban completa libertad.

—¿Así que vamos a Eu? —pregunté.

—Sí. Allí cogeremos el tren. De Le Tréport a Eu apenas hay media hora en carruaje...

—Finalmente no hemos estado mucho tiempo aquí... —le dije.

—Espero que lo suficiente..., al menos lo suficiente para lo que he venido a buscar, ¡Dios mío!

Pensé en el perfume de la Dama de Negro y me callé. ¿No acababa de decirme que pronto iba a saberlo todo? Me llevó hasta el malecón. El viento seguía soplando con fuerza y tuvimos que resguardarnos detrás del faro. Se quedó un rato pensativo y cerró los ojos frente al mar.

—Aquí —dijo por fin—, aquí fue donde la vi por última vez.

Miró el banco de piedra.

—Nos sentamos aquí; ella me estrechó contra su pecho. Yo no era más que un chiquillo de nueve años. Me dijo que me quedara en el banco; luego se fue, y no volví a verla... Era de noche, una noche suave de verano, la noche de la entrega de premios. ¡Oh!, ella no había asistido a la entrega, pero yo sabía que vendría por la noche..., una noche llena de estrellas, y tan clara que por un momento creí distinguir su rostro. Sin embargo, se cubrió con el velo suspirando. Luego se fue. Y no volví a verla...

—¿Y usted, amigo mío?

—¿Yo qué?

—Sí, ¿qué hizo usted? ¿Se quedó mucho tiempo en este banco?

—Me hubiera gustado... Pero vino el cochero a buscarme y volví...

—¿Adónde?

—Pues al colegio.

—Pero ¿hay un colegio en Le Tréport?

—No, pero sí en Eu. Volví al colegio de Eu.

Me hizo una seña para que lo siguiera.

—Vamos allá —dijo—. ¡Ha pasado tanto tiempo!...

Media hora más tarde estábamos en Eu. Al final de la calle de los Marronniers, las ruedas del carruaje traquetearon ruidosamente por el duro pavimento de la plaza mayor, que estaba fría y desierta. El cochero anunció la llegada haciendo restallar la fusta con su mejor arte, llenando la pequeña ciudad muerta con la música desgarradora de su látigo atronador.

De pronto oímos sonar un reloj por encima de los tejados —el reloj del colegio, me dijo Rouletabille—, y todo enmudeció. El caballo y el carruaje permanecieron inmóviles en mitad de la plaza, mientras el cochero desaparecía en una taberna. Nos adentramos en la sombra helada de la alta iglesia gótica, que flanqueaba por un lado la plaza mayor. Rouletabille echó una ojeada al castillo: desde allí se divisaba su arquitectura de ladrillo rosa coronada por amplios tejados estilo Luis XIII: taciturna fachada que parecía llorar por sus príncipes exiliados; contempló con melancolía el cuadrado edificio del ayuntamiento, que dirigía hacia nosotros con aparente hostilidad el asta de su sucia bandera; los locales silenciosos, el Café de París —el bar de los oficiales—, la peluquería, la librería. ¿No había comprado allí sus primeros libros escolares, los mismos libros que pagaba la Dama de Negro?

—¡No ha cambiado nada!

Un perro viejo, descolorido, estiraba el hocico perezoso sobre sus patas heladas en el portal de la librería.

—¡Dios mío, pero si es Cham! —dijo Rouletabille—. ¡Lo reconozco perfectamente! ¡Es Cham, mi buen Cham! —Y lo llamó—: ¡Cham! ¡Cham!

El perro se levantó y volvió la cabeza hacia la voz que lo llamaba. Dio unos pasos con dificultad, nos rozó con el lomo e, indiferente, volvió a tumbarse en el portal.

—¡Dios mío! —dijo Rouletabille—. ¡Es él! Pero ya no me reconoce.

Luego me condujo por una callejuela empedrada que descendía abruptamente. Me llevaba de la mano y yo seguía sintiendo su fiebre. Pronto nos detuvimos ante un templo pequeño de estilo jesuítico, que se erguía ante nosotros con su pórtico adornado por esos semicírculos de piedra —especie de «consolas invertidas»—, tan típicos de esa arquitectura que no ha contribuido en nada a la gloria del siglo XVII. Tras empujar la hoja del portón, Rouletabille me hizo pasar bajo una perfecta bóveda. Al fondo, arrodillados sobre sus tumbas vacías, se hallaban las magníficas estatuas de Catalina de Clèves y de Enrique el Acuchillado.

—Ésta es la capilla del colegio —me dijo en voz baja.

No había nadie en la capilla.

La atravesamos con premura. A la izquierda, Rouletabille empujó suavemente una puerta giratoria que daba a una especie de terraza.

—Venga, vamos —dijo en voz baja—. Por ahora todo va bien. Podemos entrar en el colegio sin que me vea el bedel. ¡Seguro que me reconocería!

—¿Y qué tiene eso de malo?

En ese momento un hombre poco abrigado, con un manojo de llaves en la mano, pasó delante de la terraza. Rouletabille se echó hacia atrás hundiéndose en la sombra.

—¡Es papá Simón! ¡Qué viejo está! Se ha quedado sin pelo. ¡Cuidado! A estas horas va a barrer el estudio de los más pequeños. Ahora todos están en clase. ¡Bien, podremos movernos a nuestras anchas! Sólo nos queda mamá Simón en la portería, a no ser que haya muerto. En todo caso, desde aquí no nos verá. ¡Un momento! ¡Ahí vuelve papá Simón!

¿Por qué Rouletabille mostraba tanto interés en esconderse? ¿Por qué? ¡Decididamente, yo no sabía nada de aquel muchacho a quien creía conocer tan bien! Cada hora que pasaba a su lado me reservaba una sorpresa. Mientras esperábamos que papá Simón nos dejara el campo libre, Rouletabille y yo logramos salir de la terraza sin ser vistos y, escondidos detrás de unos árboles del jardín, asomándonos por encima de una barandilla de ladrillos, pudimos contemplar a gusto los amplios patios que había debajo de nosotros y el edificio del colegio, que dominábamos desde nuestro escondite. Rouletabille me cogía el brazo como si tuviera miedo de caerse.

—¡Dios mío! —dijo con voz ronca—. ¡Qué cambiado está todo! Han derribado el viejo estudio «donde encontré el cuchillo», y han corrido el cobertizo donde él «escondió el dinero». Pero las paredes de la capilla, ¡ésas sí que no han cambiado de lugar! Mire, Sainclair, asómese: esa puerta que da a los bajos de la capilla es la puerta de la clase de párvulos. ¡Dios mío, cuántas veces habré pasado por ella de pequeño! Pero nunca, nunca salía de ahí alegre, ¡ni siquiera a la hora del recreo, cuando papá Simón venía a buscarme para ir al locutorio, donde me esperaba la Dama de Negro! ¡Por Dios, espero que no hayan tocado el locutorio!

Y, aventurando una ojeada hacia atrás, avanzó la cabeza.

—¡No, no lo han derribado! ¡Mire, ahí está! Al lado de la bóveda, la primera puerta a la derecha. Ahí venía ella, y ahí iremos dentro de un momento, cuando papá Simón vuelva a bajar.

Le castañeteaban los dientes.

—Creo que voy a volverme loco —dijo—. Es superior a mis fuerzas. Sólo de pensar que voy a volver a ver el locutorio, donde ella me esperaba... Sólo vivía con la esperanza de verla, y en cuanto se iba, a pesar de que siempre le prometía que sabría comportarme, me sumía en una desazón tan profunda, que cada vez temían más por mi salud. Únicamente conseguían sacarme de mi postración amenazándome con que, si caía enfermo, no volvería a verla. Me quedaba con su recuerdo y su perfume hasta la visita siguiente. Nunca pude ver claramente su querido rostro y, cuando me estrechaba entre sus brazos, me sentía embriagado con su perfume hasta desfallecer; así que vivía más con su olor que con su imagen. Los días siguientes a su visita me escapaba al locutorio durante el recreo, y cuando estaba vacío como hoy, aspiraba con fervor religioso el aire que había respirado ella, aspiraba la atmósfera en que ella había estado y salía de allí con el corazón perfumado. Era el más delicado, el más sutil y, seguramente, el más natural y dulce perfume del mundo, e imaginaba que no volvería a sentirlo nunca más, hasta aquel día del que ya le hablé, Sainclair, ¿recuerda?, el día de la recepción en el Elíseo.

—Aquel día, amigo mío, se encontró usted con Mathilde Stangerson.

—¡Cierto! —respondió con voz temblorosa.

¡Ah, si hubiera sabido yo entonces que la hija del profesor Stangerson había tenido un hijo de su primer matrimonio en América, un hijo que, de vivir aún, tendría la edad de Rouletabille! ¡Quizá entonces, después del viaje que mi amigo hizo a América, donde con toda seguridad se enteró de ello, quizá, digo, habría al fin comprendido su emoción, su pena, la extraña turbación que sentía al pronunciar el nombre de Mathilde Stangerson en aquel colegio donde en otro tiempo lo visitaba la Dama de Negro!

Hubo un silencio que no me atreví a turbar.

—¿Y nunca ha sabido por qué no volvió la Dama de Negro?

—¡Oh! —dijo Rouletabille—. Estoy seguro que la Dama de Negro sí volvió. ¡Fui yo quien se marchó!

—¿Quién vino a buscarlo?

—¡Nadie! ¡Me escapé!

—¿Para qué? ¿Quizá para buscarla?

—¡No, no, Sainclair! ¡Para huir de ella! Tal como lo oye. ¡Para huir de ella! ¡Pero ella volvió! ¡Estoy seguro de que volvió!

—¡Pues la pobre debió de sentirse desesperada al no encontrarlo aquí!

Rouletabille alzó los brazos al cielo meneando la cabeza.

—¡No lo sé! ¿Quién puede saberlo? ¡Dios mío, qué desgraciado soy!

¡Silencio! Ahí está papá Simón. Se va. ¡Por fin! ¡Venga, de prisa amigo mío!
¡Al locutorio!

De tres zancadas nos plantamos allí. Era una estancia corriente, bastante grande, con pobres cortinas blancas en las ventanas. Su mobiliario consistía sólo en seis sillas de paja alineadas contra las paredes, un espejo encima de la chimenea y un reloj de pared. Estaba bastante oscura.

Cuando entramos, Rouletabille hizo uno de esos gestos de respeto y recogimiento que sólo se emplean al entrar en un lugar sagrado. Se puso como un tomate, avanzó a pasitos cortos, muy confuso, sin dejar de dar vueltas a la visera entre sus dedos. Se volvió hacia mí y, en voz baja, muy baja, más baja aún que la que había empleado al hablarme en la capilla, me dijo:

—¡Oh, querido Sainclair! ¡Ahí está el locutorio! Mire, toque mis manos, estoy ardiendo, estoy rojo, ¿verdad? ¡Siempre que venía aquí para encontrarme con ella me sucedía esto! He corrido, y estoy jadeando. ¡Qué impaciencia, Dios mío! El corazón me late como cuando era niño. Mire, yo entraba por ahí, por esa puerta, y me quedaba quieto, avergonzado. Veía su negra sombra en el rincón, y entonces ella me tendía silenciosamente los brazos, yo me arrojaba a ellos, y luego nos abrazábamos... y llorábamos. ¡Oh, qué delicia! ¡Era mi madre, Sainclair! Yo lo sabía. Ella me decía que mi madre había muerto, que sólo era una amiga suya... Pero como me pedía que la llamara «¡madre!», y lloraba cuando la besaba... Sé muy bien que era mi madre. Mire, siempre se sentaba ahí, en ese rincón oscuro, y venía a la caída de la tarde, cuando aún no habían encendido la luz en el locutorio. Al llegar, dejaba en el alféizar de la ventana un gran paquete blanco atado con una cuerda rosa. Era un bollo. ¡Cómo me gustaban los bollos, Sainclair!

Rouletabille no pudo contenerse más. Apoyó los codos en la chimenea y lloró y lloró... Cuando se sintió más aliviado, levantó la cabeza, me miró y sonrió tristemente. Luego se sentó, agotado. No me atrevía a dirigirle la palabra. Yo comprendía que no estaba hablando conmigo, sino con sus recuerdos.

Vi cómo sacaba del pecho la carta que yo le había entregado, y cómo la abría con manos temblorosas. La leyó despacio. De pronto dejó caer su mano y lanzó un gemido. Él, tan colorado hacía un momento, se había puesto terriblemente pálido; parecía que toda la sangre se le hubiera salido del corazón. Quise acercarme, pero me lo impidió con un gesto. Luego cerró los ojos.

Me hice a la idea de que dormía. Entonces me alejé suavemente, de puntillas, como si estuviera en la habitación de un enfermo. Me apoyé en una ventana que daba a un pequeño patio, cuyo único habitante era un grueso castaño. ¿Cuánto tiempo permanecí allí mirando aquel castaño? ¡No lo sé!

Como tampoco sé qué habríamos respondido a cualquiera de la casa que hubiera entrado en el locutorio en ese momento. Pensaba oscuramente en el extraño y misterioso destino de mi amigo, en aquella mujer que quizá fuera su madre. Era entonces tan joven Rouletabille... Tenía tanta necesidad de una madre, que quizá se había fabricado una en su imaginación. ¡Rouletabille! ¿Qué apellido suyo conocíamos? Joseph Joséphin. Sin duda, bajo ese nombre había hecho sus primeros estudios allí... Joseph Joséphin. Como decía el redactor jefe de L'Époque, «¡eso no es un nombre!». Y ahora, ¿qué había venido a hacer aquí? ¡Sólo a buscar el rastro de un perfume! ¿A resucitar un recuerdo, una ilusión?

Hizo un poco de ruido y me di la vuelta. Él estaba de pie; parecía muy tranquilo; tenía esa expresión repentinamente serena de quien acaba de obtener una gran victoria interior.

—Sainclair, tenemos que irnos. ¡Vámonos, amigo mío! ¡Vámonos ya!

Abandonó el locutorio sin mirar siquiera atrás. Y lo seguí.

Ya en la calle desierta, adonde llegamos sin que nadie nos viera, lo detuve y le pregunté, angustiado:

—Y bien, amigo mío. ¿Ha encontrado ya el perfume de la Dama de Negro?

Indudablemente comprendió que en la pregunta había puesto todo mi corazón, con el ferviente deseo de que aquella visita a los lugares de su infancia devolviera un poco de paz a su alma.

—Sí —contestó con mucha gravedad—. Sí, Sainclair, lo he encontrado.

Y me mostró la carta de Mathilde Stangerson.

Yo lo miraba, aturdido, sin comprender, pues aún ignoraba muchas cosas. Entonces, cogiéndome las manos y con sus ojos clavados en los míos, dijo:

—Voy a confiarle un gran secreto, Sainclair, el secreto de mi vida y quizá un día el secreto de mi muerte. ¡Suceda lo que suceda, morirá con usted y conmigo! Mathilde Stangerson tenía un hijo... Pero ese hijo está muerto, ¡está muerto para todos, excepto para usted y para mí!

Retrocedí, lleno de estupor, aturdido ante semejante revelación. ¡Rouletabille, hijo de Mathilde Stangerson! Y luego, de pronto, sufrí una violenta convulsión. Porque entonces..., entonces..., ¡Rouletabille era hijo de Larsan!

¡Dios mío! Ahora comprendía todas las vacilaciones de Rouletabille. Ahora comprendía por qué aquella misma mañana mi amigo, presintiendo la verdad, había dicho: «¿Por qué no estará realmente muerto? ¡Si él está vivo,

yo preferiría estar muerto!».

Rouletabille leyó mi pensamiento en mis ojos e hizo simplemente un gesto que significaba: «En efecto, Sainclair. ¡Por fin ha caído usted!».

Luego expresó en voz alta:

—¡No hablemos más de ello!

En cuanto llegamos a París nos separamos para volvernos a encontrar en la estación. Allí Rouletabille me tendió un nuevo telegrama procedente de Valence, firmado por el profesor Stangerson, que decía: «El señor Darzac me ha comentado que tiene usted unos días de vacaciones. Nos alegraría mucho que viniera a disfrutarlos con nosotros. Le esperamos en las Rochers Rouges, en casa de Arthur Rance, que estará encantado de presentarle a su mujer. Mi hija se alegrará también mucho de verle. Une sus ruegos a los míos. Recuerdos».

Cuando subíamos al tren, el conserje del hotel de Rouletabille se precipitó en el andén con un nuevo telegrama. Éste venía de Menton y estaba firmado por Mathilde. En él figuraba una sola palabra: «¡Socorro!».

IV. En camino

Ahora lo sé todo. Rouletabille acaba de contarme su infancia extraordinaria y aventurera, y sé por qué no hay nada que le atemorice tanto como la posibilidad de que la señora Darzac descubra el misterio que los separa. No me atrevo a decir ni a aconsejar nada a mi amigo. ¡Dios mío, pobre muchacho! Cuando leyó el telegrama que decía: «¡Socorro!», se lo llevó a los labios, y estrujándome la mano, dijo:

—Si llegamos demasiado tarde, ¡yo vengaré a los dos!

¡Con qué energía fría y salvaje lo dijo! De cuando en cuando un gesto demasiado brusco traiciona la pasión de su alma, pero por lo general se muestra tranquilo. ¡Qué terriblemente tranquilo está ahora! ¿Qué resolución habrá tomado en el silencio del locutorio, mientras permanecía inmóvil y con los ojos cerrados en el rincón donde se sentaba la Dama de Negro?

Mientras el tren avanza hacia Lyon y Rouletabille sueña en su litera, donde se ha echado vestido, les diré cómo y por qué cuando era niño se escapó del colegio de Eu, y lo que le sucedió después.

¡Rouletabille huyó del colegio tildado de ladrón! No hay por qué andar buscando otra palabra, puesto que le habían acusado de robar. Veamos lo que

sucedió:

Con sólo nueve años, Rouletabille poseía ya una inteligencia extraordinariamente precoz y propensa a la resolución de los problemas más extraños y difíciles. Con una lógica sorprendente, incomparable por su sencillez y por la claridad de sus razonamientos, asombraba a su profesor de matemáticas con su sistema filosófico de trabajo. Incapaz de aprender la tabla de multiplicar —contaba con los dedos—, mandaba a sus compañeros que hicieran las operaciones por él, del mismo modo que se encarga a un criado realizar una tarea vulgar, no sin antes haberles indicado el planteamiento del problema. Aunque ignoraba aún los principios del álgebra clásica, había inventado para su uso personal un álgebra compuesta de signos extraños que recordaban la escritura cuneiforme y que le servía para marcar las diferentes etapas de su razonamiento matemático, llegando así a enunciar fórmulas generales que sólo él comprendía. Cuando, sin ayuda de nadie, descubrió en geometría las primeras proposiciones de Euclides, su profesor lo comparó con orgullo a Pascal. Aplicaba a la vida cotidiana su admirable capacidad de razonamiento, tanto en lo material como en lo moral. Es decir, si por ejemplo alguien de entre diez compañeros cometía cualquier acción reprobable, ya fuera una burla de estudiante, una fechoría o un chivatazo, despejaba la incógnita implacablemente, descubriendo al autor a partir de los datos morales que le habían proporcionado o de los datos que sus observaciones personales le habían procurado. Esto por lo que respecta a lo moral; en lo material, nada le resultaba tan sencillo como encontrar un objeto escondido, perdido... o robado. En ese campo sí que desplegaba una inventiva inigualable; era como si la naturaleza, en su increíble afán de equilibrio, después de haber creado a un padre que era el genio malo del robo, hubiera querido darle por hijo un genio bueno que salvara a sus víctimas.

Aquella extraña aptitud le valió algunos éxitos entre el personal del colegio, en varias circunstancias divertidas a propósito de objetos birlados; pero un día su propia habilidad le resultó fatal. Descubrió de una forma tan anormal una pequeña suma de dinero que le habían robado al jefe de estudios, que nadie creyó que el descubrimiento se debiera solamente a su inteligencia y perspicacia. La hipótesis les resultó a todos increíble, y gracias a una desgraciada coincidencia de hora y lugar, acabó él acusado de ladrón. Quisieron que confesara su culpa, pero se defendió con enérgica indignación, lo que le valió un severo castigo; el director hizo una encuesta entre los niños, que perjudicó a Joseph Joséphin: con esa cruel cobardía que los niños suelen mostrar hacia sus compañeros, algunos denunciaron que desde hacía algún tiempo les faltaban libros y material escolar, y acusaron formalmente al que vieron ya estigmatizado. En aquel pequeño mundo consideraron más que nunca como un crimen el hecho de que no tuviera padres conocidos y que nadie supiera «de dónde venía». Ahora lo llamaban «el ladrón». Él se defendió

y peleó, pero se llevó la peor parte, porque era el débil. Estaba desesperado. Se quería morir. El director, aunque era un buen hombre, estaba convencido de que tenía ante sí a una pequeña fiera viciada a la que era preciso reconducir, haciéndole comprender lo bochornoso de sus actos. Así pues, le dijo que, si no confesaba el robo, lo expulsaría del centro y que además escribiría aquel mismo día a la persona que tanto se interesaba por él, la señora Darbel —era el nombre que ella había dado—, para que viniera a buscarlo. El niño se negó y se dejó llevar al cuartucho donde lo tenían confinado. Al día siguiente lo buscaron en vano. Había huido. Comprendió que si el director, que siempre lo había tratado bien y que se había hecho cargo de él desde su más tierna infancia —hasta el punto de que no recordaba otro ambiente en su vida que no fuera el del colegio—, lo trataba de aquella manera, era porque de verdad lo creía culpable. Así las cosas, cabía pensar que la Dama de Negro también creería que era un ladrón. ¡Antes morir que pasar por ladrón ante los ojos de la Dama de Negro! Y aquella misma noche se escapó saltando el muro del jardín. Fue corriendo hasta el canal, donde, aún sollozando y tras dedicar su último pensamiento a la Dama de Negro, se arrojó al agua. Por suerte, en su desesperación, el pobre niño se había olvidado de que sabía nadar.

Me he extendido sobre este suceso de la infancia de Rouletabille, porque estoy seguro de que así se comprenderá su importancia en la situación actual. Mientras no supo que era hijo de Larsan, Rouletabille no podía recordar aquel triste episodio sin sentirse desgarrado por la idea de que la Dama de Negro pudiera haber creído que en efecto era un ladrón; pero desde que empezó a sospechar —¡sospecha harto fundada por desgracia!— del lazo legal y natural que lo unía con Larsan, ¡su dolor y su tristeza aumentaron terriblemente! Al enterarse de lo sucedido, su madre debió de pensar que los instintos criminales del padre se perpetuaban en el hijo, y tal vez... —pensamiento más cruel que la muerte misma—, ¡tal vez se había alegrado de su desaparición!

Porque al niño lo dieron por muerto. Encontraron las huellas de su huida hasta el canal y sacaron su gorra del agua. ¿Cómo se las arregló él? De la forma más singular. Al salir del agua, decidido a huir de aquellas tierras, el mozalbete al que andaban buscando por todas partes, dentro y fuera del canal, encontró una manera muy original de atravesar la región sin llamar la atención de nadie. Y eso que aún no había leído La carta robada. Se sirvió sólo de su genio. Como siempre, recurrió a su capacidad de razonamiento. Conocía, por haberlas oído contar a menudo, esas historias de chiquillos traviosos que se escapan de casa en busca de aventuras, escondiéndose de día en el campo y en los bosques, y caminando a hurtadillas por la noche, pero que en seguida los encontraba la policía o se veían obligados a volver al hogar porque carecían de lo más elemental y no se atrevían a pedir de comer por los caminos que recorrían porque estaban muy vigilados. Nuestro pequeño Rouletabille, en cambio, dormía como todo el mundo por la noche, y caminaba a plena luz del

día sin ocultarse de nadie. Sólo que, en cuanto se le secó la ropa —por suerte empezaba el buen tiempo y no pasó frío—, la hizo jirones y a la vista de todos se dedicó a mendigar; alargaba la mano, y juraba a los transeúntes que, si no llevaba dinero a casa, sus padres le pegarían. La gente lo tomaba por un hijo de esas familias gitanas que viven en carromatos por los alrededores de las ciudades. Pronto llegó la época de las fresas silvestres. Las recogía y las vendía en pequeñas cestas de paja que confeccionaba él mismo. Me confesó que, de no haber sido porque le obsesionaba el terrible pensamiento de que la Dama de Negro pudiera creerle un ladrón, habría conservado el más feliz recuerdo de aquella época de su vida. Su astucia y natural valor le ayudaron durante aquella aventura que duró meses. ¿Adónde iría? ¡A Marsella! Ésa era su idea.

Había visto en un libro de geografía imágenes de la Provenza, y siempre había soñado con conocer aquella tierra encantada. En su vida de mendigo, había entablado relación con una pequeña caravana de gitanos que seguían el mismo camino que él, y que se dirigían a Saintes-Maries-de-la-Mer —en el Crau—, donde elegirían a su rey. Les hizo algunos favores, supo ganárselos, y los gitanos, que no suelen pedir papeles a los pasajeros, no quisieron saber más. Pensaron que, víctima de los malos tratos, el niño había huido de cualquier barraca de saltimbanquis, y se lo llevaron con ellos. De esa forma llegó al Mediodía francés. Los dejó en los alrededores de Arles y por fin llegó a Marsella. Aquello era el paraíso, un eterno verano..., ¡y qué puerto! El puerto era un recurso inagotable para los pilluelos de la ciudad, y fue un tesoro para Rouletabille. De allí sacaba todo lo que quería, a su antojo, según sus necesidades, que no eran tantas. Por ejemplo, se hizo «pescador de naranjas». Fue precisamente en el ejercicio de aquella lucrativa profesión, cuando una buena mañana conoció en los muelles a un periodista de París, Gaston Leroux, y aquel encuentro con el tiempo tendría tal influencia en el destino de Rouletabille, que no me parece superfluo ofrecer aquí el artículo en que el redactor de *Le Matin* relató aquel memorable encuentro:

El niño que pescaba naranjas

Cuando el astro rey, atravesando un cielo de nubes, hería con sus rayos oblicuos el traje de oro de Notre-Dame-de-la-Garde, bajé a los muelles. Todavía húmedas las grandes losas, devolvían nuestra imagen bajo nuestros pasos. Una multitud de marineros, estibadores y mozos de cuerda se agitaba en torno a las vigas llegadas de los bosques del norte, accionando poleas y tirando de cables. El áspero viento de alta mar, deslizándose furtivamente entre la torre de San Juan y el fuerte de San Nicolás, extendía su ruda caricia por las aguas estremecidas del viejo puerto. Costado con costado, aleta con aleta, las barcas se tendían los remos o enrollaban la vela latina, danzando al compás. A su lado, cansados de tantos balanceos lejanos, fatigados de haber cabeceado

durante días y noches por mares desconocidos, los pesados barcos descansaban penosamente, mostrando al cielo como harapos sus grandes mástiles inmóviles. A través de ese bosque de mástiles y cofas, mi mirada llegó hasta la torre que atestigua que, hace veinticinco siglos, unos hijos de la mítica Focea, que venían desde Sonia por los senderos de agua, echaron el ancla en esta feliz costa. Después mi atención se volvió al muelle, y entonces descubrí al niño que pescaba naranjas.

Estaba de pie, embutido en una chaqueta hecha jirones que le llegaba hasta los talones, con la cabeza y los pies desnudos, el pelo rubio y los ojos negros; tendría tan sólo unos nueve años. De su hombro colgaba un saco de tela, sujeto a una cuerda que hacía de asa. Tenía el puño izquierdo en el talle y con la mano derecha se apoyaba en un palo, tres veces más alto que él, en cuyo extremo había clavada una pequeña rodaja de corcho. El niño estaba inmóvil y contemplativo. Me acerqué a él y le pregunté qué hacía. Me respondió que era pescador de naranjas.

Parecía muy orgulloso de ser pescador de naranjas y no intentó pedirme unos céntimos, como hacen los pilluelos en los puertos. Volví a hablarle; pero esta vez no me prestó atención, pues estaba mirando al agua con mucha atención. Nos hallábamos entre el fino talle del Fides, llegado de Castellamare, y el bauprés de una goleta de tres palos procedente de Génova. Un poco más lejos, dos tartanas que habían llegado por la mañana desde las islas Baleares mostraban sus vientres redondos, llenos de naranjas, que iban perdiendo por todas partes. Las naranjas flotaban en el agua, y el suave oleaje las traía hacia nosotros sobre pequeñas ondas. Mi pescador saltó a una canoa, corrió a la proa y, armado con su palo coronado de corcho, esperó. Y luego pescó. El corcho del palo atrajo una naranja, dos, tres, cuatro, que desaparecieron dentro del saco. Pescó otra más, saltó al muelle y abrió la dorada fruta. Hundió su pequeña boca en la cáscara abierta y devoró la dulce pulpa.

—¡Que aproveche! —le dije.

—Gracias, señor —me respondió, embadurnado por completo del encarnado zumo—, no hay nada que me guste más que las naranjas.

—Hoy tienes suerte —le repliqué—. Pero ¿qué haces cuando no hay naranjas?

—Trabajo en el carbón.

Hundió su pequeña mano en el saco, y la sacó con un enorme trozo de carbón.

El zumo de la naranja le había corrido por los andrajos de la chaqueta. Aquellos andrajos tenían bolsillos. El pequeño sacó de un bolsillo algo parecido a un pañuelo, secó cuidadosamente sus andrajos, y con un gesto

elegante lo volvió a guardar en el bolsillo.

—¿A qué se dedica tu padre? —le pregunté.

—Es pobre.

—Ya, pero ¿a qué se dedica?

El pescador de naranjas se encogió de hombros.

—¡No puede hacer nada, porque es pobre!

Mi interrogatorio acerca de su genealogía no parecía ser de su gusto.

Eché a andar por el muelle y lo seguí; llegamos hasta el «embarcadero vigilado», un recuadro de mar donde gozaban de vigilancia los yates de lujo, los veleros relucientes de caoba encerada, barcos de una limpieza irreprochable. El chaval los contemplaba con ojo de entendido y experimentaba un vivo placer con aquella inspección. Una hermosa embarcación atracaba en aquel momento con su única vela desplegada. Era una vela inmaculada, y henchía su blanco triángulo, brillando luminosa bajo los rayos del sol.

—¡Ésa sí que es buena tela! —dijo nuestro mozalbete.

En ese momento pisó un charco, y su chaqueta, que le preocupaba por encima de todo, quedó toda salpicada. ¡Qué desastre! Poco le faltó para llorar. Sacó de nuevo el pañuelo y limpió y limpió; luego me miró con ojos anhelantes y me preguntó:

—¿Está sucia por detrás?

Le di mi palabra de honor de que estaba limpia. Entonces, más tranquilo, volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo.

A pocos pasos de allí, en la acera que bordea las viejas casas de paredes rojas, azules y amarillas, y en cuyos balcones se veían trapos tendidos de todos los colores, había unas vendedoras de mejillones detrás de unas mesas. Encima de las mesas estaban dispuestos los mejillones, junto a un cuchillo oxidado y una botella de vinagre.

Nos acercamos a los tenderetes y, como los mejillones estaban frescos y tentadores, le dije al pescador de naranjas:

—Si te gustan otras cosas, además de las naranjas, te invito a una docena de mejillones.

Sus negros ojos ardieron de deseo y nos pusimos a comer mejillones. La vendedora los abría y nosotros los devorábamos. Quiso ponernos vinagre, pero mi compañero la detuvo con gesto imperioso. Abrió el saco, rebuscó dentro y sacó triunfante un limón, negro por haber estado en contacto con el carbón. Su

dueño sacó el famoso pañuelo y lo limpió. Luego lo partió y me ofreció la mitad, pero como a mí me gustan los mejillones solos, rechacé su invitación y le di las gracias.

Tras el refrigerio regresamos por el muelle. Entonces el pescador de naranjas me pidió un cigarrillo y lo encendió con una cerilla que tenía en el otro bolsillo de su chaqueta.

Con el cigarrillo entre los labios, y lanzando al cielo bocanadas de humo como un hombre, el chiquillo se plantó sobre una losa al borde del muelle y, con la mirada fija en lo alto de Notre-Dame-de-la-Garde, se colocó en la posición del célebre niño que constituye la más famosa estatua de Bruselas. No perdió ni una pulgada de su estatura, estaba muy orgulloso de sí mismo, y parecía querer anegar el puerto.

GASTON LEROUX

Dos días más tarde Joseph Joséphin volvió a encontrarse en el puerto con Gaston Leroux, quien se le acercó poniéndole el periódico en la mano. El mozalbete leyó el artículo, y el periodista le dio una reluciente moneda de cinco francos. Rouletabille la aceptó sin reparos. Incluso le pareció natural. «Recibo esta moneda —le dijo a Gaston Leroux— como los honorarios del colaborador». Invirtió esos cinco francos en una magnífica caja de limpiabotas con todos sus accesorios y fue a instalarse frente al Brégaillon. Durante dos años se apoderó de los zapatos de todos los que iban allí a comer la tradicional bullabesa. Entre limpieza y limpieza se sentaba en la caja y leía. El sentirse propietario de su caja de zapatos le despertó las aspiraciones. Había recibido una educación y una enseñanza escolar lo bastante buena para comprender que, si no acababa por sí mismo los estudios en los que otros le habían iniciado, se vería privado de la oportunidad de labrarse un futuro y una buena posición en el mundo.

Los clientes no tardaron en interesarse por aquel limpiabotas que siempre tenía en su caja algún libro de historia o de matemáticas, y al fin hizo tan buenas migas con un armador, que éste lo contrató como botones para sus oficinas.

Rouletabille fue ascendido en poco tiempo al puesto de secretario y consiguió reunir algunos ahorros. A los dieciséis años, con algo de dinero en el bolsillo, cogió el tren a París. ¿Para qué? Para ir a buscar a la Dama de Negro. Ni un solo día había dejado de pensar en la misteriosa visitante del locutorio y, aunque ella jamás le dijo que vivía en la capital, estaba convencido de que ninguna otra ciudad del mundo era digna de tener a una dama que utilizaba un perfume tan agradable. Es más, incluso los compañeros del colegio que lograron ver su elegante figura cuando se deslizaba hacia el locutorio, decían: «¡Mira, mira, ha venido la parisina!». Hubiera sido difícil precisar la idea que

rondaba por la cabeza de Rouletabille, y quizá hasta él mismo la ignoraba. Su único deseo era «ver» a la Dama de Negro, aunque fuera de lejos, como un devoto contempla el paso de una imagen sagrada. ¿Se atrevería a acercarse a ella? La fea historia del robo, cuya importancia no había hecho sino crecer en la imaginación de Rouletabille, ¿no se interponía entre ellos como una barrera que él no podía franquear? Era posible, era posible que así fuera, pero a pesar de todo él quería verla: de eso sí estaba completamente seguro.

Al llegar a la capital fue a ver a Gaston Leroux, y en cuanto éste lo reconoció, el muchacho le dijo que, no sintiendo preferencia por ningún trabajo en particular —cosa bastante chocante en un joven tan deseoso de trabajar como él—, había decidido hacerse periodista, y de golpe y porrazo le pidió un empleo de reportero. Gaston Leroux intentó disuadirlo de tan funesta pretensión, pero fue en vano. Y por fin, cansado de luchar contra su insistencia, le dijo:

—Muy bien, amigo mío, si no tiene nada mejor que hacer, intente encontrar «el pie izquierdo de la calle Oberkampf».

Y tras decirle esto se fue, lo que hizo pensar al pobre Rouletabille que el pícaro periodista se estaba burlando de él. Sin embargo, compró y leyó un ejemplar de L'Époque, diario que ofrecía una buena recompensa a quien encontrara el despojo humano que faltaba a la mujer descuartizada de la calle Oberkampf. El resto ya lo conocemos.

En El misterio del cuarto amarillo conté cómo Rouletabille se dio a conocer al gran público en aquella ocasión y de qué modo tuvo, al mismo tiempo, la revelación de su singular profesión, que iba a convertir en parte fundamental de su vida, y que consistía en comenzar a razonar cuando los demás creían haber terminado.

También he relatado qué azar le llevó una tarde al Elíseo, donde sintió pasar el perfume de la Dama de Negro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba siguiendo a la señorita Stangerson. ¿Qué más se puede añadir? Es fácil adivinar las consideraciones sobre las emociones que asaltaron a Rouletabille a propósito del famoso perfume durante los acontecimientos del Glandier, ¡y sobre todo después de su viaje a América! ¿Quién no comprendería ahora sus vacilaciones, sus «cambios» de humor? La información que obtuvo en Cincinnati sobre el hijo de la que había sido esposa de Jean Roussel debió de ser bastante explícita para que sospechara que él podría ser aquel niño, aunque no lo suficiente para estar seguro. Sin embargo, su instinto lo empujaba con tanta vehemencia hacia la hija del profesor, que muchas veces hubo de contenerse para no arrojarle a su cuello, estrecharla entre sus brazos y gritarle: «¡Tú eres mi madre! ¡Tú eres mi madre!». Y salía huyendo, como huyó de la sacristía para no dejar escapar, en un segundo de

tristeza, el secreto que venía quemándole por dentro desde hacía tanto tiempo. ¡Pero también tenía miedo! ¿Y si ella lo rechazaba..., si se apartaba de él con horror..., de él, el ladronzuelo del colegio de Eu, el hijo de Roussel-Ballmeyer, el heredero de los crímenes de Larsan? ¿Y si no podía volver a verla, ni vivir a su lado, ni respirarla, a ella y a su querido perfume, el perfume de la Dama de Negro? ¡Dios mío, cuánto había tenido que luchar contra esa espantosa visión, contra ese impulso que le empujaba a preguntarle cada vez que la veía: «¿Eres tú? ¿Eres tú la Dama de Negro?»! En cuanto a ella, le había querido de inmediato, aunque, sin duda, por su extraordinario comportamiento en el Glandier... Si era ella realmente, ¡debía de pensar que su hijo había muerto! Y si no era ella, si una fatalidad hubiera desencaminado su instinto y su razonamiento..., si no era ella... ¿podía arriesgarse a comentarle que había huido del colegio de Eu porque le acusaban de ladrón? ¡No, no y mil veces no! Más de una vez ella le había preguntado:

—¿Dónde se ha educado usted, mi joven amigo? ¿Dónde hizo sus primeros estudios?

Y él respondía:

—¡En Burdeos!

Aunque hubiera querido responder: «¡En Pekín!».

Sin embargo, aquel suplicio no podía durar. Porque, si en realidad era «ella», sabría qué cosas decirle para ablandarle el corazón.

Cualquier cosa por verse estrechado entre sus brazos. A veces razonaba así. ¡Pero tenía que estar seguro, seguro por encima de la razón, seguro de encontrarse frente a la Dama de Negro, como está seguro el perro tras olfatear a su dueño! Esta figura retórica tan poco afortunada que le venía de modo tan natural a la cabeza debía conducirlo a la idea de «seguir la pista». Ella nos llevó, en las condiciones que ya ustedes conocen, a Le Tréport y a Eu. Sin embargo, me atrevería a decir que aquella expedición quizá no habría podido aportar resultados decisivos a los ojos de un tercero que, como yo, no estaba influido por el aroma, si la carta de Mathilde que entregué a Rouletabille en el tren no hubiera venido de golpe a proporcionarle la seguridad de lo que habíamos ido a buscar. Yo no he leído esa carta. Es un documento tan sagrado a los ojos de mi amigo, que jamás lo verán otros ojos, pero yo sé que los dulces reproches que ella le hacía por su carácter huraño y su hermetismo estaban tan cargados de dolor, que Rouletabille no habría podido equivocarse al respecto, aunque la hija del profesor Stangerson no le hubiera confiado, en una frase final en la que daba rienda suelta a su desesperación de madre, que «el interés que ella sentía por él procedía, no tanto de los favores que le había hecho, sino del recuerdo que guardaba de un niño, hijo de una amiga suya, a quien ella había querido mucho, y que se había suicidado, “como un

hombrecito”, a la tierna edad de nueve años. ¡Y Rouletabille se parecía tanto a él!...».

V. Pánico

Dijon... Mâcon... Lyon... Él está en la litera de arriba, encima de mi cabeza, pero estoy seguro de que no duerme. Lo he llamado en voz baja y no me ha contestado, pero no duerme. ¡Pondría la mano en el fuego! ¿En qué estará pensando? Se le ve muy tranquilo. ¿Qué le proporciona esa calma? Aún lo veo en el locutorio, levantándose de repente y diciendo: «¡Vámonos!», con una voz sosegada, tranquila, decidida... Vámonos, ¿hacia qué? ¿Hacia dónde había decidido ir? Hacia ella, evidentemente, porque estaba en peligro y sólo él podía salvarla; hacia ella, que era su madre ¡pero que no lo sabría nunca!

«Es un secreto que ha de quedar entre usted y yo. ¡Ese niño está muerto para todos, excepto para usted y para mí!».

Ésa era su decisión: el firme y súbito propósito de no decirle nada. ¡Y pensar que el pobre muchacho había ido en busca de esa certeza sólo para sentirse con derecho a hablar con ella!... Desde el mismo momento en que lo supo se obligó a olvidar, se condenó al silencio. Pequeña gran alma heroica, había comprendido que la Dama de Negro, que necesitaba su ayuda, no querría una salvación comprada a costa de la lucha del hijo contra el padre. ¿Hasta dónde podría llegar esa lucha? ¿Hasta qué sangriento conflicto? Había que preverlo todo, era preciso tener las manos libres y la mente fría para defender a la Dama de Negro, ¿verdad, querido amigo?

Rouletabille está tan tranquilo que ni siquiera oigo su respiración. Me inclino sobre él..., tiene los ojos abiertos.

—¿Sabe en qué pensaba? —me dijo—. En ese telegrama de Bourg enviado por Darzac, y en el otro, el que ha enviado Stangerson desde Valence.

—También he pensado en ello, y en efecto, resulta extraño. En Bourg, el señor y la señora Darzac ya no están con el señor Stangerson porque éste los ha dejado en Dijon. Por lo demás, el telegrama lo dice bien claro: «Vamos a reunirnos con el señor Stangerson». Ahora bien, el telegrama de Stangerson demuestra que éste, que había continuado su camino hasta Marsella, se encuentra otra vez con los Darzac. Así, pues, los Darzac deberían haberse reunido con el señor Stangerson en la línea de Marsella; pero entonces, debemos suponer que el profesor ha hecho una parada en el camino. ¿Con qué motivo? Él no tenía previsto realizar ninguna parada. En la estación dijo: «Mañana a las diez estaré en Menton». Vea la hora de expedición del

telegrama en Valence y comprobemos en el horario de trenes la hora a la que el señor Stangerson debía pasar por Valence, a no ser que hubiera hecho una parada en el trayecto.

Revisamos los horarios. El señor Stangerson debía pasar por Valence a las 00.44 de la noche; el telegrama había sido expedido a las «00.47», de modo que el señor Stangerson puso el telegrama en Valence en el curso de su viaje normal. En ese momento se reunirían con él el señor y la señora Darzac. Siempre con los horarios en la mano, logramos comprender el misterio de dicho encuentro. El señor Stangerson había dejado a los Darzac en Dijon, donde todos habían llegado a las 18.27 de la tarde y cogido el tren que salía a las 19.08 y que llegaba a Lyon a las 22.04 y a Valence a las 00.47. Entretanto, los Darzac, tras haber salido de Dijon a las 19.00, continuaron su camino por Modane y Saint-Amour, y llegaron a Bourg a las 21.03, en el tren que normalmente debía proseguir su marcha a las 21.08. En el telegrama que el señor Darzac puso desde Bourg figuraba como hora de expedición las 21.28. Lo que significaba que los Darzac habían abandonado el tren y se habían quedado en Bourg. También podía haber ocurrido que el tren hubiera sufrido algún retraso. En todo caso, teníamos que buscar la razón de ser del telegrama del señor Darzac entre Dijon y Bourg, después de la partida del señor Stangerson. Incluso se podía precisar más: entre Louhans y Bourg. En efecto, el tren se detiene en Louhans y, si el problema que motivó el telegrama hubiera sucedido antes de Louhans (donde habían llegado a las 20.00), es posible que el señor Darzac hubiera teleografiado desde allí.

A continuación buscamos la correspondencia entre Bourg y Lyon, comprobamos que el señor Darzac había puesto su telegrama en Bourg un minuto antes de la salida hacia Lyon del tren de las 21.29. Dicho tren llega a Lyon a las 22.33, mientras que el tren del señor Stangerson llegaba a Lyon a las 22.34. Después del rodeo por Bourg y su parada allí, el señor y la señora Darzac habían podido o habían debido reunirse con el señor Stangerson en Lyon, adonde habían llegado ¡sólo un minuto antes que él! Ahora bien, ¿qué suceso les había empujado fuera de su ruta? No nos quedaba más que pensar en las más tristes hipótesis, y todas, ¡Dios mío!, apuntaban a la reaparición de Larsan. Lo que estaba claro era el deseo de cada uno de nuestros amigos de no asustar a nadie. El matrimonio Darzac, cada uno por su parte, debieron de hacer todo lo posible por disimular la gravedad de la situación. En lo que respecta al señor Stangerson, cabía preguntarnos si le habían puesto al corriente de la posible tragedia.

Después haber desentrañado, aproximadamente, los misterios a distancia, Rouletabille me invitó a disfrutar de las lujosas instalaciones que la Compañía Internacional de Coches Camas pone a disposición de los viajeros que gustan tanto del descanso como del viaje, y él dio ejemplo entregándose a un aseo

nocturno tan meticulado como hubiera podido hacerlo en la habitación de un hotel. Un cuarto de hora después, estaba roncando; pero yo no di demasiado crédito a sus ronquidos. En todo caso, yo no dormí. En Aviñón, Rouletabille saltó de la cama, se puso un pantalón y una chaqueta y corrió al bar de la estación a tomarse un chocolate caliente. Yo no tenía hambre. De Aviñón a Marsella, atenazados por la ansiedad, el viaje transcurrió prácticamente en silencio; después, a la vista de aquella ciudad donde Rouletabille había vivido una época de su infancia tan extraña, y seguramente para alejar la angustia creciente que sentía a medida que nos acercábamos a nuestro destino, rememoró algunas viejas anécdotas, que me contó sin que pareciera encontrar el menor placer en ello. Tampoco yo ponía demasiada atención a lo que me decía. Y así llegamos a Toulon.

¡Vaya viaje! ¡Con lo hermoso que pudo haber sido! Por lo general, siempre me invade un gran entusiasmo cuando vengo a esta hermosa región de la Costa Azul, que se antoja un rincón del Paraíso, sobre todo después de la horrible salida de París, entre nieve, lluvia o barro, humedad, oscuridad, suciedad. Con qué alegría ponía los pies por la noche en los andenes de la prestigiosa P. L. M., seguro de encontrarme, a la mañana siguiente, con ese gran amigo que me esperaba al final de los raíles: ¡el sol!

Ya en Toulon, nuestra ansiedad desbordaba. Al llegar a Cannes no nos sorprendió ver en el andén de la estación al señor Darzac, pues Rouletabille le había enviado un telegrama desde Dijon anunciándole la hora de nuestra llegada a Menton. Él había llegado allí la víspera, a las diez de la mañana, en compañía de Mathilde y del señor Stangerson. Era evidente que había madrugado para poder llegar a Cannes antes que nosotros. Su expresión era tan sombría, que nos espantamos al verlo.

—¿Alguna desgracia? —preguntó Rouletabille.

—¡Aún no...! —respondió.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Rouletabille—. Hemos llegado a tiempo.

El señor Darzac sencillamente dijo:

—¡Gracias a los dos por haber venido!

Nos estrechó la mano y nos condujo hasta nuestro compartimento; una vez dentro, cerró la puerta con llave y corrió las cortinas. Cuando estuvimos tan a solas como en nuestra casa y el tren se puso en marcha de nuevo, comenzó a hablar. Estaba tan emocionado, que le temblaba la voz.

—¡Resulta que no está muerto!

—Es lo que nos imaginábamos —dijo Rouletabille—. Pero ¿está usted seguro?

—Lo he visto tal y como los veo a ustedes ahora.

—¿También lo ha visto su esposa?

—¡Por desgracia! ¡Pero hay que hacer lo imposible para que crea que fue una ilusión! ¡Si no, se volverá loca! ¡Ay, amigos míos, qué mal agüero nos persigue! ¿Qué pretende de nosotros este hombre?

Miró a Rouletabille, cuyo aspecto era aún más sombrío que el del señor Darzac. El golpe, por más que lo esperaba, lo hirió profundamente. Se quedó desplomado en un rincón, y hubo un pesado silencio entre los tres; luego el señor Darzac continuó:

—¡Presten atención! ¡Es preciso que ese hombre desaparezca de nuestras vidas! Iremos a verlo, le preguntaremos qué quiere... y le daremos todo el dinero que nos pida. Y si no accede, ¡le mataré! ¡Así de sencillo! ¿No creen ustedes?

No respondimos. Aquel hombre era digno de compasión. Rouletabille, haciendo un visible esfuerzo por controlar su emoción, le pidió que se calmara y que nos contara punto por punto todo lo que había pasado desde que salieron de París.

Entonces nos confirmó que el suceso había ocurrido en Bourg, tal como habíamos imaginado. El señor Darzac había reservado dos compartimentos de coches camas, comunicados entre sí por un cuarto de baño. En el primero habían dejado el bolso de viaje y el neceser de la señora Darzac, y en el segundo los bultos pequeños. En éste habían viajado los tres desde París. En Dijon bajaron del tren y cenaron en el restaurante de la estación. Tenían tiempo, puesto que habían llegado a las 18.27, y el señor Stangerson no salía de Dijon hasta las 19.08, y los Darzac a las 19.00 en punto.

Después de cenar, el profesor se despidió de su hija y de su yerno en el andén. Éstos subieron a su compartimento (el de los bultos pequeños) y se despidieron del profesor desde la ventanilla. El profesor Stangerson seguía saludándoles con la mano cuando el tren ya estaba en marcha. De Dijon a Bourg ninguno de los dos entró en el compartimento donde se encontraba el bolso de viaje de la señora Darzac. La puerta del pasillo de dicho compartimento había sido cerrada en París nada más colocar el equipaje. Pero ni el empleado la había cerrado por fuera con llave ni los Darzac habían echado el cerrojo por dentro. El señor Darzac había tenido la precaución de correr por dentro la cortina del cristal de dicha puerta, de modo que desde el pasillo no se podía ver nada de lo que pasaba en el interior. En cambio, no habían corrido la cortina de la puerta del compartimento en el que viajaban. Todo esto fue descubierto por Rouletabille gracias a un riguroso interrogatorio, cuyos detalles no voy a referir; ofrezco simplemente el

resultado para establecer las condiciones externas del viaje de los Darzac hasta Bourg, y del señor Stangerson hasta Dijon.

Cuando llegaron a Bourg, les notificaron que, a consecuencia de un accidente ocurrido en la línea de Culoz, el tren permanecería inmovilizado durante una hora y media. Así que la pareja bajó del tren con idea de dar un paseo. El señor Darzac recordó de pronto que tenía que escribir algunas cartas urgentes y le dijo a su mujer que aprovecharía la parada para hacerlo. Entraron en el restaurante y pidió que le trajeran lo necesario para escribir. Mathilde se sentó a su lado, pero en seguida se levantó y dijo que iba a dar una vuelta por la estación mientras él despachaba su correspondencia.

—Muy bien —respondió el señor Darzac—. En cuanto acabe iré a buscarte.

Y ahora dejo el relato en la boca del señor Darzac:

—Cuando acabé de escribir —nos dijo— y me disponía a salir en busca de Mathilde, la vi entrar enloquecida en el restaurante. Se arrojó a mis brazos y gritó: «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!». Era incapaz de decir otra cosa. Temblaba espantosamente. La tranquilicé, le dije que no tenía nada que temer estando yo a su lado, y, con dulzura y mucho tacto, le pregunté cuál era el motivo de tan súbito horror. La obligué a sentarse, pues las piernas no la sostenían, y le sugerí que tomara algo, pero ella repuso que en ese momento no podría tragar ni una gota de agua. Le castañeteaban los dientes. Al fin pudo hablar, aunque interrumpiéndose a cada frase y mirando con espanto a su alrededor. Me contó que había ido a dar una vuelta por los alrededores de la estación, sin alejarse demasiado, pensando que yo no tardaría mucho con mis cartas. Cuando volvía al restaurante por el andén, vio que varios empleados de los coches camas estaban preparando las literas en un vagón contiguo al nuestro. De pronto recordó que había dejado abierto el bolso donde guardaba las joyas, y fue a cerrarlo, no porque dudara de la honradez de los empleados, sino por simple prudencia. Así que subió al vagón, se deslizó por el pasillo y llegó a la puerta del compartimento reservado para ella y en el que no habíamos entrado desde nuestra salida de París. Abrió la puerta y, de pronto, no pudo evitar lanzar un grito horrible. Nadie la oyó, pues el vagón estaba desierto y en ese momento pasaba un tren inundando la estación con el sonido atronador de la locomotora. ¿Qué había sucedido? Algo inusitado, monstruoso, enloquecedor. La puerta del compartimento que daba al cuarto de baño estaba ligeramente abierta hacia el interior del compartimento. Dicha puerta estaba decorada con un espejo. Pues bien, ¡Mathilde acababa de atisbar la figura de Larsan en el espejo! Saltó hacia atrás, pidiendo socorro y huyendo tan precipitadamente que al saltar del vagón cayó de bruces en el andén. Se levantó y, por fin, llegó al restaurante en el estado que les he dicho. Cuando me lo contó, mi primera reacción fue no dar crédito a sus palabras, en primer

lugar porque el suceso era tan espantoso que me negaba a creerlo, y en segundo lugar porque, para evitar que se volviera loca, ¡debía aparentar que no la creía! ¿Es que no estaba Larsan muerto y bien muerto? A decir verdad, no acababa de creerme la historia, y lo atribuía a un efecto del espejo y a su imaginación. Naturalmente quise cerciorarme y le propuse ir juntos al compartimento para demostrarle que había sido víctima de una especie de alucinación. No la convencí, y me dijo que jamás volveríamos a aquel compartimento y que se negaba a continuar el viaje en ese tren. Todo esto lo farfullaba con frases rotas y entrecortadas. Apenas podía respirar..., me daba una pena infinita... ¡Cuanto más intentaba convencerla de que aquella visión era ficticia, más insistía ella en que era real! Yo le dije que, durante los sucesos del Glandier, ella había visto muy poco a Larsan, lo cual era cierto, y que no conocía suficientemente aquella cara para estar segura de no haberla confundido con la de algún otro que se le pareciera. Me respondió que recordaba perfectamente la cara de Larsan, por habersele aparecido en dos circunstancias tales que no olvidaría nunca aunque viviera cien años. La primera vez, cuando el caso de la galería inexplicable, y la segunda en el momento que fueron a detenerme a mi habitación. Y además, ahora que sabía que era Larsan, no sólo había reconocido los rasgos del policía: ¡detrás de ellos había reconocido también la figura del hombre que no había dejado de perseguirla durante tantos años! Dios mío, juraba por su vida y por la mía que acababa de ver a Ballmeyer, que Ballmeyer estaba vivo..., vivo en el espejo, con la cara afeitada, como Larsan, completamente afeitada, y su frente y su cabeza con amplias entradas... ¡Se aferraba a mí como si temiera una separación aún más horrible que las otras! Me arrastró hasta el andén... De pronto me soltó y, tapándose los ojos con la mano, corrió hacia la oficina del jefe de estación, que se quedó tan espantado como yo al verla. Yo me decía: «¡Va a enloquecer!». Le expliqué al hombre que mi mujer se había asustado mucho al encontrarse sola en el compartimento, y le rogué que permaneciera con ella mientras yo trataba de averiguar qué la había espantado tanto... Y entonces, amigos míos, entonces... —continuó Robert Darzac—, no había acabado de traspasar la puerta de la oficina, cuando me volví hacia atrás y cerré de un portazo. Mi expresión debió de ser terrible, pues el jefe de estación me miró con ojos de asombro. ¡Y es que yo... yo también acababa de ver a Larsan! ¡No, mi mujer no alucinaba! Larsan estaba allí, en la estación..., en el andén, detrás de esa puerta.

Robert Darzac calló un instante, como si el recuerdo de aquella terrible visión le hubiera arrebatado la fuerza para poder continuar su relato. Se pasó la mano por la frente, exhaló un suspiro y continuó:

—Frente a la puerta de la oficina del jefe de estación había una farola de gas, y bajo la farola estaba Larsan. Era evidente que estaba esperándonos, acechándonos... Y, aunque parezca increíble, ¡no se escondía! ¡Al contrario,

parecía estar allí para que lo viéramos! Yo había vuelto a entrar en la oficina y cerrado la puerta instintivamente. Cuando volví a abrirla, decidido a ir hacia ese miserable, ¡ya había desaparecido! El jefe de estación creyó que estaba ante dos locos. Mathilde me miraba, sin pronunciar palabra, con los ojos abiertos, como sonámbula. Volvió a la realidad para preguntar si había mucha distancia entre Bourg y Lyon y cuál era el próximo tren que se dirigía allí. Me pidió que ordenara traer nuestro equipaje, y me rogó que le jurara que iríamos a reunirnos con su padre cuanto antes. Como no veía otra forma de calmarla, lejos de oponerme, acepté de inmediato su propuesta. Además, ahora que había visto a Larsan con mis propios ojos, sí, sí, con mis propios ojos, comprendía que nuestro viaje de bodas era imposible y, debo confesárselo, amigo mío —añadió Darzac mirando a Rouletabille—, empecé a sentir que corríamos un peligro real, uno de esos misteriosos y fantásticos peligros de los que sólo usted podría librarnos, si es que aún había tiempo. Mathilde me agradeció la presteza con que lo dispuse todo para reunirnos sin pérdida de tiempo con su padre, y se alegró mucho cuando supo que unos minutos más tarde (pues todo aquel suceso apenas había durado un cuarto de hora) podríamos coger el tren de las 21.29, que llegaba a Lyon alrededor de las 22.00. Luego, tras haber consultado el horario de trenes y comprobado que podríamos reunirnos en el mismo Lyon con el señor Stangerson, Mathilde volvió a mostrarme una vez más su gratitud, como si yo hubiera sido el responsable de aquella feliz coincidencia. Se calmó un poco cuando el tren de las 21.00 horas llegó a la estación; pero en el momento en que íbamos a subir, cuando atravesábamos rápidamente el andén y pasábamos bajo la farola donde yo había visto a Larsan, la sentí desfallecer de nuevo bajo mi brazo. Le pregunté si había visto algo, pero no respondió. Su turbación aumentaba, y me suplicó que no viajáramos solos, sino en un compartimento junto a otros pasajeros. Con el pretexto de ir a vigilar mi equipaje, la dejé un instante entre los otros pasajeros y fui corriendo a poner el telegrama que usted recibió. A ella no le dije nada del telegrama, porque yo seguía pretendiendo que creyera que sus ojos la habían engañado. No debía pensar ni por un momento que yo creía en tal resurrección. Cuando abrí el bolso de mi mujer, comprobé que no habían tocado las joyas. Las escasas palabras que intercambiamos se refirieron a la discreción que debíamos guardar en presencia del señor Stangerson, quien, de saberlo, se hundiría en una tristeza fatal. Dejo de lado la sorpresa de éste cuando nos vio en el andén de la estación de Lyon. Mathilde le contó que a consecuencia de un grave accidente ferroviario se había cortado la línea de Culoz, y que, como nos veíamos obligados a dar un rodeo, habíamos decidido pasar unos días con él en casa de Arthur Rance y su joven esposa, aceptando a última hora el amable ofrecimiento que éstos nos habían hecho.

Quizá sea hora de informar al lector, aunque interrumpamos por un instante el relato del señor Darzac, que Arthur William Rance, quien, como

relaté en El misterio del cuarto amarillo, durante tantos años había alimentado un amor sin esperanza por la señorita Stangerson, renunció definitivamente a sus pretensiones amorosas y acabó casándose con una joven americana que no se parecía en nada a la misteriosa hija de su ilustre profesor.

Después de los sucesos del Glandier, y mientras la señorita Stangerson estaba aún ingresada en un sanatorio de los alrededores de París, supimos que William Arthur Rance iba a casarse con la sobrina de un viejo geólogo de la Academia de Ciencias de Filadelfia. Aquellos que conocían su desgraciada pasión por Mathilde y los excesos a los que le condujo —de hombre sobrio y sensato se había convertido en un alcohólico— creían que Rance se había casado por despecho y no auguraban nada bueno de una unión tan repentina. Opinaban que esa unión, provechosa para Arthur Rance porque miss Edith Prescott era rica, se había celebrado en circunstancias un tanto raras. Pero todo eso son rumores que aclararé cuando tenga tiempo. Entonces sabrán ustedes por qué serie de circunstancias los Rance fijaron su residencia en las Rochers Rouges, en el antiguo castillo de la península de Hércules, que habían comprado el otoño anterior.

Pero dejemos de nuevo al señor Darzac en posesión de la palabra para que continúe contándonos su extraño viaje.

—Una vez dadas las explicaciones pertinentes al señor Stangerson —siguió con su relato nuestro amigo—, mi mujer y yo nos dimos perfecta cuenta de que el profesor no comprendía nada de lo que le contábamos y que, en lugar de alegrarse por volver a vernos, estaba triste. Él intuía que había pasado algo raro y que se lo estábamos ocultando. Mathilde desvió la conversación hacia la ceremonia que se realizaría por la mañana. De esta forma apareció usted en la conversación, amigo mío —el señor Darzac se dirigió a Rouletabille—, y entonces aproveché la ocasión para comentarle al señor Stangerson que puesto que íbamos a encontrarnos todos en Menton y usted no sabía dónde pasar las vacaciones, estaría muy contento si lo invitábamos a reunirse con nosotros. En las Rochers Rouges sobra sitio, y Arthur Rance y su joven mujer están encantados de recibirle. Mientras yo hablaba, Mathilde aprobaba con la mirada, y mi mano, que ella oprimió con ternura, me comunicó la alegría que mi proposición le causaba. De este modo, al llegar a Valence, pude poner el telegrama que el señor Stangerson, a instancias mías, acababa de escribir y que seguramente habrá recibido usted. Como podrá imaginarse, no pegamos ojo en toda la noche. Mientras su padre descansaba en el compartimento contiguo al nuestro, Mathilde abrió mi equipaje y sacó un revólver. Lo cargó, me lo metió en el bolsillo del pantalón, y me dijo: «¡Si alguien nos ataca, defiéndenos!». ¡Dios mío, qué noche horrible hemos pasado, amigo mío, qué noche! Permanecíamos en silencio, fingiendo que dormíamos, con los párpados cerrados y la luz encendida, porque no nos

atrevíamos a que la oscuridad se posara a nuestro alrededor. Teníamos echado el cerrojo de la puerta, y aun así temíamos que él apareciera. Si oíamos el menor ruido en el pasillo, el corazón nos saltaba dentro del pecho. ¡Ella incluso cubrió el cristal de la ventana con un paño por miedo de ver surgir su cara de la nada! ¿Nos habría seguido? ¿Habíamos conseguido engañarlo? ¿Habíamos escapado de él? ¿O habría vuelto a subir en el tren de Culoz? Yo no lo creía. Y ella, ella... ¡Dios mío, la sentía, allí, en su asiento, silenciosa, como muerta; la pobre estaba desesperada, más decaída incluso que yo, por la fatalidad que arrastraba! Quise consolarla, reconfortarla, pero no hallé las palabras, y cuando intenté decirle algo, ella me hizo una señal tan desolada que comprendí que lo mejor era callarme. Así que, como ella, cerré los ojos.

De esta manera nos habló Robert Darzac, y puedo asegurarles que no es una transcripción aproximada. Rouletabille y yo juzgamos tan importante su relato que, a nuestra llegada a Menton, nos pusimos a escribirlo con la mayor fidelidad posible, y poco después, cuando lo tuvimos todo bien ligado, lo sometimos al criterio de Robert Darzac, que introdujo algunas modificaciones sin importancia, hasta quedar tal como lo habéis leído.

La noche del viaje del señor Stangerson y los Darzac no presentó ningún incidente digno de ser anotado. En la estación de Menton-Garavan se encontraron con Arthur Rance, quien también se sorprendió mucho de ver a los recién casados; pero, en cuanto supo que habían decidido pasar unos días en su casa, aceptando finalmente la invitación que hasta entonces habían rechazado con diferentes pretextos, se sintió muy satisfecho y declaró que su mujer estaría encantada. También se alegró al enterarse de la próxima llegada de Rouletabille. Arthur Rance había sufrido por la extrema reserva con que, incluso después de su matrimonio con miss Edith Prescott, lo había tratado Robert Darzac. En su última estancia en San Remo, el joven profesor de la Sorbona se había limitado a hacer una breve y escueta visita al castillo de Hércules. Sin embargo, cuando volvió a Francia, advertidos los Rance por los Stangerson de la vuelta de Darzac, se apresuraron a encontrarse con él en la estación de Menton-Garavan, la primera población después de la frontera, lo saludaron con toda cordialidad y alabaron amablemente su buen aspecto. En una palabra, no era culpa de Arthur Rance que sus relaciones con los Darzac no fueran mejores.

Hemos visto cómo la reaparición de Larsan en la estación de Bourg había estropeado el plan de viaje de los Darzac y había transformado su estado de ánimo, haciéndoles mudar sus sentimientos de reserva y circunspección con respecto a Rance, y llevándolos hasta el señor Stangerson —que no sabía nada pero comenzaba a sospechar algo—, en casa de unas personas que, si no les eran simpáticas del todo, sí les parecían honradas, leales y susceptibles de defenderlos. Al mismo tiempo le solicitaron a Rouletabille su ayuda. Robert

Darzac sintió auténtico pánico cuando, al llegar a la estación de Niza, vio a Arthur Rance. Pero antes de que él apareciera ocurrió un pequeño incidente que no quiero pasar por alto. Nada más llegar a Niza, salté al andén y corrí a la oficina de la estación para preguntar si había llegado algún telegrama a mi nombre. Me dieron el papel azul y, sin abrirlo, volví al encuentro de Rouletabille y del señor Darzac.

—Tenga, lea —dije al joven.

Rouletabille abrió el telegrama y leyó:

—«Brignolles no ha salido de París desde el 6 de abril; con toda certeza».
—Rouletabille se echó a reír a carcajadas—. ¿Ha sido usted quien ha pedido esta información? ¿Qué idea se le había pasado por la cabeza?

—Fue en Dijon —respondí, bastante humillado por la actitud de Rouletabille— donde me vino la idea de que Brignolles podía estar metido en las desgracias que hacen prever los telegramas que usted recibió. Y le pedí a un amigo que me informara acerca de los actos y movimientos de ese individuo. Tenía mucha curiosidad por saber si había salido de París.

—Bueno —respondió Rouletabille—, pues ya está usted informado. ¿Pensaba que los rasgos paliduchos de su Brignolles podían ocultar a Larsan resucitado?

—¡No, no, de ninguna manera! —mentí, pues temía que Rouletabille se burlara de mí.

La verdad era que sí lo había pensado.

—¿Todavía no ha terminado usted con Brignolles? —me preguntó tristemente el señor Darzac—. Es un pobre diablo, pero no es mal tipo.

—Pues yo no lo creo así —protesté.

Y me hundí en mi asiento. En general, no estaba muy satisfecho de mis pesquisas personales ante Rouletabille, porque con frecuencia se burlaba de ellas. Pero aquella vez íbamos a tener la prueba, unos días más tarde, de que si bien Brignolles no ocultaba una nueva transformación de Larsan, no por ello dejaba de ser un miserable. Y a este respecto, Rouletabille y el señor Darzac tuvieron que reconocer lo acertado de mi intuición y excusarse conmigo. Pero no precipitemos los acontecimientos. Si he hablado de este incidente, es para dar una idea de cuán obsesionado me tenía el temor de encontrar a Larsan oculto bajo alguna máscara presente a nuestro alrededor. ¡No era para menos! Ballmeyer había demostrado con tanta frecuencia su talento, su genio, sobre todo en este aspecto, que no creía andar demasiado errado al desconfiar de todo el mundo. Pronto iba a comprender —y la llegada inopinada de Arthur Rance contribuyó a ello— que Larsan esta vez había cambiado de táctica.

Lejos de ocultarse, ahora se exhibía, al menos a alguno de nosotros, con una audacia sin igual. ¿Qué tenía que temer en esta región? ¡No serían el señor Darzac ni su mujer quienes fueran a denunciarlo! Y, por consiguiente, tampoco sus amigos. ¡Su exhibición ostentosa parecía tener como objetivo arruinar la felicidad de los esposos, que creían haberse desembarazado para siempre de él! Pero surgía una objeción. ¿Por qué aquella venganza? ¿No habría sido más eficaz mostrarse antes de la boda? ¡Así la habría impedido! ¡Sí, pero habría tenido que mostrarse en París! ¿Era eso lo que había hecho reflexionar a Larsan? ¿Quién podía asegurarlo?

En fin, escuchemos ahora a Arthur Rance, que acaba de reunirse con nosotros en el compartimento. Por supuesto, él no sabe nada de la historia de Bourg ni de la aparición de Larsan, pero ha venido a darnos una terrible noticia. Si aún nos quedaba alguna esperanza de haber perdido de vista a Larsan en la línea de Culoz, vamos a tener que abandonarla. ¡Arthur Rance acaba de encontrarse frente a él! Y ha venido a advertirnos para que nos pongamos de acuerdo sobre cómo actuar.

—Fue después de llevarlo a usted a la estación. —Rance se dirigió a Darzac—. Una vez que partió el tren, su mujer, el señor Stangerson y yo volvimos paseando por el malecón de Menton. Ellos dos iban del brazo, charlando, y yo caminaba a la derecha del señor Stangerson. A la salida de un jardín público, nos detuvimos para dejar pasar a un tranvía, y me choqué con un individuo, que me dijo: «¡Perdón!». Al instante me sobresalté porque aquella voz me resultó extrañamente familiar; levanté la cabeza, y ¡era Larsan! ¡Era la voz que había oído en la audiencia! Nos miraba fijamente a los tres y parecía tan tranquilo. ¡No sé cómo pude contenerme y no gritar el nombre de ese miserable! Me llevé rápidamente de allí al señor Stangerson y a su hija, que no habían visto nada; les hice dar la vuelta al quiosco de música y los conduje a una parada de carruajes. En la acera, de pie, estaba otra vez él. ¡No entiendo cómo el profesor y su hija no lo vieron!

—¿Está usted seguro? —interrogó ansiosamente Robert Darzac.

—¡Completamente! Entonces fingí un ligero malestar, subimos al carruaje y le dije al cochero que partiera a toda prisa. El hombre seguía de pie en la acera, observándonos con su fría mirada.

—¿Está seguro de que mi mujer no lo vio? —volvió a preguntar Darzac, cada vez más agitado.

—¡Segurísimo!

—¡Dios mío! —interrumpió Rouletabille—. Si piensa usted, señor Darzac, que va a poder engañar mucho tiempo a su mujer a ese respecto, creo que está haciéndose demasiadas ilusiones.

—Sin embargo —replicó Darzac—, poco a poco la idea de la alucinación fue ganando terreno en su ánimo y, al llegar a Garavan, parecía casi tranquila.

—¿Al llegar a Garavan? —dijo Rouletabille—. Pues aquí tiene, mi querido señor Darzac, el telegrama que me envió desde allí su mujer.

El reportero le tendió aquel telegrama que no contenía más que la palabra: «¡Socorro!».

El pobre señor Darzac se hundió más todavía.

—¡Pobre, se volverá loca! —dijo, sacudiendo abatido la cabeza.

Eso era lo que todos temíamos y, cosa curiosa, cuando llegamos a la estación de Menton-Garavan y nos encontramos con el señor Stangerson y la señora Darzac, que habían venido a buscarnos a pesar de la promesa formal que el profesor hiciera a Arthur Rance de quedarse con su hija en las Rochers Rouges hasta su vuelta, por razones que le diría más tarde y que aún no había tenido tiempo de inventar, la señora Darzac acogió a Joseph Rouletabille con una frase que no era sino el eco de nuestro terror. Tan pronto como vio al joven corrió hacia él, y tuvimos la impresión de que se contenía para no estrecharlo entre sus brazos delante de todos nosotros. Vi que se aferraba a él como un náufrago a la única mano que puede salvarlo del naufragio. Entonces la oí murmurar:

—¡Definitivamente creo que voy a volverme loca!

Rouletabille palideció. Ya le había visto así otras veces, pero nunca con una expresión tan fría.

VI. La fortaleza de Hércules

El viajero que se apea en la estación de Garavan, cualquiera que sea la época del año en que visite ese lugar encantado, tendrá la sensación de haber llegado al jardín de las Hespérides, cuyas manzanas de oro excitaron la codicia del vencedor del león de Nemea. Sin embargo —a propósito de los innumerables naranjos y limoneros que, a lo largo de los senderos y por encima de las tapias, ofrecen sus racimos al sol en medio de ese aire perfumado—, quizá no habría evocado yo el recuerdo trasnochado del hijo de Júpiter y Alcmena, si aquel paseo fabuloso por la más dulce de las riberas no me recordara toda su gloria mitológica. Cuentan que los fenicios, al llevar sus penates hasta la sombra de la roca que un día habitarían los Grimaldi, dieron el nombre de Hércules al pequeño puerto que la roca abriga, en honor a su dios, lo mismo que a la costa, a un monte, a un cabo y a una península; pero

imagino yo que dicho nombre se lo encontraron ya puesto y que, si realmente los dioses, cansados del polvo blanco de los caminos de la Hélade, se fueron a buscar a otro sitio una residencia maravillosa, tibia y perfumada para descansar de sus aventuras, no pudieron encontrar otro más hermoso que éste. Los dioses fueron los primeros turistas de la Riviera. El jardín de las Hespérides no estaba en otro lugar, y Hércules hizo sitio a sus compañeros del Olimpo librándoles de aquel malvado dragón de cien cabezas que quería conservar la Costa Azul sólo para él. ¡Así que no estoy muy seguro de que los huesos del *Elephas antiquus*, descubiertos hace unos años en el fondo de las Rochers Rouges, no sean los de aquel dragón!

Salimos de la estación y, al llegar en silencio a la ribera, nuestros ojos se vieron sorprendidos por la deslumbrante silueta del castillo, erguido sobre la península de Hércules, que las obras realizadas en la frontera hicieron desaparecer, por desgracia, hace unos diez años. Los oblicuos rayos del sol que herían los muros de la vieja Torre Cuadrada la hacían destellar sobre el mar como una coraza. Vieja centinela, rejuvenecida por la luz, parecía aún ser la guarda de la bahía de Garavan, curvada como una hoz azul. Poco a poco, a medida que nos acercábamos, su brillo se extinguió. Detrás de nosotros, el astro se iba poniendo tras la cresta de los montes; al oeste, los promontorios, con la cercanía de la noche, se arrojaban ya en sus mantos de púrpura, y el castillo, cuando franqueamos su umbral, se mostraba como una sombra amenazadora y hostil.

Una silueta pálida y encantadora apareció en los primeros escalones de la estrecha escalera que conducía a una de las torres del castillo. Era la mujer de Arthur Rance, la hermosa y deslumbrante Edith. Os aseguro que no era más blanca la novia de Lammermoor el día en que el joven viajero de los ojos negros la salvó del impetuoso toro; ¡pero Lucía tenía los ojos azules, Lucía era rubia! ¡Oh Edith...! ¡Oh, era perfecta para interpretar un papel romántico en un marco medieval, para hacer de princesa incierta, lejana, quejumbrosa y melancólica! ¡No se pueden tener esos ojos, my lady! Sus cabellos eran más negros que el ala de un cuervo. Un color, el negro, que no suele pertenecer a la raza angelical. Sin embargo, ¿es usted un ángel, Edith? ¿Es natural esa languidez? ¿No miente la dulzura de sus rasgos? Perdón por hacerle todas estas preguntas, Edith; pero cuando la vi por primera vez, tras haber sido seducido por la delicada armonía del conjunto de su blanca imagen, inmóvil en aquella escalinata de piedra, seguí la mirada negra de sus ojos, que se posó en la hija del profesor Stangerson, y vi un destello duro que contrastaba extrañamente con el timbre amistoso de su voz y la sonrisa indolente de su boca.

La voz de esta joven tiene un indiscutible encanto; su figura, sus movimientos, todo en ella es armonioso. A las presentaciones formales, de las

que obviamente se encarga Arthur Rance, ella responde de forma sencilla, acogedora y hospitalaria. Rouletabille y yo, deseosos de tener libertad de movimientos, planteamos cortésmente la posibilidad de alojarnos fuera del castillo. Ella compone una mueca deliciosa, se encoge de hombros con un gesto infantil, nos dice que nuestras habitaciones están ya preparadas y pasa a otro tema.

—¡Acompañenme! Ustedes aún no conocen el castillo. ¡Vengan! ¡Les enseñaré «la Loba»... Es el único rincón misterioso que hay aquí! ¡Es lúgubre, sombrío y frío! ¡Da miedo! ¡Y a mí me encanta tener miedo! ¡Oh, señor Rouletabille! Prométame que me contará historias de miedo. ¿Querrá usted...?

Luego echa a andar, haciendo flotar su vestido blanco delante de nosotros. Camina como una actriz. Hay que confesar que resulta singularmente bella en medio de este jardín oriental, entre la vieja torre amenazadora y los pequeños arcos floridos de la capilla en ruinas. El amplio patio que atravesamos está tan ornamentado por todas partes de plantas carnosas, hierbas y follaje, cactus y áloes, laureles, escaramujos y margaritas, que se diría que la primavera ha elegido como domicilio permanente este recinto, que antiguamente fue la balle del castillo, donde se reunían los guerreros. Este patio, gracias a la acción del viento y a la negligencia de los hombres, se convirtió espontáneamente en jardín, un hermoso y lujurioso jardín que crece a su antojo. La actual dueña del castillo ha mandado que lo arreglen lo menos posible para no devolverle bruscamente su viejo orden. Detrás de este verdor y esta fragancia, se veía la cosa más curiosa que se pueda imaginar en arquitectura muerta. Imaginen unos arcos góticos colocados sobre los primeros cimientos de la antigua capilla románica; los pilares, revestidos de plantas trepadoras, hiedra y verbena, se elevan desde su pedestal perfumado y curvan sobre el azul del cielo su arco roto, al que nada parece sostener. La capilla ha perdido el tejado. Tampoco tiene paredes... Sólo quedan de ella esos frontispicios de piedra, que un milagro de equilibrio sostiene suspendidos ante la brisa del atardecer...

A nuestra izquierda se levanta la torre enorme, maciza, del siglo XII, que las gentes de esta tierra llaman la Loba, según nos cuenta Mrs. Edith, y que nada, ni el tiempo ni los hombres, ni la paz ni la guerra, ni el cañón ni la tempestad han podido destruir. Aún permanece tal como la vieron los saqueadores sarracenos en 1107, los que se apoderaron de las islas Lérins, pero que nada pudieron contra el castillo de Hércules; tal como se mostró ante Salageri y sus corsarios genoveses, que tomaron la fortaleza, incluso la Torre Cuadrada, incluso el Castillo Viejo, pero ella resistió, aislada, pues sus defensores habían volado las tapias que la unían a las otras defensas, y esperó enhiesta la llegada de los príncipes de la Provenza para ser liberada. Pues allí eligió Mrs. Edith su domicilio.

Pero dejemos de contemplar los objetos para observar a los sujetos. Arthur Rance, por ejemplo, está mirando a la señora Darzac. Ésta y Rouletabille parecen encontrarse lejos, muy lejos de nosotros. El señor Darzac y el señor Stangerson intercambian cualquier palabra. En el fondo, el mismo pensamiento ocupa las mentes de estas personas que no se dicen nada, o que, cuando dicen algo, se mienten. Así llegamos a una poterna.

—A ésta la llamamos —dice Edith, siempre con sus modos infantiles— la Torre del Jardinero. Desde esta poterna se puede ver toda la fortaleza, todo el castillo, el lado norte y el lado sur. ¡Miren!

Y su brazo, ondeando el chal, nos va señalando las cosas...

—Todas estas piedras tienen su historia. Ya se las iré contando si se portan bien...

—¡Qué alegre está Edith! —murmura Arthur Rance—. Creo que es la única que está alegre aquí.

Hemos traspasado la poterna y nos hallamos en un nuevo patio. Frente a nosotros se alza el viejo torreón. Su aspecto es realmente impresionante. Es alto y cuadrado; por eso lo designan a veces con este nombre: la Torre Cuadrada. Y como esta torre ocupa la esquina más importante de la fortificación, la llaman también la Torre de la Esquina... Es la más extraordinaria e importante de toda esa aglomeración de construcciones defensivas. Los muros son allí más gruesos y más altos que en el resto del castillo. A media altura aún se pueden apreciar los cimientos romanos que los sustentan... las mismas piedras que apilaron los colonos de César.

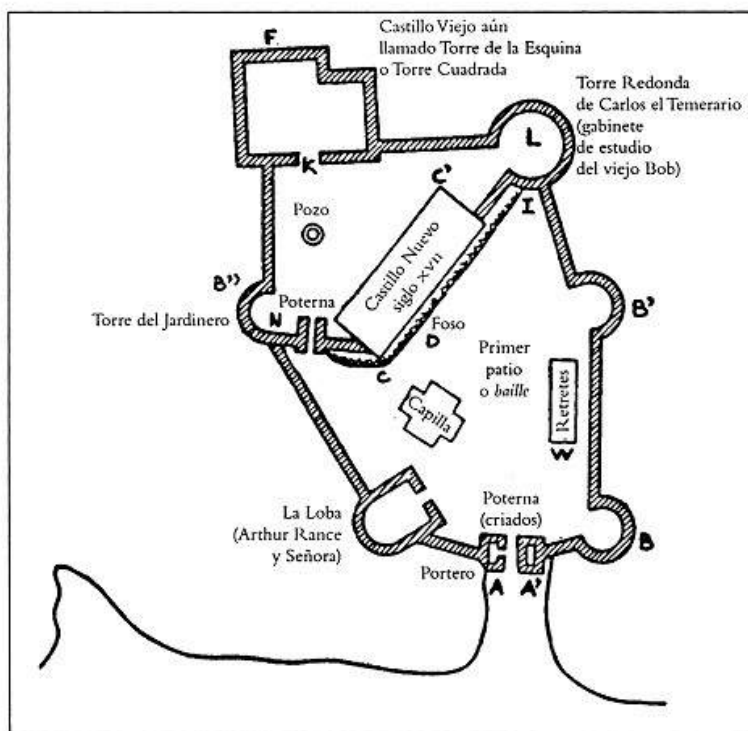
—Miren ahí abajo, en la esquina opuesta —continúa Edith—, ésa es la Torre de Carlos el Temerario, llamado así porque fue quien ideó los planos para reforzar las defensas del castillo de modo que pudieran resistir los ataques de la artillería. ¡Oh, qué sabia soy! El viejo Bob ha convertido esa torre en su gabinete de estudio. Es una lástima, porque podríamos haber puesto ahí un magnífico comedor. ¡Pero nunca he podido negar nada al viejo Bob! El viejo Bob —añade— es mi tío; le gusta que le llame así. Se fue hace cinco días a París, pero vuelve mañana. Ha ido a comparar unos fósiles humanos que ha encontrado en las Rochers Rouges con otros del museo de Historia Natural de París. ¡Bien!, esto es una mazmorra...

En medio del segundo patio nos enseña un pozo, que ella llama mazmorra por puro romanticismo, por encima del cual se asoma a la fuente, como una dama, un eucalipto de carne lisa y brazos desnudos.

Después de ver el segundo patio, entendimos mejor —al menos yo, porque Rouletabille parecía cada vez más indiferente a todo— la disposición de la fortaleza de Hércules. Como tal disposición es de una importancia capital en

los increíbles acontecimientos que van a producirse tras nuestra llegada, empezaré por poner ante los ojos del lector el plano general de la fortaleza, tal como lo dibujó más tarde el mismo Rouletabille...

El castillo fue construido en 1140 por los señores de la Mortola. Para aislarlo completamente de tierra firme, no vacilaron en convertir la península en isla cortando el minúsculo istmo que la unía a la ribera. En la ribera misma instalaron una barbacana, elemental fortificación de forma semicircular, destinada a proteger las cercanías del puente levadizo y de las dos torres de entrada. De la barbacana no quedaba rastro. Y el istmo, con el paso de los siglos, había recobrado su forma primitiva; el puente levadizo había sido retirado y el foso cegado. Los muros del castillo de Hércules adoptaron la forma de la península, que era la de un hexágono irregular. Los muros se erguían a ras de roca, y en algunos lugares el peñasco se cortaba a plomo sobre las aguas, que excavaban en él incansablemente, de modo que en sus oquedades podía refugiarse perfectamente una barca pequeña, siempre que estuviera el mar en calma y que no hubiera peligro de que la marea la empujase y la estrellase contra aquel techo natural. Tal disposición era un baluarte para la defensa, pues resultaba imposible escalar la roca por ningún lado.



Se entraba en la fortaleza por la puerta norte, custodiada por las dos torres A y A', que estaban unidas por una bóveda. Dichas torres, que durante los asedios de los genoveses sufrieron muchos desperfectos, habían sido restauradas, a instancias de Mrs. Rance, y convertidas en zonas habitables para los criados. La planta baja de la torre A servía de vivienda a los porteros. En el

flanco de la torre A, bajo la bóveda, había una puerta que permitía al vigilante observar todas las entradas y salidas. Una pesada puerta de encina forrada de hierro, cuyas dos hojas llevaban incontables años replegadas contra el muro interior de las dos torres, ya no servía para nada porque resultaba muy difícil manejarla, y la única entrada del castillo era una pequeña verja de hierro que cada cual, dueño o proveedor, abría cuando lo necesitaba. Como ya he dicho, pasada esta puerta se accedía al primer patio, o baille, que las paredes del recinto amurallado y las torres —o lo que quedaba de ellas— cerraban por todas partes. Dichas paredes estaban lejos de conservar su altura primitiva. Las antiguas tapias que unían las torres entre sí habían sido arrasadas y reemplazadas por una especie de galería circular, a la que se subía desde el interior de la baille por unas rampas. Las galerías estaban aún coronadas por un parapeto horadado de aspilleras para las piezas pequeñas de artillería. Esta transformación había tenido lugar en el siglo XV, desde el momento en que todos los señores tuvieron que empezar a contar seriamente con la artillería. Las torres B, B' y B'' conservaron durante mucho tiempo su homogeneidad y altura primitiva, y por aquella época se limitaron a suprimir su tejado puntiagudo, que fue sustituido por una plataforma destinada a soportar la artillería; más tarde fueron rebajadas a la altura del parapeto de las galerías e hicieron con ellas una especie de media luna. Esta operación fue realizada en el siglo XVII, durante la construcción de un castillo moderno —llamado todavía Castillo Nuevo, aunque ya estaba en ruinas—, con el fin de despejar la vista de dicho castillo. El Castillo Nuevo estaba situado en C C'.

Sobre el macizo de tierra de las antiguas torres, rodeado también por un parapeto, habían plantado palmeras, que crecían con dificultad a causa del viento abrasador y el agua del mar. Cuando uno se asomaba por encima del parapeto circular que rodeaba toda la propiedad y que formaba un solo cuerpo con la roca que caía a plomo sobre el mar, se comprobaba que el castillo seguía estando tan cerrado como en los tiempos en que los muros alcanzaban los dos tercios de altura de las viejas torres. Habían respetado la Loba, como ya he dicho, e incluso su garita —restaurada, naturalmente— erguía su extraña y anticuada silueta por encima del azul mediterráneo. He hablado también de las ruinas de la capilla. Los antiguos retretes, W, adosados al parapeto entre B y B', habían sido transformados en cuadras y cocinas.

Así ha quedado descrita la parte delantera del castillo de Hércules. Para entrar en el segundo recinto era preciso pasar por la poterna N, que la señora de Arthur Rance llamaba la Torre del Jardinero y que consistía simplemente en un ancho pabellón defendido en otro tiempo por la torre B'' y por otra torre, situada en C, que había desaparecido por completo en el momento de la construcción del Castillo Nuevo, C C'. Un foso y un muro partían entonces de B'' para desembocar en I, en la Torre de Carlos el Temerario, avanzando en C en forma de contrafuerte en medio de la baille y cerrando por completo el

primer patio. El foso, ancho y profundo, existía aún, pero el muro había sido suprimido a lo largo del Castillo Nuevo y reemplazado por la pared del propio castillo. Una puerta central en D, actualmente condenada, se abría sobre un puente que había sido echado sobre el foso y que en otro tiempo permitía la comunicación directa con la balle. Pero aquel puente había sido destruido o se había hundido y, como las ventanas del castillo, muy elevadas por encima del foso, seguían estando protegidas por gruesos barrotes de hierro, se podía afirmar con toda certeza que el segundo patio seguía siendo tan impenetrable como cuando estuvo defendido por el circuito entero de la muralla, en los tiempos en que el Castillo Nuevo aún no existía.

El nivel del suelo del segundo patio —o patio de Carlos el Temerario, como sigue figurando en las antiguas guías de la región— estaba un poco más elevado que el del primero. La roca formaba allí una base más alta, pedestal natural de aquella columna colosal, prodigiosa y negra que era el Castillo Viejo, completamente cuadrado, recto, de un solo bloque, que alargaba su sombra formidable sobre las claras aguas del mar. Al Castillo Viejo, F, sólo se podía entrar por la puerta K. Los viejos de la región la llamaban siempre la Torre Cuadrada, para distinguirla de la Torre Redonda, conocida por la Torre de Carlos el Temerario. Un parapeto parecido al que cerraba el primer patio unía entre sí las torres B”, F y L, cerrando de la misma manera al segundo.

Ya he señalado que la Torre Redonda había sido derribada hasta la mitad de su altura, retocada y reconstruida por un Mortola, siguiendo los planos del propio Carlos el Temerario, a quien le había prestado algunos servicios en la guerra helvética. La torre tenía quince toesas (unos treinta metros) de diámetro exterior y se componía de una planta baja, con el suelo situado a una toesa por debajo del nivel superior de la plataforma. Se descendía a esta planta baja por una pendiente, desembocando a una sala octogonal, cuyas bóvedas se apoyaban en cuatro gruesos pilares cilíndricos. En esta habitación había tres enormes troneras para tres gruesos cañones. Era en esta sala octogonal donde a Mrs. Edith le hubiera gustado hacer un amplio comedor, pues, además de ser gratamente fresca a causa del formidable espesor de sus muros, la luz de la roca y la deslumbrante claridad del mar penetraban a raudales por las claraboyas, que habían sido agrandadas en forma de cuadrado, constituyendo ahora ventanas guarnecidas de poderosos barrotes de hierro. Esta torre L, de la que se había apoderado el tío de Mrs. Edith para trabajar y ordenar en ella sus nuevas colecciones, tenía un macizo de tierra maravilloso al que la dueña del castillo había traído tierra cultivable, plantas y flores, creando así el más asombroso jardín colgante que se pueda imaginar. He marcado en el plano con un grueso trazo negro todos los edificios, o partes de edificios, que por iniciativa de Mrs. Edith habían sido dispuestos, preparados y restaurados para que pudieran ser habitados inmediatamente.

Del castillo del siglo XVII, llamado Castillo Nuevo, no habían reparado más que dos habitaciones y un pequeño salón, en la primera planta de C, para los huéspedes de paso. Ahí fuimos a parar Rouletabille y yo. Robert Darzac y su mujer se alojaban en la Torre Cuadrada, de la que tendremos ocasión de hablar de una forma más puntual.

En la planta baja de la misma Torre Cuadrada había dos habitaciones reservadas para el viejo Bob, que dormía allí. El señor Stangerson estaba instalado en la primera planta de la Loba, encima del cuarto del matrimonio Rance.

Mrs. Edith se empeñó en mostrarnos ella misma nuestras habitaciones. Nos hizo atravesar salas con los techos hundidos, los suelos socavados, los muros enmohecidos; pero, aquí y allá, un artesonado, un entrepaño, una pintura cuarteada, una tapicería deshilachada atestiguaban el antiguo esplendor del Castillo Nuevo, nacido de la fantasía de un Mortola del gran siglo. En compensación, nuestras pequeñas habitaciones no recordaban en nada aquel pasado magnífico. Habían sido acondicionadas con un esmero que me conmovió. Limpias, encaladas, barnizadas de color claro y con un mobiliario moderno, nos resultaron sumamente agradables. Ya he señalado que nuestras habitaciones estaban separadas por un salón.

Mientras me hacía el nudo de la corbata, llamé a Rouletabille para preguntarle si ya estaba preparado, pero no obtuve respuesta. Fui a su habitación y comprobé con sorpresa que ya se había ido. Me asomé a su ventana, que daba, como la mía, al patio de Carlos el Temerario. El patio estaba vacío, ocupado solamente por el gran eucalipto, cuyo fuerte olor subía en aquella hora hasta mí. Por encima del parapeto de la galería veía la inmensa extensión de las aguas silenciosas. El mar había adquirido un tono azul un poco sombrío a la caída de la tarde, y las sombras de la noche eran visibles en el horizonte de la costa italiana, cerca de la punta de Ospedaletti. Ni un ruido, ni un estremecimiento en la tierra o en el cielo. Sólo en ese instante que precede a las más violentas tempestades y al desencadenamiento del rayo, había observado yo tal silencio y tal inmovilidad de la naturaleza. Pero nada de eso había que temer, ya que la noche se anunciaba claramente serena...

Pero ¿qué sombra es ésta? ¿De dónde viene ese espectro que se desliza por las aguas? ¡De pie, en la proa de una barca que un pescador hace avanzar con el lento ritmo de sus remos, he reconocido la silueta de Larsan! ¿Quién puede engañarse, quién intentaría engañarse? ¡Oh, es perfectamente reconocible! Y por si aquellos ante quienes se mostró esta misma tarde albergaran alguna duda de que se trataba de él, no tiene empacho en mostrarse con el mismo aspecto de otro tiempo. Sólo podría anunciar más claramente su identidad si les gritara: «¡Soy yo!».

¡Dios mío, sí, es él, es él! Es el gran Fred. La barca silenciosa, con su estatua inmóvil, da la vuelta al castillo. Ahora pasa bajo las ventanas de la Torre Cuadrada, y luego dirige la proa del lado del cabo de Garibaldi, hacia las canteras de las Rochers Rouges. Y él sigue de pie, con los brazos cruzados, la cabeza vuelta hacia la torre, aparición diabólica en el umbral de la noche negra, que, lenta y solapadamente, se acerca a él por detrás, lo envuelve con su oscura gasa y lo hace desaparecer.

Ahora miro hacia abajo y veo dos sombras en el patio del Temerario; están en la esquina del parapeto, junto a la puerta de la Torre Cuadrada. Una de esas sombras, la mayor, sujeta a la otra y suplica. La más pequeña desearía escapar; se diría que está dispuesta a tomar impulso para arrojarse al mar. Entonces escucho claramente la voz de la señora Darzac, que dice:

—¡Tenga cuidado! Le está tendiendo una trampa. ¡Le prohíbo que me abandone esta noche!

Y la voz de Rouletabille:

—Tendrá que atracar en la orilla. ¡Déjeme ir hasta la orilla!

—¿Y qué va a hacer? —gime la voz de Mathilde.

—Lo que sea necesario.

Y una vez más, la voz de Mathilde, una voz espantada:

—¡Le prohíbo que toque a ese hombre!

Y ya no oigo nada más.

Corrí abajo y encontré a Rouletabille solo, sentado en el brocal del pozo. Le hablé, pero no me respondió, como hace a veces. Fui a la baille y allí me encontré con el señor Darzac, que corría hacia mí muy agitado.

—¿Qué? ¿Lo ha visto usted? —me gritó desde lejos:

—Sí, lo he visto —respondí.

—Y ella, ella, ¿sabe si ella lo ha visto?

—Sí, lo ha visto. ¡Estaba con Rouletabille cuando ha pasado! ¡Qué audacia!

Tras la terrible visión, Darzac aún temblaba. Me dijo que nada más verlo había corrido como un loco a la orilla, pero que no había llegado a tiempo al cabo de Garibaldi y que la barca había desaparecido como por arte de magia. Y al instante siguiente corría a buscar a Mathilde, ansioso por ver el estado de ánimo en que se encontraba. Volvió al poco tiempo, triste y abatido. La puerta de su apartamento estaba cerrada, porque ella quería estar a solas.

—¿Y Rouletabille? —pregunté.

—¡No le he visto!

Nos quedamos junto al parapeto, mirando la noche que se había llevado a Larsan. Darzac estaba infinitamente triste. Para desviar el curso de sus pensamientos, le hice algunas preguntas sobre el matrimonio Rance, a las que acabó respondiendo.

Poco a poco fui enterándome de cómo, tras el proceso de Versalles, Arthur Rance regresó a Filadelfia, y una buena noche se encontró en un banquete de familia al lado de una joven romántica que lo sedujo inmediatamente por sus aficiones literarias, un tipo de mujer que raramente podía encontrar entre sus bellas compatriotas. No tenía nada de ese aire desenvuelto, independiente y audaz que es de esperar en una joven y que tanto se alaba en nuestro tiempo. Un tanto etérea, dulce y melancólica, de una palidez atrayente, recordaba más bien a las tiernas heroínas de Walter Scott, curiosamente su autor favorito. ¡Ah, indudablemente era un poco anticuada, pero de una forma deliciosa! ¿Cómo era posible que aquella figura delicada hubiera impresionado tan vivamente a Arthur Rance, que había querido tanto a la majestuosa Mathilde? Secretos del corazón. Lo cierto es que, cayendo enamorado de ella al instante, Arthur Rance aprovechó aquella noche para coger una borrachera terrible. Debió de cometer alguna torpeza o decir algún despropósito imperdonable, pues miss Edith le rogó de pronto, y en voz alta, que no volviera a dirigirle la palabra en su vida. Al día siguiente, Arthur Rance le presentaba formalmente sus excusas y le juraba que no volvería a beber otra cosa que no fuera agua. Y mantuvo su palabra.

Ya hacía tiempo que Arthur Rance conocía a su tío, ese buen viejo de Munder —el viejo Bob, como le llamaban en la universidad—, un tipo extraordinario, tan célebre por sus aventuras de explorador como por sus descubrimientos geológicos. Era dulce como un cordero, pero no se mostraba igual cuando se trataba de cazar al tigre de las pampas. Había pasado la mitad de su vida de profesor al sur de Río Negro, en la Patagonia, en busca del hombre terciario, o al menos de su esqueleto, no del australopitecus ni de cualquier otro pitecántropo más o menos pariente del mono, sino del hombre, más fuerte y poderoso que el que habita el planeta en nuestros días, en fin, del hombre contemporáneo de aquellos prodigiosos mamíferos que habitaron la Tierra antes de la era cuaternaria. Generalmente volvía de tales expediciones con algunas cajas llenas de piedras y un respetable equipaje de tibias y fémures sobre los que los sabios discutían, pero también con una rica colección de «pieles de conejo», como él decía, que atestiguaban que el viejo sabio con gafas sabía también usar armas menos prehistóricas que el hacha de sílice o el punzón del troglodita. Tan pronto como volvía a su cátedra de Filadelfia, se inclinaba sobre sus libros y cuadernos, y, maníaco como un

«contable», daba sus clases, mientras se divertía haciendo saltar ante los ojos de sus alumnos más próximos las virutas de sus largos lapiceros, que no usaba jamás, pero que afilaba interminablemente. Y cuando había alcanzado su objetivo, se veía aparecer, por encima del pupitre, su cabeza cana, partida en dos, bajo sus gafas de oro, por la amplia y silenciosa sonrisa de su boca jovial.

Estos detalles me los confirmó más tarde el mismo Arthur Rance, que había sido alumno del viejo Bob, pero que llevaba varios años sin verlo cuando conoció a miss Edith. Si los he traído a colación aquí tan cumplidamente es porque, por una serie de circunstancias muy normales, volveremos a encontrarnos con el viejo Bob en las Rochers Rouges.

En la famosa velada en que Arthur Rance fue presentado a miss Edith y en la que se condujo de forma tan incoherente, quizá se mostró ella tan melancólica porque acababa de recibir noticias poco gratas de su tío. Éste, después de cuatro años, no se decidía a volver de la Patagonia. En su última carta le explicaba que estaba muy enfermo y que no tenía esperanzas de volver a verla con vida. Podría pensarse que, en tales condiciones, una sobrina de corazón tierno habría podido abstenerse de aparecer en un banquete, por familiar que fuese, pero miss Edith, en el transcurso de los viajes de su tío, había recibido muchas otras malas noticias, y al final él siempre volvía, y en perfecto estado; por eso no debemos de ser rigurosos con ella por el hecho de que su tristeza no la retuviera en casa aquella noche. Sin embargo, tres meses más tarde, a raíz de una nueva carta, decidió ir a buscar, en persona, a su tío a los confines de la Araucanía. Durante esos tres meses ocurrieron acontecimientos memorables. Miss Edith estaba conmovida por los remordimientos de Arthur Rance y por su persistencia en no beber más que agua. Supo que había contraído el mal hábito de la bebida a causa de un amor desesperado, y eso le agradó por encima de todo. El carácter romántico de que he hablado hace un momento iba a servir rápidamente a los designios de Arthur Rance; y, en el momento de la partida de miss Edith a la Araucanía, a nadie le extrañó que el antiguo alumno del viejo Bob acompañara a su sobrina. El noviazgo no era aún oficial tan sólo porque esperaban la bendición del geólogo. Miss Edith y Arthur Rance encontraron al tío Bob en San Luis. Estaba de un humor excelente y en perfecta salud. Rance, que no lo veía desde hacía mucho tiempo, tuvo la audacia de decirle que había rejuvenecido, un cumplido que fue muy bien acogido por el viejo Bob. De modo que, cuando su sobrina le anunció que era novia de aquel encantador muchacho, la alegría del tío fue enorme. Volvieron los tres a Filadelfia y se celebró la boda. Miss Edith no conocía Francia, y Arthur Rance decidió ir allí en viaje de novios. Fue así como, según veremos de inmediato, encontraron una ocasión de carácter científico para quedarse en los alrededores de Menton, no en Francia, sino a cien metros de la frontera, dentro de Italia, ante las Rochers Rouges.

Al sonar la campana, Arthur Rance nos condujo a la Loba; aquella noche sirvieron la cena en la planta baja. Cuando estuvimos todos reunidos, excepto el viejo Bob, que se encontraba ausente de la fortaleza de Hércules, Mrs. Edith nos preguntó si alguno de nosotros había visto una barca que había dado la vuelta al castillo con un hombre de pie en la proa, cuya singular actitud le había chocado. Como nadie respondía, prosiguió:

—¡Oh!, ya sabré quién es, porque conozco al marinero que conducía la barca. Es un buen amigo del viejo Bob.

—¿De verdad? —dijo Rouletabille—. ¿Conoce usted al marinero, señora?

—Viene de tanto en tanto al castillo a vender pescado. La gente de esta tierra le ha puesto un nombre extraño, que sería incapaz de repetir en su imposible dialecto, y por eso pedí que me lo tradujeran. ¡Quiere decir «verdugo del mar»! Bonito nombre, ¿o no?

VII. De algunas precauciones que tomó Joseph Rouletabille para defender la fortaleza de Hércules contra un ataque enemigo

A Rouletabille no se le ocurrió siquiera preguntarle por el origen de aquel sorprendente apodo. Parecía sumido en las más sombrías reflexiones. ¡Extraña cena! ¡Extraño castillo! ¡Extraña gente! La lánguida simpatía de Mrs. Edith no bastó para tranquilizarnos. Había allí dos parejas de recién casados, cuatro enamorados que habrían debido contagiarnos su alegría de vivir. Sin embargo, la cena fue de lo más triste. El espectro de Larsan se cernía sobre los invitados, incluso sobre nuestra anfitriona, que no lo sentía tan próximo.

Es justo decir que el profesor Stangerson, desde que se enteró de la cruel y dolorosa verdad, no pudo quitarse de encima aquel espectro. No creo exagerar si afirmo que la primera víctima del drama del Glandier, y la más desgraciada, era el profesor Stangerson. Lo había perdido todo: su fe en la ciencia, el amor al trabajo y —la ruina más horrible de todas— la ciega devoción por su hija, en quien tanto había creído, que había sido motivo de orgullo para él y que le había acompañado en su búsqueda de lo desconocido. ¡Siempre le había deslumbrado su férrea voluntad de no entregar su belleza a nadie que pudiera alejarla de él y de la ciencia! Y cuando aún seguía extasiado ante tamaño sacrificio, se enteró de que su hija renunciaba a casarse ¡porque ya estaba casada con un tal Ballmeyer! El día en que Mathilde decidió confesárselo todo, revelándole un pasado que, a los ojos del profesor, ya advertido por el misterio del Glandier, proyectaría sobre su presente y su futuro una luz hartamente trágica; el día en que, cayendo a sus pies y abrazada a sus rodillas, le contó el

drama de su corazón y de su juventud, el profesor Stangerson la estrechó entre sus brazos temblorosos, depositó el beso del perdón sobre su frente adorada, mezcló sus lágrimas con los sollozos de la que había expiado su falta hasta la locura y le juró que nunca había sido más preciosa para él que ahora que sabía cuánto había sufrido. Ella se sintió un tanto aliviada. Pero él se quedó solo, se levantó siendo otro hombre..., un hombre solitario..., ¡el hombre en soledad! ¡Porque el profesor Stangerson había perdido tanto a su hija como a sus dioses!

Sintió indiferencia cuando la vio casarse con Robert Darzac, que había sido su alumno más querido. En vano Mathilde se esforzaba por reanimar a su padre con una ternura más ardiente. Se daba perfecta cuenta de que su padre ya no le pertenecía, que su mirada se desviaba de ella, que sus ojos vagos, fijos en el pasado, contemplaban una imagen que ya no era la suya, aunque lo había sido, ¡ay!, y que, si se volvían a ella, a la señora Darzac, era para ver a su lado no ya el rostro respetable de un hombre honrado, ¡sino la silueta eternamente viva, eternamente infame del otro, del que había sido su primer marido, del que le había robado a su hija! ¡Había dejado de trabajar! El gran secreto de la Disociación de la materia que se había prometido desvelar a los hombres, volvería a la nada, de donde por un instante él lo había sacado, y los hombres seguirían repitiendo durante siglos aquel estúpido estribillo: ¡Ex nihilo nihil!

La cena resultó aún más lúgubre por el ambiente que nos envolvía. Era una estancia sombría, iluminada por una lámpara gótica y viejos candelabros de hierro forjado. Las paredes estaban cubiertas de tapices orientales, y el mobiliario consistía en viejos armarios que databan de la primera invasión sarracena y sillas estilo Dagoberto.

Fui examinando a los invitados uno a uno, y así fui descubriendo las causas particulares de la tristeza general. Robert Darzac y su señora estaban uno al lado del otro. Evidentemente, la dueña de la casa no quiso separar a una pareja que sólo hacía dos días que se había casado. Debo decir que el más desolado de los dos era sin duda nuestro amigo Robert, que no despegó los labios en toda la cena. La señora Darzac, en cambio, se unió a la conversación e intercambió algunos comentarios triviales con Arthur Rance. Y debo decir aquí que, después de la escena entre Rouletabille y Mathilde, que yo había presenciado desde mi ventana, esperaba verla más aterrada..., aniquilada por la visión amenazadora de Larsan, surgido de las aguas. ¡Pero no! Al contrario, constaté una notable diferencia entre el aspecto extraviado con que la vimos anteriormente en la estación, por ejemplo, y el de ahora, que era de una sangre fría absoluta. Se hubiera dicho que aquella aparición la había aliviado, y cuando por la noche compartí esta reflexión con Rouletabille, el joven reportero se mostró de acuerdo conmigo y me explicó aquella aparente anomalía de la manera más sencilla. Lo que más temía Mathilde era volverse

loca, y la cruel certidumbre que ahora tenía de no haber sido víctima de una alucinación creada por su turbado cerebro, sin duda había servido para devolverle un poco de tranquilidad. ¡Prefería defenderse de un Larsan vivo que de su fantasma! Durante la primera entrevista que había mantenido con Rouletabille en la Torre Cuadrada, mi joven amigo la había encontrado obsesionada con la idea de que iba a volverse loca, y me confesó que él había obrado de manera contraria a la de Robert Darzac; es decir, ¡no intentar convencerla de que sus ojos le habían engañado cuando vieron a Larsan! Al saber que Darzac le había ocultado aquella realidad para no asustarla y que había sido el primero en telegrafiar a Rouletabille para que viniera en su ayuda, exhaló un suspiro que pareció confundirse con un sollozo. Cogió las manos de Rouletabille y de pronto las cubrió de besos, como hace una madre con las manos de su hijito en un arrebato de cariño. Evidentemente estaba agradecida al joven —hacia quien se sentía atraída con todas las misteriosas fuerzas de su ser maternal—, porque con una sola palabra había sabido rechazar la locura que rondaba en torno a ella y que de tanto en tanto llamaba a su puerta. Fue en ese momento cuando, los dos a la vez, divisaron por la ventana de la torre a Frédéric Larsan en su barca. Al principio lo miraron con estupor, inmóviles y mudos. ¡Luego un grito de rabia se escapó de la garganta angustiada de Rouletabille, que quiso echarse a correr tras él! Ya hemos visto cómo Mathilde lo retuvo en el mismo parapeto... Ciertamente era horrible aquella resurrección antinatural de Larsan, ¡pero menos horrible que la resurrección continua y sobrenatural de un Larsan que no existiera más que en su cerebro enfermo! ¡Ella no veía a Larsan en todas partes!

¡Lo veía sólo donde estaba!

Unas veces dulce y paciente, otras nerviosa y llena de ansiedad, Mathilde, sin dejar de responder a Arthur Rance, prodigaba al señor Darzac todo tipo de atenciones, ofreciéndose solícita y cuidando de que no le fatigara la vista la proximidad de la luz. Robert se lo agradecía con una sonrisa, pero se le veía muy triste. El malvado Larsan se había presentado allí para recordarle a Mathilde que, antes de ser señora Darzac, había sido señora de Jean Roussel-Ballmeyer-Larsan ante Dios e incluso —para ciertas leyes transatlánticas— ante los hombres.

Si Larsan pretendía asestar un golpe terrible a una felicidad aún en ciernes, ¡lo había conseguido! Y quizá, si hemos de ser fieles a la verdad, debemos decir que no fue sólo el estado de confusión en que se hallaba su espíritu por la reaparición de Larsan lo que la incitó a hacer comprender a Robert Darzac, la primera noche en que se encontraron solos en sus aposentos de la Torre Cuadrada, que aquel apartamento era lo bastante grande para albergar por separado sus dos desesperanzas; fue también el sentimiento del deber, es decir, de lo que se debían el uno al otro, lo que le dictó la más noble y augusta de sus

decisiones. Ya he dicho que Mathilde había sido educada en la fe religiosa, no por su padre, que en esta materia era absolutamente permisivo, sino por las mujeres, sobre todo por su vieja tía de Cincinnati. Los estudios realizados al lado del profesor no habían quebrantado su fe, y éste se guardó mucho de influir en este aspecto sobre su hija. Ella, incluso en el momento más temible de la creación de la nada —teoría surgida del cerebro de su padre, lo mismo que la de la disociación de la materia—, había conservado la fe de los Pasteur y los Newton. Decía que, aunque se demostrase que todo venía de la nada, es decir, del éter imponderable, y que a la nada volvía, para resurgir de ella eternamente gracias a un sistema parecido al de los famosos átomos indivisibles de los antiguos, aún faltaba por probar que esa nada, origen de todo, no había sido creada por Dios. Y, como buena católica, ese Dios era evidentemente el suyo, el único que tenía un vicario aquí en la Tierra, llamado Papa. Quizá yo habría podido pasar por alto las teorías religiosas de Mathilde, si no hubiera significado un apoyo seguro en la postura que hubo de tomar frente a su nuevo esposo ante los hombres cuando le fue revelado que su marido ante Dios aún estaba en este mundo. Al darse por segura la muerte de Larsan, ella pudo recibir una nueva bendición nupcial en calidad de viuda, con el consentimiento de su confesor. ¡Pero resulta que no era viuda, sino bígama ante Dios! Sin embargo, tal catástrofe no era irremediable, y ella misma debió hacer brillar ante los ojos entristecidos del pobre Darzac la perspectiva de una suerte mejor, que arreglaría como Dios manda el tribunal de Roma, al que habría que someter el litigio cuanto antes. En una palabra, y como conclusión de todo lo que antecede, el señor y la señora Darzac, cuarenta y ocho horas después de su matrimonio en Saint-Nicolas-du-Chardonnet, tenían habitaciones separadas al fondo de la Torre Cuadrada. El lector comprenderá que no hacen falta más razones para explicar la continua melancolía de Robert y los melosos cuidados de Mathilde.

Si bien es cierto que aquella noche yo no estaba al corriente de todos estos detalles con exactitud, sí sospechaba lo más importante. Del señor y de la señora Darzac mis ojos fueron a posarse al vecino de ésta, Arthur William Rance, y ya mi pensamiento empezaba a apoderarse del nuevo tema de observación, cuando el mayordomo vino a anunciarnos que Bernier, el portero, quería hablar con Rouletabille. Éste se levantó de inmediato, se excusó y salió.

—¡Cómo! —dije—. ¿Ya no están los Bernier en el Glandier?

Cabe recordar, en efecto, que el matrimonio Bernier eran los porteros del señor Stangerson en Sainte-Geneviève-des-Bois. Ya he contado en El misterio del cuarto amarillo cómo Rouletabille consiguió ponerlos en libertad cuando estaban acusados de complicidad en el atentado del pabellón del encinar. Su agradecimiento hacia el joven reportero fue extraordinario, y desde entonces Rouletabille pudo contar con su entrega total. El señor Stangerson respondió a

mi interpelación, informándome de que todos sus criados habían dejado el Glandier porque él lo había abandonado para siempre. Como los Rance necesitaban porteros para la fortaleza de Hércules, el profesor se sintió muy complacido de cederles a sus leales servidores, de los que nunca había tenido la menor queja, aparte de una pequeña historia de caza furtiva que tan mal giro pudo haber tomado para ellos. Ahora vivían en una de las torres de la poterna de entrada, que ellos habían convertido en portería y desde donde vigilaban cualquier movimiento de entrada y salida a la fortaleza.

Rouletabille no pareció sorprendido cuando el mayordomo le anunció que Bernier deseaba verlo, y comprendí que mi joven amigo ya estaba al tanto de su presencia en las Rochers Rouges. En suma, descubrí —sin sorprenderme demasiado— que Rouletabille había empleado bien los pocos minutos durante los cuales yo le creía en su habitación y que yo había dedicado a mi aseo personal y a una charla trivial con el señor Darzac.

La inesperada ausencia de Rouletabille produjo cierto malestar, y todos se preguntaban si no tendría algo que ver con algún acontecimiento importante relacionado con el regreso de Larsan. Hasta Robert Darzac estaba inquieto. Y en vista de que Mathilde se mostraba incómoda e impresionada, Arthur Rance manifestó también una discreta inquietud. Ha llegado el momento de decir que Arthur Rance y su mujer no estaban al corriente de todas las desgracias que habían acaecido a la hija del profesor. Naturalmente no habían juzgado conveniente hacerles partícipes del matrimonio secreto de Mathilde y Jean Roussel, convertido ahora en Larsan. Era un secreto de familia. Pero sabían tan bien como cualquiera —Arthur Rance por haber estado mezclado en el drama del Glandier, y su mujer porque se lo había contado su marido— con qué ensañamiento había perseguido el célebre agente de la Sûreté a la que un día sería señora Darzac. Los crímenes de Larsan se explicaban naturalmente a los ojos de Arthur Rance por una pasión desordenada, y no hay que extrañarse de que un hombre como el frenólogo americano, que había estado tanto tiempo enamorado de Mathilde, no buscara en la actitud de Larsan más explicación que la de un amor furioso y sin esperanza. En cuanto a Mrs. Edith, pronto advertí que las razones del drama del Glandier no le parecían tan sencillas como pretendía su marido. Para que ella pensase como él, habría sido preciso que experimentase por Mathilde un entusiasmo parecido al de Arthur Rance, cuando su actitud, que yo observaba a placer sin que ella lo notase, parecía gritar a viva voz: «¡Pues vaya! ¿Qué tiene esa mujer de extraordinario para haber inspirado sentimientos tan caballerescos como criminales en el corazón de los hombres durante tantos años? ¡Vamos! ¿Así que ésta es la mujer por la que un policía mata, un sobrio se emborracha y un inocente se deja condenar? ¿Qué tiene ella que no tenga yo para haberme casado tan prosaicamente con un marido que nunca habría sido mío si ella no lo hubiera rechazado? A ver, ¿qué tiene? ¡Ni siquiera es joven! ¡Y sin embargo, todavía

mi marido se olvida de mí cuando la mira a ella!». Esto es lo que leí en los ojos de Mrs. Edith, que no dejaba de observar cómo su marido miraba a Mathilde. ¡Ah, los vivos ojos negros de la dulce y lánguida Mrs. Edith!

Me felicito por estas aclaraciones necesarias que acabo de hacer al lector, pues conviene que conozca los sentimientos que anidan en el corazón de todos los personajes en el momento en que cada uno va a jugar un papel determinado en el extraño e inusitado drama que se urde en la sombra, en la sombra que envuelve a la fortaleza de Hércules. Y aún no he dicho nada del viejo Bob ni del príncipe Galitch, pero ya les llegará su turno, no les quepa duda. En un caso tan notable como éste he tomado por norma pintar las cosas y las personas sólo a medida que vayan apareciendo en el transcurso de los acontecimientos. Así, el lector pasará por todas las alternativas que nosotros conocimos, de angustia y de paz, de misterio y de claridad, de comprensión y de incomprensión. Y si la luz definitiva se hace en la mente del lector antes de la hora en que a mí me sobrevino, tanto mejor. Si eso sucede, y considerando que dispondrá, ni más ni menos, de la misma información que nosotros para ver con claridad, podrá concluir que goza de un cerebro comparable al de Rouletabille. Terminamos aquella primera comida sin haber vuelto a ver a nuestro amigo y nos levantamos de la mesa sin decir lo que pensábamos en realidad, quizá porque era de lo más turbio. Mathilde preguntó por Rouletabille cuando salió de la Loba, y yo la acompañé hasta la entrada de la fortaleza. El señor Darzac y Mrs. Edith nos seguían. El señor Stangerson se había despedido de nosotros. Arthur Rance, que había desaparecido un momento, se unió a nosotros cuando llegábamos bajo la bóveda. La noche estaba clara, iluminada por la luna, pero habían encendido linternas bajo la bóveda, en la que retumbaban fuertes golpes sordos. Y oímos la voz de Rouletabille, que animaba a los que le rodeaban: «¡Vamos, un último esfuerzo!», decía, y otras voces, tras la suya, jadeaban como las de los marineros cuando tiran de las barcas en las escolleras de los puertos. Finalmente, un gran tumulto llenó nuestros oídos. Parecía que estuviéramos dentro de una campana. Eran las dos hojas de la enorme puerta de hierro que acababan de unirse, tras cien años de haber estado separadas.

La hermosa Edith se asombró de aquella maniobra de última hora y preguntó qué había sido de la verja que hacía las veces de puerta hasta entonces. Arthur Rance la cogió del brazo y ella comprendió que no debía interferir, lo que no le impidió murmurar: «¡Ni que fuéramos a sufrir un asedio!». Pero Rouletabille nos llevó a todos a la baille y anunció riendo que, si alguien quería ir a la ciudad, tendría que renunciar a ello por esa noche, pues había dado órdenes de que nadie entrara ni saliera del castillo. Y añadió, sin abandonar el tono de broma, que había encargado a papá Jacques hacer cumplir la consigna, y todos sabían que era imposible sobornar al viejo servidor. Así me enteré de que papá Jacques, a quien conocí en el Glandier,

había acompañado al señor Stangerson en calidad de ayuda de cámara. La víspera había dormido en un gabinete de la Loba contiguo a la habitación de su amo, pero Rouletabille dispuso las cosas de otro modo, y ahora ocupaba el lugar de los porteros en la torre A.

—¿Y adónde han ido los Bernier? —preguntó Mrs. Edith, intrigada.

—Están en la Torre Cuadrada, en la habitación de entrada, a la izquierda. ¡Harán de porteros de la Torre Cuadrada! —respondió Rouletabille.

—¡La Torre Cuadrada no necesita porteros! —exclamó Mrs. Edith, sorprendida.

—Nunca se sabe, señora —replicó el reportero sin dar más explicaciones.

A continuación se llevó aparte a Arthur Rance y le pidió que pusiera a su mujer al corriente de la reaparición de Larsan. Si pretendíamos seguir ocultando la verdad al señor Stangerson, necesitaríamos de la inteligente ayuda de Mrs. Edith. Por último, no estaba de más que todo el mundo en la fortaleza de Hércules estuviera preparado para todo, o dicho de otro modo, ¡que a nadie le sorprendiera nada!

Tras esto nos hizo atravesar la baille y nos encontramos en la poterna de la Torre del Jardinero. Ya he dicho que esta poterna, N, presidía la entrada del segundo patio; pero hacía mucho tiempo que el foso estaba cegado en aquel lugar. En otro tiempo hubo allí un puente levadizo. ¡Rouletabille nos dejó estupefactos cuando nos comunicó que al día siguiente mandaría limpiar el foso y volvería a instalar el puente levadizo!

En ese momento el personal del castillo estaba cerrando la poterna con una especie de puerta improvisada, en espera de algo mejor, hecha de tablas y de arcones viejos que habían sacado de la Torre del Jardinero. Mientras el castillo se atrincheraba de ese modo, Rouletabille era el único que se reía; pues Mrs. Edith, a quien su marido había puesto rápidamente al corriente de lo que pasaba, ya no decía nada, contentándose con burlarse por dentro de aquellos visitantes que estaban transformando su viejo castillo en una plaza inexpugnable por miedo a la proximidad de un hombre, ¡de un solo hombre! ¡Sólo que Mrs. Edith no conocía a ese hombre ni había pasado por el «misterio del cuarto amarillo»! Los demás —Arthur Rance entre ellos— ¡encontraban de lo más normal que Rouletabille los fortificara contra lo desconocido, contra el misterio, contra lo invisible, contra lo que fuera que rondaba en medio de la noche alrededor de la fortaleza de Hércules!

Rouletabille no apostó a nadie en esa poterna porque iba a pasar la noche él allí. Era un punto estratégico, desde el que se dominaba todo el castillo. Nadie podría llegar desde el exterior hasta los Darzac sin pasar primero por papá Jacques en A, por Rouletabille en N, y por el matrimonio Bernier, que

vigilaba en la puerta K de la Torre Cuadrada. El joven reportero decidió que los vigilantes designados no se acostaran. Al pasar al lado del pozo del patio del Temerario, vi, a la luz de la luna, que habían levantado la tapa que lo cerraba, y sobre el brocal había un cubo atado a una cuerda. Rouletabille me explicó que había querido cerciorarse de si el viejo pozo se comunicaba con el mar y que había sacado agua dulce de él, es decir, que no tenía relación alguna con el elemento salado. Acompañó unos pasos a la señora Darzac, que se despidió de todos y entró en la Torre Cuadrada. Rouletabille pidió al señor Darzac y a Arthur Rance que se quedaran con nosotros. Unas palabras de excusa dirigidas a Mrs. Edith le hicieron comprender a ésta que con mucha cortesía le rogaba que fuera a acostarse, cosa que hizo con una gracia un tanto indolente, despidiéndose de Rouletabille con un irónico «¡Buenas noches, señor capitán!».

Al quedarnos solos los hombres, el reportero nos llevó hacia la poterna, hasta la pequeña habitación del Jardinero, un cuarto oscuro y de techo bajo, muy buen lugar para esconderse y ver sin ser visto. Allí Arthur Rance, Robert Darzac, Rouletabille y yo, en medio de la noche y sin encender siquiera una linterna, tuvimos nuestro primer consejo de guerra. Lo siento, pero no acierto a dar otro nombre a aquella reunión de hombres asustados, que se refugiaban tras las piedras de aquel viejo castillo guerrero.

—Aquí podremos deliberar tranquilamente —empezó Rouletabille—. Nadie nos oirá ni podrá sorprendernos. Si alguien consiguiera franquear la primera puerta guardada por papá Jacques sin que éste lo viera, seríamos advertidos por la avanzadilla, que he situado en mitad de la baille, escondida entre las ruinas de la capilla. Sí, señor Rance, he colocado ahí a su jardinero, Mattoni. Por lo que he oído decir, creo que podemos confiar en él. Por favor, dígame su opinión.

Yo escuchaba a Rouletabille con admiración. Mrs. Edith tenía razón. Era cierto que se había convertido en nuestro capitán, y ahí lo teníamos tomando sin pausa todas las precauciones necesarias para asegurar la defensa de la plaza. Imagino que no tenía la menor intención de rendirla a ningún precio, y que estaba dispuesto a saltar por los aires en nuestra compañía antes que capitular. ¡Ah, qué bravo gobernador teníamos con nosotros! Y, a decir verdad, era preciso ser bravo para defender aquella fortaleza contra Larsan, más feroz que mil sitiadores, como le sucedió a uno de los condes de la Mortola, que para despejar la plaza no tuvo más que colocar unas cuantas piezas de grueso calibre, bombardas y culebrinas, y luego cargar contra el enemigo, diezmado por el fuego de una artillería de lo más avanzado de su época. Pero nosotros, ¿a quién íbamos a combatir? ¡A las tinieblas! ¿Dónde estaba el enemigo? ¡En todas partes y en ninguna! ¡No podíamos apuntar sin saber dónde estaba el blanco, ni emprender un ataque ignorando dónde dirigir los golpes! ¡Sólo nos

quedaba resguardarnos, encerrarnos, vigilar y, sobre todo, esperar!

Arthur Rance le dijo a Rouletabille que respondía de su jardinero Mattoni, y nuestro joven, seguro ya de estar a cubierto por ese lado, se entretuvo en explicarnos la situación de una manera general. Encendió la pipa, dio tres o cuatro bocanadas rápidas y dijo:

—¡Bueno! ¿Podemos esperar que Larsan, después de haberse mostrado a nosotros con tanta insolencia bajo nuestros muros, como desafiándonos, se contentará con esa manifestación platónica? ¿Se conformará con una victoria moral quien ha llevado la turbación, el terror y el desánimo a una parte de la guarnición? ¿Abandonará por eso? A decir verdad, no lo creo. Primero, porque no está en su carácter, esencialmente combativo y que no se satisface con éxitos parciales, y en segundo lugar ¡porque nada le obliga a desaparecer! ¡Piensen que él lo puede todo contra nosotros, mientras que nosotros no podemos nada contra él, salvo defendernos y golpear, si podemos, cuando se ponga a tiro! En efecto, no podemos esperar ninguna ayuda del exterior. Y él lo sabe. ¡Por eso se muestra tan audaz y tranquilo! ¿A quién podemos recurrir?

—¡Al procurador! —dijo con cierta vacilación Arthur Rance, pues suponía que si Rouletabille aún no había apuntado esa hipótesis es porque debía haber alguna oscura razón para ello.

Rouletabille contempló a su anfitrión con un aire de piedad no exento de reproche. Y en un tono glacial, que manifestó definitivamente a Arthur Rance la torpeza de su proposición, dijo:

—Debería usted comprender que, si salvé a Larsan de la justicia francesa en Versalles, no fue con el propósito de entregarlo a la justicia italiana en las Rochers Rouges.

Arthur Rance, que ignoraba, como ya he dicho, lo referente al primer matrimonio de la hija del profesor Stangerson, no podía entender que nos resultaba imposible revelar la existencia de Larsan sin desencadenar, sobre todo después de la ceremonia nupcial de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, el peor de los escándalos; sin embargo, ciertos incidentes inexplicados del proceso de Versalles debieron de chocarle lo suficiente para hallarse en condiciones de comprender que lo que temíamos, por encima de todo, era interesar otra vez al público en lo que se había dado en llamar El misterio de la señorita Stangerson.

Aquella noche supo que Larsan nos tenía cogidos por uno de esos terribles secretos que amenazan el honor o la vida de la gente, por encima de todas las leyes de la tierra.

Así que inclinó levemente la cabeza ante Robert Darzac sin decir palabra; pero aquel gesto significaba que estaba dispuesto a combatir por la causa de

Mathilde como un noble caballero que ofrece su vida para defender a su dama sin preocuparse por las razones de la batalla. Al menos así lo interpreté yo, convencido de que el norteamericano, pese a su reciente matrimonio, estaba muy lejos de haber olvidado su antigua pasión.

El señor Darzac dijo:

—Ese hombre debe desaparecer, pero en silencio, ya tengamos que reducirlo, firmar con él un tratado de paz... ¡o matarlo! Pero debemos mantener el secreto de su reaparición. ¡Sobre todo (y considérenme ahora como el portavoz de la señora Darzac) les ruego que hagan todo lo posible para que el señor Stangerson no se entere de que estamos amenazados otra vez por los golpes de ese malvado!

—Los deseos de la señora Darzac son órdenes —replicó Rouletabille—. ¡El señor Stangerson no sabrá nada!

De inmediato nos ocupamos de los criados, y de lo que podíamos esperar de ellos. Por suerte, papá Jacques y los Bernier estaban ya casi enterados del secreto del asunto y no se asombrarían de nada. Mattoni era lo suficientemente fiel para obedecer a Mrs. Edith «sin cuestionamientos». Los otros no contaban. Es verdad que aún faltaba Walter, el criado del viejo Bob, pero había acompañado a su amo a París y ya volvería con él.

Rouletabille se puso de pie, intercambió una seña con Bernier, que seguía de pie en el umbral de la Torre Cuadrada, y volvió a sentarse entre nosotros.

—Larsan no debe de estar lejos —dijo—. Durante la cena hice un reconocimiento de la plaza. Al otro lado de la puerta norte, disponemos de una defensa natural y humana inmejorable, que reemplaza con ventaja a la antigua barbacana del castillo. Tenemos allí, a cincuenta pasos de la costa occidental, los dos puestos fronterizos de los aduaneros franceses e italianos, cuya inexorable vigilancia puede sernos de gran ayuda. Bernier está en excelentes relaciones con esa buena gente y yo he ido allí para hablar con ellos. El aduanero italiano sólo habla su lengua, pero el francés habla las dos, más el dialecto regional, y ha sido este aduanero (quien, según Bernier, se llama Michel) el que nos ha servido de intérprete. Por medio de él hemos sabido que los dos aduaneros se han interesado por la insólita maniobra en torno a la península de Hércules de la barca de Tullio, por mal nombre «verdugo del mar». El viejo Tullio es un antiguo conocido de nuestros aduaneros. Es el contrabandista más hábil de la costa. Esta tarde llevaba en su barca a un individuo que los aduaneros no habían visto nunca. La barca, Tullio y ese individuo han desaparecido en el cabo de Garibaldi. He ido allí con Bernier y, lo mismo que el señor Darzac, que había estado allí antes que nosotros, no hemos visto nada. Sin embargo, Larsan ha tenido que desembarcar, tengo ese presentimiento. En todo caso, estoy seguro de que la barca de Tullio ha

atracado muy cerca del cabo...

—¿Dice usted que está seguro?... —preguntó el señor Darzac.

—¿Por qué está tan seguro? —insistí yo.

—Porque ha dejado la huella de la proa en las piedras menudas de la orilla y, al atracar, se le ha caído por la borda el hornillo de piñas, que yo he encontrado y que los aduaneros han reconocido, hornillo que le sirve a Tullio para iluminar las aguas cuando sale a pescar pulpos en las noches tranquilas.

—¡Indudablemente Larsan ha bajado! —prosiguió el señor Darzac—. ¡Está en las Rochers Rouges!

—En todo caso, si la barca lo ha dejado en las Rochers Rouges, no ha vuelto —dijo Rouletabille—. Las dos aduanas están situadas en el estrecho camino que conduce desde las Rochers Rouges a Francia, de tal modo que nadie puede pasar ni de día ni de noche sin ser visto. Por otra parte, ya saben ustedes que las Rochers Rouges forman una especie de callejón sin salida y que el sendero se interrumpe ante las rocas a unos trescientos metros de la frontera. El sendero pasa entre las rocas y el mar. Las rocas tienen salientes afilados y forman un acantilado de unos sesenta metros de altura.

—¡En efecto! —corroboró Arthur Rance, que aún no había dicho nada y que parecía muy intrigado—. No ha podido escalar el acantilado.

—Se habrá escondido en las cuevas —opinó Darzac—. En ese acantilado hay entrantes muy profundos.

—¡Ya he pensado en ello! —dijo Rouletabille—. Por eso, después de haber mandado venir a Bernier, he vuelto solo allí.

—Ha sido una imprudencia —observé.

—¡Ha sido por prudencia! —me corrigió Rouletabille—. Tenía algunas cosas que decirle a Larsan, y no quería que las oyera un tercero... En una palabra, he vuelto a las Rochers Rouge y he llamado a Larsan delante de las cuevas.

—¡Lo ha llamado usted! —gritó Arthur Rance.

—¡Sí! Lo he llamado en medio de la noche, que ya empezaba, y he agitado mi pañuelo, como hacen los parlamentarios con la bandera blanca. Pero, o no me ha oído, o no ha visto mi bandera... El caso es que no ha respondido.

—Tal vez no estaba allí —aventuré.

—Es posible... Pero he oído ruido dentro de una de las cuevas.

—¿Y no ha entrado usted? —preguntó vivamente Arthur Rance.

—¡No! —respondió sin más Rouletabille—. Pero supongo que no pensarán que ha sido por miedo, ¿verdad?

—¡Vayamos allá —gritamos todos, levantándonos a un tiempo—, y acabemos con este asunto de una vez!

—Es una ocasión magnífica para atrapar a ese hombre —dijo Arthur Rance—. ¡En las Rochers Rouges no tiene escapatoria!

Darzac y Arthur Rance estaban preparados para salir, pero Rouletabille los calmó con un gesto y les rogó que volvieran a sentarse.

—Hay que pensar —dijo— que Larsan no habría actuado de otro modo si hubiera querido atraernos esta noche a las cuevas de las Rochers Rouges. Se nos muestra y desembarca casi bajo nuestros ojos en el cabo de Garibaldi. Si nos hubiera gritado al pasar bajo nuestras ventanas: «¡Estoy en las Rochers Rouges! ¡Os espero! ¡Venid!», no hubiera sido tan explícito.

—Usted ha ido allí —replicó Arthur Rance—, y él no ha aparecido. Debe de estar escondido, meditando algún crimen abominable para esta noche. ¡Hay que sacarlo de allí!

—Por supuesto —respondió Rouletabille—, mi paseo a las Rochers Rouges no ha producido ningún resultado, porque he ido solo..., pero si vamos todos, a lo mejor nos encontramos con una sorpresa desagradable a la vuelta...

—¿A la vuelta? —interrogó Darzac sin comprender.

—¡Sí —explicó Rouletabille—, al volver al castillo, donde habríamos dejado a la señora Darzac completamente sola y donde quizá no volveríamos a encontrarla! ¡Por favor, entiéndanme bien! —añadió, en medio del silencio general—, no es más que una hipótesis. En este momento no podemos emitir más que hipótesis.

Nos miramos los unos a los otros, consternados. Sin Rouletabille, habríamos cometido una gran tontería, un tremendo error...

El joven reportero se levantó, pensativo.

—Desgraciadamente —acabó diciendo—, por esta noche lo mejor que podemos hacer es una barricada. Una barricada provisional, claro, pero quiero que mañana la plaza se halle en condiciones de ofrecer una defensa absoluta. He mandado cerrar la puerta de hierro y he puesto allí a papá Jacques para que la guarde. He colocado a Mattoni de centinela en la capilla. Aquí, bajo la poterna, he dispuesto una barrera, el único punto vulnerable del segundo recinto, y yo mismo la guardaré. Bernier vigilará toda la noche en la puerta de la Torre Cuadrada, y su mujer, que tiene buenos ojos, se apostará en la plataforma de la torre con un catalejo que le he proporcionado. Sainclair se

instalará en el pequeño pabellón, el de las hojas de palmera, en la terraza de la Torre Redonda. Desde lo alto de dicha terraza vigilará, junto conmigo, todo el segundo patio, así como las galerías y los parapetos. El señor Arthur Rance y el señor Robert Darzac se quedarán en la baille, uno en la galería del Oeste y el otro en la del Este, las dos galerías que limitan el patio por el lado del mar. Esta noche nos resultará duro, porque aún no estamos organizados. Mañana haremos un análisis de nuestra pequeña guarnición y de los criados con los que podemos contar sin riesgo. Si hay algún criado que nos ofrezca dudas, lo haremos salir de la plaza. Juntaremos todas las armas de las que podemos disponer, fusiles y revólveres, y las repartiremos siguiendo las necesidades del servicio de guardia. La consigna es disparar contra todo aquel que no responda al ¿quién vive? y que no se identifique. No hace falta contraseña, es inútil. Para pasar bastará gritar el nombre y mostrar el rostro. Por lo demás, sólo nosotros podremos pasar. Mañana por la mañana volveré a poner en la entrada interior de la puerta norte la verja que cerraba hasta esta noche la entrada exterior —entrada que en lo sucesivo quedará cerrada con la puerta de hierro—, y durante el día los proveedores no podrán pasar por la bóveda más allá de la verja: dejarán su mercancía en el pequeño cuarto de la torre, donde está papá Jacques. Todas las tardes, a las siete, se cerrará la puerta. Mañana por la mañana, el señor Arthur Rance dará órdenes para que vengan albañiles y carpinteros. Los contaremos, y nadie, bajo ningún pretexto, cruzará la poterna del segundo recinto; a las siete, volveremos a contarlos y se irán. Durante la jornada, los obreros tendrán que acabar enteramente su trabajo, que consistirá en hacerme una puerta para la poterna, reparar una ligera brecha del muro que une el Castillo Nuevo con la Torre del Temerario, y otra brecha más pequeña que hay cerca de la antigua Torre Redonda de la esquina (B en el plano) que defiende el ángulo noroeste de la baille. Cuando hayan terminado, estaré un poco más tranquilo; a la señora Darzac se le prohíbe dejar el castillo hasta nueva orden; así estará segura, y yo podré hacer una salida de reconocimiento serio por el campo en busca de Larsan. ¡Vamos, míster Arthur Rance, a las armas! Vaya a buscar las armas de que disponga para esta noche. Yo he prestado mi revólver a Bernier, que estará de guardia ante la puerta del apartamento de la señora Darzac.

¡Cualquiera que ignorase los acontecimientos del Glandier y hubiera oído hablar con ese lenguaje a Rouletabille habría tratado de locos tanto al que hablaba como a los que lo escuchaban! Pero vuelvo a repetir que, si esa persona hubiera vivido la noche de la galería inexplicable y la del cadáver increíble, habría hecho lo que yo: ¡cargar el revólver y esperar la luz del día sin dárselas de listo!

VIII. Páginas históricas sobre Jean Roussel-Larsan-Ballmeyer

Una hora más tarde, todos estábamos en nuestros puestos e íbamos y veníamos a lo largo de los parapetos, escrutando la tierra, el cielo y las aguas, y escuchando con ansiedad los más imperceptibles ruidos de la noche, la brisa y el viento de alta mar que comenzó a aullar hacia las tres de la madrugada. Mrs. Edith se levantó y acudió a reunirse con Rouletabille bajo la poterna. Éste me llamó, me confió la guardia de la poterna y de Mrs. Edith, y fue a hacer una ronda. Mrs. Edith estaba del mejor humor del mundo. El sueño le había hecho bien y parecía divertirse como una loca con la figura lívida de su marido, ¡al que había llevado un vaso de whisky!

—¡Oh, qué divertido! —me decía aplaudiendo con sus pequeñas manos—. Pero ¡qué divertido! ¡Cómo me gustaría conocer al tal Larsan!

No pude menos que estremecerme al oír aquel desatino. Decididamente, hay almas románticas que no vacilan ante nada y que, en su inconsciencia, provocan al destino. ¡Dios mío, si la ingenua supiera...!

Pasé dos deliciosas horas con Mrs. Edith contándole relatos horribles sobre Larsan, todos históricos. Y, ya que se presenta la ocasión, me permitiré dar a conocer al lector históricamente, si me es lícito servirme aquí de una expresión que traduce mi pensamiento a la perfección, a Larsan-Ballmeyer, ese tipo cuya existencia alguien ha podido poner en duda con ocasión del papel inaudito que le atribuí en *El misterio del cuarto amarillo*. Como ese papel alcanza en *El perfume de la Dama de Negro* cotas que algunos podrían considerar inaccesibles, estimo que tengo el deber de preparar el espíritu del lector para admitir a fin de cuentas que yo no soy más que el vulgar cronista de un suceso único en el mundo y que no invento nada. Además, en el caso de que tuviera la necia pretensión de añadir a esta historia, a la vez tan natural como prodigiosa, algún adorno imaginario, Rouletabille me lo impediría y me pondría en ridículo sin contemplaciones. Hay considerables intereses en juego como para que no me constriña a una narración severa, y hasta un poco seca y metódica. Remitiré, pues, a todos los que puedan creerse ante una novela policíaca —por fin ha salido la palabra abominable— al proceso de Versalles. Henri-Robert y André Hesse, los letrados que defendieron a Robert Darzac, hicieron una admirable defensa, que fue mecanografiada y de la que ciertamente habrán conservado alguna copia. Finalmente no hay que olvidar que, mucho antes de que el destino pusiera frente a frente a Larsan-Ballmeyer y Joseph Rouletabille, el refinado bandido había dado no poco trabajo a los cronistas judiciales. Basta con abrir la *Gazzete des Tribunaux* y repasar las noticias de los grandes diarios el día en que Ballmeyer fue condenado por el tribunal del Sena a diez años de trabajos forzados, para hacerse una idea acerca de ese tipo. Entonces se comprenderá que no hay necesidad de inventar nada sobre un

hombre cuando se puede contar una historia semejante; y de este modo el lector, conociendo ya «la clase» a la que pertenece, es decir, su forma de actuar y su audacia sin medida, bien se guardará de sonreír cuando Joseph Rouletabille, obrando con la debida prudencia, levante un puente levadizo entre Larsan-Ballmeyer y la señora Darzac.

Albert Bataille, redactor de *Le Figaro*, que ha publicado unas admirables Causas criminales y mundanas, dedica páginas muy interesantes a Ballmeyer.

Se puede decir que Ballmeyer tuvo una infancia feliz. No llegó a ser un estafador, como a tantos otros les ocurre, por haber recorrido las duras etapas de la miseria. Hijo de un rico comisionista de la calle Molay, habría podido soñar con otro destino; pero su vocación consistía en apoderarse del dinero de los demás. Desde muy joven decidió dedicarse a la estafa como otros deciden ir a estudiar a la Escuela de Minas de París. Debutó con un golpe genial. La historia es increíble: Ballmeyer se apoderó de un cheque dirigido a su padre, se fue en tren a Lyon con el dinero robado y escribió al autor de sus días: «Muy señor mío: Soy un anciano militar retirado y condecorado. Tengo un hijo empleado en correos que, para pagar una deuda de juego, ha sustraído de la estafeta un cheque dirigido a usted. He reunido a la familia a fin de resolver el problema, y en breve tiempo podremos devolverle el dinero. Usted también es padre: ¡compadézcase de otro padre! ¡No destruya todo un pasado de honor!».

El padre de Ballmeyer concedió noblemente el plazo que se le pedía, y aún sigue esperando el dinero, o mejor dicho, ya no lo espera, porque diez años después se enteró de quién era el verdadero culpable.

Ballmeyer —escribe Albert Bataille— parece haber recibido de la naturaleza todos los atributos del estafador nato: un gran ingenio, el don de la persuasión, esmero para la escenificación y los detalles, el genio del disfraz y una previsión infinita, hasta el punto de hacer marcar su ropa con las iniciales apropiadas cada vez que juzgaba útil cambiar de nombre. Pero lo que le caracteriza, sobre todo, aparte de sus asombrosas aptitudes para la evasión, es la combinación de fraude, cinismo y desafío a la justicia: siente un maligno placer en denunciar ante el tribunal a falsos culpables, sabiendo cuánto se retrasan los pobres magistrados siguiendo sus pistas falsas.

Este placer por confundir a los jueces es el común denominador de los actos delictivos de su vida.

Estando en el ejército, Ballmeyer robó la caja de caudales de su regimiento y acusó al capitán tesorero.

Cometió un robo de cuarenta mil francos en perjuicio de la casa Furet y declaró ante el juez de instrucción que el señor Furet se había robado a sí

mismo.

El caso Furet seguirá siendo célebre durante mucho tiempo en los anales judiciales bajo este título: «El telefonazo», todo un clásico. La ciencia aplicada a la estafa aún no ha proporcionado nada mejor.

El señor Ballmeyer sustrae un cheque por valor de mil seiscientas libras esterlinas de la correspondencia de los hermanos Furet, de profesión comisionistas, calle Poissonnière, que le han dejado instalarse en sus oficinas.

Ballmeyer, imitando la voz de Edmond Furet, pregunta por teléfono al señor Cohen, banquero, si puede abonarle el importe del cheque. El señor Cohen responde afirmativamente, y diez minutos más tarde Ballmeyer, tras haber cortado el hilo telefónico para evitar una constatación por parte del banco o que alguien pida explicaciones, cobra el dinero por medio de un compinche, un tal Rivard, que ha conocido no hace mucho en los destacamentos de África, de donde habían sido expulsados a causa de unas enojosas historias ocurridas en su regimiento.

Se lleva el botín limpiamente; y luego corre a denunciar a Rivard y, como ya he dicho, a su víctima, ¡el propio Edmond Furet!

En el bufete del señor Espierre, juez de instrucción encargado del caso, tiene lugar una épica confrontación:

—Veamos, mi querido Furet —dice Ballmeyer al estupefacto comisionista—, siento mucho tener que acusarle, pero debe confesar la verdad a la justicia. Es un asunto que no tendrá mayores consecuencias para usted..., ¡así que confiese! Necesitaba usted cuarenta mil francos para liquidar una pequeña deuda en las carreras y se la ha hecho pagar a su negocio. Está claro que ha sido usted quien ha telefoneado.

—¿Yo, telefoneado? ¿Yo? —balbuceaba Edmond Furet.

—Es mejor que confiese. Han reconocido su voz.

Huelga decir que la pobre víctima durmió ocho días en la prisión de Mazas y que la policía elaboró un informe espantoso sobre él; que el señor Cruppi, entonces fiscal y hoy ministro de Comercio, al final tuvo que presentar al señor Furet sus excusas. En cuanto a Rivard, ¡fue condenado por contumacia a veinte años de trabajos forzados!

Podríamos contar otras veinte anécdotas de este tipo sobre Ballmeyer. En realidad, en aquel momento, antes de consagrarse al crimen, era intérprete de comedias, ¡y qué comedias! Hay que conocer con detalle la historia de una de sus evasiones. Nada más prodigiosamente cómico que la aventura del prisionero Ballmeyer redactando un largo e insípido memorial con el único objeto de poder llegar hasta la mesa del juez Villers y, una vez allí, tirando

como por descuido al suelo los impresos, echar una ojeada a los formularios de las órdenes de puesta en libertad.

Vuelto a Mazas, el granuja escribió una carta «firmada por el juez Villers», en la cual, siguiendo el formulario, rogaba al director de la prisión que pusiera al instante en libertad al detenido Ballmeyer. Sólo que a la carta le faltaba el sello del juez.

Ballmeyer no se detuvo por tan poca cosa. Al día siguiente reapareció en el juzgado con la carta escondida en la manga, reivindicó su inocencia, fingió una gran cólera y, gesticulando para acercarse al sello colocado sobre la mesa, tiró el tintero sobre el pantalón azul del guardia que lo acompañaba.

Mientras el pobre hombre, rodeado del magistrado y del escribano, limpiaba tristemente su «número uno», Ballmeyer aprovechaba el descuido general para estampar el sello en la orden de puesta en libertad, al tiempo que se deshacía en excusas.

Una jugada maestra. Acto seguido, el estafador salió del juzgado y arrojó el papel firmado y sellado a los guardias del calabozo.

—¡Pero quién se ha creído que es el señor Villers —dijo— para mandarme a mí traer sus papeles! ¡Como si yo fuera su criado!

Los guardias recogieron el impreso, y el sargento de servicio se encargó de que lo llevaran a su destinatario. Aquella misma noche Ballmeyer estaba libre.

Era su segunda evasión. Porque cuando fue detenido finalmente por el robo a Furet, ya se había escapado poniendo la zancadilla al guardia que lo llevaba a la prisión provisional y echándole pimienta en los ojos. Aquella misma noche, de corbata blanca, asistía a un estreno en la Comédie-Française. Ya en la época en que un consejo de guerra lo condenó a cinco años de trabajos forzados por haber robado la caja de caudales de su regimiento, estuvo a punto de evadirse haciendo que sus compañeros lo metieran en un saco de papeles de desecho. Pero una segunda comprobación hecha de improviso hizo fracasar un plan tan bien tramado.

El relato de las sorprendentes aventuras de Ballmeyer sería interminable...

Unas veces era el conde de Maupas, otras el vizconde de Drouet d'Erlon, el conde de Motteville o el de Bonneville, elegante, buen jugador, siempre a la moda y habitual de las playas y los balnearios de lujo: Biarritz, Aix-les-Bains, Luchon, que podía perder en el casino hasta diez mil francos en una noche, siempre rodeado de hermosas mujeres que se disputaban sus sonrisas; porque este egregio estafador también era un seductor. En el regimiento hizo una buena conquista, afortunadamente platónica: ¡la hija del coronel! ¿Se dan cuenta ahora de quién es este «tipo»?

Pues bien, ¡contra ese hombre tenía que combatir Joseph Rouletabille!

Supongo que aquella noche aleccioné bastante bien a Mrs. Edith acerca de la personalidad del célebre bandido. Ella me escuchaba en un profundo silencio que acabó por impresionarme, y entonces, inclinándome sobre ella, me di cuenta de que estaba dormida. Aquella actitud habría debido proporcionarme una idea bastante aproximada de su personalidad. Pero, como gracias a ello pude contemplarla a placer, en lugar de enfadarme engendró en mí sentimientos que en vano intenté echar fuera de mi corazón.

La noche transcurrió sin problemas. Cuando amaneció, saludé el día con un gran suspiro de alivio. No obstante, Rouletabille no me permitió ir a acostarme hasta las ocho de la mañana, cuando hubo acabado de planificar todas las tareas del día siguiente. Los obreros que había mandado venir trabajaron activamente en la reparación de la brecha de la torre B. Las obras se hicieron tan bien y con tal rapidez, que aquella misma noche el castillo de Hércules se encontró tan herméticamente cerrado como lo está, mediante líneas, en el plano. Aquella mañana, sentado en una piedra, Rouletabille comenzó a dibujar el plano que he ofrecido al lector, mientras que yo, cansado de la vigilia nocturna, hacía ridículos esfuerzos para que no se me cerraran los ojos, y para escuchar lo que él me decía:

—Los cortos de inteligencia, Sainclair, creerán que me fortifico para defenderme. Y eso es sólo una parte de la verdad: me fortifico sobre todo para razonar. Y si he tapado las brechas, no ha sido tanto para que Larsan no pueda entrar, ¡sino para evitarle a mi razón la ocasión de «huir» por ellas! ¡Por ejemplo, yo no podría razonar en un bosque! ¿Cómo se puede razonar en un bosque? ¡En un bosque la razón se escapa por todas partes! ¡En cambio en un castillo bien cerrado...! Amigo mío, es como una caja fuerte bien cerrada: ¡si estás dentro y no estás loco, tu razón ha de dar con la respuesta!

—¡Seguro, seguro! —repetía yo moviendo adormilado la cabeza—. ¡Su razón tiene que dar con la respuesta!

—Está bien, vaya a descansar, amigo mío: ¡se está usted durmiendo de pie!

IX. La llegada inesperada del viejo Bob

Hacia las once de la mañana, cuando la voz de la señora Bernier me transmitía desde el pasillo la orden de Rouletabille de levantarme, me precipité a la ventana. La bahía estaba esplendorosa; el mar tenía tal transparencia, que la luz del sol lo atravesaba como si fuera un cristal, de tal suerte que se podían ver las rocas, las algas, la espuma y el fondo marítimo, como si el elemento

acuático hubiera dejado de cubrirlos. La curva armoniosa de la orilla mentonesa encerraba el agua en un marco florido. Los chalets de Garavan, blancos y rosa, parecían recién salidos del capullo aquella noche. La península de Hércules era un como un ramillete de flores que flotaba sobre las aguas y hasta las viejas piedras del castillo aromatizaban el aire.

La naturaleza nunca me pareció tan dulce, tan acogedora, tan amorosa, y sobre todo tan digna de ser amada. El aire sereno, la ribera indolente, el mar paralizado, las montañas violetas, todo aquel cuadro, al que mis sentidos de hombre del norte estaban tan poco acostumbrados, evocaba ideas de caricias. Entonces vi a un hombre que estaba golpeando el mar. ¡Lo golpeaba con todas sus fuerzas! Habría llorado de haber sido poeta. El miserable parecía poseído de una rabia espantosa. Yo no comprendía qué podía haber excitado su furor contra las tranquilas olas; pero indudablemente éstas debían de haberle dado algún serio motivo de disgusto, pues no cesaba de golpear, armado de un enorme garrote y de pie en la pequeña embarcación, que un niño empujaba con el remo, temblando de miedo. El hombre le estaba administrando al mar «una buena manta de palos», que provocaba la muda indignación de unos extranjeros parados en la orilla. Pero, como suele suceder en tales casos, la gente tiene miedo de meterse en lo que no le importa, y le dejaron hacer sin protestar. ¿Qué podía haber irritado a aquel hombre salvaje? ¿Quizá la propia calma del mar que, tras haber sido turbada un momento por aquel loco, recobraba su rostro inmóvil?

Entonces oí la voz amiga de Rouletabille anunciándome que el almuerzo sería a las doce. El reportero parecía un albañil; su ropa atestiguaba que había estado controlando las obras. Con una mano se apoyaba en un metro y con la otra jugaba con una plomada. Le pregunté si había visto al hombre que golpeaba las aguas, y me respondió que era Tullio, ejerciendo su oficio: de ese modo asustaba a los peces para que fueran a parar a sus redes. Entonces comprendí por qué en la región lo llamaban el «verdugo del mar».

Rouletabille también me dijo que había interrogado al pescador por la mañana sobre el hombre al que había transportado en su barca el día anterior. Tullio respondió que no lo conocía, que era un tipo raro que había embarcado en Menton y que le había dado cinco francos por llevarlo hasta la punta de las Rochers Rouges.

Me vestí rápidamente y me reuní con Rouletabille, quien me comunicó que tendríamos un nuevo huésped a la hora de comer: se trataba del viejo Bob. Esperamos a que llegara para sentarnos a la mesa, pero en vista de que se retrasaba, empezamos a comer sin él, en el florido marco de la terraza redonda del Temerario.

Trajeron una exquisita bullabesa humeante del restaurante de las Grutas —

donde sirven los mejores berberechos y salmonetes de roca de todo el litoral —, regada con un vinito del paese; y, ¡lo que son las cosas!, aquella comida a plena luz del día contribuyó a serenarnos tanto o más que las precauciones tomadas por Rouletabille. A decir verdad, ¡Larsan nos daba menos miedo bajo el hermoso sol de un cielo resplandeciente que a la pálida claridad de la luna y las estrellas! ¡Oh, cuán olvidadiza es la naturaleza humana, qué fácilmente impresionable! Me da vergüenza decirlo, pero nos sentíamos muy contentos, ¡oh, sí, completamente dichosos! (al menos hablo por mí, por Arthur Rance y, naturalmente, también por Mrs. Edith, cuya naturaleza romántica y melancólica es sólo superficial). Estábamos riéndonos de nuestras angustias nocturnas y de nuestra guardia armada por los rincones de la ciudadela, cuando el viejo Bob hizo su aparición. Y no iba a ser su presencia la que nos encaminara a pensamientos lúgubres. Pocas veces he visto a nadie más cómico que el viejo Bob, paseándose bajo el sol primaveral de la Provenza, con su sombrero de copa negro, su levita negra, su chaleco negro, su pantalón negro, sus gafas negras, sus cabellos blancos y sus mejillas sonrosadas. Sí, sí, nos reímos mucho bajo la bóveda de la Torre de Carlos el Temerario. Y el viejo Bob reía con nosotros. Porque el viejo Bob era la alegría personificada.

Pero ¿qué hacía el viejo sabio en el castillo de Hércules? Quizá ha llegado el momento de decirlo. ¿Por qué había decidido abandonar sus colecciones de América, sus trabajos, sus proyectos y su museo de Filadelfia? Veamos por qué: no se habrá olvidado que Arthur Rance era ya considerado en su patria como un frenólogo con futuro cuando su desventura amorosa con la señorita Stangerson lo alejó de golpe de sus estudios, que llegaron a asquearlo. Después de su matrimonio con miss. Edith, ésta lo animó y él sintió que volvía a entrarle el gusto por la ciencia de Gall y Lavater. Pues bien, justo en el momento en que se hallaban visitando la Costa Azul, durante el otoño que precedió a los acontecimientos actuales, tuvo gran repercusión la noticia de los recientes descubrimientos que el señor Abbo acababa de hacer en las Rochers Rouges, aún llamadas Baoussé-Roussé en el dialecto mentonés. Hacía muchos años —desde 1874— que los geólogos y los que se dedican a los estudios prehistóricos estaban sumamente interesados en los restos humanos encontrados en las cuevas y cavernas de las Rochers Rouges. Julien, Rivière, Girardin, Delesot, fueron allí a trabajar y consiguieron que el Instituto y el ministerio de Instrucción Pública se interesaran por sus descubrimientos. Éstos pronto causaron sensación, pues atestiguaban, sin lugar a dudas, que en aquel lugar habían vivido hombres primitivos anteriores a la época glaciaria. Desde luego hacía ya mucho tiempo que se había demostrado la existencia del hombre en la época cuaternaria; pero, teniendo en cuenta que dicha época abarca, según algunos, doscientos mil años, resultaba interesante fijar la existencia humana en una época determinada dentro de esos doscientos mil años. Siguió excavando en las Rochers Rouges, y fueron de sorpresa en

sorpresa. Sin embargo, la cueva más hermosa de todas, la Barma Grande, como la llamaban en la región, aún estaba intacta, pues era propiedad privada del señor Abbo, dueño del restaurante de las Grutas, que se encontraba no muy lejos de allí, al borde del mar. El señor Abbo había decidido excavar también en su cueva, y la opinión pública (pues el acontecimiento había rebasado los límites del mundo científico) comenzó a difundir el rumor de que se acababan de hallar en la Barma Grande extraordinarias osamentas humanas, esqueletos muy bien conservados en una tierra ferruginosa, ¡contemporánea de los mamuts, de la época cuaternaria, e incluso del final de la época terciaria!

Arthur Rance y su mujer corrieron a instalarse en Menton, y, mientras él se pasaba los días removiendo «los restos del crisol», como se dice en términos científicos, de hace doscientos mil años, excavando él mismo el humus de la Barma Grande y midiendo los cráneos de nuestros antepasados, la joven esposa hallaba un enorme placer en estirarse no lejos de allí, sobre las almenas medievales de un viejo castillo que erguía su silueta maciza sobre una pequeña península, unida a las Rochers Rouges por unas cuantas piedras desprendidas del gran peñón. Las más románticas leyendas estaban relacionadas con aquel vestigio de las viejas guerras genovesas; y a Edith, que melancólicamente se asomaba desde lo alto de las terrazas sobre el más hermoso decorado del mundo, le parecía ser una de aquellas nobles damas de los tiempos antiguos, cuyas dramáticas aventuras tanto le habían entusiasmado en las novelas de sus autores favoritos. El castillo estaba en venta, a un precio muy razonable. Arthur Rance lo compró, para enorme alegría de su mujer, que hizo venir albañiles y tapiceros, y en tres meses transformó aquella antigua construcción en un delicioso nido de amor para una joven que soñaba con La Dama del lago y La novia de Lammermoor.

Cuando Arthur Rance se encontró frente al último esqueleto descubierto en la Barma Grande, así como los fémures del *Elephas antiquus*, salidos ambos de la misma capa de terreno, se sintió transportado al cielo y su primer pensamiento fue telegrafiar al viejo Bob para comunicarle que quizá habían hallado, a unos kilómetros de Montecarlo, lo que él llevaba buscando tantos años a costa de mil peligros en los confines de la Patagonia. Pero el telegrama no llegó a su destino, pues el viejo Bob, que había prometido ir a ver a los recién casados al cabo de unos meses, se había embarcado para Europa. Sin duda, la fama de los tesoros de las Baoussé-Roussé había llegado ya a sus oídos. Unos días más tarde desembarcaba en Marsella y se trasladaba a Menton. En compañía de Arthur Rance y de su sobrina, se instaló en la fortaleza de Hércules, llenando aquel lugar con sus bromas y alegría.

En un principio, la alegría del viejo Bob nos pareció un poco teatral, pero sin duda era un efecto de nuestro triste humor del día anterior. El viejo Bob tiene alma de niño; es coqueto como una vieja, es decir, que su coquetería

raras veces cambia de objeto: ha adoptado de una vez por todas una forma de vestir severa, preferentemente correcta (levita negra, chaleco negro, pantalón negro, cabellos blancos, mejillas sonrosadas), y se ha consagrado a perpetuar su impresionante armonía. Con este uniforme doctoral, el viejo Bob cazaba el tigre de las pampas y excava ahora en las cuevas de las Rochers Rouges, en busca de las últimas osamentas del *Elephas antiquus*.

Cuando Mrs. Edith nos lo presentó, él nos obsequió con una pícaro sonrisa y se echó a reír con toda su amplia boca, que iba de una a otra de sus patillas entrecanas cuidadosamente cortadas en forma de triángulo. El viejo Bob estaba rebotante y pronto supimos la razón. De su visita al Museo de París traía la certidumbre de que el esqueleto de la Barma Grande no era más antiguo que el que él había traído de su última expedición a Tierra del Fuego. Todo el Instituto era de ese parecer, fundando sus razonamientos en el hecho de que el hueso del *Elephas* que el viejo Bob llevó a París —y que el propietario de la Barma Grande le había prestado, tras haberle asegurado que lo había encontrado en la misma capa de terreno que el famoso esqueleto—, dicho hueso, decimos, pertenecía a un *Elephas antiquus* de mediados del período cuaternario. ¡Ah, había que oír con qué gozoso desprecio hablaba el viejo Bob de esa época! ¡Ante la idea de un hueso de mediados del período cuaternario, rompió a reír como si le hubieran contado un buen chiste! ¡Como si en nuestra época un sabio, un auténtico sabio, verdaderamente digno de ser llamado así, pudiera seguir interesándose por un esqueleto de mediados del período cuaternario! El suyo —su esqueleto, o por lo menos el que había traído de Tierra del Fuego— databa de principios de aquel período, y, en consecuencia, era cien mil años más viejo..., ¿lo oyen?, ¡cien mil años! Y estaba seguro de ello gracias a aquel omóplato que había pertenecido al oso de las cavernas, omóplato que él, el viejo Bob, había encontrado entre los brazos de su propio esqueleto. (Decía: mi propio esqueleto, sin establecer ninguna diferencia, en su entusiasmo, entre su esqueleto vivo, el que vestía todos los días con su levita negra, su chaleco negro, su pantalón negro, sus cabellos blancos y sus mejillas sonrosadas, y un esqueleto prehistórico traído desde Tierra del Fuego).

—¡Sí, sí, mi esqueleto data de la época del oso de las cavernas! ¡En cambio, el de las Baoussé-Roussé, no sé, no sé...! ¡Hijos míos, ése a lo sumo es de la época del mamut! ¡Ni siquiera eso, qué va! ¡O del rinoceronte de nariz tabicada! ¡Así que... no queda nada por descubrir, señoras y señores, en el período del rinoceronte de nariz tabicada! ¡Se lo juro, palabra del viejo Bob! Mi esqueleto procede de la época chelense, como dicen ustedes en Francia. ¡De qué se ríen, panda de ignorantes! ¡Ni siquiera estoy seguro de que el *Elephas antiquus* de las Rochers Rouges date siquiera de la época musteriense! ¿Y por qué no de la época solutrense, y hasta, hasta de la época magdalenense? ¡No, no, ya está bien! ¡Un *Elephas antiquus* de la época

magdalenense es imposible, lo sé! ¡Ese Elephas me va a volver loco! ¡Ese antiquus me pone enfermo! ¡Oh, Dios mío, me voy a morir de risa! ¡Pobres Baoussé-Roussé!

Mrs. Edith cometió la imprudente crueldad de interrumpir el júbilo del viejo Bob para anunciarle que el príncipe Galitch, que había adquirido la cueva de Romeo y Julieta en las Rochers Rouges, debía de haber hecho un descubrimiento realmente sensacional, pues al día siguiente de marcharse el viejo Bob a París, ella lo había visto pasar delante de la fortaleza de Hércules con una pequeña caja bajo el brazo y se la había mostrado diciéndole: «¡Mire, mistress Rance, aquí llevo un tesoro, un verdadero tesoro!». Ella le preguntó en qué consistía aquel tesoro, pero el otro se mostró esquivo y le dijo que prefería darle una sorpresa al viejo Bob a su vuelta. Sin embargo, el príncipe Galitch acabó confesándole que acababa de descubrir ¡«el cráneo más viejo de la humanidad»!

Aún no había acabado Mrs. Edith de pronunciar estas palabras, cuando toda la alegría del viejo Bob ya se había derrumbado; un tremendo furor se extendió por los rasgos de su rostro desfigurado y gritó:

—¡No puede ser verdad! ¡El cráneo más viejo de la humanidad es el del viejo Bob, es el cráneo del viejo Bob!

Y chilló:

—¡Mattoni, Mattoni! ¡Tráeme la maleta!

Mattoni atravesaba en ese momento el patio de Carlos el Temerario con el equipaje del viejo Bob al hombro, y llevó la maleta hasta donde estábamos nosotros. El viejo Bob sacó un manojito de llaves, se arrodilló y la abrió. Del interior, donde había ropa blanca y efectos personales, todo muy ordenado, sacó una sombrero de cartón, y de ella un cráneo, que depositó en la mesa entre nuestras tazas de café.

—¡Éste sí es el cráneo más viejo de la humanidad! —dijo—. ¡El cráneo del viejo Bob! ¡Mírenlo! ¡El viejo Bob no sale nunca sin su cráneo!

Lo acarició suavemente, con los ojos brillantes y sus labios gruesos separados de nuevo por la risa. Si ustedes hacen un esfuerzo y se imaginan al viejo Bob hablando en un francés plagado de incorrecciones, con un acento entre inglés y español —hablaba español perfectamente—, estarán ustedes viendo y oyendo la escena. Rouletabille y yo no pudimos aguantar más y nos echamos a reír. De vez en cuando, el viejo Bob interrumpía su discurso para preguntarnos qué nos hacía tanta gracia, y aún nos reíamos más. Hasta la señora Darzac tuvo que secarse los ojos, pues la imagen del viejo Bob sujetando entre las manos el cráneo más viejo de la humanidad era realmente desternillante. Allí descubrí que un cráneo de doscientos mil años no es

horripilante en absoluto, sobre todo si, como aquél, conserva todos los dientes.

De pronto, el viejo Bob se puso serio. Levantó el cráneo en la mano derecha y, apoyando el índice de la otra mano en la frente del antepasado, dijo:

—¡Si observamos la parte superior del cráneo, se ve una forma pentagonal muy clara, debido al notable desarrollo de las prominencias parietales y de la lámina del occipital! ¡La gran anchura de la cara se debe en buena parte al exagerado desarrollo de las proporciones cigomáticas! En cambio, ¿qué se ve en la cabeza de los trogloditas de las Baoussé-Roussé?

Yo no sabría decir qué veía el viejo Bob en la cabeza de los trogloditas, pues no lo escuchaba ni miraba el cráneo, sino que lo miraba a él. Y al verlo bien, se me quitaron las ganas de reír. El viejo Bob me pareció horrible, feroz, malicioso como un viejo cómico de la legua, con su alegría de hojalata y su ciencia de pacotilla. No le quitaba los ojos de encima. ¡Me parecía que sus cabellos se movían! Sí, como se mueve una peluca. Un pensamiento, el pensamiento de Larsan, que nunca me abandonaba del todo, me atenazó el cerebro; iba yo quizá a decir algo, cuando un brazo se deslizó bajo el mío y me sentí arrastrado por Rouletabille.

—¿Le ocurre algo, Sainclair? —me preguntó el joven con un tono afectuoso.

—Amigo mío —respondí—, no pienso decírselo. Se burlaría usted de mí.

Me llevó hacia la galería del Oeste, miró alrededor para asegurarse de que estábamos solos y me dijo:

—No, Sainclair, no me burlaré de usted, pues está usted en lo cierto cuando lo ve por todas partes. Si no estaba hace poco, quizá esté ahora. ¡Ah, es más fuerte que las piedras! ¡Es más fuerte que todo! ¡Pero yo le temo menos fuera que dentro! Y me sentiría muy feliz si estas piedras que he llamado en mi ayuda para impedir su entrada me ayudan a retenerlo. Porque, querido Sainclair, ¡lo siento aquí!

Estreché la mano de Rouletabille, pues yo también tenía esa impresión. Sentía sobre mí los ojos de Larsan, lo oía respirar... ¿Cuándo había comenzado aquella sensación? No habría sabido decirlo. Pero me parecía que me había llegado con el viejo Bob.

Le pregunté a Rouletabille con desazón:

—¿Qué le parece el viejo Bob?

Tras un momento de silencio, dijo:

—Esté atento y cójase cada cinco minutos la mano izquierda con la derecha y pregúntese: «¿Eres tú Larsan?». ¡Cuando se haya respondido, no se

conforme del todo, pues quizá le haya mentido, y esté ya dentro de su piel sin que usted se haya dado cuenta!

Tras esto Rouletabille me dejó solo en la galería del Oeste, y en seguida vino a buscarme papá Jacques trayéndome un telegrama. Aunque, al igual que todos nosotros, había pasado la noche en blanco, tenía buen aspecto, y le felicité por ello. Él me dijo que el placer de ver al fin a su ama reír lo había rejuvenecido diez años. Luego intentó sonsacarme sobre los motivos de la extraña vela que le habíamos impuesto y el porqué de las precauciones excepcionales que se habían tomado para prohibir la entrada a cualquier extraño. Incluso dijo que, si el terrible Larsan no estuviera muerto, creería que temíamos su regreso. Le respondí que no era momento para hacer conjeturas y que, si era un hombre de verdad, debía, lo mismo que los demás, observar la consigna como un soldado, sin intentar comprender nada y menos aún discutirla. Se despidió y se fue, evidentemente intrigado; mejor, pensé yo, pues era el encargado de vigilar la puerta norte, y no estaba de más que pensara en Larsan. También él había estado a punto de ser su víctima, y no lo había olvidado.

No me di mucha prisa en abrir el telegrama que me trajo papá Jacques, pues no creía que fuera nada importante; pero me equivocaba. Mi amigo de París, que a petición mía había seguido los pasos de Brignolles, me comunicaba que éste había salido de París en dirección a la Provenza, la víspera por la noche, en el tren de las 22.35. Mi amigo me decía que tenía buenas razones para creer que había sacado billete para Niza.

¿Qué venía a hacer Brignolles a Niza? Fue una cuestión que me planteé de inmediato y que, en un estúpido acceso de amor propio, no sometí al juicio de Rouletabille. Éste se había burlado de mí cuando le enseñé el primer telegrama que me anunciaba que Brignolles no había salido de París, y resolví no hacerle partícipe de este otro que confirmaba su marcha. ¡Puesto que Brignolles parecía tener poca importancia para él, no le «importaría» más con mis pesquisas! ¡Y me guardé a Brignolles sólo para mí! De modo que, adoptando el aire más indiferente, me reuní con Rouletabille en el patio de Carlos el Temerario. Mi joven amigo estaba asegurando con barras de hierro la pesada tabla de encina circular que cerraba la boca del pozo y me demostró que, aunque el pozo se comunicase con el mar, nadie podría acceder al castillo por allí. Estaba con los brazos desnudos, tenía un pesado martillo en la mano y sudaba profusamente. Me pareció que se afanaba en exceso por un trabajo relativamente sencillo; ¡y no pude evitar decírselo, como un idiota que no ve más allá de sus narices! ¿No hubiera debido yo adivinar que mi amigo se extenuaba voluntariamente para apartar de sí la tristeza que abrasaba su animoso espíritu? ¡Pues no! No lo comprendí hasta media hora más tarde, cuando lo sorprendí tendido sobre las piedras ruinosas de la capilla,

exhalando, en medio del sueño que había ido a derribarlo en aquel rudo lecho, una palabra, una simple palabra que me desveló de golpe su estado de ánimo: ¡Mamá! ¡Rouletabille estaba soñando con la Dama de Negro! Quizá soñaba que estaba abrazándola como antaño, cuando llegaba, rojo de tanto correr, al locutorio del colegio de Eu. Esperé un instante, preguntándome si dejarlo dormir, y si en medio del sueño no dejaría escapar su secreto. Pero, tras haber aliviado su corazón con aquella palabra, ya no dejó oír más que una música sonora. Estaba roncando. Creo que era la primera vez que Rouletabille dormía a pierna suelta desde que abandonamos París.

Aproveché para salir del castillo sin decir nada a nadie, y con mi telegrama en el bolsillo, cogí un tren para Niza. Pronto tuve ocasión de leer esta noticia de primera página en el Petit Niçois: «El profesor Stangerson ha llegado a Garavan, donde pasará unas semanas en casa de Mr. Arthur Rance, que ha comprado la fortaleza de Hércules, y quien, con ayuda de la atenta Mrs. Rance, se complace en ofrecer la más exquisita hospitalidad a sus amigos en ese marco pintoresco y medieval. A última hora hemos sabido que la hija del profesor Stangerson, que acaba de contraer matrimonio en París con el señor Robert Darzac, ha llegado también a la fortaleza de Hércules en compañía del joven y célebre profesor de la Sorbona. Estos nuevos huéspedes nos vienen del norte en el momento en que todos los extranjeros nos dejan. ¡Hacen bien! ¡No hay nada comparable en el mundo a una hermosa primavera en la Costa Azul!».

En Niza, escondido tras la vidriera del bar de la estación, acechaba la llegada del tren de París en el que podía venir Brignolles. ¡Y justamente vi bajar a Brignolles! ¡Dios mío, mi corazón empezaba a latir con fuerza, porque aquel viaje, del que él no había informado al señor Darzac, me parecía la cosa menos natural del mundo! Además, mi vista no me engañaba: Brignolles, con la cabeza gacha, se escurría entre los viajeros, rápido como un ladrón, hacia la salida. Pero yo fui tras él. Saltó a un carruaje cerrado y yo me precipité a otro no menos cerrado. Se apeó en la plaza Masséna, fue al paseo y cogió otro carruaje; yo lo seguí. Aquellas maniobras me parecían cada vez más sospechosas. Tomó la carretera de la Corniche, y yo también. Las numerosas curvas de la carretera me permitían ver sin ser visto. Le prometí una buena propina al cochero si no perdía de vista al carruaje que seguíamos, y él se empleó a fondo. Así llegamos a la estación de Beaulieu, donde Brignolles se apeó, pagó al cochero y entró en la sala de espera. Iba a coger un tren. ¿Qué hacer? Si yo tomaba también ese tren, ¿no me vería él en aquella estación tan pequeña y con el andén desierto? Pero tenía que hacerlo. Si me veía, siempre podría salir del paso fingiendo sorpresa. Pero la cosa salió bien y Brignolles no me vio. Subió a un pequeño tren que se dirigía hacia la frontera italiana. En una palabra, todos los pasos de Brignolles le acercaban a la fortaleza de Hércules. Subí al vagón siguiente al suyo y vigilé las subidas y bajadas de

viajeros en todas las estaciones.

Brignolles se apeó en Menton. Indudablemente había querido llegar en un tren distinto del de París y en un momento en que había pocas posibilidades de encontrar rostros conocidos en la estación. Lo vi bajar, con el cuello del abrigo subido y el sombrero de fieltro calado hasta los ojos. Echó una ojeada al andén, y se apresuró hacia la salida. Una vez fuera se subió a una vieja y sórdida diligencia que esperaba junto a la acera. Desde la sala de espera yo lo observaba. ¿Qué estaba haciendo Brignolles allí? ¿Y adónde se dirigía en aquella vieja tartana polvorienta? Un empleado me informó que aquel carruaje era la diligencia de Sospel.

Sospel es una ciudad pequeña y pintoresca perdida entre las últimas estribaciones de los Alpes, a dos horas y media de Menton en carruaje. No tiene ferrocarril. Es uno de los rincones más apartados y desconocidos de Francia, y de los más temidos por los funcionarios y por los cazadores alpinos que están allí de guarnición. En cambio, el camino que conduce allí es uno de los más hermosos que puedan existir, pues para descubrir Sospel hay que rodear no sé cuántas montañas, bordear altos precipicios y seguir hasta Castillon, el estrecho y profundo valle del Careï, a veces tan árido y salvaje como un paisaje de Judea, y otras verde o florido, fecundo, suave a los ojos, con el estremecimiento plateado de sus innumerables olivos, que bajan desde el cielo hasta el lecho claro del torrente por una escalera de gigantes. Yo había estado en Sospel unos años antes con un grupo de turistas ingleses, en un inmenso carro tirado por ocho caballos, y conservaba de aquel viaje una sensación de vértigo, que volví a encontrar intacta en cuanto pronunciaron el nombre. ¿Qué iba a hacer Brignolles a Sospel? Era preciso saberlo. La diligencia estaba ya completa y empezaba a ponerse en marcha en medio de un gran ruido de chatarra y de cristales que bailaban en los aperos. Contraté un carruaje de alquiler, y también yo me puse a escalar el valle del Careï. ¡Ah, cuánto lamentaba ahora no haber advertido a Rouletabille! La extraña actitud de Brignolles le hubiera proporcionado ideas, ideas útiles, ideas razonables, mientras que yo no sabía «razonar», sólo sabía seguir a Brignolles como sigue un perro a su amo o un policía a su presa: siguiendo las huellas, la pista. ¡Y si al menos hubiera seguido bien la pista! ¡Pero la perdí precisamente en el momento en que no habría debido perderla por nada del mundo, en el momento en que acababa de hacer un descubrimiento formidable! Había dejado tomar a la diligencia cierta delantera, precaución que estimaba necesaria, y llegué a Castillon unos diez minutos después que Brignolles. Castillon se encuentra en la cima de la carretera entre Menton y Sospel. El cochero me pidió permiso para dejar respirar un poco a su caballo y darle de beber. Bajé del carruaje, ¿y qué es lo que vi justo a la entrada de un túnel bajo, el que había que pasar para alcanzar la vertiente opuesta de la montaña?

¡A Brignolles y a Frédéric Larsan!

¡Me quedé clavado en el sitio como si de pronto hubiera echado raíces en el suelo! No grité, no hice el menor movimiento. ¡Les juro que estaba fulminado por aquella revelación! Luego recobré mi ánimo y, al mismo tiempo que me invadía un sentimiento de horror hacia Brignolles, me invadió otro de admiración hacia mí mismo. ¡Ah, mis suposiciones habían sido exactas! ¡Yo era el único que había adivinado que ese Brignolles del demonio era un peligro terrible para Robert Darzac! ¡Si me hubieran escuchado, haría ya mucho tiempo que el profesor de la Sorbona se habría separado de él! ¡Brignolles, criatura de Larsan, cómplice suyo! ¡Qué descubrimiento! ¡Ya decía yo que los accidentes del laboratorio no eran normales...! ¿Me creerían ahora? ¡En suma, había visto perfectamente a Brignolles y a Larsan hablando, discutiendo a la entrada del túnel de Castillon! Los había visto..., pero ¿adónde habían ido? Ya no los veía. Por el túnel, evidentemente. Apresuré el paso, dejando allí al cochero, y llegué hasta el túnel, palpando el revólver en mi bolsillo. ¡Me hallaba en un estado...! ¡Dios mío!, ¿qué diría Rouletabille cuando le contara lo que había visto? ¡Yo, sólo yo, había descubierto a Brignolles y a Larsan!

Pero ¿dónde se han metido? Atravieso el túnel completamente oscuro. Ni rastro de Larsan, ni rastro de Brignolles. Miro la carretera que baja hacia Sospel. Nadie en la carretera. A mi izquierda, hacia el viejo Castillon, me ha parecido ver dos sombras presurosas. Desaparecen... Corro... Llego al centro de las ruinas... Me detengo. Pero ¿quién me dice que las dos sombras no me están preparando una emboscada?

El viejo Castillon no estaba habitado, y con razón. El terremoto de 1887 lo había arruinado y destruido por completo. Sólo quedaban, aquí y allá, algunos lienzos de muralla acabando de derrumbarse lentamente, restos de casas decapitadas y ennegrecidas por el incendio, columnas aisladas que habían quedado de pie, perdonadas por la catástrofe, que se inclinaban melancólicamente hacia el suelo, tristes por no tener ya nada que sostener.

¡Qué silencio había a mi alrededor! Con mil precauciones recorrí las ruinas, observando con espanto la profundidad de las grietas que cerca de allí habían abierto en la roca los temblores de tierra de 1887. Había una particularmente que parecía un pozo sin fondo y, según me asomaba a ella, un aletazo estuvo a punto de tirarme. Sentí el viento en la cara y me eché hacia atrás lanzando un grito. Rápida como una flecha, un águila acababa de salir de aquel abismo. Subió recta hacia el sol y luego volvió a bajar, describiendo círculos amenazadores alrededor de mi cabeza, lanzando gritos salvajes como para reprocharme que hubiera ido a turbarla a aquel reino de soledad y de muerte que le había otorgado el fuego de la tierra.

¿Había sido víctima de una ilusión? No volví a ver las dos sombras. ¿Seguía siendo un juguete de mi imaginación cuando recogí por el camino un trozo de papel de carta que me pareció singularmente semejante al que empleaba Robert Darzac en la Sorbona?

En aquel trozo de papel descifré dos sílabas que yo creí trazadas por Brignolles. Aquellas sílabas debían terminar una palabra, cuyo principio faltaba. A causa de la rotura, no podía leerse más que una palabra: «bonnet».

Dos horas más tarde entraba en la fortaleza de Hércules y le contaba todo a Rouletabille, el cual se limitó a guardar el trozo de papel en su cartera y a rogarme que guardara el secreto de mi expedición para mí solo.

Asombrado de provocar un efecto tan leve con un descubrimiento que a mí me parecía de vital importancia, miré a Rouletabille, que volvió la cabeza, pero no lo bastante rápido como para poder ocultarme sus ojos llenos de lágrimas.

—¡Rouletabille! —grité.

Pero una vez más me cerró la boca:

—¡Calle, calle, Sainclair!

Le cogí la mano. ¡Tenía fiebre! Y comprendí que aquella agitación no procedía solamente de las preocupaciones relacionadas con Larsan. Le reproché que me ocultara lo que sucedía entre él y la Dama de Negro, pero no me respondió, según su costumbre, y una vez más se alejó emitiendo tan sólo un profundo suspiro.

Ya me esperaban para cenar. Era tarde. La cena fue lúgubre, a pesar de los accesos de buen humor del viejo Bob. Ni siquiera intentamos disimular la atroz angustia que nos helaba el corazón. Se hubiera dicho que todos éramos conscientes del golpe que nos amenazaba y que el drama pesaba ya sobre nuestras cabezas. El señor y la señora Darzac no comían. Mrs. Edith me miraba de un modo singular. A las diez, con alivio, fui a montar guardia bajo la poterna del Jardinero. Mientras estaba en la pequeña sala del consejo, la Dama de Negro y Rouletabille pasaron bajo la bóveda. Un farol los iluminaba. La señora Darzac me pareció que estaba en un notable estado de excitación. Suplicaba a Rouletabille con palabras que yo no captaba. De aquella especie de discusión sólo oí una palabra pronunciada por Rouletabille: «¡Ladrón...!».

Los dos entraron en el patio del Temerario. La Dama de Negro tendió hacia el joven los brazos, pero él no los vio, pues se alejó de ella y fue a encerrarse en su habitación. Ella se quedó sola un instante en el patio, se apoyó en el tronco del eucalipto visiblemente afectada por un dolor indecible y luego entró en la Torre Cuadrada arrastrando los pies.

Estábamos a 10 de abril. En la noche del 11 al 12 se produjo el esperado ataque a la Torre Cuadrada.

X. El día 11

El esperado ataque tuvo lugar en condiciones tan misteriosas y, aparentemente, tan alejado de la razón humana, que, con el fin de que el lector capte mejor todo lo que aquel acontecimiento tuvo de trágicamente irracional, me perdonará que insista en algunos pormenores acerca del empleo de nuestro tiempo durante la jornada del día 11.

La mañana

Ese día hizo un calor bochornoso y las horas de guardia fueron particularmente penosas. Hacía un sol tórrido y nos hubiera resultado insoportable vigilar el mar, que ardía como una plancha de acero al rojo vivo, de no habernos protegido con anteojos de cristales ahumados, sin los que es difícil estar en estas tierras en cuanto acaba el invierno.

A las nueve bajé de mi habitación y fui hasta la poterna, a la sala que dimos en llamar del consejo de guerra, para relevar de su guardia a Rouletabille. No tuve tiempo de hacerle la menor pregunta, pues en esto llegó el señor Darzac, anunciándonos que tenía cosas muy importantes que decirnos. Le preguntamos con ansiedad de qué se trataba, y nos respondió que deseaba dejar la fortaleza de Hércules junto con la señora Darzac. Al principio, aquella declaración nos dejó mudos de sorpresa, tanto al joven reportero como a mí. Yo fui el primero en disuadir al señor Darzac de que cometiera tamaña imprudencia. Rouletabille le preguntó fríamente por qué razón había decidido marcharse. El señor Darzac nos refirió una escena que había sucedido la víspera por la noche en el castillo, y entendimos cuán difícil se hacía la situación de los Darzac en la fortaleza de Hércules. El asunto se resumía en una frase: «¡Mrs. Edith había sufrido un ataque de nervios!». Inmediatamente comprendimos por qué, pues a Rouletabille y a mí no nos cabía la menor duda de que los celos de Mrs. Edith aumentaban de hora en hora y que cada vez soportaba con menos paciencia las atenciones que su marido le dispensaba a la señora Darzac. Las voces de la última discusión que había tenido con Mr. Rance la noche pasada habían atravesado las gruesas paredes de la Loba, y el señor Darzac, que pasaba tranquilamente por la baille cumpliendo con su turno de vigilancia, se sintió afectado por algunas palabras de aquel desagradable griterío.

Como de costumbre, Rouletabille condujo también en aquella

circunstancia al señor Darzac al lenguaje de la razón. Empezó concediéndole que había que abreviar lo más posible su estancia y la de la señora Darzac en la fortaleza de Hércules; pero también le hizo comprender que la seguridad de ambos dependía de que su marcha no fuera precipitada. Entre ellos y Larsan se había entablado una nueva lucha. Si se iban, Larsan sabría cómo encontrarlos. Aquí estaban prevenidos y sobre aviso, porque sabían lo que pasaba. En cualquier otro lugar se encontrarían indefensos ante él, pues no tendrían las murallas de la fortaleza de Hércules para defenderlos. Ciertamente, aquella situación no podía prolongarse, pero Rouletabille le pidió otros ocho días, ni uno más ni uno menos. «Ocho días —les dijo Colón— y os entregaré un mundo». Rouletabille habría augurado con mucho gusto: «Ocho días, y dentro de ocho días le entregaré a Larsan». No lo dijo, aunque era obvio que lo pensaba.

El señor Darzac se alejó, encogiéndose de hombros. Parecía furioso. Era la primera vez que lo veíamos de tan mal humor.

Rouletabille anunció:

—La señora Darzac no nos dejará, y el señor Darzac se quedará.

Y también él se fue.

Unos instantes más tarde vi llegar a Mrs. Edith. Llevaba un peinado encantador, de una sencillez que le sentaba maravillosamente. De inmediato se puso a coquetear conmigo, mostrando una alegría un poco forzada y burlándose graciosamente del cometido que yo desempeñaba allí. Le respondí con cierta viveza que no tenía caridad, pues no ignoraba que todo aquel trabajo y aquellas precauciones que tomábamos quizá salvarían en su momento a una mujer excepcional. Entonces, rompiendo a reír, exclamó:

—¡La señora Darzac! ¡Parece que los tiene embrujados a todos!

¡Dios mío, qué risa más bonita! En condiciones normales no hubiera permitido que nadie hablara tan a la ligera de la señora Darzac, pero en ese momento no tuve valor para enfadarme. Por el contrario, también yo reí encantado con Mrs. Edith.

—Algo hay de cierto en ello —admití.

—¡Ya lo creo! ¡Y mi marido todavía está loco por ella! ¡Nunca le hubiera creído tan romántico! Pero yo también soy romántica... —añadió de una forma muy curiosa.

Y me miró con esa mirada que tanto me turbaba.

—¡Ah...!

Fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Por eso me resulta tan placentera —continuó— la conversación con el príncipe Galitch, que sin duda alguna es más romántico que todos ustedes.

Debí de poner una cara un poco extraña, porque ella se echó a reír. ¡Qué mujer más rara!

Entonces le pregunté quién era ese príncipe Galitch, de quien nos hablaba tan a menudo y a quien nunca veíamos.

Me respondió que lo veríamos en el almuerzo, pues lo había invitado para animarnos; y me explicó algunos detalles sobre él.

Así supe que el príncipe Galitch era uno de los más ricos boyardos de esa parte de Rusia que llaman «Tierra Negra», fecunda entre todas, situada entre los bosques del norte y las estepas meridionales.

Herederero, desde los veinte años, de uno de los más vastos patrimonios moscovitas, supo acrecentarlo por medio de una gestión económica inteligente, de la que no hubiera creído capaz a un hombre cuya principal ocupación había sido hasta entonces la caza y los libros. Decían de él que era sobrio, avaro y poeta. De su padre heredó una alta posición en la corte. Era chambelán de Su Majestad el Zar, y se suponía que el emperador, a causa de los inmensos servicios que le había prestado su padre, sentía por el hijo un afecto muy particular. Aparte de esto, era a la vez delicado como una mujer y fuerte como un turco. En una palabra, aquel gentilhomme ruso lo tenía todo. Sin conocerlo, ya me caía antipático. En cuanto a sus relaciones con los Rance, eran de buena vecindad. Hacía dos años que había comprado una finca magnífica, que debido a sus jardines colgantes, sus terrazas floridas y sus balcones perfumados llamaban en Garavan «los Jardines de Babilonia», y había tenido ocasión de hacer algunos favores a Mrs. Edith cuando ésta acababa de transformar la baille del castillo en un jardín exótico. Le había regalado ciertas plantas que habían hecho revivir algunos de los rincones de la fortaleza de Hércules, con una vegetación hasta entonces casi exclusiva de las riberas del Tigris y el Éufrates. Mr. Rance había invitado alguna vez al príncipe a cenar, a raíz de lo cual el príncipe les enviaba, como si fueran ramos de flores, una palmera de Nínive o un cacto de Semíramis. Eso no le costaba nada. Él tenía muchos, le estorbaban y prefería quedarse con las rosas. Mrs. Edith había sentido cierto interés por el joven boyardo a causa de los versos que le recitaba. Después de decírselos en ruso, se los traducía al inglés, e incluso se los había escrito en inglés para ella, para ella sola. ¡Versos, versos auténticos de un poeta, dedicados a Mrs. Edith! Se sintió tan halagada, que le pidió que se los tradujera al ruso. Aquellos juegos literarios que tanto divertían a Mrs. Edith, no le gustaban mucho a Arthur Rance. Por lo demás, éste no ocultaba que el príncipe Galitch sólo le gustaba a medias; pero la mitad que le disgustaba a Mr. Rance no era la mitad que le interesaba a su mujer, es decir,

«la mitad poeta»; no, era la «mitad avara». No comprendía cómo un poeta podía ser avaro. Y yo también era de su opinión. El príncipe no tenía servicio. Cogía el tranvía y con frecuencia hacía la compra él mismo, ayudado por su único criado, Iván, que le llevaba la cesta de las provisiones. Y regateaba — me contaba la joven, que conocía ese detalle por su propia cocinera— con los pescadores por diez céntimos en la compra de una escarpina. Cosa extraña, aquella avaricia extremada no le repugnaba a Mrs. Edith, que veía en ella cierta originalidad. Finalmente, nadie había entrado nunca en su casa. Nunca había invitado a los Rance a admirar sus jardines.

—¿Y es guapo? —pregunté a Mrs. Edith cuando hubo acabado su panegírico.

—¡Muy guapo! —contestó—. Ya lo verá.

No sabría decir por qué, pero aquella respuesta me resultó particularmente desagradable. No hice más que pensar en ello después de la marcha de Mrs. Edith, y hasta el final de mi turno de guardia, que terminó sobre las once y media.

Acababa de sonar la primera campanada que anunciaba la hora de comer. Corrí a lavarme las manos y a atusarme el pelo, y subí rápidamente las escaleras de la Loba, creyendo que el almuerzo estaría servido en esa torre; pero me detuve en el vestíbulo, muy sorprendido de oír música. ¿Quién en la fortaleza de Hércules se atrevía a tocar el piano en aquellas circunstancias? ¡Caramba, pero si estaban cantando! Sí, una voz suave, suave y masculina a la vez, estaba cantando en sordina. Era una canción extraña, una melopea tan pronto quejumbrosa como amenazadora. Ahora me la sé de memoria: ¡la he oído tantas veces desde entonces! ¡Ah!, quizá también la conozcan ustedes, si han cruzado las fronteras de la fría Lituania, si han entrado alguna vez en el vasto imperio del norte. Es el canto de las vírgenes semidesnudas que arrastran al viajero a las aguas y lo ahogan sin misericordia; es el canto del Lago de Willis, que Sienkiewicz hizo escuchar un día inmortal a Michel Vereszezaka. Escúchenlo ustedes:

Si te acercas al Switez durante las horas de la noche y vuelves la frente hacia el lago, con estrellas sobre tu cabeza, con estrellas a tus pies, dos lunas iguales se ofrecerán a tus ojos... ¿Ves esas plantas que acarician la orilla? Son las esposas y las hijas de Switez, que Dios ha convertido en flores. Balancean sobre el abismo sus cabezas blancas como azaleas; sus hojas son verdes como la aguja del arce plateada por la escarcha.

Imagen de la inocencia durante la vida, han conservado su vestidura virginal después de la muerte; viven en la sombra y no son mancilladas; las manos mortales no se atreven a tocarlas.

Un día, el zar y sus hordas hicieron la experiencia, cuando tras haber cortado esas bellas flores quisieron adornar con ellas sus sienes y sus cascos de acero.

Todos los que extendieron sus manos sobre las aguas (¡tan terrible es el poder de esas flores!) se vieron atacados de epilepsia o fulminados de muerte súbita.

Cuando el tiempo hubo borrado todas estas cosas de la memoria de los hombres, sólo quedó el recuerdo del castigo, conservado por el pueblo, y el pueblo, perpetuándolo en sus relatos, ¡llama hoy zares a las flores del Switez...!

Y, diciendo esto, la Dama del lago se alejó lentamente; el lago se entreabrió hasta lo más profundo de sus entrañas; la mirada buscaba en vano a la bella desconocida, que cubrió su cabeza con una ola, y nunca más se volvió a hablar de ella... Ésta es la letra traducida de la canción que canturreaba aquella voz a la vez suave y masculina, mientras el piano dejaba oír un acompañamiento melancólico. Empujé la puerta de la sala y me encontré frente a un joven, que se levantó. Al instante, detrás de mí, oí los pasos de Mrs. Edith. Nos presentó. Ante mí tenía al príncipe Galitch.

El príncipe era, como se ha convenido en llamar en las novelas románticas, «un joven hermoso y pensativo»; su perfil recto y un poco duro habría dado a su fisonomía un aspecto especialmente severo, si sus ojos, de una claridad, una dulzura y un candor turbadores, no dejaran transparentar un alma casi infantil. Estaban rodeados de largas pestañas negras, más negras que si hubieran sido pintadas con carbón; y, cuando se había notado aquella particularidad de sus pestañas, se captaba de golpe la razón de la extrañeza de su fisonomía. La piel del rostro era demasiado fresca, como la de una mujer sabiamente maquillada o, con perdón, como la de una tísica. Tal fue mi impresión; pero estaba demasiado prevenido contra aquel príncipe Galitch como para conceder mayor importancia a estas observaciones. Me pareció demasiado joven, sin duda porque yo ya no lo era tanto.

No supe qué decir a aquel joven tan hermoso que cantaba poemas exóticos; Mrs. Edith sonrió ante mi confusión, me cogió del brazo —lo que me causó gran placer— y nos llevó a través de los matorrales perfumados de la baille, en espera de la segunda campanada para el almuerzo, que sería servido bajo la cabaña de las palmas secas, en el macizo de tierra de la Torre del Temerario.

La comida y lo que sucedió después.

Un terror contagioso se apodera de nosotros

Justo al mediodía nos sentamos a la mesa en el macizo de tierra del Temerario, desde donde la vista era incomparable. Las hojas de palmera nos

cubrían con una sombra propicia; pero, fuera de aquella sombra, la luz era tan deslumbrante, que nuestros ojos no habrían podido soportarlo si no hubiéramos tomado la precaución de ponernos los anteojos ahumados de que he hablado al principio del capítulo.

Nos hallábamos a la mesa el señor Stangerson, Mathilde, el viejo Bob, el señor Darzac, Mr. Arthur Rance, Mrs. Edith, Rouletabille, el príncipe Galitch y yo. Rouletabille estaba de espaldas al mar, preocupándose muy poco de los invitados, y situado de tal suerte que podía vigilar lo que pasaba en toda la extensión del castillo. Los criados se encontraban en sus puestos: papá Jacques, en la verja de la entrada; Mattoni, en la poterna de la Torre del Jardinero, y los Bernier, en la Torre Cuadrada, delante de la puerta de las habitaciones del señor y la señora Darzac.

Al principio, la comida transcurrió en un profundo silencio. Casi resultaba inquietante contemplarnos en torno a aquella mesa, mudos, inclinando los unos hacia los otros nuestros cristales negros, detrás de los cuales era tan imposible percibir nuestras pupilas como nuestros propios pensamientos.

El príncipe Galitch rompió el silencio.

Fue muy amable con Rouletabille y vertió tantos elogios sobre él, que éste tuvo que frenarlo. El príncipe no pareció ofenderse. Explicó que se interesaba particularmente en las actividades de mi amigo en su condición de súbdito del Zar, porque sabía que Rouletabille iría próximamente a Rusia. Pero el reportero replicó riendo que aún no había nada decidido al respecto y que esperaba órdenes de su periódico; el príncipe se mostró sorprendido y sacó un diario del bolsillo. Era de su país, del que nos tradujo unas líneas que anunciaban la próxima llegada de Rouletabille a San Petersburgo. Según nos contó el príncipe, estaban sucediendo allí acontecimientos tan increíbles y aparentemente tan faltos de lógica en la alta esfera gubernamental, que, por consejo mismo del jefe de la Sûreté de París, el director de la policía había decidido rogar al periódico L'Époque que le prestase a su joven reportero. Rouletabille enrojeció hasta las orejas y replicó secamente que nunca en su corta vida había hecho un trabajo policial, y que el jefe de la Sûreté de París y el director de la policía de San Petersburgo eran, sin duda, un par de imbéciles. El príncipe se echó a reír enseñando todos sus dientes, que los tenía perfectos, pero, sinceramente, vi que su risa no era hermosa, sino feroz y tonta; palabra, como una risa de niño en una boca de persona mayor. Se sumó al comentario de Rouletabille, y, para demostrarlo, añadió:

—De verdad que me siento dichoso de oírle hablar así, pues ahora piden a los periodistas tareas que no tienen nada que ver con los hombres de letras.

Rouletabille, indiferente, dejó que languidciera la conversación.

Mrs. Edith volvió a animar la sobremesa hablando extasiada del esplendor de la naturaleza. Para ella no había nada más hermoso en toda la costa que los jardines de Babilonia, y así lo dijo, añadiendo con malicia:

—Nos parecen tanto más hermosos porque sólo podemos verlos de lejos.

El ataque era tan directo, que creí que el príncipe iba a responder con una invitación.

Pero no fue así. Mrs. Edith manifestó un ligero despecho, y de pronto declaró:

—No debo mentir, príncipe. Yo ya he visto sus jardines.

—¿Y cómo es eso? —interrogó Galitch con singular sangre fría.

—Sí, los he visitado, y fue de la siguiente manera...

Y mientras el príncipe adoptaba una actitud glacial, contó cómo había visto los jardines de Babilonia.

Había entrado por la parte de atrás, empujando una verja que comunicaba los jardines con la montaña. Iba de maravilla en maravilla, aunque sin sorprenderse, pues lo que se veía de los jardines desde la orilla del mar la había preparado para ese subyugante secreto que estaba violando con tanta audacia. Había llegado a un estanque pequeño, muy pequeño, negro como la tinta, al borde del cual había una viejecilla muy arrugada, con la barbilla en forma de candil, y un gran nenúfar. Al verla, la viejecilla huyó, apoyándose en el nenúfar como si fuera un bastón. Mrs. Edith se rio lo suyo. Incluso la llamó:

—¡Señora! ¡Señora!

Pero la viejecilla se asustó aún más y desapareció con su nenúfar detrás de una higuera de Berbería. Mrs. Edith continuó su camino, pero ahora con más cautela. De pronto oyó un fuerte movimiento de hojas y ese ruido peculiar que hacen los pájaros salvajes cuando, sorprendidos por el cazador, huyen de la verdura en que se habían acurrucado. Era otra viejecilla, más arrugada aún que la primera, pero menos ligera, y que se apoyaba en un auténtico bastón con empuñadura en forma de pico de cuervo. Se desvaneció, es decir, que Mrs. Edith la perdió de vista a la vuelta del sendero. Todavía surgió del misterioso jardín una tercera viejecilla apoyada en dos bastones idénticos; salió del tronco de un eucalipto gigante e iba tanto más de prisa cuanto que tenía para correr cuatro patas, y era realmente asombroso cómo se las ingeniaba para no tropezar. Mrs. Edith siguió avanzando hasta llegar al pie de la escalinata de mármol de la villa. Y allí, alineadas en el escalón superior, como cornejas en una rama, estaban las tres ancianas, que abrieron sus picos amenazadores y lanzaron graznidos de guerra. Entonces a la que le tocó correr fue a Mrs. Edith.

Mrs. Edith contó su aventura de una manera tan delicada y graciosa, que parecía sacada de algún cuento infantil. Me quedé muy turbado y comprendí por qué ciertas mujeres, que no gozan del favor de la naturaleza, pueden ganar el corazón de un hombre antes que otras que sólo cuentan con su belleza.

El príncipe no pareció molestarse en absoluto por aquella historia. Pero, sin sonreír, dijo:

—Son mis tres hadas. Nunca me han abandonado desde que nací en la tierra de Galitch. No puedo trabajar ni vivir sin ellas. Sólo salgo cuando me lo permiten y velan por mi trabajo poético con un celo feroz.

No había terminado el príncipe de darnos aquella fantástica explicación de la presencia de las tres viejas en los jardines de Babilonia, cuando Walter, el criado del viejo Bob, trajo un telegrama a Rouletabille. Éste nos pidió permiso para abrirlo y leyó en voz alta:

—«Venga lo más rápidamente que pueda; le esperamos con impaciencia. Magnífico reportaje para realizar en San Petersburgo».

El telegrama estaba debidamente firmado por el redactor jefe de L'Époque.

—¿Qué me dice usted, señor Rouletabille? —preguntó el príncipe—. ¿No le parece ahora que yo estaba bien informado?

La Dama de Negro no pudo contener un suspiro.

—No iré a San Petersburgo —declaró Rouletabille.

—Lo sentirán mucho en la corte —dijo el príncipe—, estoy seguro, y permítame que le diga, joven, que está perdiendo una gran ocasión de hacer fortuna.

Aquel «joven» disgustó singularmente a Rouletabille, que abrió la boca para responder, pero, para gran sorpresa mía, volvió a cerrarla. El príncipe continuó:

—Allá, sin duda, usted encontraría un terreno de experiencias digno de su altura. ¡Cabe esperarlo todo de alguien que ha sido lo bastante hábil para desenmascarar a un tipo como Larsan!

La mención de ese nombre cayó entre nosotros como un mazazo, y todos nos refugiamos simultáneamente detrás de nuestros cristales negros. El silencio que siguió fue horrible. Nos quedamos inmóviles como estatuas. ¡Larsan...!

¿Por qué? ¿Por qué ese nombre, que tan a menudo habíamos pronunciado durante las últimas cuarenta y ocho horas? ¿Por qué ese nombre, que representaba un peligro con el que ya empezábamos a familiarizarnos? ¿Por qué, precisamente en aquel momento, ese nombre producía en nosotros un

efecto tan devastador, al menos en mi caso? Me parecía estar bajo la influencia de una fuerza magnética. Un malestar indefinible circulaba por mis venas. Hubiera querido huir, y me pareció que si me levantaba no habría tenido fuerzas para contenerme... El silencio que seguíamos guardando contribuía a aumentar aquel increíble estado de hipnosis. ¿Por qué no hablábamos? ¿Dónde estaba la alegría del viejo Bob? ¿No le habíamos oído bromear durante la comida? Y los otros, ¿por qué seguían mudos detrás de sus cristales negros? De pronto volví la cabeza y miré detrás de mí. Entonces, por aquel movimiento instintivo, comprendí que yo era presa de un fenómeno completamente natural. Alguien me estaba mirando..., sentía dos ojos fijos sobre mí, me pesaban. No vi esos ojos y no supe de dónde me venía aquella mirada, pero estaba allí, la sentía, y era su mirada... Sin embargo, no había nadie detrás de mí, ni a derecha, ni a izquierda, ni enfrente; a mi alrededor no había nadie más que las personas que estaban sentadas a la mesa, inmóviles detrás de sus gafas negras. Entonces... ¡tuve la certeza de que los ojos de Larsan me estaban mirando detrás de algunos de aquellos anteojos negros! ¡Dios mío, los cristales negros, los cristales negros tras los que se escondía Larsan!

De pronto, dejé de sentir la mirada. Sin duda, había dejado de mirar. Respiré. Un doble suspiro respondió al mío. ¿Acaso Rouletabille, o la Dama de Negro, habían sentido también ese peso..., el peso de sus ojos? El viejo Bob, ajeno a todo, dijo:

—Oiga, príncipe, no creo que su último hueso sea ni de mediados de la era cuaternaria.

Y todas las gafas negras se movieron por las sonrisas. Rouletabille se puso de pie y me hizo una señal. Me apresuré a reunirme con él en la sala del consejo. En cuanto llegué, cerró la puerta y me dijo:

—¿También lo ha sentido usted?

Me ahogaba. Murmuré:

—¡Está aquí, está aquí! ¡Y si no, es que de verdad estamos volviéndonos locos!

Un silencio, y proseguí con calma:

—¿Quiere saber algo? Es muy posible que todos estemos volviéndonos locos. ¡Esta obsesión por Larsan va a acabar conduciéndonos a una celda, amigo mío! No hace ni dos días que estamos encerrados en este castillo, y vea ya en qué estado nos encontramos.

Rouletabille me interrumpió:

—¡No, no siga! ¡Siento que está aquí! ¡Casi puedo tocarlo! Pero ¿dónde?

¿Desde cuándo? ¡Desde que entré aquí, siento que no tengo que alejarme para encontrarle! ¡No caeré en la trampa! ¡No iré a buscarlo fuera, aunque lo haya visto fuera, aunque también usted lo haya visto fuera!

Luego se calmó, frunció las cejas, encendió la pipa y, como en los buenos días, en aquellos buenos días en que su razón, que ignoraba aún el vínculo que lo unía a la Dama de Negro, no se sentía turbada por los sentimientos de su corazón, dijo:

—Razonemos.

Y volvió de inmediato a aquel argumento que ya nos había servido otras veces y que se repetía sin cesar a sí mismo para no dejarse seducir por el lado exterior de las cosas.

—No hay que buscar a Larsan donde se muestra; hay que buscarlo donde se esconde.

A esto añadió el siguiente argumento:

—Si se muestra tan a las claras donde parece estar es para que no lo veamos donde realmente está.

Y prosiguió:

—¡Ése es el lado exterior de las cosas! ¿Sabe, Sainclair? Hay momentos en que desearía arrancarme los ojos para razonar. Arranquémonos los ojos, Sainclair; cinco minutos, sólo cinco minutos..., y quizá veamos con claridad.

Se sentó, dejó la pipa en la mesa y se cogió la cabeza entre las manos.

—Bueno, ya no tengo ojos —dijo—. Dígame, Sainclair, ¿qué hay entre estas piedras?

—¿Que qué veo entre estas piedras? —pregunté como un tonto.

—¡No, ya no tiene ojos, no ve nada! ¡Enumere sin ver!

—En principio estamos usted y yo —dije, comprendiendo al fin adónde quería ir a parar.

—Muy bien.

—Y ni usted ni yo —continué— somos Larsan.

—¿Por qué? Sí, dígame por qué. Admito que yo no soy Larsan, estoy seguro, porque soy Rouletabille; pero ¿quiere decirme por qué no es usted Larsan?

—¡Porque lo habría descubierto usted!...

—¡Maldito! —gritó Rouletabille, hundiéndose con más fuerza los puños

en los ojos—. ¡No puedo verlo! ¡Si Jarry, el de la brigada de juego, no hubiera visto sentarse en la banca de Trouville al conde de Maupas, habría jurado en virtud de su solo razonamiento que el hombre que cogía entonces las cartas era Ballmeyer! ¡Si Noblet, de la brigada del vicio, no se hubiera encontrado una noche en casa de la Troyon cara a cara con un hombre que conocía como el vizconde Drouet d'Erlon, habría jurado que el hombre que acababa de detener, y que no detuvo por haberlo visto, era Ballmeyer! ¡Si el inspector Giraud, que conocía al conde de Motteville como me conoce usted a mí, no lo hubiera visto una tarde en las carreras de Longchamp charlando con dos amigos suyos..., si no hubiera visto, digo, al conde de Motteville, habría detenido a Ballmeyer! ¡Oh!, ¿se da cuenta, Sainclair? —añadió el joven con voz temblorosa—. ¡Mi padre ha nacido antes que yo, y hay que ser muy hábil para «atrapar» a mi padre!

Lo dijo con tal desesperación, que las pocas fuerzas que tenía para razonar se desvanecieron en el acto. Me limité a elevar las manos al cielo, gesto que Rouletabille no vio, porque no quería ver nada.

—¡No, no, amigo mío! —repetía—. No hay que ver nada, ni a usted, ni al señor Stangerson, ni al señor Darzac, ni a Arthur Rance, ni al viejo Bob, ni al príncipe Galitch. ¡Pero hay que saber por qué ninguno de ellos puede ser Larsan! Entonces, sólo entonces, podré respirar entre estas piedras.

Yo ya no respiraba. Sólo oía bajo la bóveda de la poterna el paso regular de Mattoni haciendo guardia.

—Bueno, ¿y los criados? —pregunté, haciendo un esfuerzo—. ¿Y Mattoni? ¿Y los otros?

—Ya lo he pensado, pero estoy seguro de que no abandonaron la fortaleza de Hércules mientras Larsan se aparecía al señor y a la señora Darzac en la estación de Bourg.

—Diga también, querido amigo —dije—, que si no se preocupa de ellos es porque hace un rato ¡no estaban detrás de los anteojos negros!

Rouletabille dio una patada en el suelo y exclamó:

—¡Cállese, Sainclair! ¡Va a acabar usted por ponerme más nervioso que mi madre!

Aquellas palabras, pronunciadas en medio de la cólera, me chocaron profundamente. Quise preguntarle por el estado de ánimo de la Dama de Negro, pero él prosiguió con lo suyo sosegadamente:

—Primero: Sainclair no es Larsan porque Sainclair estaba conmigo en Le Tréport mientras Larsan estaba en Bourg.

»Segundo: el profesor Stangerson no es Larsan, puesto que se hallaba entre

Dijon y Lyon mientras Larsan estaba en Bourg. En efecto, al llegar a Lyon, un minuto antes que él, el señor y la señora Darzac lo vieron bajar del tren.

»Pero, si para ser Larsan basta haber podido estar en Bourg en aquel momento, todos los demás pueden ser Larsan, porque todos podían estar en Bourg.

»En primer lugar, allí se hallaba el señor Darzac; después, Arthur Rance estuvo ausente los dos días anteriores a la llegada del profesor y el señor Darzac. Llegó a Menton justamente para salir a recibirlos. La propia Mrs. Edith, a unas preguntas que le hice intencionadamente, me confesó que su marido tuvo que ausentarse esos dos días por cuestiones de negocios. El viejo Bob estaba haciendo su viaje a París. Y finalmente, al príncipe Galitch no se le ha visto ni en las cuevas ni fuera de los jardines de Babilonia. Empecemos por el señor Darzac.

—Pero... ¡eso es un sacrilegio! —exclamé.

—¡Lo sé!

—¡Y una estupidez!

—También lo sé... Pero ¿por qué lo es?

—Porque, por más genio que tenga Larsan —dije fuera de mí—, podrá quizá engañar a un policía, a un periodista, a un reportero e, incluso, voy a decirlo, a un Rouletabille...; quizá podrá engañar a una hija hasta el punto de hacerse pasar por su padre (y esto para tranquilizarlo, por lo que respecta al señor Stangerson), pero jamás podrá engañar a una mujer hasta el punto de hacerse pasar por su novio. ¡Vamos, amigo mío, Mathilde Stangerson conocía al señor Darzac antes de cruzar de su brazo la fortaleza de Hércules!

—¡Pero también conocía a Larsan! —añadió fríamente Rouletabille—. Sí, sus razones son poderosas, pero como no sé, ¡oh, ironía!, exactamente hasta dónde llega el genio de mi padre, para devolverle al señor Darzac una personalidad que jamás he pensado en quitarle, prefiero basarme en un argumento un poco más sólido: Si Robert Darzac fuera Larsan, Larsan no se habría aparecido tantas veces a Mathilde Stangerson, ¡pues es precisamente la reaparición de Larsan lo que priva a Robert Darzac de Mathilde Stangerson!

—¡Vamos, vamos! —exclamé—. ¿A qué vienen tantos razonamientos vanos, cuando no hay más que abrir los ojos? ¡Ábralos, Rouletabille!

Los abrió.

—¿Y sobre quién? —preguntó con una amargura sin igual—. ¿Sobre el príncipe Galitch?

—¿Y por qué no? ¿Le gusta a usted ese príncipe de la Tierra Negra que

canta canciones lituanas?

—¡No mucho! —respondió Rouletabille—. Pero le gusta a Mrs. Edith.

Y rio socarronamente. Yo cerré los puños. Él lo vio, pero hizo como si no se diera cuenta.

—El príncipe Galitch es un nihilista que no me preocupa en absoluto —dijo tranquilamente.

—¿Está usted seguro? ¿Quién se lo ha dicho?

—La mujer de Bernier conoce a una de las tres viejecitas de que nos habló en la comida Mrs. Edith. He estado investigando. Es la madre de uno de los tres ahorcados de Kazán que quisieron hacer volar al emperador. He visto la fotografía de los desgraciados. Las otras dos viejas son las otras dos madres... Nada de interés para nuestro caso —dijo bruscamente Rouletabille.

No pude contener un gesto de admiración.

—¡No pierde usted el tiempo!

—El otro tampoco lo pierde —gruñó.

Crucé los brazos.

—¿Y qué me dice del viejo Bob?

—¡No, no, amigo mío —resopló Rouletabille casi con rabia—, ése no! Ha notado usted que lleva peluca, ¿no es así? Bueno, pues créame si le digo que, cuando mi padre se pone una peluca, no se le nota.

Me dijo esto con tan mala intención, que me dispuse a abandonarlo. Pero me detuvo.

—Aún nos queda Arthur Rance...

—¡Oh, ése no ha cambiado nada!

—¡Siempre usando los ojos! ¡Tenga cuidado con los ojos, Sainclair...!

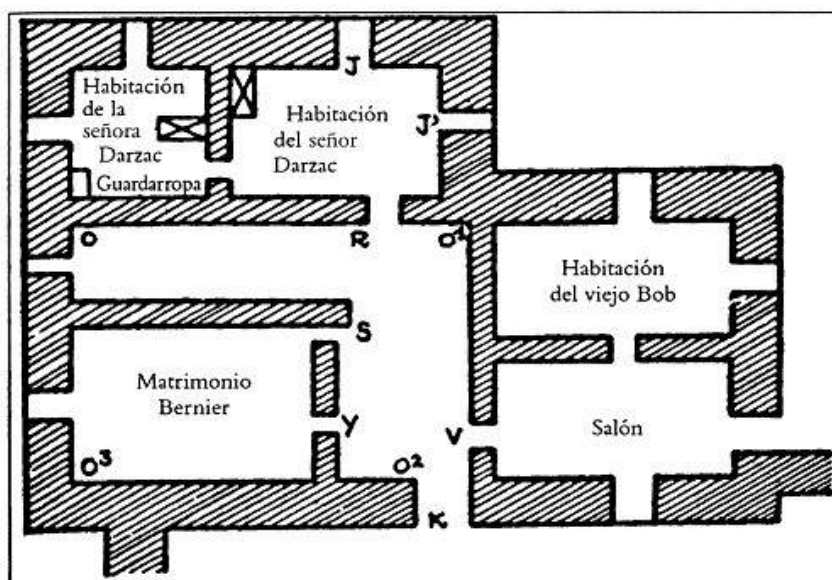
Me estrechó la mano, y sentí que la tenía húmeda y ardiendo. Se alejó. Me quedé un instante allí, pensando en que... en que me había equivocado al pretender que Arthur Rance no había cambiado. En primer lugar, había empezado a dejarse un conato de bigote, cosa completamente anormal en un norteamericano rutinario de su temple. Además, llevaba el pelo más largo, con un gran mechón pegado a la frente. Claro que hacía dos años que no le veía... y siempre se cambia en dos años... Y bebía alcohol, y ahora sólo bebe agua. Pero entonces... ¿quién es Mrs. Edith? ¡Ah!, ¿yo también voy a volverme loco? ¿Por qué digo «yo también»? ¿Como... la Dama de Negro? ¿O como... Rouletabille? ¿Es que no parece que Rouletabille está volviéndose un poco

loco? ¡Ah, la Dama de Negro nos ha embrujado a todos! La Dama de Negro vive en un perpetuo estremecimiento por su recuerdo, y todos nosotros temblamos con el mismo estremecimiento que ella. El miedo se contagia... como el cólera.

De cómo empleé el tiempo hasta las cinco de la tarde

Aproveché que no me tocaba hacer guardia para descansar en mi habitación; pero no dormí bien, porque empecé a soñar que el viejo Bob, Mr. Rance y Mrs. Edith formaban una horrible asociación de bandidos que habían jurado perdernos a Rouletabille y a mí. Y cuando me desperté bajo aquella fúnebre impresión y volví a ver las viejas torres y el Castillo Viejo, las piedras amenazadoras, no anduve lejos de dar la razón a mi pesadilla y me dije en voz alta: «¿A qué guarida hemos venido a refugiarnos?». Me asomé a la ventana. Mrs. Edith pasaba por el patio del Temerario, conversando despreocupadamente con Rouletabille y dando vueltas a una rosa deslumbrante entre sus delicados dedos. Bajé de inmediato. Pero al llegar al patio ya no la vi. Seguí a Rouletabille, que se disponía a dar una vuelta de reconocimiento por la Torre Cuadrada.

Le vi muy tranquilo y muy dueño de su pensamiento; y muy dueño también de sus ojos, que ya no cerraba. ¡Ah!, siempre era un espectáculo ver cómo miraba las cosas a su alrededor. Nada se le escapaba. La Torre Cuadrada y la habitación de la Dama de Negro, objeto de su más alta preocupación.



Sobre este propósito, y unas horas antes del momento en que se produzca tan misterioso ataque, creo que será oportuno ofrecer aquí el plano interior de la planta habitada de la torre, que se encontraba al nivel del patio de Carlos el Temerario.

Al entrar en la Torre Cuadrada por la única puerta K, había un largo pasillo

que en otro tiempo había formado parte de la sala de guardia. La sala de guardia ocupaba entonces todo el espacio O, O1, O2, O3, y estaba cerrada entre muros de piedra, que seguían existiendo, con sus puertas que daban a las otras estancias del Castillo Viejo. Mr. Rance había mandado levantar unas paredes de tablas en la sala de guardia, de modo que formaran una habitación bastante espaciosa, con la idea de transformarla en un útil cuarto de baño.

Esta habitación estaba ahora delimitada por los dos pasillos en ángulo recto O, O1, y O1, O2. La puerta de este cuarto, que servía de portería a los Bernier, estaba situada en S. Para llegar a R, donde se hallaba la única puerta que permitía entrar en las habitaciones de los Darzac, era necesario pasar por delante de la puerta S. Uno de los esposos Bernier debía estar siempre dentro. Y solamente ellos podían entrar en su portería. Desde la portería, a través de una ventana practicada en Y, se vigilaba igualmente la puerta V, que daba a las habitaciones del viejo Bob. Cuando el señor y la señora Darzac no estaban en sus habitaciones, la única llave que abría la puerta R estaba siempre donde los Bernier; y era una llave especial y completamente nueva, fabricada el día anterior en un lugar que sólo Rouletabille conocía. El joven reportero, por seguridad, había colocado la cerradura personalmente.

Rouletabille habría deseado que el mismo sistema que había impuesto para las habitaciones de los Darzac fuera aplicado a las habitaciones del viejo Bob, pero éste se opuso con un argumento tan cómico, que fue preciso ceder. El viejo Bob no estaba dispuesto a ser tratado como un prisionero y quería poder entrar y salir de sus habitaciones cuando le viniera en gana sin tener que pedir la llave al portero. Su puerta permanecería abierta y así podría, tantas veces como quisiera, dirigirse de su habitación o su salón a su despacho, instalado en la Torre de Carlos el Temerario, sin molestar a nadie y sin verse atormentado por nadie. Para ello había que dejar abierta también la puerta K. Él lo exigió así, y Mrs. Edith dio la razón a su tío con tal tono de ironía —ironía dirigida a la pretensión de Rouletabille de tratar al viejo Bob a semejanza de la hija del profesor Stangerson—, que el joven reportero no insistió. Mrs. Edith le había dicho con sus finos labios: «¡Señor Rouletabille, mi tío no tiene miedo de que lo rapten!». Y mi amigo comprendió que no le quedaba más remedio que reírse con el viejo Bob ante la descabellada idea de que nadie pudiera raptar, como si fuera una mujer bonita, a un hombre cuyo principal atractivo consistía en poseer el cráneo más viejo de la humanidad. Y se echó a reír..., rio incluso más fuerte que el viejo Bob, pero a condición de que la puerta K se cerrase a las diez de la noche y que la llave estuviera siempre en posesión de los Bernier, que irían a abrirle si fuera necesario. También esto le molestaba al viejo Bob, que a veces se quedaba trabajando hasta muy tarde en su despacho. Pero tampoco deseaba él dar la sensación de querer llevar la contraria en todo al bueno del señor Rouletabille, que, decía él, ¡tenía miedo de los ladrones! Porque es preciso decir de inmediato, en descargo del viejo Bob, que si se

prestaba de tan mala gana a las consignas defensivas de nuestro joven amigo, es porque no habíamos juzgado útil ponerle al corriente de la resurrección de Larsan Ballmeyer. Desde luego él había oído hablar de las extraordinarias desgracias que tiempo atrás le habían acaecido a la pobre señorita Stangerson, pero estaba a cien leguas de pensar que aún no hubiera roto con aquellas desgracias desde que se llamaba señora Darzac. Además, el viejo Bob, como casi todos los sabios, era un egoísta. Muy dichoso, porque poseía el cráneo más viejo de la humanidad, no podía concebir que no lo fuera todo el mundo a su alrededor.

Rouletabille, después de haber preguntado amablemente por la salud de la portera —que estaba pelando patatas, de esas que llaman «saucisses», de un gran saco que tenía a su lado, lleno—, le rogó a Bernier que nos abriera la puerta de las habitaciones de los Darzac.

Era la primera vez que yo entraba en la habitación del señor Darzac. Tenía un aspecto glacial. Me pareció fría y sombría. Muy amplia, estaba sencillamente amueblada con una cama de roble, una mesa de tocador empotrada en una de las dos aberturas J practicadas en el muro, en torno a lo que antaño habían sido aspilleras. Era tan grueso el muro y tan grande la abertura, que toda aquella tronera formaba una especie de pequeña habitación dentro de la grande, y el señor Darzac la había convertido en su cuarto de aseo. La segunda ventana era más pequeña. Ambas estaban provistas de gruesos barrotes, entre los que apenas se podía pasar el brazo. La cama, de patas altas, estaba adosada al muro exterior y arrimada al tabique (de piedra) que separaba la habitación del señor Darzac de la de su mujer. Enfrente, en el ángulo de la torre, había un armario. En el centro de la habitación, una mesa velador, en la que había algunos libros científicos y todo lo necesario para escribir. Y, además, un sillón y tres sillas. Eso era todo. Era imposible esconderse en aquella habitación, a no ser, naturalmente, dentro del armario. De modo que los Bernier habían recibido la orden de registrar ese armario, en el que el señor Darzac guardaba su ropa, cada vez que arreglaban las habitaciones; y el mismo Rouletabille que, en ausencia de los Darzac, iba de cuando en cuando a echar una ojeada a las habitaciones de la Torre Cuadrada, nunca dejaba de inspeccionarlo.

También lo hizo delante de mí. Cuando pasamos a la habitación de la señora Darzac, estábamos seguros de que no dejábamos a nadie detrás de nosotros en la del señor Darzac. Nada más entrar en el apartamento, Bernier, que venía con nosotros, tuvo la precaución, como hacía siempre, de echar los cerrojos que cerraban por dentro la única puerta que comunicaba con el pasillo.

La habitación de la señora Darzac era más pequeña que la de su marido, pero estaba mejor iluminada a causa de la disposición de las ventanas y era

más alegre. Tan pronto como Rouletabille puso los pies en ella, lo vi palidecer y volver hacia mí su bondadoso y (entonces) melancólico rostro.

—¿Qué, Sainclair? ¿Huele usted el perfume de la Dama de Negro?

¡A fe mía que no! Yo no olía nada en absoluto. La ventana, provista de barrotes como todas las que daban al mar, estaba abierta de par en par, y una brisa ligera hacía revolotear la tela que, sujeta a una varilla, cubría un «guardarropa» adosado a una de las paredes. La otra estaba ocupada por la cama.

Dicho guardarropa era tan alto que las ropas y batas que de él pendían, así como la tela que lo recubría, no llegaban hasta el suelo, de tal modo que, si alguien hubiera querido esconderse allí, le habría sido imposible disimular sus pies y la parte inferior de las piernas. Por otra parte, como la varilla sobre la que se deslizaban las perchas era muy ligera, tampoco hubiera podido nadie colgarse de ella. Rouletabille examinó con sumo cuidado el guardarropa. En la habitación no había ningún armario. Mesa de tocador, escritorio, un sillón, dos sillas y las cuatro paredes, entre las cuales puedo jurar por lo más sagrado que no había nadie, aparte de nosotros.

Rouletabille, tras haber mirado debajo de la cama, nos hizo una señal para que saliésemos. Él lo hizo en último lugar. Bernier cerró la puerta con la llave y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, que cerró abrochándose el botón. Dimos una vuelta por los pasillos así como por el apartamento del viejo Bob, compuesto de un salón y una habitación tan fáciles de registrar como las de los Darzac. No había nadie en el apartamento, someramente amueblado con un armario y una biblioteca casi vacíos y con las puertas abiertas. Cuando salimos de allí, la señora Bernier acababa de colocar una silla en el paso de su puerta, lo que le permitía ver mejor su tarea, que seguía consistiendo en pelar «saucisses».

Entramos en la habitación ocupada por los Bernier y también la inspeccionamos. Las otras plantas, deshabitadas, comunicaban con la planta baja por una escalera interior que arrancaba del ángulo O3 para desembocar en lo alto de la torre. Una trampa en el techo del cuarto de los Bernier cerraba la escalera. Rouletabille pidió un martillo y clavos, y la clausuró. La escalera había quedado inútil.

Así pues, se podía afirmar que nada se le había escapado a Rouletabille y que, cuando salimos de la Torre Cuadrada, no había nadie, aparte de los Bernier. Igualmente podía asegurarse que ningún ser humano se hallaba en el apartamento de los Darzac antes de que Bernier, unos minutos más tarde, abriera personalmente al señor Darzac, tal como voy a contar a continuación.

Serían las cinco menos cinco cuando, tras dejar a Bernier ante la puerta del

apartamento de los Darzac, Rouletabille y yo nos encontramos en el patio del Temerario.

Fuimos a sentarnos en el parapeto de la antigua torre B” y volvimos los ojos hacia las Rochers Rouges, atraídos por su reverberación sangrienta. En las cercanías de la Barma Grande, que abre su misteriosa boca en medio de la faz resplandeciente de las Baoussé-Roussé, divisamos la silueta agitada y funeraria del viejo Bob. Es la única cosa negra en la naturaleza. El acantilado rojo surge de las aguas en medio de un impulso tan radiante, que se lo podría imaginar aún caliente y humeante del fuego interior de la Tierra que lo trajo al mundo. ¿Por qué prodigioso anacronismo ese moderno enterrador, con su levita y su sombrero de copa, se agita, grotesco y macabro, ante esa caverna trescientas veces milenaria, excavada en la lava ardiente para que sirviera de primer techo a la primera familia en los primeros días de la tierra? ¿Qué hace ese sepulturero siniestro en ese decorado abrasado? Lo vemos blandir su cráneo y le oímos reír..., reír..., reír... ¡Ah, cuánto daño nos hace ahora su risa, cómo nos desgarran los oídos y el corazón!

Del viejo Bob nuestra atención se dirige a Robert Darzac, que acaba de pasar por la poterna del Jardinero y que atraviesa el patio del Temerario. No nos ha visto. ¡Ah, él no se ríe! Rouletabille lo compadece y comprende que esté al límite de su paciencia. Después de comer le ha vuelto a decir a mi amigo:

—¡Ocho días es mucho! No sé si podré soportar este suplicio ocho días más.

—¿Y adónde irán ustedes? —le ha preguntado Rouletabille.

—¡A Roma! —ha respondido él.

Evidentemente, la hija del profesor Stangerson ahora no lo seguirá más que allí, y Rouletabille cree que la idea de que el Papa podrá arreglar su asunto le ha metido al pobre señor Darzac este viaje en la cabeza. No lo perdemos de vista hasta que llega a la puerta de la Torre Cuadrada. ¡Es cierto que «ya no puede más»! Aún sigue encorvado. Lleva las manos en los bolsillos y tiene aspecto de estar asqueado de todo, ¡de todo! ¡Sí, con las manos en los bolsillos, tiene aspecto de estar asqueado de todo! Pero, paciencia, que cuando saque las manos de los bolsillos no seguiremos sonriendo. Y yo, lo confieso, he sonreído. ¡Pues bien, el señor Darzac, gracias a la genial idea de Rouletabille, me proporcionó el estremecimiento más espantoso que haya podido sacudir la médula de un hombre! ¡Quién lo hubiera imaginado!

El señor Darzac fue a la Torre Cuadrada, donde naturalmente encontró a Bernier, quien le abrió su apartamento. Dado que Bernier había permanecido allí todo el tiempo, que tenía la llave en el bolsillo y que, como pudimos

comprobar después, no había ningún barrote serrado en las ventanas, podemos afirmar que cuando el señor Darzac entró en su habitación no había nadie allí. Y ésa es la verdad.

Evidentemente, cada uno de nosotros pudo precisar esto después; pero si les hablo de ello antes es porque ya estoy obsesionado por «lo inexplicable» que se prepara en la sombra y que está listo para estallar.

En aquel momento eran las cinco.

Desde las cinco de la tarde hasta el minuto en que se produjo el ataque a la Torre Cuadrada

Rouletabille y yo nos quedamos charlando una hora aproximadamente, o, dicho de otro modo, «comiéndonos el coco», en el macizo de tierra de la torre B”. De pronto Rouletabille me dio un leve golpe en el hombro y dijo:

—Ahora que lo pienso...

Y se dirigió a la Torre Cuadrada, hasta donde lo seguí. Yo estaba a cien leguas de adivinar qué pensaba. Y era en el saco de patatas de la señora Bernier, que vació por completo en el suelo, con la consiguiente sorpresa de la buena mujer; luego, satisfecho de su acción, que respondía a una preocupación de su mente, volvió conmigo al patio del Temerario, mientras el señor Bernier se reía a nuestras espaldas ante la visión de las patatas desparramadas.

La señora Darzac apareció un instante en la ventana de la habitación ocupada por su padre, en la primera planta de la Loba.

Hacía un calor insoportable, y todos deseábamos que la tormenta que amenazaba estallara de inmediato.

¡Ah, la tormenta nos habría aliviado un poco! El mar tiene la tranquilidad pesada y espesa del aceite. ¡Ah, cómo pesa el mar, y el aire, y cómo nos pesa el pecho! La única cosa ligera que hay en la tierra y en el cielo es el viejo Bob, que ha vuelto a aparecer al borde de la Barma Grande y sigue agitándose todavía. Parece que está bailando. No; está soltando un discurso. ¿A quién? Nos asomamos por el parapeto para ver. Evidentemente hay en la playa alguien a quien el viejo Bob endilga sus razones prehistóricas. Pero las hojas de la palmera nos ocultan el auditorio del viejo Bob. Por fin el auditorio se mueve y avanza; se acerca al profesor negro, como lo llama Rouletabille. El auditorio está compuesto por dos personas: Mrs. Edith, pues sin duda es ella, con su gracia lánguida y su manera de apoyarse en su marido... ¡en el brazo de su marido! ¡Pero ése no es su marido! Entonces ¿quién es ese hombre, ese joven, en cuyo brazo se apoya Mrs. Edith con su gracia lánguida?

Rouletabille se vuelve, buscando alrededor alguien que pueda informarnos: Mattoni o Bernier. Precisamente Bernier está en el umbral de la Torre

Cuadrada. Rouletabille le hace una señal. Bernier se acerca y sigue con sus ojos la dirección que señala el índice de mi amigo.

—¿Sabe usted quién está con Mrs. Edith?

—Es el príncipe Galitch —responde sin vacilar Bernier.

Rouletabille y yo nos miramos. Es verdad que nunca habíamos visto andar de lejos al príncipe Galitch, pero nunca me hubiera imaginado esa forma de andar... Además, no me parecía tan alto. Rouletabille entiende mis dudas y se encoge de hombros.

—Está bien —le dice a Bernier—. Gracias.

Y seguimos mirando a Mrs. Edith y a su príncipe.

—Sólo puedo afirmar una cosa —dice Bernier antes de dejarnos—, y es que es un príncipe que no me convence. Es demasiado suave, demasiado rubio, y tiene los ojos demasiado azules. Dicen que es ruso. Sale y entra del país sin decir ni pío. La penúltima vez que lo invitaron a comer el señor y la señora, lo esperaron durante horas sin atreverse a empezar sin él. Pues bien, recibimos un telegrama en el que rogaba que le excusaran porque había perdido el tren. El telegrama venía de Moscú.

Y Bernier, riendo de un modo extraño, vuelve al umbral de la torre.

Nuestros ojos siguen fijos en la playa. Mrs. Edith y el príncipe prosiguen su paseo hacia la cueva de Romeo y Julieta. De pronto el viejo Bob deja de gesticular y baja de la Barma Grande; se dirige hacia el castillo, entra, atraviesa la baille y vemos perfectamente (desde nuestra posición en la torre B”) que ha dejado de reírse. El viejo Bob se ha transformado en la tristeza misma. Está silencioso. Ahora pasa bajo la poterna. Lo llamamos; no nos oye. Ante sí, con el brazo extendido, lleva el cráneo más viejo de la humanidad; de pronto se pone furioso y dedica las peores injurias al cráneo. Baja a la Torre Redonda y durante cierto tiempo seguimos oyendo los estallidos de su cólera hasta el fondo de la planta baja. Resuenan unos golpes sordos. Se diría que está dándose contra las paredes.

En ese momento dieron las seis en el reloj del Castillo Nuevo. Casi al mismo tiempo se oyó un trueno en la mar lejana, y la línea del horizonte se volvió completamente negra.

Walter, un mozo de cuadra algo bruto pero buen chico y que desde hacía varios años había mostrado una fidelidad animal hacia su amo, el viejo Bob, pasó bajo la poterna del Jardinero, entró en el patio de Carlos el Temerario y llegó hasta donde estábamos nosotros. Me tendió una carta, dio otra a Rouletabille y prosiguió su camino hacia la Torre Cuadrada.

Rouletabille le preguntó qué iba a hacer a la Torre Cuadrada, y el chico

respondió que iba a llevarle a Bernier la correspondencia de los señores Darzac; todo esto en inglés, pues Walter no habla más que esta lengua; pero nosotros la hablamos lo suficiente para entendernos. Walter era el encargado de repartir el correo desde que a papá Jacques se le prohibió alejarse de su portería. Rouletabille le cogió la correspondencia de las manos y le dijo que él mismo se encargaría de llevarla.

En ese momento comenzaban a caer unas gotas de agua.

Nos dirigimos hacia la puerta del señor Darzac. En el pasillo, a horcajadas sobre una silla, el señor Bernier fumaba una pipa.

—¿Sigue ahí el señor Darzac? —preguntó Rouletabille.

—No se ha movido —respondió el portero.

Llamamos y oímos que recorren los cerrojos. (Los cerrojos deben estar siempre echados por dentro. Reglamento Rouletabille).

El señor Darzac está ordenando su correspondencia cuando entramos en su habitación. Para escribir se sentaba ante la mesita velador, frente a la puerta R, de cara a dicha puerta.

Pero sigan bien todos nuestros movimientos. Rouletabille refunfuña porque la carta que está leyendo confirma el telegrama que ha recibido por la mañana instándolo a volver a París: su periódico quiere indudablemente enviarlo a Rusia.

El señor Darzac lee con indiferencia las dos o tres cartas que acabamos de llevarle y se las mete en el bolsillo. Yo tiendo a Rouletabille la misiva que acabo de recibir; es de mi amigo de París, que, tras darme algunos detalles sin importancia sobre la marcha de Brignolles, me notifica que el susodicho Brignolles ha dejado dicho que le envíen la correspondencia a Sospel, al hotel de los Alpes. Esto es sumamente interesante, y el señor Darzac y Rouletabille se alegran de la información. Quedamos en ir a Sospel lo antes posible, y salimos del apartamento de los Darzac. La puerta de la habitación de la señora Darzac no estaba cerrada: lo observé al salir. Por lo demás, ya he dicho que la señora Darzac no se encontraba allí. En cuanto salimos, el señor Bernier cerró con llave la puerta del apartamento; la cerró inmediatamente, inmediatamente. Yo lo vi, lo vi y lo vi..., inmediatamente..., y se metió la llave en el bolsillo, en el bolsillo interior de la chaqueta ¡Ah, todavía estoy viéndolo guardar la llave en el bolsillo interior de la chaqueta! ¡Lo juro! Y luego se abrochó el botón.

Después salimos los tres de la Torre Cuadrada, dejando al portero en el pasillo, como buen perro guardián que era y que no dejó de serlo hasta el último día. No porque se hubiera dedicado eventualmente a la caza furtiva iba

a dejar de ser un buen perro guardián. Al contrario, esos perros siempre son un poco furtivos. Y digo abiertamente que, en medio de todo lo que va a seguir, el señor Bernier cumplió siempre con su deber y nunca dijo más que la verdad. También su mujer era una excelente portera, inteligente y además poco charlatana. Hoy que está viuda, la tengo a mi servicio. Ella se sentirá contenta de leer aquí el elogio que hago de ella y también el homenaje rendido a su marido. Los dos se lo han merecido.

Eran sobre las seis y media cuando, al salir de la Torre Cuadrada, Rouletabille, el señor Darzac y yo fuimos a hacer una visita al viejo Bob a su Torre Redonda. Nada más entrar en la planta baja, el señor Darzac lanzó un grito al ver el estado en que habían dejado una aguada en que trabajaba desde el día anterior para distraerse y que representaba el plano a gran escala del castillo de Hércules tal como estaba en el siglo XV, según los documentos que nos había enseñado Arthur Rance. La aguada estaba toda emborronada. En vano intentó pedir explicaciones al viejo Bob: estaba arrodillado al lado de una caja que contenía un esqueleto, y tan preocupado por un omóplato suelto, que ni siquiera le contestó.

Abriré aquí un pequeño paréntesis para pedir perdón al lector por la meticulosidad con la que, desde hace algunas páginas, vengo reproduciendo nuestros hechos y movimientos; pero debo decir que los acontecimientos más fútiles tienen una importancia realmente considerable, pues cada paso que damos en este momento lo estamos dando en pleno drama, ¡ay!, y sin darnos verdadera cuenta de ello.

Como el viejo Bob se hallaba de un humor de perros, lo dejamos, al menos Rouletabille y yo. El señor Darzac se quedó ante su maltrecha aguada, sin duda pensando en otra cosa.

Al salir de la Torre Redonda, Rouletabille y yo levantamos los ojos al cielo, que estaba cubriéndose de gruesas nubes negras. La tormenta estaba próxima. Mientras esperábamos, la lluvia empezó a caer. No podíamos respirar.

—Voy a echarme en la cama un rato —declaré—. No puedo más. Quizá allá arriba, con las ventanas abiertas, haga un poco de fresco.

Rouletabille me siguió hasta el Castillo Nuevo. De pronto, cuando llegábamos al primer rellano de la ancha escalera oscilante, me detuvo:

—¡Oh, oh! —dijo en voz baja—. Está aquí.

—¿Quién?

—¡La Dama de Negro! ¿No huele usted el perfume que inunda toda la escalera?

Se escondió detrás de una puerta, rogándome que continuara mi camino sin preocuparse más de él. Y así lo hice.

¡Cuál no sería mi asombro cuando, al empujar la puerta de mi habitación, me encontré cara a cara con Mathilde!

Lanzó un ligero grito y desapareció entre las sombras, volando como un pájaro sorprendido. Corrí a la escalera y me asomé por la barandilla. Ella se deslizaba a lo largo de los peldaños como un fantasma. Pronto estuvo en la planta baja, y debajo de mí vi a Rouletabille, que, asomado a la barandilla del primer rellano, estaba mirando también.

Subió hasta donde estaba yo.

—¡Ay! —exclamó—. ¿Qué le había dicho? ¡Pobre mujer!

Otra vez parecía muy agitado.

—He pedido ocho días al señor Darzac. ¡Pero es preciso que todo esto acabe en veinticuatro horas o no tendré fuerzas para nada!

Y de golpe se desplomó en una silla.

—¡Me ahogo, me ahogo! —gemía. Y se aflojó la corbata—. ¡Agua, agua!

Fui a buscarle una garrafa, pero me detuvo:

—¡No! ¡Lo que necesito es agua del cielo!

Y con el puño me señalaba el cielo negro, que no acababa nunca de reventar.

Diez minutos estuvo sentado en la silla, pensativo. Lo asombroso es que no me preguntara sobre lo que la Dama de Negro pudiera haber venido a hacer a mi habitación. Me habría resultado difícil responderle. Al fin se levantó:

—¿Adónde va?

—Me toca hacer la guardia en la poterna.

Ni siquiera quiso cenar a la mesa; pidió que le llevaran la sopa a su puesto, como a un soldado. La cena fue servida en la Loba a las ocho y media. Robert Darzac, que acababa de dejar al viejo Bob, dijo que éste no quería cenar. Mrs. Edith, temiendo que le pasara algo, fue de inmediato a la Torre Redonda. No quiso que Mr. Arthur Rance la acompañara. Parecía estar en muy malos términos con su marido. En esto llegó la Dama de Negro con el profesor Stangerson. Mathilde me miró con dolor y un aire de reproche que me turbó profundamente. Sus ojos no se apartaban de mí. Nadie comió. Arthur Rance no dejaba de mirar a la Dama de Negro. Todas las ventanas estaban abiertas. Nos sofocábamos. Un relámpago y un trueno violento se sucedieron y, de golpe, el diluvio. Un suspiro de alivio serenó nuestros pechos oprimidos. Mrs.

Edith volvió justo a tiempo de que no la ahogara la lluvia furiosa, que parecía querer tragarse la península entera.

Contó animadamente que había encontrado al viejo Bob con la espalda curvada sobre la mesa y la cabeza entre las manos. No respondió a sus preguntas. Ella lo sacudió con suavidad, pero como él continuara con las manos en las orejas, le pinchó con el alfiler de cabeza de rubí con el que sujetaba la ligera mantilla que se echaba por las noches sobre los hombros. Él refunfuñó, le quitó el alfiler y lo arrojó con rabia sobre la mesa. Luego se dirigió a ella con una rudeza insólita en él: «Señora sobrina, déjeme en paz». Mrs. Edith se sintió tan dolida que salió sin añadir una palabra, prometiéndose no volver a poner aquella noche los pies en la Torre Redonda. En el último instante, volvió la cabeza para ver una vez más a su viejo tío y se quedó estupefacta de lo que vio. El cráneo más viejo de la humanidad estaba en la mesa de su tío, boca arriba, con la mandíbula embadurnada de sangre, y el viejo Bob, que siempre había sido tan cuidadoso con él, ¡le estaba escupiendo a su cráneo! Ella se fue un poco asustada.

Robert Darzac tranquilizó a Mrs. Edith diciéndole que lo que había tomado por sangre era pintura. El cráneo del viejo Bob estaba teñido con la pintura de Robert Darzac.

En cuanto terminamos de cenar, corrí hasta donde estaba Rouletabille, en parte también para escapar a la mirada de Mathilde. ¿Qué había ido a hacer a mi habitación la Dama de Negro? Pronto iba a saberlo.

Cuando salí, los rayos se cernían sobre nuestras cabezas y la lluvia redoblaba su fuerza. De un salto llegué a la poterna. ¡No estaba Rouletabille! Lo encontré en la terraza B”, vigilando la entrada de la Torre Cuadrada y recibiendo a la vez toda la tempestad sobre la espalda.

Lo sacudí para arrastrarlo hasta la poterna.

—Déjeme, déjeme —me decía—. ¡Esto es el diluvio! ¡Ah, qué bueno es esto, esta cólera del cielo! ¿No le entran ganas de aullar con el trueno? ¡Pues a mí sí, escuche! ¡Aúllo, aúllo! ¡Auu, auu, auu...! ¡Más fuerte que el trueno! ¡Escuche, ya no se le oye!

Y en medio de la noche retumbante, por encima de las olas, lanzó unos alaridos de salvaje. Aquella vez creí realmente que se había vuelto loco. ¡Ay!, el desgraciado exhalaba a gritos el dolor atroz que lo abrasaba y cuya llama intentaba en vano ahogar dentro de su heroico pecho: ¡el dolor del hijo de Larsan!

Y de pronto me volví, pues una mano acababa de cogerme el puño y una forma negra se agarraba a mí en medio de la tempestad:

—¿Dónde está? Dígame dónde está.

Era la señora Darzac, que buscaba también a Rouletabille.

El brillo de un nuevo rayo nos envolvió. Rouletabille, en un espantoso delirio, aullaba al trueno hasta desgarrarse la garganta. Ella lo oyó. Ella lo vio. Estábamos cubiertos de agua, empapados por la lluvia del cielo y la espuma del mar. La falda de la señora Darzac restallaba en la noche como una bandera negra y me envolvía las piernas. Sostuve a la desgraciada, pues la sentí desfallecer, y entonces sucedió aquello: en medio de aquel inmenso desencadenamiento de los elementos, en el curso de aquella tempestad, bajo aquella ducha terrible, en el seno de la mar rugiente, percibí de pronto su perfume, ¡el suave, penetrante y melancólico perfume de la Dama de Negro! ¡Ah, ahora comprendo! Comprendo por qué Rouletabille ha podido recordarlo a través de los años. Sí, sí, es un olor lleno de melancolía, un perfume para tristezas íntimas. Algo así como el perfume aislado, discreto y absolutamente personal de una flor abandonada, que hubiera sido condenada a brotar por sí misma, sola, completamente sola... En fin, es un perfume que me sugirió muchas ideas, y que más tarde intenté analizar..., porque Rouletabille no dejaba de hablarme de él. Pero era un perfume tan suave como tiránico, que me sumió en una especie de embriaguez, allí, en medio de aquella batalla de agua, viento y rayos. ¡Perfume extraordinario! Extraordinario, sí, pues yo había pasado veinte veces al lado de la Dama de Negro sin descubrir lo que aquel perfume tenía de extraordinario, y se me aparecía en un momento en que los más persistentes perfumes de la tierra—incluso aquellos que de tan fuertes producen dolor de cabeza— eran barridos como el aroma de la rosa por el viento del mar. Comprendo que cuando uno había no simplemente oído, sino captado (no es por alabarme a mí mismo, pero estoy convencido de que no todo el mundo podría comprender el aroma del perfume de la Dama de Negro, y que para ello era preciso ser muy inteligente, y es probable que aquella noche yo lo fuera más que las otras noches, aunque aquella noche no comprendiera nada de lo que estaba pasando a mi alrededor), sí, cuando se había captado una vez aquel melancólico, cautivador y adorablemente desesperante olor, ¡era para siempre! Y el corazón se empapaba en él, sobre todo si era un corazón de hijo como el de Rouletabille; o se abrasaba, si era un corazón de amante, como el del señor Darzac; o se envenenaba, si era un corazón de bandido como el de Larsan. ¡No, ya no podría pasar jamás sin él! ¡Y ahora comprendo a Rouletabille y a Darzac y a Larsan, e incluso todas las desgracias de la hija del profesor Stangerson!

Así pues, agarrándose a mi brazo en medio de la tempestad, la Dama de Negro llamaba a Rouletabille, y una vez más éste se nos escapó, saltó, huyó a través de la noche gritando:

—¡El perfume de la Dama de Negro! ¡El perfume de la Dama de Negro!

La desdichada no paraba de sollozar. Me llevó a la torre y golpeó con el puño la puerta de entrada, que Bernier nos abrió. Yo le dije cosas banales, suplicándole que se calmara, y, sin embargo, habría dado mi fortuna por encontrar las palabras que, sin traicionar a nadie, tal vez le hubiesen hecho comprender el papel que yo jugaba en el drama que estaba desarrollándose entre madre e hijo.

Bruscamente, me arrastró hacia la derecha, al salón que precedía a la habitación del viejo Bob, sin duda porque la puerta estaba abierta. Allí estaríamos tan a solas como en su habitación, pues sabíamos que el viejo Bob trabajaba hasta tarde en la Torre del Temerario.

¡Dios mío! En aquella noche horrible, el recuerdo del momento que pasé frente a la Dama de Negro no fue el menos doloroso. Allí me vi sometido a una prueba que no me esperaba en absoluto; a quemarropa, sin molestarse siquiera en lamentarse por el trato que acababan de darnos los elementos —yo chorreaba agua como un paraguas viejo—, me preguntó: «Señor Sainclair, ¿hace mucho tiempo que estuvo usted en Le Tréport?». Eso me dejó más aturdido que todos los rayos de la tormenta. Y comprendí que, en ese momento en que la naturaleza comenzaba a apaciguarse fuera, yo iba a sufrir, ahora que me creía al abrigo, un acoso más violento que el que ejercen las olas desde hace siglos sobre la roca de Hércules. Me quedé desconcertado y no pude disimular toda la emoción que me provocaba aquella pregunta inesperada. Al principio no respondí; balbuceé y ciertamente me mostré ridículo. Hace años que pasaron estas cosas. Y, sin embargo, sigo contemplándolas como si yo fuera mi propio espectador. Hay personas que pueden estar mojadas y no parecer ridículas. La Dama de Negro, aunque calada y recién salida de la tormenta, estaba admirable, con sus cabellos despeinados, su cuello desnudo, sus magníficos hombros moldeados por la ligera seda de un vestido que aparecía a mis ojos extasiados como un jirón sublime lanzado por algún heredero de Fidias sobre el barro inmortal que acaba de tomar la forma de la belleza. Sé perfectamente que mi emoción, aun después de tantos años, cuando pienso en estas cosas, me hace escribir frases que carecen de sencillez. No me extenderé más a este respecto. Pero aquellos que se han acercado a la hija del profesor Stangerson quizá me comprenderán, y aquí, frente a Rouletabille, sólo quiero afirmar el sentimiento de respetuosa consternación que me inundó el corazón ante aquella madre divinamente bella, que, en medio del desorden armonioso a que la había arrojado la horrible tempestad —física y moral— en que se debatía, acababa de suplicarme que quebrantase mi juramento. Porque había jurado a Rouletabille callar, y había que ver, ¡ay de mí!, cómo mi propio silencio era más elocuente que cualquiera de los alegatos que hubiera pronunciado yo a lo largo de mi carrera.

Me cogió las manos, y con un tono que no olvidaré en mi vida, me suplicó:

—Usted es su amigo. ¡Por favor, dígame que ya hemos sufrido bastante los dos!

Y añadió en un sentido sollozo:

—¿Por qué seguir mintiendo?

No respondí nada. ¿Qué habría podido responder? Aquella mujer había sido siempre tan «distante», como se dice ahora, frente a todo el mundo en general y frente a mí en particular... Nunca había existido para ella, y mira por dónde, tras haberme hecho aspirar su perfume, el perfume de la Dama de Negro, lloraba ante de mí como una vieja amiga.

Así es, como una vieja amiga. Ella me lo contó todo. En unas pocas frases, piadosas y sencillas como el amor de una madre, me enteré de todo, de todo lo que me ocultaba el socarrón de Rouletabille. Era evidente que aquel juego del escondite no podía durar, y ambos se habían adivinado. Empujada por un certero instinto, quiso saber definitivamente quién era aquel Rouletabille que la había salvado y que tenía la edad del otro... y que se parecía tanto al otro. Una carta le había traído al mismo Menton la prueba reciente de que Rouletabille le había mentado y no había puesto nunca los pies en ningún centro escolar de Burdeos. Le exigió una explicación al joven, pero éste se excusó ásperamente. Sin embargo, se turbó cuando ella le habló de Le Tréport, del colegio de Eu y del viaje que habíamos hecho allá antes de ir a Menton.

—Pero ¿cómo se ha enterado usted? —pregunté, traicionándome al instante.

Ni siquiera se alegró con mi inocente confesión, y en una frase me dio a conocer toda su estratagema. Aquella misma noche yo la había sorprendido en nuestras habitaciones, pero no era la primera vez que había ido... Mi equipaje llevaba aún la etiqueta de la consigna de Eu.

—¿Por qué no se ha arrojado a mis brazos cuando yo se los he abierto? —gimió—. ¡Ay, ay!, ya que se niega a ser el hijo de Larsan, ¿por qué no consiente en ser el mío?

Rouletabille se había comportado de una forma atroz con aquella mujer que había creído a su hijo muerto, que lo había llorado desesperadamente, como supe más tarde, y que al fin saboreaba, en medio de desgracias incomparables, la alegría mortal de ver a su hijo resucitado. ¡Ah, desgraciado! ¡La noche anterior él se había reído en sus narices cuando ella le gritó, en el límite de sus fuerzas, que ella había tenido un hijo y que ese hijo era él! ¡Se había reído en sus narices llorando! ¡Imagínense la escena como puedan! Fue ella quien me lo dijo, y nunca hubiera creído a Rouletabille tan cruel, ni tan socarrón, ni tan mal educado.

¡Cierto! ¡Se había comportado de una forma abominable! ¡Llegó incluso a decirle que no estaba seguro de ser hijo de nadie, ni siquiera de un ladrón! Fue entonces cuando ella entró en la Torre Cuadrada deseando morir. ¡Pero no había encontrado a su hijo para perderlo tan pronto, y aún vivía! ¡Yo estaba fuera de mí! Le besé las manos y le pedí perdón por Rouletabille. Así, pues, vean cuál era el resultado de la estrategia de mi amigo. ¡Con el pretexto de defenderla de Larsan, la estaba matando! ¡No quise saber más! ¡Llamé a Bernier, y me abrió la puerta! Salí de la Torre Cuadrada maldiciendo a Rouletabille. Creí que lo encontraría en el patio del Temerario, pero el patio estaba desierto.

Arriba en la poterna, Mattoni acababa de iniciar el turno de guardia de las diez. Había luz en la habitación de mi amigo. Subí la oscilante escalera del Castillo Nuevo. ¡Por fin! Ahí está su puerta: la abro. Rouletabille está frente a mí.

—¿Qué quiere, Sainclair?

Con frases entrecortadas, se lo cuento todo y él adivina mi irritación.

—Ella no se lo ha dicho todo, amigo mío —replica con una voz glacial—. ¡No le ha dicho que me prohíbe tocar a ese hombre!

—Sí me lo ha dicho.

—Entonces ¿qué quiere usted? —continúa brutalmente—. ¿Sabe qué me dijo ayer? ¡Me ordenó que me fuera! ¡Que preferiría morir antes que verme luchando contra mi padre!

Y luego rio, rio socarronamente.

—¡Contra mi padre! ¡Sin duda cree que él es más hábil que yo!

Su aspecto era horrible mientras hablaba así.

Pero de pronto se transformó e irradió una belleza fulgurante.

—¡Sí, ella teme por mí! Bueno, ¡pues yo también temo por ella! ¡Y no conozco a mi padre... y tampoco conozco a mi madre!

¡En ese momento un tiro desgarró el silencio de la noche, seguido del grito de la muerte! ¡Ah, otra vez el grito, el grito de la galería inexplicable! ¡Se me erizan los cabellos, y Rouletabille vacila como si acabaran de dispararle a él mismo!

Luego echa a correr hacia la ventana abierta y un clamor desesperado llena la fortaleza:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

XI. El ataque a la Torre Cuadrada

Corrí tras él y lo cogí por la cintura, temiendo cualquier cosa de su locura. De sus gritos de «¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!» emergía tal desesperación, una llamada o más bien un anuncio de ayuda tan por encima de las fuerzas humanas, que llegué a temer que olvidase que era sólo un hombre, es decir, incapaz de volar directamente desde la ventana a la torre, de atravesar como un pájaro o una flecha aquel espacio negro que lo separaba del crimen y que él rellenaba con su pavoroso clamor. ¡De pronto se volvió, me derribó, se precipitó escaleras abajo como una tromba, rodó, se lanzó a través de pasillos, habitaciones, escaleras, patio, hasta aquella torre maldita que acababa de arrojar en medio de la noche el grito mortal de la galería inexplicable!

Y yo no había podido hacer otra cosa que quedarme clavado en el sitio por el horror de aquel grito. Aún seguía allí cuando se abrió la puerta de la Torre Cuadrada y, en su marco luminoso, apareció la forma de la Dama de Negro. Estaba erguida y bien viva, pese al grito mortal, aunque su rostro pálido y espectral reflejaba un terror indecible. Tendió los brazos hacia la noche, y la noche le arrojó a Rouletabille, y ya no oí más que suspiros y gemidos, y otra vez aquellas dos sílabas que la noche repetía indefinidamente: «¡Madre! ¡Madre!».

Yo también bajé al patio, con las sienas martilleándome, el corazón alterado y los riñones rotos. Lo que había visto en el umbral de la Torre Cuadrada no me tranquilizaba en modo alguno. En vano intentaba razonar diciéndome: «Vamos a ver, en el mismo momento en que lo creíamos todo perdido, todo, ¿no resultaba por el contrario que todo era encontrado? ¿No había encontrado el hijo a la madre? ¿No había encontrado, al fin, la madre al hijo?». Entonces... ¿por qué aquel grito de muerte estando ella tan viva? ¿Por qué aquel grito de angustia antes de que apareciera de pie en el umbral de la torre?

Cosa extraordinaria, no había nadie en el patio del Temerario cuando lo atravesé. ¿Es que nadie había oído el disparo? ¿Nadie había oído los gritos? ¿Dónde estaba el señor Darzac? ¿Dónde estaba el viejo Bob? ¿Seguían trabajando en la planta baja de la Torre Redonda? Podía creerse así, pues se veía luz al nivel del suelo de la torre. ¿Y Mattoni? ¿Tampoco Mattoni había oído nada? ¿Mattoni, que estaba vigilando bajo la poterna del Jardinero? ¿Y Bernier? ¿Y su esposa? No los veía por ningún sitio. ¡Y la puerta de la Torre Cuadrada seguía abierta! ¡Ah!, el suave murmullo: «¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!». Y la oí a ella, que no paraba de sollozar: «¡Mi pequeño! ¡Mi pequeño! ¡Mi pequeño!». Ni siquiera habían tenido la precaución de cerrar la

puerta del salón del viejo Bob. ¡También esta vez ella había llevado allí a su hijo!

Y allí estaban, solos en medio de aquella habitación, estrechándose, repitiéndose: «¡Madre! ¡Mi pequeño!». Luego se dijeron frases entrecortadas, incoherentes, estupideces divinas: «¡Entonces no estás muerto...!». Claro que no, y empezaban a llorar otra vez. ¡Ah, cómo debían de besarse, recuperar el tiempo perdido! ¡Cómo debía él de aspirar el perfume de la Dama de Negro! Aún le oí decir: «¿Sabes, madre? ¡Yo no robé nada!». Y oyéndole decir aquellas cosas, con aquel tono de voz, parecía que el pobre Rouletabille tuviera nueve años todavía. «¡Claro que no, mi pequeño, tú no robaste nada! ¡Mi pequeño! ¡Mi pequeño!». ¡Ah, no fue culpa mía oírlos, pero aquello me trastornó el alma! ¡Compréndalo, era una madre que había encontrado a su pequeño! Pero ¿dónde estaba Bernier? Entré a la portería, pues quería saber el motivo de aquel grito y quién había disparado.

La señora Bernier se encontraba al fondo de la portería, iluminado por una lamparilla. Parecía un paquete negro en un sillón. Debía de estar en la cama cuando sonó el disparo, y se había echado apresuradamente encima alguna ropa. Acerqué la lamparilla a su rostro. Sus rasgos estaban descompuestos por el miedo.

—¿Dónde está el señor Bernier? —pregunté.

—Ahí —respondió, temblando.

—¿Ahí? ¿Dónde es ahí?

Pero no contestó.

Di unos pasos por la portería y tropecé con algo. Me agaché, lámpara en mano, y vi patatas esparcidas por el suelo. ¿Aún no las había recogido la señora Bernier desde que Rouletabille vació el saco?

Me levanté y me volví hacia ella.

—Veamos —dije—. ¡Alguien ha disparado! ¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé —respondió.

En ese momento oí que alguien cerraba la puerta de la torre, y el señor Bernier apareció en el umbral de la portería.

—¡Ah, es usted, señor Sainclair!

—¡Bernier! ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh!, nada grave, señor Sainclair, tranquilícese, nada grave... —Su voz sonaba demasiado firme, demasiado animosa para ser tan tranquila como él quería aparentar—. Un accidente sin importancia. Al señor Darzac se le ha

disparado el revólver al dejarlo en la mesilla. Naturalmente, la señora se ha asustado y ha gritado; y como la ventana de su apartamento estaba abierta, ha imaginado que el señor Rouletabille y usted habrían oído algo y ha salido de inmediato para tranquilizarlos.

—Entonces ¿había vuelto ya el señor Darzac?

—Llegó aquí al poco de marcharse usted de la torre, señor Sainclair. Y el tiro ha sonado en seguida de entrar él en su habitación. Como pueden imaginar, ¡yo también me he asustado!

Me ha abierto el señor Darzac en persona. Afortunadamente no había nadie herido.

—¿Así que nada más salir yo de la torre, la señora Darzac entró en su habitación?

—Nada más salir usted. Oyó que llegaba el señor Darzac a la torre y lo siguió al apartamento. Entraron juntos.

—¿Y el señor Darzac? ¿Se ha quedado en su habitación?

—Mire, ahí lo tiene.

Me volví. A pesar de la escasa luz, vi que estaba atrozmente pálido. Me hizo una seña. Me acerqué a él y me dijo:

—Escuche, Sainclair. Supongo que Bernier ya le ha puesto al corriente de lo sucedido. No merece la pena comentarlo con nadie, si nadie pregunta. Quizá los demás no han oído el disparo. Es inútil asustar a la gente, ¿no le parece? Ah, una cosa. Quiero pedirle un favor personal.

—Dígame, amigo mío —dije—, ya sabe usted que estoy incondicionalmente a su disposición.

—Gracias. En realidad sólo se trata de convencer a Rouletabille de que vaya a acostarse; en cuanto se vaya, mi mujer se tranquilizará también e irá a descansar. Todo el mundo necesita descanso. ¡Paz y tranquilidad, Sainclair! Todos tenemos necesidad de paz y de tranquilidad.

—De acuerdo, cuente conmigo.

Le estreché la mano con una naturalidad y una fuerza que atestiguaba mi afecto por él. ¡Estaba seguro de que aquella gente nos ocultaba algo, algo muy grave!

Entró en su habitación y yo no dudé en ir a buscar a Rouletabille al salón del viejo Bob.

Cuando llegué, la Dama de Negro y su hijo ya salían. Su absoluto silencio y su actitud circunspecta me resultaron incomprensibles, pues teniendo en

cuenta lo que acababa de suceder, me esperaba encontrar al hijo en los brazos de la madre; me quedé frente a ellos sin decir una palabra, sin hacer un gesto. La prisa que la señora Darzac tenía por dejar a Rouletabille en una circunstancia tan excepcional me intrigó sobremanera, y la sumisión con que Rouletabille aceptaba su despedida me dejó estupefacto. Ella se inclinó sobre la frente de su hijo, lo besó y le dijo: «Hasta luego, hijo mío». Su voz era tan blanca, tan triste y al mismo tiempo tan solemne, que creí estar oyendo el adiós lejano de una moribunda. Rouletabille, sin responder a su madre, me condujo fuera de la torre. Temblaba como una hoja.

La Dama de Negro en persona cerró la puerta de la Torre Cuadrada tras nosotros. Estaba seguro de que en la torre pasaba algo inaudito. La historia del accidente no me satisfacía en absoluto; y estaba convencido de que Rouletabille habría pensado como yo, si su razón y su corazón no hubieran estado aún aturdidos por lo que acababa de suceder entre la Dama de Negro y él... Además, ¿quién me aseguraba que Rouletabille no pensaba como yo?

En cuanto salimos de la Torre Cuadrada lo arrastré hasta el parapeto que unía la Torre Cuadrada con la Torre Redonda, en el ángulo saliente que da al patio.

Rouletabille se dejó conducir dócilmente, como un niño, y dijo en voz baja:

—Sainclair, le he jurado a mi madre que no vería ni oiría nada de lo que pudiese pasar esta noche en la Torre Cuadrada. Es el primer juramento que le hago a mi madre, pero, por lo que siento por ella, tengo que ver y oír...

Allí estábamos, no lejos de una ventana aún iluminada que se abría en el salón del viejo Bob y daba al mar. La ventana estaba entreabierta, y oímos claramente el disparo y el grito, a pesar del grosor de los muros. Desde el lugar en que nos encontrábamos no podíamos ver nada a través de la ventana, pero ¿no era ya algo poder oír? La tormenta se había extinguido, pero las olas aún se estrellaban contra las rocas de la península de Hércules con una violencia que imposibilitaba acercarse a cualquier embarcación. Tuve este pensamiento porque por un segundo creí ver entre las sombras la sombra de una barca. ¡Qué idea! Evidentemente había sido producto de mi imaginación, que veía sombras hostiles por todas partes; mi imaginación, ciertamente más agitada que las olas.

Llevábamos allí cinco minutos, cuando un suspiro —¡ah, qué largo, qué horrible suspiro!—, un gemido profundo como una expiración, como un estertor de agonía, un lamento sordo, lejano como la vida que se va, próximo como la muerte que se acerca, nos llegó a través de la ventana y pasó sobre nuestras frentes bañadas de sudor. Y luego nada más, sólo el mugido intermitente del mar. De pronto la luz de la ventana se apagó. La Torre

Cuadrada, completamente negra, se sumergió en la noche. Mi amigo y yo nos cogimos de la mano y, mediante aquella comunicación muda, nos imponíamos la inmovilidad y el silencio. ¡Alguien estaba muriéndose dentro de la torre! ¡Alguien que nos ocultaban! ¿Por qué? ¿Y quién? ¿Quién? Alguien que no era ni la señora Darzac, ni el señor Darzac, ni el señor Bernier, ni la señora Bernier, ni por supuesto el viejo Bob: alguien que no podía estar dentro de la torre.

Inclinados sobre el parapeto, hasta casi caernos, con el cuello tendido hacia la ventana que había dejado pasar aquel suspiro agonizante, seguíamos escuchando. Así transcurrió un cuarto de hora..., un siglo. Rouletabille me señaló entonces la ventana de su habitación, que seguía iluminada. Comprendí. Había que ir a apagar la luz y bajar otra vez. Tomé mil precauciones; al cabo de cinco minutos, estaba otra vez al lado de Rouletabille. En todo el patio del Temerario ya no quedaba más luz que el débil resplandor que denunciaba el trabajo tardío del viejo Bob en la planta baja de la Torre Redonda, y el cabo de vela de la poterna del Jardinero, donde vigilaba Mattoni. Considerando la posición que ocupaban, podía explicarse perfectamente que ni el viejo Bob ni Mattoni hubieran oído nada de lo que había pasado en la Torre Cuadrada, ni siquiera, debido a la explosión de la tormenta, los gritos que Rouletabille lanzó por encima de sus cabezas. Los muros de la poterna eran gruesos y el viejo Bob estaba hundido en un auténtico subterráneo.

Apenas había llegado junto a Rouletabille, en la intersección de la torre y el parapeto, puesto de observación que él no había abandonado, cuando oímos claramente la puerta de la Torre Cuadrada que giraba sobre sus goznes. Intenté asomar la cabeza por la esquina de la torre, pero Rouletabille tiró de mí hacia atrás para impedírmelo, y la asomó él; pero yo no estaba dispuesto a perderme aquello, y contraviniendo el propósito de mi amigo, miré por encima de su cabeza. Y vi lo siguiente:

En primer lugar, al señor Bernier, reconocible a pesar de la oscuridad, el cual, saliendo de la torre, se encaminó sin hacer ruido hacia la poterna del Jardinero. Se detuvo en medio del patio y miró hacia nuestras ventanas; luego se volvió hacia la torre e hizo una señal, que interpretamos como que todo estaba en orden. ¿A quién iba dirigida la señal? Rouletabille se asomó aún más; pero bruscamente se echó hacia atrás, empujándome a mí.

Cuando nos arriesgamos a mirar otra vez al patio, no había nadie. Por fin vimos volver al señor Bernier, o mejor dicho, lo oímos primero, porque sostuvo una breve conversación con Mattoni, cuyo eco sordo llegó hasta nosotros. Luego oímos que algo subía bajo la bóveda de la poterna del Jardinero, y el señor Bernier apareció llevando a su lado la masa negra de un carruaje que rodaba suavemente. Pronto distinguimos la calesa, tirada por

Toby, el poni de Arthur Rance. El patio del Temerario era de tierra, y la calesa no hacía más ruido que si se hubiera deslizado sobre una alfombra. Por último, Toby estaba tan manso y tranquilo que parecía haber recibido instrucciones del señor Bernier. Éste, al llegar al lado del pozo, volvió a levantar la cabeza hacia nuestras ventanas y después, sin dejar de sujetar a Toby por la brida, llegó sin dificultad a la puerta de la Torre Cuadrada; finalmente, dejando la calesa delante de la puerta, entró en la torre. Pasaron unos instantes que, como suele decirse, nos parecieron siglos, sobre todo a mi amigo, que se había puesto a temblar otra vez, sin que yo pudiera adivinar la razón de su súbito espasmo.

Reapareció el señor Bernier. Volvió a atravesar el patio solo y regresó a la poterna. Fue entonces cuando más debimos de asomarnos, y si los que en ese momento estaban en el umbral de la Torre Cuadrada hubieran mirado hacia donde estábamos, sin duda nos habrían visto, pero no pensaban en nosotros. Un rayo de luna que dibujó una larga raya brillante en el mar iluminó la noche y extendió su claridad azul por el patio del Temerario. Los dos personajes que habían salido de la torre se acercaron al carruaje y de pronto se quedaron parados. Pero oímos a la Dama de Negro, que susurró: «¡Vamos, Robert, ánimo, hay que hacerlo!». Más tarde, Rouletabille y yo discutimos sobre si había dicho «hay que hacerlo» o «hay que detenerlo», pero no pudimos llegar a ninguna conclusión.

Robert Darzac dijo, con un tono exasperado: «Sólo me faltaba esto». Estaba inclinado sobre algo que arrastraba y que levantó con gran esfuerzo e intentó deslizarlo bajo el asiento de la calesa. Rouletabille se había quitado la visera, y los dientes le castañeteaban. Por lo que pudimos distinguir, aquello era un saco. El señor Darzac hacía grandes esfuerzos para moverlo, y oímos un suspiro. Apoyada contra el muro de la torre, la Dama de Negro lo miraba sin prestarle ayuda. Y de pronto, cuando el señor Darzac consiguió finalmente subir el saco al carruaje, Mathilde exclamó, espantada: «Todavía se mueve». «¡Es el fin!», dijo el señor Darzac, enjugándose la frente.

Luego se puso el abrigo, cogió la brida de Toby y se alejó haciendo una señal a la Dama de Negro; pero ésta, que seguía apoyada en la pared como si la hubieran puesto allí para infligirle algún castigo, no respondió. El señor Darzac nos pareció que estaba tranquilo. Se había enderezado y andaba con paso firme..., como un hombre honrado que ha cumplido su deber. Siempre con gran sigilo, desapareció con el carruaje bajo la poterna del Jardinero, y la Dama de Negro volvió a entrar en la Torre Cuadrada.

Me disponía a salir de nuestro escondite, pero Rouletabille me sujetó enérgicamente. E hizo muy bien, pues en ese momento Bernier atravesaba el patio, en dirección hacia la Torre Cuadrada. Cuando estaba a unos dos metros de la puerta, que había vuelto a cerrarse, Rouletabille fue hacia él y le agarró de una muñeca.

—Venga conmigo —le dijo al asustado portero.

También yo salí de mi escondrijo. El pobre hombre nos miraba atónito, el rostro bañado por el rayo azul de la luna; sus ojos se movían inquietos y sus labios murmuraban:

—¡Dios mío, qué desgracia más grande!

XII. El cuerpo imposible

—Sí, será una gran desgracia si no me dice la verdad —masculló Rouletabille—. Pero no habrá desgracia alguna si no me oculta nada. ¡Acompáñeme!

Y sin dejar de sujetarlo por la muñeca lo arrastró hacia el Castillo Nuevo. Yo los seguí. Desde aquel momento, Rouletabille volvió a ser Rouletabille. Ahora que se había desembarazado felizmente de un problema sentimental que tanto le afectaba, ahora que había vuelto a encontrar el perfume de la Dama de Negro, recuperaba toda la fuerza de su espíritu para continuar su lucha contra aquel misterio. Y hasta el día en que todo haya concluido, hasta el minuto supremo —el más dramático que yo haya vivido, incluso al lado de Rouletabille— en que la vida y la muerte hablen y se expliquen por su boca, ya no volverá a tener un gesto de vacilación; no dirá una palabra que no contribuya a salvarnos de la espantosa situación que se desencadenó a raíz del ataque a la Torre Cuadrada en la noche del 11 al 12 de abril.

Bernier no se le resistió. Otros lo intentarán, pero él los destrozará hasta que pidan clemencia.

Bernier va por delante de nosotros, con la frente baja, como un acusado que va a rendir cuentas ante el juez. Y cuando llegamos a la habitación de Rouletabille, le hacemos sentarse frente a nosotros. Yo he encendido la lámpara.

El joven reportero no dice una palabra; mira a Bernier, mientras carga la pipa; evidentemente, está intentando leer en aquel rostro toda la honradez que en él puede encontrarse. Luego su ceño fruncido se distiende, su mirada se aclara y, tras arrojar unas nubes de humo hacia el techo, dice:

—Veamos, Bernier, ¿cómo lo han matado?

Bernier sacudió su ruda cabezota.

—He jurado no decir nada. ¡Yo no sé nada, señor!

Rouletabille:

—Ya. Pues cuénteme ahora mismo eso que no sabe. Porque, si no me lo cuenta, Bernier, no respondo...

—¿De qué no responde usted?

—¡De su seguridad, Bernier!

—¿De mi seguridad? ¡Pero si yo no he hecho nada!

—¡De la seguridad de todos, de nuestras vidas! —Rouletabille se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación, concediéndose tiempo para realizar mentalmente alguna operación algebraica—. Entonces —prosiguió—, ¿estaba en la Torre Cuadrada?

—Sí —respondió la cabeza de Bernier.

—¿Dónde? ¿En la habitación del viejo Bob?

—¡No! —respondió la cabeza de Bernier.

—¿Escondido en la suya, en la portería?

—No —respondió la cabeza de Bernier.

—Entonces ¿dónde estaba? Porque no me dirá que estaba en el apartamento de los señores Darzac...

—Sí —respondió la cabeza de Bernier.

—¡Miserable! —gritó Rouletabille.

Dio un salto y lo cogió por la garganta. Yo corrí en ayuda del portero y lo arranqué de las garras de Rouletabille.

Cuando pudo respirar, dijo:

—Pero señor... ¿Por qué quiere usted estrangularme?

—¿Que por qué quiero estrangularlo, dice, después de haber confesado que él estaba en el apartamento de los señores Darzac? ¿Y quién, sino usted, ha podido introducirlo en el apartamento? ¡Usted es quien guarda la llave del apartamento de los señores Darzac cuando ellos no están allí!

Bernier se levantó muy pálido:

—¿Me está acusando de ser cómplice de Larsan?

—¡Le prohíbo pronunciar ese nombre! —exclamó el reportero—. ¡Usted sabe perfectamente que Larsan murió... hace mucho tiempo!

—¡Hace mucho tiempo!... —repitió Bernier con ironía—. Es verdad. No debería haberlo olvidado. Cuando uno se entrega a sus amos, cuando uno pelea por sus amos, debe ignorar incluso contra quién pelea. ¡Le pido perdón!

—Escúcheme bien, Bernier: le conozco y le aprecio. Es usted un buen hombre. No le reprocho su buena fe, sino su descuido.

—¡Mi descuido! —El rostro de Bernier pasó del tono pálido al color escarlata—. ¿Qué descuido? ¡No me he movido ni un segundo de mi sitio! ¡He tenido siempre la llave en el bolsillo y le juro que nadie ha entrado en ese apartamento desde que usted lo visitó a las cinco, excepto el señor Robert y la señora Darzac! Sin contar la visita que hicieron hacia las seis usted y el señor Sainclair.

—¡Veamos! —dijo Rouletabille—. ¡No intentará hacerme creer que a ese individuo... hemos olvidado su nombre, ¿verdad, Bernier?, llamémoslo sólo hombre..., que a ese hombre lo mataron en las habitaciones de los señores Darzac si no estaba allí!

—¡No! ¡También puedo afirmar que estaba allí!

—¿Y cómo es que estaba allí? Ésa es mi pregunta, Bernier. ¡Sólo usted puede decirlo, porque sólo usted tenía la llave en ausencia del señor Darzac, y el señor Darzac no ha salido de su habitación cuando él tenía la llave, y nadie podía esconderse en su habitación mientras él estaba allí!

—¡Ah, ése es el misterio, señor! ¡Y es lo que intriga también al señor Darzac! Pero yo no puedo responderle más que lo que le he respondido ya: ¡ése es el misterio!

—Cuando el señor Sainclair y yo salimos de la habitación del señor Darzac con él, hacia las seis y cuarto, ¿cerró usted inmediatamente la puerta?

—Sí, señor.

—¿Y cuándo volvió a abrirla?

—Pues esta noche, una sola vez, para dejar entrar a los señores Darzac. Él acababa de llegar y ella estaba desde hacía un rato en el salón del viejo Bob, de donde acababa de salir el señor Sainclair. Se encontraron en el pasillo y les abrí la puerta de su apartamento. ¡Eso es todo! En cuanto entraron, oí que echaban los cerrojos.

—¿Así que desde las seis y cuarto no abrió la puerta?

—Ni una sola vez.

—¿Y dónde estuvo durante todo ese tiempo?

—En el pasillo, vigilando la puerta del apartamento; mi mujer y yo sacamos una mesa y cenamos allí, porque como la puerta de la torre estaba abierta había más luz y se estaba mejor. Después de cenar, me quedé charlando con mi mujer y fumando unos cigarros. Estábamos sentados frente a la puerta del apartamento. ¡Ah, es un misterio más increíble aún que el del cuarto

amarillo! Porque allí no sabíamos lo que había pasado antes. Pero aquí sí lo sabemos, porque usted mismo ha visitado el apartamento a las cinco y no había nadie dentro; sabemos lo que ha pasado durante, porque o bien tenía yo la llave en el bolsillo o el señor Darzac estaba en su habitación, en cuyo caso habría visto al hombre que entraba para asesinarlo; pero es que, además, yo estaba en el pasillo y lo habría visto pasar. Y también sabemos lo que ha pasado después. Después... no ha habido un después. Después ha ocurrido la muerte del hombre, lo que demuestra que el hombre estaba allí. ¡Todo un misterio!

—¿Y afirma usted que no ha abandonado el pasillo desde las cinco hasta el momento del suceso?

—¡Desde luego!

—¿Está usted seguro? —insistió Rouletabille.

—Ahora que lo pienso..., ha habido sólo un momento, cuando usted me llamó.

—Está bien, Bernier. Sólo quería saber si se acordaba usted de ese momento.

—Pero eso no ha durado más de un minuto o dos, y el señor Darzac estaba en su habitación. No ha salido de ella.

—¿Y cómo sabe usted que no ha salido durante esos dos minutos?

—¡Mi mujer lo habría visto! Además, eso lo explicaría todo, y el señor Darzac no estaría tan intrigado ni la señora tampoco. Se lo repito: nadie más ha entrado, aparte de él, a las cinco, y usted, a las seis, hasta que él volvió por la noche con la señora Darzac... Él, como usted, tampoco quería creerme. ¡Se lo he jurado sobre el cadáver que había allí!

—¿Dónde estaba el cadáver?

—En su habitación.

—¿Era realmente un cadáver?

—¡Oh, respiraba todavía! ¡Yo lo oí!

—Entonces no era un cadáver.

—¡Oh, señor Rouletabille, como si lo fuera! ¡Imagínese! ¡Tenía un tiro en el corazón!

Por fin, el señor Bernier iba a hablarnos del cadáver. ¿Lo había visto él? ¿Cómo era? Parecía que para Rouletabille esto fuera secundario y que sólo le importara saber cómo aquel hombre había llegado hasta allí. ¿Cómo había ido a dejarse matar!

Pero de esto el señor Bernier sabía muy poco. Todo había sucedido tan rápido como un disparo, según sus propias palabras. Nos contó que estaban recogiendo las cosas de la cena para irse a la cama, cuando su mujer y él oyeron un fuerte estruendo de muebles derribados y golpes en el apartamento de los Darzac. «¿Qué pasa ahí?», preguntó ella, y de inmediato oyeron la voz de la señora Darzac que gritaba: «¡Socorro!», un grito que no oímos ni Rouletabille ni yo desde el Castillo Nuevo. El señor Bernier, mientras su mujer se desplomaba del susto, corrió a la puerta de la habitación del señor Darzac, gritando en vano que abrieran. Al otro lado, la lucha continuaba en el suelo. Oyó respiraciones agitadas, y reconoció la voz de Larsan cuando pronunció estas palabras: «¡Esta vez te voy a arrancar la piel!». Luego oyó al señor Darzac, que llamaba a su mujer con una voz ahogada, agotada: «¡Mathilde! ¡Mathilde!». Evidentemente, llevaba la peor parte en su lucha cuerpo a cuerpo con Larsan, cuando se oyó el disparo salvador. Al señor Bernier no le asustó tanto el disparo como el grito que lo acompañó, proferido por la señora Darzac. Bernier no podía explicarse la actitud de ella. ¿Por qué no abría la puerta? Por último, casi nada más sonar el disparo, se abrió la puerta, que Bernier no había dejado de golpear. La habitación estaba sumida en la oscuridad, cosa que no le sorprendió, pues la luz de la vela que se colaba por debajo de la puerta se había apagado bruscamente al caerse la palmatoria al suelo. Era la señora Darzac quien había abierto la puerta, dejando ver la silueta del señor Darzac inclinada sobre alguien que agonizaba. Bernier llamó a su mujer para que trajera luz, pero la señora Darzac exclamó: «¡No! ¡Nada de luz! ¡Y sobre todo que él no sepa nada!». Y de inmediato corrió a la puerta de la torre gritando: «¡Viene, lo oigo! ¡Abra la puerta, Bernier! ¡Yo saldré a su encuentro!». Y el señor Bernier le abrió la puerta, mientras ella repetía gimiendo: «¡Escóndase! ¡Váyase! ¡Que él no sepa nada!».

El portero continuó:

—Entonces llegó usted como una tromba, señor Rouletabille. Y ella le llevó al salón del viejo Bob para que no viera nada. Yo estaba con el señor Darzac, mientras el hombre agonizaba en el suelo. El señor Darzac, que seguía agachado sobre él, me dijo: «¡Un saco, Bernier, traiga un saco y una piedra grande! ¡Lo arrojaremos al mar y no se oirá hablar más de él!».

»Entonces —continuó Bernier— me acordé del saco donde mi mujer había metido las patatas; fui a por él, lo vacié y se lo llevé. ¡Ah, hacíamos todo con el mayor sigilo! Entretanto, la señora estaba con usted en el salón del viejo Bob y el señor Sainclair interrogaba a mi mujer en la portería. Rápidamente, metimos el cadáver en el saco, y yo le advertí al señor Darzac:

»—Será mejor que no lo tire al agua. Es poco profunda, y hay días en que está tan clara que se ve el fondo.

»—¿Qué sugiere que haga entonces? —preguntó él.

»—No lo sé, señor —le respondí—. Todo lo que yo podía hacer por usted, por la señora y por la humanidad contra un bandido como Frédéric Larsan ya lo he hecho. Pero, por favor, no me pida más y que Dios le proteja.

»Entonces salí de la habitación y me encontré con usted, señor Sainclair, en la portería. Luego, siguiendo el ruego del señor Darzac, que había salido de su habitación, fue usted a buscar al señor Rouletabille. En cuanto a mi mujer, casi se desmaya al ver el señor Darzac lleno de sangre... ¡y yo también! ¡Miren, señores, mis manos están rojas! ¡Espero que todo esto no nos traiga una desgracia! ¡En fin, hemos cumplido con nuestro deber! ¡Y era un bandido temible! Pero ¿qué quiere que le diga? Nunca podremos ocultar una historia como ésta. Más valdría que se lo contáramos de inmediato a la justicia. He prometido callar y callaré mientras pueda, pero me alegra haber podido descargar un peso así ante ustedes, que son amigos de los señores y que quizá puedan hacerles entrar en razón. ¿Por qué se ocultan? ¿No es un honor matar a un tipo como Larsan? Perdón por haber pronunciado ese nombre... ya sé, es algo sucio... pero ¿no es un honor haber librado a la humanidad de un tipo como él? ¡La señora Darzac me ha prometido una fortuna si me callaba! Pero ¿no es la mejor fortuna servir a esa pobre señora que ha sufrido tanto? ¡Lo único que yo quiero es que hable! ¿Qué teme? Se lo pregunté cuando ustedes se fueron y nos quedamos solos en la Torre Cuadrada con el cadáver.

»—Proclame a los cuatro vientos que lo ha matado —le dije—. ¡Todos le aplaudirán!

»—Ya ha habido demasiado escándalo, Bernier —me respondió—; ¡en lo que de mí dependa, si es posible, ocultaremos este nuevo asunto! ¡Mi padre se moriría!

»De buena gana le habría dicho: “Si el asunto acaba por salir a la luz, la justicia creerá lo que no es, y será mucho peor”, pero me callé. ¡Qué le vamos a hacer, ella prefiere que callemos! ¡Bueno, pues callaremos!

Bernier se dirigió a la puerta y nos enseñó las manos:

—¡Voy a limpiarme la sangre de ese cerdo!

Rouletabille lo detuvo:

—¿Y qué decía el señor Darzac durante todo ese tiempo?

—Él repetía: «Todo lo que haga la señora Darzac estará bien hecho. Hay que obedecer, Bernier». Se había quitado la chaqueta y tenía una ligera herida en la garganta, pero no se preocupaba de ella; lo único que le interesaba era saber cómo el miserable había podido entrar en su habitación. Se lo repito, no le cabía en la cabeza y tuve que darle todavía algunas explicaciones. Sus

primeras palabras a este respecto fueron para decir: «Y, sin embargo, cuando entré hace poco en mi habitación no había nadie, y he cerrado la puerta con cerrojo».

—¿Dónde ocurría eso?

—En la portería, delante de mi mujer, que estaba como atontada.

—¿Y el cadáver? ¿Dónde estaba?

—En la habitación del señor Darzac.

—¿Y qué habían decidido para deshacerse de él?

—No sé mucho más, pero, con toda seguridad, su resolución estaba tomada, pues la señora Darzac me dijo:

»—Bernier, le pediré un último favor; vaya a buscar la calesa a la cuadra y enganche a Toby. Procure no despertar a Walter. Pero si se despierta y le pide explicaciones, dígame que es para el señor Darzac, que tiene que estar mañana a las cuatro en Castelar para preparar el viaje a los Alpes. Y si se topa con Mattoni en la poterna, le cuenta la misma historia.

»La señora Darzac me dijo también:

»—Si se encuentra con el señor Sainclair, dígame sólo que venga; y si se encuentra con el señor Rouletabille, ¡no le diga nada ni haga nada!

»La señora no quiso que saliera hasta que la ventana de su habitación estuviera cerrada y la luz apagada. Sin embargo, aún no estábamos tranquilos con el cadáver que creíamos muerto y que una vez más se puso a suspirar, ¡y qué suspiro! El resto ya lo ha visto usted, y ahora ya sabe tanto como yo. ¡Qué Dios nos proteja!

Cuando Bernier acabó de contar así el drama imposible, Rouletabille le dio las gracias por su entrega total hacia sus amos, le recomendó la mayor discreción, le rogó que le excusara por su brutalidad y le ordenó que no dijera nada a la señora Darzac acerca del interrogatorio al que acababa de someterlo. Bernier, antes de irse, quiso estrecharle la mano, pero Rouletabille retiró la suya.

—¡No, Bernier! Todavía está lleno de sangre.

El portero nos dejó para ir a ver a la Dama de Negro.

—Bueno —dije en cuanto estuvimos solos—. ¿Así que Larsan está muerto?

—Sí. Eso me temo.

—¿Y por qué teme usted eso?

—Porque —dijo con una voz tan blanca como nunca le había oído—, PORQUE LA MUERTE DE LARSAN, QUE HA SALIDO MUERTO SIN HABER ENTRADO NI MUERTO NI VIVO, ME ASUSTA MÁS QUE SU VIDA.

XIII. En que el espanto de Rouletabille adquiere proporciones inquietantes

De verdad que el joven reportero estaba visible y literalmente espantado, y yo también: más de lo que sería capaz de expresar. Nunca le había visto en semejante estado de desazón mental. Andaba por la habitación a zancadas, a veces se detenía ante el espejo, se miraba extrañamente, pasándose una mano por la frente como si quisiera preguntar a su propia imagen: «¿Eres tú, eres realmente tú, Rouletabille, el que está pensando eso? ¿Quién se atreve a pensarlo?». Pero ¿pensar qué? Parecía más bien estar a punto de pensar, o no querer pensar. Sacudió ferozmente la cabeza y fue a acuclillarse junto a la ventana, asomándose a la noche, escuchando el menor rumor en la lejana orilla, esperando quizá oír el rodar de la calesa y el ruido de los cascos de Toby. Parecía un animal al acecho.

La resaca se había callado; el mar se había calmado completamente. Por oriente, un fulgor blanco iba posándose sobre las aguas negras. Era la aurora. Y casi de repente el Castillo Viejo surgió de la noche, pálido, lívido, con la misma cara que nosotros, la cara del que no ha dormido.

—Rouletabille —le pregunté casi temblando, consciente de mi increíble audacia—, la entrevista con su madre ha sido muy corta. ¡Y qué silenciosamente se han separado! Me gustaría saber, amigo mío, si le ha contado «la historia del accidente del revólver en la mesilla».

—¡No! —me respondió sin volverse.

—¿No le ha dicho nada de eso?

—¡No!

—¿Y no le ha pedido usted ninguna explicación acerca del disparo ni del grito de la muerte «de la galería inexplicable»? ¡Porque ha gritado como aquel día!

—¡Qué curioso es usted, Sainclair! Aún más que yo... ¡No le he preguntado nada!

—¿Y ha jurado usted no ver nada ni oír nada antes de que ella le haya contado cualquier cosa a propósito del disparo y el grito?

—Tiene que creerme, Sainclair, de verdad... Yo respeto los secretos de la Dama de Negro. Le ha bastado con decirme, sin que yo le preguntase nada, ¡sí!, le ha bastado con decirme: «Ya podemos separarnos, amigo mío, PUES NADA NOS SEPARA ya», para que yo la dejase.

—Ah, ¿le ha dicho eso? «¡Ya nada nos separa!».

—Sí, amigo mío..., y tenía sangre en las manos.

Nos callamos. Yo estaba ya en la ventana, a su lado. De pronto su mano se posó sobre la mía. Luego me señaló la farola que ardía aún a la entrada de la puerta subterránea que conducía al gabinete del viejo Bob en la Torre del Temerario.

—¡Ahí está la aurora! —dijo Rouletabille—. ¡Y el viejo Bob sigue trabajando! Es realmente animoso ese viejo. ¿Y si fuéramos a verlo trabajar? Quizá eso nos distraiga y yo deje de pensar en mi círculo, que me estrangula, que me agarrota, que me agota.

Y lanzó un gran suspiro:

—Pero ¿es que Darzac no va a volver nunca? —dijo hablando consigo mismo.

Un minuto más tarde atravesábamos el patio y bajábamos a la sala octogonal del Temerario. ¡Estaba vacía! La lámpara seguía ardiendo sobre la mesa. ¡Pero no había ni rastro del viejo Bob!

—¡Oh, oh! —exclamó Rouletabille.

Y levantó la lámpara, examinándolo todo a su alrededor. Dio una vuelta por las pequeñas vitrinas que cubrían las paredes de la planta baja. Allí todo estaba en su sitio, relativamente en orden y científicamente etiquetado. Cuando hubimos mirado detenidamente las osamentas, conchas y cuernos de las primeras edades, «colgantes de concha», «anillos serrados en la diáfisis de un hueso largo», «pendientes», «raspadores del tipo magdalenense» y «polvo raspado de sílice en el estrato del elefante», volvimos a la mesa. Allí se hallaba «el cráneo más antiguo», y era cierto que aún tenía la mandíbula roja de la aguada que el señor Darzac había puesto a secar junto a la ventana. Revisé la ventana, todas las ventanas, y comprobé la solidez de los barrotes, que nadie había tocado.

Rouletabille me dijo:

—Pero ¿qué está haciendo? Antes de mirar si ha salido por alguna ventana habría que saber si no ha salido por la puerta.

Depositó la lámpara en el suelo y se puso a examinar las huellas de pasos.

—Vaya a la Torre Cuadrada —dijo— y pregunte a Bernier si ha vuelto el

viejo Bob; interroga a Mattoni bajo la poterna y a papá Jacques en la puerta de hierro. ¡Vaya, Sainclair, vaya...!

Cinco minutos después volvía con las informaciones pedidas. ¡Nadie había visto al viejo Bob en ningún sitio! ¡No había pasado por ninguna parte!

Rouletabille seguía con la nariz pegada al suelo. Me dijo:

—Ha dejado la lámpara encendida para que pensáramos que seguía trabajando.

Y luego, preocupado, añadió:

—No hay huella de lucha de ningún tipo y en el suelo no noto más que los pasos de Arthur Rance y de Robert Darzac, que llegaron ayer por la noche a esta habitación durante la tormenta y se trajeron en las suelas un poco de la tierra mojada del patio del Temerario y también del polvo ligeramente ferroso de la baille. No hay huellas del viejo Bob. El viejo Bob llegó aquí antes de la tormenta y quizá saliera durante la misma, pero en todo caso ¡no volvió más tarde!

Rouletabille se ha puesto de pie. Ha vuelto a poner la lámpara encima de la mesa y su luz ilumina de nuevo el cráneo, cuya mandíbula roja no ha reído nunca de una forma tan horrenda. A nuestro alrededor no hay más que esqueletos, pero ciertamente me dan menos miedo que el viejo Bob ausente.

Rouletabille se queda un instante frente al cráneo ensangrentado, lo coge con las manos y hunde sus ojos en el fondo de sus órbitas vacías. Luego lo aleja de sí, con los brazos extendidos al máximo, y lo observa con atención, de un lado y de otro; después me lo pasa a mí, pidiéndome que lo levante por encima de la cabeza, como si fuera algo sagrado, y él levanta la lámpara.

De pronto una idea me atraviesa el cerebro. Dejo el cráneo en la mesa y salgo corriendo hacia el pozo del patio. Compruebo que los herrajes que lo cerraban siguen intactos. Si alguien hubiera huido por allí, o se hubiera caído, o se hubiera arrojado a él, los herrajes habrían sido abiertos.

Regreso, más ansioso que nunca:

—¡Rouletabille! ¡Rouletabille! ¡Al viejo Bob ya no le queda más que el saco para haber podido salir!

Repetí la frase, pero él no me escuchaba, y me sorprendió encontrarlo ocupado en una tarea cuyo interés me fue imposible adivinar. ¿Cómo es que en un momento tan trágico, cuando sólo esperábamos el regreso del señor Darzac para cerrar el círculo en el que estaba muerto el cuerpo de más, cuando en la vieja torre de al lado, en el Castillo Viejo de la esquina, la Dama de Negro debía de estar ocupada en borrar de sus manos, como otra Lady Macbeth, la huella del crimen imposible, cómo Rouletabille podía divertirse haciendo

dibujos con una regla, una escuadra, un tiralíneas y un compás? Pero así era. Sentado en el sillón del geólogo, se había acercado el tablero de dibujo de Robert Darzac, y también él hacia un plano con toda parsimonia, horriblemente tranquilo, como si fuera un pacífico y amable ayudante de arquitecto.

Había clavado una de las puntas del compás en el papel y con la otra trazaba el círculo que podía representar el espacio ocupado por la Torre del Temerario, como podíamos ver sobre el dibujo del señor Darzac.

El joven se dedicó a hacer algunos trazos más. Luego, mojando un pincel en un pequeño recipiente que estaba medio lleno de la pintura roja que le había servido al señor Darzac, extendió con sumo cuidado la pintura por todo el espacio del círculo, de manera que lo cubriera uniformemente. Inclina la cabeza a derecha e izquierda para apreciar el efecto y sacaba un poco la lengua, como un escolar aplicado. Luego se quedó inmóvil. Volví a hablarle, pero él seguía callado. Sus ojos estaban fijos, clavados en el dibujo, mirando cómo se secaba la pintura. De pronto su boca se crispó y dejó escapar una exclamación de horror indecible. Se volvió tan bruscamente hacia mí, que derribó el ancho sillón.

—¡Sainclair! ¡Sainclair! ¡Mire la pintura roja! ¡Mire la pintura roja!

Me incliné sobre el dibujo jadeando, asustado por aquella exaltación salvaje. Pero yo no veía allí más que una aguada bastante curiosa...

—¡Mire la pintura roja! ¡Mire la pintura roja! —continuaba gimiendo, con los ojos desorbitados como si asistiera a un horrible espectáculo.

No pude dejar de preguntarle:

—Pero ¿qué tiene?

—¿Cómo que qué tiene? ¿No ve usted que ya está seca? ¿No ve que es sangre?

¡No! No lo veía, pues estaba seguro que no era sangre. Era pintura roja completamente natural.

Pero no quise contrariarlo, y fingí interesarme por aquella idea de la sangre.

—¿Sangre de quién? —dije—. ¿Lo sabe usted? ¿De quién? ¿Sangre de Larsan?

—¡Oh, oh! —exclamó—. ¡Sangre de Larsan! ¿Quién conoce la sangre de Larsan? ¿Quién ha visto alguna vez su color? ¡Para conocer el color de la sangre de Larsan habría que abrirme a mí las venas, Sainclair! ¡Es el único medio!

Yo estaba asombrado, completa y absolutamente asombrado.

—¡Mi padre no se dejaría sacar la sangre así como así!

Otra vez volvía a hablar de su padre, con aquel singular orgullo desesperado. «¡Cuando mi padre se pone una peluca no se le nota!». «¡Mi padre no se dejaría sacar la sangre así como así!», ¡Dios mío!

—¡Las manos de Bernier estaban llenas de ella, y usted mismo la ha visto en las de la Dama de Negro! —repliqué yo.

—¡Sí, sí! ¡Eso dicen, eso dicen! ¡Pero a mi padre no se le mata tan fácilmente!

Parecía cada vez más agitado y no dejaba de mirar la aguada. Con la garganta oprimida por un gran sollozo, dijo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten piedad de nosotros! Sería demasiado horrible...

Y añadió:

—¡Mi pobre madre no se merece esto! ¡Ni yo! ¡Ni nadie!

Una gruesa lágrima se le deslizó por la mejilla y cayó en el bote de pintura.

—¡Oh! —exclamó—. No conviene aclarar la pintura...

Y diciendo esto con voz temblorosa, cogió el bote con un cuidado infinito y lo guardó en un pequeño armario.

Luego me cogió de la mano y me arrastró, mientras yo lo miraba, preguntándome si no se había vuelto loco.

—¡Ya es hora, vamos! ¡Vamos! ¡Ha llegado el momento, Sainclair! No podemos retroceder ante nada. Es preciso que la Dama de Negro nos lo cuente todo, toda la historia del saco. ¡Ah, si el señor Darzac pudiera volver de inmediato, de inmediato..., sería menos penoso! ¡Pero ya no puedo esperar más!

¿Esperar qué? ¿Esperar qué? ¿Y por qué se asustaba de ese modo otra vez? ¿Qué pensamiento traslucía aquella mirada fija? ¿Por qué le castañeteaban los dientes?

No pude evitar preguntarle otra vez:

—¿Qué le espanta de ese modo? ¿Acaso Larsan no está muerto?

Y apretándome nerviosamente el brazo me repitió:

—¡Ya se lo he dicho, ya le he dicho que su muerte me espanta más que su vida!

Llamó a la puerta de la Torre Cuadrada, ante la cual nos hallábamos. Le pregunté si no deseaba que lo dejase solo en presencia de su madre. Pero, para mi gran sorpresa, me respondió que en ese momento no debía dejarle solo por nada del mundo, no «mientras el círculo no estuviera cerrado».

Y añadió en tono lúgubre:

—¿Podrá estarlo alguna vez?

La puerta de la torre seguía cerrada y volvió a llamar; entonces se entreabrió y vimos reaparecer la cara descompuesta de Bernier. Pareció muy molesto al vernos.

—¿Qué quieren? ¿Qué quieren ahora? —dijo—. Hablen bajo, que la señora está en el salón del viejo Bob. Y el viejo aún no ha vuelto.

—Tiene que dejarnos entrar, Bernier —ordenó Rouletabille.

Y empujó la puerta.

—Sobre todo no le digan a la señora...

—¡Por supuesto que no! ¡Por supuesto que no!

Estábamos en el vestíbulo de la torre. La oscuridad era prácticamente completa.

—¿Qué está haciendo la señora en el salón del viejo Bob? —preguntó el reportero en voz baja.

—Esperando que vuelva el señor Darzac... No se atreve a entrar en la habitación, y yo tampoco.

—¡Bueno, Bernier, pues entre en la portería —ordenó Rouletabille—, y espere a que yo le llame!

Rouletabille empujó la puerta del salón del viejo Bob. De inmediato divisamos a la Dama de Negro, o mejor dicho, su silueta, pues la habitación estaba todavía muy oscura, herida apenas por los primeros rayos del sol. Mathilde estaba de pie, apoyada en la ventana que daba al patio del Temerario. No hizo ningún movimiento al vernos, pero con una voz tan terriblemente alterada que no pude reconocer, nos espetó:

—¿Por qué han venido? Los he visto en el patio. Ya lo saben todo. ¿Qué quieren?

Y añadió, con un tono de dolor infinito:

—Usted me juró que no vería nada.

Rouletabille se acercó a la Dama de Negro y le cogió la mano con un respeto máximo:

—Ven, madre, ven... —dijo, y aquellas sencillas palabras sonaron en su boca como un ruego dulce y apremiante—. ¡Ven conmigo! ¡Ven! ¡Ven!

La condujo sin que ella se resistiera. En cuanto la cogió de la mano, pareció que podía dirigirla a su antojo. Sin embargo, cuando estuvieron ante la puerta de la habitación fatal, ella retrocedió con firmeza.

—¡Aquí no! —gimió.

Y se apoyó contra la pared para no desplomarse. Rouletabille empujó la puerta. Estaba cerrada. Llamó a Bernier, quien por orden suya la abrió y se fue de inmediato, o mejor dicho, huyó.

Empujamos la puerta y asomamos la cabeza. ¡Qué espectáculo! La habitación estaba en un desorden inaudito. Y la sangrienta aurora que penetraba por los amplios vanos daba a aquel desorden un aspecto más siniestro aún. ¡Qué iluminación para una habitación en la que se ha cometido un asesinato! ¡Cuánta sangre en las paredes, en el suelo y en los muebles! ¡La sangre del sol naciente y la del hombre que Toby había llevado nadie sabía adónde... metido en un saco de patatas! Las mesas, los sillones, las sillas, todo estaba volcado. Las sábanas de la cama, a las que el hombre en su agonía se había aferrado desesperadamente, estaban desparramadas por el suelo y en la tela se veía la marca de una mano roja. Entramos en medio de todo aquello, sosteniendo a la Dama de Negro, que estaba a punto de desmayarse, mientras Rouletabille le decía con su voz más dulce y suplicante:

—¡Es preciso, madre! ¡Es preciso!

Y después de haberla hecho sentar en una especie de sillón que yo acababa de poner de pie, la interrogó. Ella le respondía con monosílabos, con movimientos de cabeza o señalando con la mano. Yo veía que, a medida que ella iba contestando, Rouletabille estaba cada vez más turbado, más inquieto, visiblemente espantado; intentaba recobrar toda la calma que se le escapaba y de la que tenía más necesidad que nunca, pero apenas lo conseguía. La tuteaba y la llamaba todo el tiempo: «¡Madre! ¡Madre!», para darle ánimo... pero ella no lo tenía; le tendió los brazos y él se arrojó en ellos; se besaron hasta ahogarse y eso la reanimó; de repente rompió a llorar, y aquello la alivió un poco del terrible horror que sentía. Di media vuelta para irme, pero ambos me detuvieron y comprendí que no querían quedarse solos en el cuarto rojo. Entonces ella le dijo en voz baja:

—Somos libres...

Rouletabille se deslizó a sus pies, y en tono de ruego, le dijo:

—Para estar seguros, madre, es preciso que me lo digas todo, todo lo que pasó, todo lo que viste.

Entonces pudo al fin hablar. Tras mirar hacia la puerta, que estaba cerrada, sus ojos se fijaron con nuevo espanto en los objetos esparcidos por el suelo, en la sangre que manchaba el suelo y las paredes, y contó la atroz escena en voz tan baja, que tuvo que acercarme e inclinarme para oírla. De sus breves frases entrecortadas se deducía que, tan pronto como llegaron a la habitación, el señor Darzac echó los cerrojos y fue hacia la mesa, de suerte que estaba en medio del cuarto cuando aquello sucedió. La Dama de Negro estaba un poco hacia la izquierda, disponiéndose ya a pasar a su habitación. La única iluminación era una vela, colocada en la mesilla, a la izquierda, al alcance de Mathilde. Y de pronto ocurrió. En medio del silencio del aposento se oyó un crujido, el crujido brusco de un mueble, que les hizo levantar la cabeza y mirar hacia el lugar de donde provenía el ruido, mientras una misma angustia les hacía latir el corazón. El crujido venía del armario. Luego todo se calló. Se miraron sin atreverse a decir una palabra, sin poder decirla. Aquel crujido no les había parecido natural; nunca habían oído crujir así el armario. Darzac hizo ademán de dirigirse al armario, que se encontraba al fondo, a la derecha, pero un segundo crujido, más fuerte que el primero, lo dejó como clavado en el suelo, y aquella vez a Mathilde le pareció que el armario se movía. La Dama de Negro se preguntó si no era víctima de una alucinación, si había visto realmente moverse el armario. Pero también Darzac había tenido la misma sensación, pues al punto se separó de la mesa y valerosamente dio un paso al frente. Fue en ese momento cuando la puerta del armario se abrió ante ellos. Sí, empujada por una mano invisible, empezó a girar sobre sus goznes. La Dama de Negro quiso gritar, y no pudo. Aterrorizada, tiró la vela al suelo en el mismo momento en que salía una sombra del armario, y Robert Darzac, lanzando un grito de rabia, se abalanzó contra la sombra.

—Pero aquella sombra..., ¡aquella sombra tenía rostro! —interrumpió Rouletabille—. ¡Madre! ¿Por qué no viste la cara de la sombra? Matasteis la sombra, pero ¿quién me dice que esa sombra era Larsan si no viste su cara? ¡Quizá ni siquiera matasteis la sombra de Larsan!

—¡Por supuesto que sí! —aseguró ella, sencillamente—: ¡Está muerto!

Y ya no dijo nada más.

Yo me preguntaba, mirando a Rouletabille: «¿A quién podrían haber matado, sino a él? Si bien Mathilde no había visto el rostro de la sombra, ¡había oído su voz perfectamente! Todavía se estremecía..., todavía estaba oyéndola. Y también Bernier había oído y reconocido su voz, la voz terrible de Larsan, la voz de Ballmeyer, que en el curso de la abominable lucha, en medio de la noche, anunciaba la muerte a Robert Darzac. “¡Esta vez te voy a arrancar la piel!”, mientras que el otro sólo podía gemir con voz moribunda: “¡Mathilde... Mathilde...!”. ¡Ah, cómo la había llamado! ¡Cómo la había llamado desde el fondo de la noche en que agonizaba, ya vencido! Y ella, ella,

con un grito de horror, no había hecho más que mezclar su sombra con las otras dos sombras, agarrarse a ellas al azar de las tinieblas, pidiendo un socorro que ella no podía dar y que no podía llegar. Luego, de pronto, sonó el tiro que le había hecho lanzar aquel alarido atroz, como si la hubieran herido a ella... ¿Quién había muerto? ¿Quién estaba vivo? ¿Quién iba a hablar? ¿Qué voz iba a escuchar ella?».

¡Y el que habló fue Robert!

Rouletabille cogió una vez más en sus brazos a la Dama de Negro, la levantó, y ella se dejó llevar hasta la puerta de su habitación.

—Ahora, madre, déjame, tengo que trabajar, ¡tengo que trabajar mucho! ¡Por ti, por el señor Darzac y por mí!

—¡No me dejes! ¡No quiero que me dejes hasta que vuelva Robert! —rogó ella llena de espanto.

Rouletabille se lo prometió, le suplicó que intentase descansar, y se disponía a cerrar la puerta de la habitación cuando llamaron a la puerta del pasillo. Rouletabille preguntó quién era, y respondió la voz de Darzac.

—¡Por fin! —dijo, y abrió.

Creímos ver entrar a un muerto. Nunca hubo rostro humano más pálido, más exangüe, más despojado de vida. Lo habían desfigurado tantas emociones, que ya no expresaba ninguna.

—¡Ah, está usted aquí! —dijo—. Bueno, ¿se acabó...?

Y se dejó caer en el sillón que hacía un momento ocupaba la Dama de Negro. Levantó los ojos hacia ella:

—Se ha cumplido tu voluntad. ¡Ya está donde querías!

Rouletabille preguntó:

—¿Le ha visto usted la cara?

—¡No! —dijo—. ¡No se la he visto! ¿Cree usted que yo iba a abrir el saco?

Pensé que Rouletabille iba a explotar de indignación; sin embargo, se acercó al señor Darzac y le dijo:

—¡Así que no le ha visto la cara!... ¡Vaya, eso está muy bien!

Y le estrechó la mano efusivamente.

—Eso no tiene importancia —dijo—. Ahora tenemos que cerrar el círculo. Y usted va a ayudarnos mucho, señor Darzac. ¡Espéreme!

Y casi jubiloso, se puso a cuatro patas. Ahora Rouletabille se me figuraba

con cabeza de perro. Saltaba por todas partes a cuatro patas, bajo los muebles, bajo la cama, como le había visto hacer en el cuarto amarillo. A veces levantaba el hocico para decir:

—¡Ah, ya verán cómo encuentro algo! ¡Sí, sí, algo que nos salve!

Le pregunté, mirando al señor Darzac:

—¿Es que no estamos ya salvados?

—El cerebro, la mente, la razón... nos salvará —prosiguió Rouletabille.

—Tiene razón —dijo el señor Darzac—. Es absolutamente preciso saber cómo entró ese hombre aquí...

Rouletabille se levantó, sujetando en la mano un revólver que acababa de encontrar bajo el armario.

—¡Ah, ha encontrado usted su revólver! —dijo el señor Darzac—. Menos mal que no tuvo tiempo de utilizarlo. —Sacó del bolsillo de la chaqueta su propio revólver, el revólver salvador, y se lo tendió—. ¡Aquí tiene una buena arma!

Rouletabille hizo girar el tambor del revólver de Darzac, sacó el casquillo del cartucho que había causado la muerte, y luego comparó esa arma con la que había encontrado bajo el armario y que se había escapado de las manos del asesino. Ésta era una Bulldog y llevaba una marca de Londres; parecía nueva, tenía todos los cartuchos y Rouletabille afirmó que nunca había sido utilizada.

—Larsan no utiliza armas de fuego sino como último recurso —dijo—. Le repugna hacer ruido. No le quepa duda de que sólo quería asustarlo con su revólver; de lo contrario, hubiera disparado de inmediato.

A continuación, devolvió el revólver al señor Darzac y se metió el de Larsan en el bolsillo.

—¡Para qué llevar armas ahora! —dijo el señor Darzac moviendo la cabeza—. ¡Ya no tiene sentido!

—¿Cree usted? —preguntó Rouletabille.

—Estoy seguro.

Rouletabille se levantó, dio unos pasos por la habitación y dijo:

—Con Larsan no se puede estar seguro de nada. ¿Adónde han llevado el cadáver?

—Pregúnteselo a la señora Darzac. Yo prefiero olvidarlo. Yo no sé nada de este espantoso asunto. Cada vez que me venga el recuerdo de este viaje atroz con ese hombre en agonía traqueteando en mis piernas, diré: «¡Es una

pesadilla!». ¡Y lo expulsaré...! No vuelva a hablarme de eso. Sólo la señora Darzac sabe dónde está el cadáver. Ella se lo dirá..., si quiere.

—Yo también lo he olvidado —dijo la señora Darzac—. Es preciso.

—Sin embargo —insistió Rouletabille meneando la cabeza—, usted dijo que aún agonizaba. ¿Está seguro de que ha muerto?

—Lo estoy —respondió simplemente el señor Darzac.

—¡Oh, se acabó, se acabó! ¿No es verdad que todo ha terminado? —imploró Mathilde. Se acercó a la ventana—. ¡Miren, ha salido el sol! ¡Esta noche atroz está muerta, muerta para siempre! ¡Se acabó!

¡Pobre Dama de Negro! Todo su espíritu se había vaciado en esas palabras: «¡Se acabó!», dejando atrás todo el horror que acababa de vivir en aquella habitación. ¡Se acabó Larsan! ¡Larsan enterrado! ¡Enterrado en el saco de patatas!

Todos nos erguimos, vueltos hacia ella, porque de pronto se echó a reír, una risa frenética que se detuvo súbitamente, seguida de un silencio horrible. No nos atrevíamos a mirarnos ni a mirarla; fue ella la primera que habló:

—Ya ha pasado todo —dijo—. ¡Por fin se acabó! ¡Se acabó, y ya no me reiré más de este modo!

Entonces oímos la voz de Rouletabille, que decía muy bajo:

—¡Habrà acabado cuando sepamos cómo entró!

—¿Para qué? —replicó la Dama de Negro—. Es un misterio que él se ha llevado consigo. Sólo él podía aclarárnoslo y ahora está muerto.

—¡No estará verdaderamente muerto hasta que no lo sepamos! —repuso Rouletabille.

—Sí —asintió el señor Darzac—. Hasta que no lo sepamos..., querremos saberlo; y él seguirá vivo en nuestra mente. ¡Hay que expulsarlo! ¡Hay que expulsarlo!

—Pues expulsémoslo —sentenció Rouletabille.

Entonces se levantó y cogió delicadamente la mano de la Dama de Negro con intención de conducirla una vez más a la habitación vecina para que descansara, pero ella se negó.

—¡Cómo quieren ustedes expulsar a Larsan, si yo no estaré aquí...!

Creíamos que iba a echarse a reír otra vez, e hicimos una seña a Rouletabille para que no insistiera.

Éste abrió la puerta del apartamento y llamó a los porteros.

Vinieron a regañadientes y se produjo una confrontación general entre todos nosotros, de donde resultaron las conclusiones siguientes:

1.o) Rouletabille visitó el apartamento a las cinco y lo registró todo sin encontrar a nadie;

2.o) desde esa hora, el señor Bernier, el único que tenía llave, abrió dos veces la puerta del apartamento: a las cinco y unos minutos, para dejar entrar al señor Darzac, y a las once y media, para dejar entrar al señor y a la señora Darzac;

3.o) Bernier volvió a cerrar la puerta cuando el señor Darzac salió con nosotros entre las seis y cuarto y las seis y media;

4.o) el señor Darzac cerró la puerta con cerrojo nada más entrar en la habitación, las dos veces: por la tarde y por la noche;

5.o) Bernier estuvo ante la puerta del apartamento desde las cinco hasta las once y media, con una breve interrupción de dos minutos a las seis.

Cuando todo esto quedó establecido, Rouletabille, que se había sentado a la mesa del señor Darzac para tomar unas notas, se puso de pie y dijo:

—El asunto es muy simple. Sólo hay una posibilidad, a saber: en esos dos minutos de ausencia del señor Bernier. En ese momento no hay nadie delante de la puerta. Pero hay alguien detrás. Y es usted, señor Darzac. ¿Puede usted repetir, después de haber hurgado en los recovecos de su memoria, puede repetir que cuando usted entró en la habitación cerró la puerta y echó los cerrojos?

El señor Darzac, sin vacilar, respondió solemnemente:

—¡Lo repito! —y añadió—: Y no volví a descorrer los cerrojos hasta que usted y su amigo Sainclair llamaron a la puerta. ¡Lo repito!

Y como se demostró más tarde, aquel hombre decía la verdad.

Dimos las gracias a los Bernier, y éstos volvieron a la portería.

Entonces Rouletabille, con voz temblorosa, dijo:

—Muy bien, señor Darzac, HA CERRADO USTED EL CÍRCULO. El apartamento de la Torre Cuadrada está ahora tan cerrado como lo estaba el cuarto amarillo, y como lo estaba la galería inexplicable, como una caja fuerte.

—En todo esto se reconoce la mano de Larsan —dije yo—. Son exactamente los mismos procedimientos.

—Sí —observó la señora Darzac—, sí, señor Sainclair, son sus mismos procedimientos.

Y alzó la corbata que ocultaba las heridas del cuello de su marido.

—Vean, vean —añadió—, es el mismo sistema de estrangulamiento. ¡Lo conozco bien...!

Hubo un doloroso silencio.

El señor Darzac no dejaba de darle vueltas a aquel extraño problema, una nueva versión del crimen del Glandier, pero más agudo aún. Y repitió lo que ya se había dicho cuando el cuarto amarillo.

—Tiene que haber algún agujero en el suelo, en el techo o en las paredes por donde poder entrar.

—No lo hay —respondió Rouletabille.

—Entonces no... —empezó a decir Darzac.

—Tampoco había ningún agujero en las paredes del cuarto amarillo —le interrumpió Rouletabille.

—¡Oh, pero esto es diferente! —intervine yo—. La habitación de la Torre Cuadrada está aún más cerrada que el cuarto amarillo, puesto que no ha podido introducirse nadie ni antes ni después.

—Sí, es diferente —concluyó Rouletabille—. Es justamente lo contrario: ¡En el cuarto amarillo había un cuerpo de menos, y en la habitación de la Torre Cuadrada hay un cuerpo de más!

Se tambaleó y se apoyó en mi brazo para no caerse. La Dama de Negro se precipitó hacia él... Pero sacó fuerzas para erguirse de nuevo.

—¡No es nada, no es nada! Sólo un poco de cansancio...

XIV. El saco de patatas

El señor Darzac, siguiendo las instrucciones de Rouletabille, se dedicó con Bernier a hacer desaparecer las huellas del drama, mientras que la Dama de Negro, que se había cambiado apresuradamente, se dirigió a toda prisa al apartamento de su padre antes de correr el riesgo de encontrarse con alguno de los huéspedes de la Loba. Su última palabra fue para recomendarnos prudencia y silencio. Rouletabille se despidió de nosotros.

Eran ya las siete y la vida renacía en el castillo y en los alrededores. Se oía el canto de los pescadores en sus barcas. Yo me tumbé en la cama, y esta vez, sí, vencido por el cansancio físico, más pesado que nunca, me dormí profundamente. Cuando desperté, me quedé unos instantes en el lecho, sumido

en un dulce anonadamiento; al poco, me erguí, recordando los acontecimientos de la noche pasada.

—¡Dios mío! —dije en voz alta—. ¡Ese «cuerpo de más» es imposible!

Así, pues, eso era lo que sobrevolaba por encima de la sima sombría de mi pensamiento, por encima del abismo de mi memoria: ¡la imposibilidad del «cuerpo de más»! Y ese sentimiento mío no era especial en absoluto, ¡ni mucho menos! Todos los que intervinieron de cerca o de lejos en el extraño drama de la Torre Cuadrada lo compartían; y cuando la sensación de horror — el horror del cuerpo agonizante metido en aquel saco que un hombre llevaba en medio de la noche para tirarlo a quién sabe qué lejana, profunda y misteriosa tumba, donde acabaría de morir— se apaciguaba, se desvanecía en nuestras mentes, la imposibilidad de aquello —del «cuerpo de más»— subía, crecía, se erguía ante nosotros, cada vez más amenazadora, más enloquecedora. Algunos, como Mrs. Edith, que negaron por sistema lo que no comprendían —que negaron los términos del problema que nos planteaba el destino, tal como lo establecimos en el capítulo anterior—, tuvieron que rendirse a la evidencia de los acontecimientos que tuvieron por escenario la fortaleza de Hércules.

En primer lugar, ¿cómo se produjo el ataque? ¿En qué momento? ¿Por medio de qué estrategias morales de aproximación? ¿Qué minas, contraminas, trincheras, caminos cubiertos, defensas —en el terreno de la fortificación intelectual— empleó el asaltante para que le entregaran el castillo? Sí, en estas condiciones, ¿dónde está el ataque? ¡Ah, cuánto silencio! Y, sin embargo, ¡hay que saber! Rouletabille lo ha dicho: ¡Es preciso saber! En un asedio tan misterioso, ¡el ataque debió de estar en todo y en nada! El asaltante se calla y actúa en silencio, acercándose a los muros de puntillas. ¡El ataque! Quizá está en todo lo que se calla, ¡pero quizá también está en todo lo que habla! Está en una palabra, en un suspiro, en un soplo, en un gesto, pues si puede estar en todo lo que se oculta, puede estar igualmente en todo lo que se ve... ¡en todo lo que se ve y que no se ve!

¡Las once! ¿Dónde está Rouletabille? Su cama no está deshecha. Me visto a toda prisa y me encuentro con él en la baille. Me coge del brazo y me conduce a la sala grande de la Loba. Me sorprende ver allí a tanta gente reunida, cuando todavía no es la hora de comer. Allí están el señor y la señora Darzac. La actitud de Arthur Rance se me antoja extraordinariamente fría. Su apretón de manos es glacial. En cuanto llegamos, Mrs. Edith, desde el rincón sombrío en que está echada con indolencia, nos saluda con estas palabras:

—¡Ah!, ya está aquí el señor Rouletabille con su amigo Sainclair. Veamos qué quiere.

Rouletabille se excusa por habernos hecho venir a la Loba a estas horas;

pero —asegura— tiene que decirnos algo tan grave, que no ha querido retrasarlo ni un segundo. Es tan serio el tono que ha empleado para decirnos esto, que Mrs. Edith afecta estremecerse y simula un miedo infantil. Pero Rouletabille, a quien nada le desarma, dice:

—Señora, espere para temblar a saber de qué se trata. ¡Le voy a dar una noticia que no es precisamente alegre!

Todos nos miramos. Intento leer en los rostros del señor y la señora Darzac su «expresión» de día. ¿Cómo se mantiene su rostro después de la noche pasada? Muy bien, palabra que muy bien. Ya no está «cerrado». Bueno, ¿qué tienes que decirnos, Rouletabille? ¡Habla! Les ruega a los que están de pie que se sienten, y finalmente empieza a hablar. Se dirige a Mrs. Edith:

—Para empezar, señora, permítame decirle que he decidido suprimir la «guardia» que rodeaba al castillo de Hércules como una segunda muralla y que usted, aunque le molestase, me permitió montar a mi manera con tanta gentileza, y en ocasiones, por qué no decirlo, con tan buen humor.

Esta alusión directa a las pequeñas burlas con que nos gratificaba Mrs. Edith cuando estábamos de guardia, hace sonreír a Mr. Arthur Rance y a la propia Mrs. Edith. Pero ni los señores Darzac ni yo sonreímos, pues nos preguntamos con un principio de ansiedad adónde quiere ir a parar nuestro amigo.

—¿De verdad va a suprimir la guardia del castillo, señor Rouletabille? Bueno, pues me alegro, ¡y no porque me haya molestado nunca! —dice Mrs. Edith con afectada alegría. (Sea alegría o miedo, Mrs. Edith está realmente afectada y, cosa curiosa, me gusta más así)—. Al contrario, me ha complacido, supongo que debido a mis gustos románticos... Si me alegro de su desaparición, es porque eso demuestra que el señor y la señora Darzac ya no corren ningún peligro.

—Y así es, señora, desde esta noche —replica Rouletabille.

La señora Darzac no puede contener un movimiento brusco que soy el único en percibir.

—¡Tanto mejor! —exclama Mrs. Edith—. ¡Y bendito sea Dios! Pero ¿cómo es que mi marido y yo somos los últimos en enterarnos de una noticia así? Al parecer esta noche han pasado cosas interesantes..., como el viaje nocturno del señor Darzac. ¿No ha ido el señor Darzac a Castelar?

Mientras ella hablaba, yo veía acrecentarse la confusión de los Darzac. Él, tras haber mirado a su mujer, fue a decir algo, pero Rouletabille no se lo permitió.

—Señora, yo no sé dónde ha estado esta noche el señor Darzac, pero es

preciso, es necesario que usted sepa una cosa: la razón por la que el señor y la señora Darzac ya no corren ningún peligro. Su marido, señora, le habrá puesto al corriente de los horribles dramas del Glandier y de los actos criminales de...

—Frédéric Larsan... Sí, señor, lo sé todo al respecto.

—También sabe usted, por consiguiente, que si hemos puesto tanta vigilancia en torno a los señores Darzac es porque habíamos visto reaparecer al personaje.

—En efecto.

—Bueno, pues el señor y la señora Darzac ya no corren ningún peligro porque ese personaje no volverá a aparecer.

—¿Qué ha sido de él?

—¡Ha muerto!

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Lo han matado, señora.

—¿Dónde lo han matado?

—¡En la Torre Cuadrada!

Ante esa declaración todos nos levantamos con una agitación perfectamente comprensible. Mr. y Mrs. Rance, estupefactos por lo que acababan de oír, y los señores Darzac y yo, espantados por lo que Rouletabille no había vacilado en decirles.

—¡En la Torre Cuadrada! —exclamó Mrs. Edith—. ¿Y quién lo ha matado?

—¡El señor Robert Darzac! —dijo Rouletabille, rogando a todo el mundo que volviera a sentarse.

Y, cosa asombrosa, volvimos a sentarnos como si en un momento así no tuviéramos otra cosa que hacer que obedecer a aquel muchacho.

Pero casi al instante, Mrs. Edith volvió a levantarse y, cogiéndole las manos al señor Darzac, le dijo con una fuerza y una exaltación, esta vez verdaderas (decididamente, ¿habría juzgado mal a Mrs. Edith al encontrarla afectada?):

—¡Bravo, bravo, señor Robert! All right! You are a gentleman!

Y se volvió hacia su marido exclamando:

—¡Oh, éste es un hombre digno de ser amado!

Luego felicitó desmesuradamente a la señora Darzac (después de todo, quizá estaba en su naturaleza ser exagerada); le prometió una amistad indestructible; declaró que ella y su marido, en una circunstancia tan difícil, estaban dispuestos a secundarlos a ella y al señor Darzac, que podían contar con su celo y su afecto, y que estaban dispuestos a atestiguar ante los jueces todo lo que quisieran.

—Justamente, señora —interrumpió Rouletabille—, no se trata de jueces y no los queremos. No nos hacen falta. Larsan estaba muerto para todo el mundo antes de que lo mataran esta noche; bueno, pues sigue estando muerto, ¡eso es todo! Hemos pensado que sería inútil reavivar un escándalo del que los señores Darzac y el señor Stangerson han sido ya más que de sobra víctimas inocentes, y para ello hemos contado con su complicidad. El drama ha ocurrido de una forma tan misteriosa, que ni siquiera ustedes hubieran podido sospecharlo nunca, si no hubiéramos tenido la precaución de dárselo a conocer. Pero el señor y la señora Darzac tienen sentimientos hartamente elevados para olvidar lo que debían a sus huéspedes en una circunstancia como ésta. ¡La cortesía más elemental les ordenaba informarles de que esta noche habían matado a alguien en su casa! En efecto, cualquiera que sea nuestra certeza casi total de poder ocultar esta enojosa historia a la justicia italiana, conviene siempre prever el caso de que un incidente imprevisto la ponga al corriente del asunto; y los señores Darzac han tenido el suficiente tacto como para no querer hacerles correr el riesgo de que se enterasen un día, por rumores públicos o por una diligencia policial, de que un acontecimiento tan delicado como importante había sucedido justamente bajo su techo.

Mr. Arthur Rance, que aún no había dicho nada, se levantó completamente pálido.

—¡Frédéric Larsan ha muerto! —dijo—. ¡Pues tanto mejor! Nadie se alegrará más que yo; y si ha recibido el castigo de sus crímenes de la mano del señor Darzac, nadie le felicitará por ello más que yo. ¡Pero ante todo estimo que es un acto glorioso, del que el señor Darzac no debería ocultarse! Lo mejor sería advertir a la justicia sin pérdida de tiempo. Si se entera de este asunto por alguien distinto de nosotros, ¡imagínense nuestra situación! Si denunciarnos, colaboramos con la justicia; ¡pero si nos escondemos, somos malhechores! Y entonces podrán suponer cualquier cosa...

Oyendo a Mr. Rance, que hablaba tartamudeando de tan emocionado como estaba por la trágica revelación, se hubiera dicho que era él quien había matado a Frédéric Larsan..., él quien era acusado ya por la justicia..., él quien era conducido a las mazmorras.

—¡Hay que decirlo todo! Señores, hay que decirlo absolutamente todo...

Mrs. Edith añadió:

—Creo que mi marido tiene razón. Pero, antes de tomar una decisión tan delicada, convendría saber cómo sucedieron los hechos.

Se dirigió directamente a los señores Darzac. Pero éstos se hallaban aún bajo el golpe de la sorpresa que les había supuesto la intervención de Rouletabille, el mismo Rouletabille que aquella misma mañana, delante de mí, les había prometido silencio y nos lo había pedido a todos; así que no dijeron una palabra. Estaban como petrificados en su sillón. Mr. Arthur Rance repetía:

—¿Por qué ocultar nada? ¡Hay que decirlo todo!

De pronto el reportero pareció tomar una súbita decisión; comprendí por el brusco resplandor que atravesó sus ojos que alguna idea extraordinaria acababa de cruzar por su cerebro. Y se inclinó sobre Arthur Rance. Éste tenía la mano derecha apoyada en un bastón con el puño en forma de pico de cuervo. El pico era de marfil, bellamente trabajado por un ilustre artesano de Dieppe. Rouletabille le cogió el bastón.

—¿Me permite? —dijo—. Soy un entusiasta del trabajo del marfil y mi amigo Sainclair me ha hablado de su bastón. No lo había observado hasta ahora. Es, en efecto, muy bonito. Es una figura de Lambesse. No hay artesano mejor en toda la costa normanda.

El joven miraba el bastón, muy concentrado. Lo manoseó tanto, que se le escapó de las manos y fue a caer delante de la señora Darzac. Me precipité a recogerlo y se lo devolví a Mr. Arthur Rance. Rouletabille me dio las gracias con una mirada que me fulminó. Y antes de ser fulminado ¡leí en aquella mirada que yo era un perfecto imbécil!

Mrs. Edith se levantó, muy nerviosa por la insoportable actitud de «suficiencia» de Rouletabille y por el silencio de los Darzac.

—Querida —le dijo a la señora Darzac—, veo que está usted muy cansada. Las emociones de la noche pasada la han extenuado. Por favor, venga a nuestras habitaciones. Allí podrá descansar.

—Le pido perdón por retenerla un momento más, Mrs. Edith —interrumpió Rouletabille—, pero estoy seguro de que lo que me queda por decir le interesa particularmente.

—Bueno, pues dígalo y no nos haga padecer más.

Tenía razón. ¿Lo comprendió Rouletabille? Lo cierto es que redimió la lentitud de sus prolegómenos con la rapidez, la nitidez y el sobrecogedor relieve con que expuso los acontecimientos de la noche anterior. ¡Jamás el enigma del «cuerpo de más» en la Torre Cuadrada iba a presentársenos con tan misterioso horror! Mrs. Edith estaba realmente (y digo «realmente», palabra)

estremecida. En cuanto a Arthur Rance, se había metido la punta del pico de su bastón en la boca y repetía con una flema muy americana, pero con una convicción impresionante:

—¡Es una historia del diablo! ¡Es una historia del diablo! ¡La historia del cuerpo de más es una historia del diablo!

Pero mientras lo decía miraba la puntera de la bota de la señora Darzac, que sobresalía un poco por debajo del vestido. Sólo en ese momento la conversación se hizo casi general; pero no era tanto una conversación cuanto una secuencia o una mezcla de interjecciones, indignaciones, quejas, suspiros y condolencias, así como preguntas pidiendo explicaciones sobre la aparición de ese «cuerpo de más», explicaciones que no explicaban nada y que no hacían más que aumentar la confusión general. Se habló también de la horrible salida del «cuerpo de más» en el saco de patatas, y Mrs. Edith renovó las expresiones de admiración hacia el heroico gentleman que era Robert Darzac. Rouletabille no se dignó pronunciar palabra en medio de aquel barullo. Despreciaba aquella manifestación verbal del desconcierto de sus mentes, que soportaba con el aire del profesor que concede unos minutos de recreo a sus alumnos por su buen comportamiento. Era una de sus actitudes que no me gustaban, y que le reproché a veces, por lo demás sin éxito, pues Rouletabille ha adoptado siempre la actitud que le ha dado la gana.

Por fin debió de juzgar que el recreo había durado ya bastante, pues preguntó bruscamente a Mrs. Edith:

—¡Bueno, Mrs. Edith! ¿Sigue pensando que hay que avisar a la justicia?

—Más que nunca —respondió ella—. Lo que nosotros somos incapaces de descubrir, ¡ella lo descubrirá sin duda! —Aquella alusión voluntaria a la incapacidad intelectual de mi amigo le dejó indiferente—. Le diré más, señor Rouletabille —añadió—, ¡creo que deberíamos haber avisado antes a la justicia! Eso hubiera evitado las largas horas de guardia y las noches de insomnio, que en definitiva no han servido para nada, pues no han impedido lo que usted tanto temía: que entraran en la plaza.

Rouletabille, dominando una viva emoción que casi le hacía temblar, se sentó y, con un gesto que quería parecer a todas luces inconsciente, se apoderó otra vez del bastón que Mr. Arthur Rance acababa de apoyar contra el brazo de su sillón. Yo me preguntaba: «¿A qué viene ese interés por el bastón? ¡Esta vez no lo tocaré! ¡Me guardaré bien de hacerlo!».

Jugando con el bastón, respondió a Mrs. Edith, que acababa de atacarle de una forma tan viva, casi cruel:

—Mrs. Edith, está usted muy equivocada si piensa que las precauciones que tomé para la seguridad de los señores Darzac han sido inútiles. No sólo

me han permitido constatar la presencia inexplicable de un cuerpo de más, sino que también me han permitido constatar la ausencia quizá no tan inexplicable de un cuerpo de menos.

Todos nos miramos, unos intentando comprender, otros temiendo haber comprendido.

—Bueno, bueno —replicó Mrs. Edith—, en ese caso ya verá usted cómo no va a haber más misterios y todo va a arreglarse —y añadió, en la extraña lengua de mi amigo, con el fin de burlarse de él—: ¡Un cuerpo de más por un lado, un cuerpo de menos por otro! ¡Todo ha salido a pedir de boca! ¡La suma es perfecta!

—Sí, perfecta —dijo Rouletabille—, y eso es lo terrible, pues el cuerpo de menos llega a tiempo para explicarnos el cuerpo de más, señora. ¡Y ahora, señora, sepa usted que el cuerpo de menos es el cuerpo de su tío, el señor Bob!

—¡El viejo Bob! —exclamó ella—. ¡No me diga que el viejo Bob ha desaparecido!

Y todos exclamamos con ella:

—¡El viejo Bob! ¡El viejo Bob ha desaparecido!

—¡Desgraciadamente! —dijo Rouletabille.

Y dejó caer el bastón.

Pero la noticia de la desaparición del viejo Bob «atrapó» de tal modo a la concurrencia, que la caída del bastón pasó desapercibida.

—Mi querido Sainclair, ¿sería usted tan amable de recoger ese bastón? —me pidió Rouletabille.

Lo recogí, pero Rouletabille ni siquiera se dignó darme las gracias. Mrs. Edith saltó como una leona sobre Robert Darzac, que se echó hacia atrás para esquivarla.

—¡Usted ha matado a mi tío! —gritó.

Nos costó trabajo a su marido y a mí sujetarla y calmarla. Por un lado, le asegurábamos que, si su tío había desaparecido, no tenía por qué haberlo hecho en el trágico saco, y por otra, le reprochábamos a Rouletabille la brutalidad con que acababa de manifestar una opinión que no podía ser otra cosa que una poco consistente hipótesis. Y añadimos, suplicando a Mrs. Edith que nos escuchara, que tal hipótesis no podía ser considerada por ella como una injuria, toda vez que sólo era posible admitiendo la superchería de Larsan, que habría ocupado el puesto de su respetable tío. Pero ella ordenó a su marido que se callara, y a mí, mirándome de arriba abajo, me dijo:

—Señor Sainclair, espero firmemente que mi tío haya desaparecido para aparecer pronto otra vez; porque si fuera de otro modo, le acusaría de ser cómplice del crimen más cobarde. En cuanto a usted, señor —añadió volviéndose hacia Rouletabille—, la sola idea de que haya podido confundir a ese Larsan con el viejo Bob me impide estrecharle la mano nunca más, ¡y espero que tenga el tacto de librarme muy pronto de su presencia!

—¡Señora! —replicó Rouletabille, inclinando la cabeza—, precisamente iba a pedirle permiso para despedirme. Tengo que hacer un viaje de veinticuatro horas. Dentro de veinticuatro horas estaré de vuelta y dispuesto a ayudarla en las dificultades que pudieran surgir a consecuencia de la desaparición de su respetable tío.

—Si dentro de veinticuatro horas no está aquí mi tío, iré a la justicia italiana a presentar una denuncia.

—Es una buena justicia, señora; pero antes de recurrir a ella le aconsejaría que preguntara a todos los criados en quienes tenga confianza, y particularmente a Mattoni. ¿Tiene usted confianza en Mattoni, señora?

—Sí, señor, tengo confianza en Mattoni.

—¡Pues pregúntele! ¡Pregúntele! Ah, por cierto, antes de irme, permítame que le deje este excelente e histórico libro.

Rouletabille sacó un pequeño volumen del bolsillo.

—¿Qué libro es ése? —preguntó Mrs. Edith, soberbiamente desdeñosa.

—Es una obra de Albert Bataille, señora, un ejemplar de sus Causas criminales y mundanas, y le aconsejo que lea las aventuras, disfraces, mascaradas, disimulos y engaños de un ilustre bandido cuyo verdadero nombre es Ballmeyer.

Rouletabille ignoraba que yo le había contado ya a Mrs. Rance durante dos horas las extraordinarias historias de Ballmeyer.

—Después de su lectura —prosiguió—, le será lícito preguntarse si la astucia criminal de ese individuo habría hallado dificultades insuperables para presentarse ante los ojos de usted bajo el aspecto de un tío al que sus ojos no habían visto desde hacía cuatro años, pues hacía cuatro años, señora, que sus ojos no habían visto al viejo Bob cuando encontró usted a ese respetable tío en las pampas araucanas. En cuanto a los recuerdos de Mr. Arthur Rance, que la acompañaba, eran mucho más lejanos y susceptibles de engaño que sus recuerdos y su corazón de sobrina... ¡Le pido de rodillas, señora, que no se enoje! Nunca ha sido la situación tan grave para nosotros como ahora. Sigamos unidos. Me dice usted que me vaya: me voy, pero volveré; pues, si a pesar de todo hubiera que detenerse en la abominable hipótesis de que Larsan

hubiera ocupado el puesto del viejo Bob, aún tendríamos que buscar al verdadero Bob; en tal caso, señora, yo estaría a su disposición y sería siempre su más humilde y obediente servidor, se lo aseguro.

Como Mrs. Edith adoptara una actitud de reina de comedia ultrajada, Rouletabille se volvió hacia Arthur Rance y le dijo:

—Señor Rance, le ruego que acepte mis excusas por todo lo que acaba de pasar, y cuento con el leal gentleman que es usted para hacérselas aceptar a Mrs. Rance. En definitiva, me está reprochando la rapidez con que he expuesto mi hipótesis, ¡pero recuerde que Mrs. Edith, hace sólo un momento, me reprochaba mi lentitud!

Pero Arthur Rance no le escuchaba ya. Había cogido del brazo a su mujer y ambos se disponían a irse, cuando se abrió la puerta, y Walter, el caballerizo, el fiel criado del viejo Bob, irrumpió en la sala. Estaba en un sorprendente estado de suciedad, cubierto de barro y con la ropa desgarrada. Su rostro sudoroso, al que se le pegaban los mechones de sus cabellos desordenados, reflejaba una cólera mezclada de espanto, que al pronto nos hizo temer a todos una nueva desgracia. Por último arrojó en la mesa un infame harapo que traía en la mano. Aquella tela repulsiva, salpicada de grandes manchas de color pardo rojizo, no era otra cosa —lo adivinamos de inmediato y retrocediendo de horror— que el mismo saco que había servido para llevar el «cuerpo de más».

Con voz ronca y gestos feroces, Walter farfullaba mil cosas en su incomprensible inglés, y todos, a excepción de Arthur Rance y Mrs. Edith, nos preguntábamos: «¿Qué dice? ¿Qué dice?».

Arthur Rance lo interrumpía de cuando en cuando, mientras el otro nos mostraba sus puños amenazadores y miraba a Robert Darzac con ojos de fuego. Por un instante creímos incluso que iba a abalanzarse sobre él, pero un gesto de Mrs. Edith lo detuvo en seco. Arthur Rance tradujo para nosotros:

—Dice que esta mañana ha visto manchas de sangre en la calesa y que Toby estaba muy cansado por su carrera nocturna. Le ha intrigado tanto, que ha decidido decírselo al viejo Bob; pero lo ha buscado en vano. Entonces, llevado de un siniestro presentimiento, ha seguido la pista del viaje nocturno de la calesa, cosa que le ha sido fácil debido a la humedad del camino y a la excepcional separación de las ruedas; así llegó hasta una hendidura del viejo Castillon, y bajó a ella convencido de que encontraría allí el cuerpo de su amo; pero no ha traído más que este saco vacío, que quizá ha contenido el cadáver del viejo Bob. Acaba de volver a toda prisa en la carreta de un labrador, y busca a su amo, lo reclama, y está dispuesto a acusar a Robert Darzac de asesinato si no le decimos dónde se encuentra.

Todos estábamos consternados. Pero, para gran sorpresa nuestra, Mrs. Edith recobró el temple y tranquilizó a Walter con unas palabras, prometiéndole que le mostraría de inmediato a su amo en excelente estado de salud. Tras despedirlo, le dijo a Rouletabille:

—Tiene usted veinticuatro horas para que aparezca mi tío.

—Gracias, señora —dijo Rouletabille—; ¡pero si no aparece, será señal de que yo tenía razón!

—¿Y dónde puede estar? —preguntó ella.

—¡No sabría decírselo, señora; sólo sé que ya no está en el saco!

Mrs. Edith le lanzó una mirada fulminante y salió, seguida por su marido. Al punto Robert Darzac nos manifestó su estupefacción ante la historia del saco. Había arrojado el saco al abismo con Larsan, y ahora el saco volvía solo.

—¡Larsan no está muerto —dijo Rouletabille—, de eso pueden estar seguros! Nunca la situación ha sido tan espantosa..., pero ahora tengo que irme. ¡No puedo perder un solo minuto! ¡Veinticuatro horas! Dentro de veinticuatro horas estaré aquí, pero júrenme, júrenme los dos que no saldrán del castillo. ¡Júreme, señor Darzac, que velará por su señora, que le prohibirá, por la fuerza si es necesario, toda salida! ¡Ah!, y no conviene que vuelvan a la Torre Cuadrada. ¡No, no conviene! En la planta donde vive el señor Stangerson hay dos habitaciones libres. Alójense allí. Sainclair, encárguese de esa mudanza. Que nadie vuelva a poner los pies en la Torre Cuadrada durante mi ausencia, ¿entendido? ¡Nadie! ¡Adiós! ¡Lo siento, esperen! Dejen que los abrace... ¡a los tres!

Nos estrechó entre sus brazos: primero al señor Darzac, luego a mí; y finalmente, refugiándose en los brazos de la Dama de Negro, estalló en sollozos. Aquella actitud de Rouletabille, pese a la gravedad de los acontecimientos, me parecía incomprensible. ¡Ay, cuán natural me iba a parecer más tarde!

XV. Los suspiros de la noche

Las dos de la madrugada. Todo parece dormir en el castillo. ¡Qué silencio en la tierra y en los cielos! Mientras estoy en la ventana, con la frente ardiendo y el corazón helado, el mar rinde su último suspiro y al punto la luna se detiene en un cielo sin nubes. Las sombras dejan de girar en torno al astro de la noche. Entonces, en medio del profundo sueño inmóvil de este mundo, oigo la letra de la canción lituana: «Pero la mirada buscaba en vano a la bella

desconocida, que cubrió su cabeza con una ola, y nunca más se volvió a hablar de ella». Las palabras me llegan claras y distintas, en medio de la noche inmóvil y sonora. ¿Quién las pronuncia? ¿La boca de él? ¿La boca de ella? ¿O mi recuerdo alucinado? ¡Pero bueno! ¿Qué ha venido a hacer a la Costa Azul ese príncipe de la Tierra Negra con sus canciones lituanas? ¿Y por qué su imagen y sus canciones me persiguen de este modo?

¿Por qué lo soporta ella? ¡Resulta ridículo, con sus ojos tan tiernos, sus largas pestañas cargadas de sombra y sus canciones lituanas! ¡Y yo también resulto ridículo! ¿Tendré un corazón de colegial? No, prefiero creer que lo que me agita de la personalidad del príncipe Galitch ¡no es tanto el interés que por él muestra Mrs. Edith cuanto el pensamiento del otro! Sí, eso es; en mi imaginación, el príncipe y Larsan vienen a inquietarme juntos. No lo hemos visto en el castillo desde la famosa comida en que nos lo presentaron, es decir, desde la antevíspera.

La tarde que ha seguido a la marcha de Rouletabille no nos ha traído nada nuevo. No tenemos noticias suyas, y tampoco del viejo Bob. Mrs. Edith se ha encerrado en sus habitaciones, después de haber interrogado a los criados y visitado los aposentos del viejo Bob y de la Torre Redonda. No ha querido entrar en el apartamento de Darzac. «Eso es cosa de la justicia», ha dicho. Arthur Rance ha estado paseándose una hora por la galería del Oeste y parecía muy impaciente. Nadie ha hablado conmigo. Los señores Darzac no han salido de la Loba. Todos han cenado solos. No hemos visto al profesor Stangerson.

Y ahora todo parece dormir en el castillo. Pero las sombras se ponen a girar otra vez en torno al astro de la noche. ¿Qué es eso sino la sombra de un bote que se desprende de la sombra de la fortaleza y se desliza por la superficie plateada de las aguas? ¿Qué silueta es esa que se yergue orgullosa en la proa, mientras otra sombra se inclina silenciosa sobre el remo? ¡Es la tuya, Feodor Feodórovitch! ¡He ahí un misterio, oh Rouletabille, que será mucho más fácil de descifrar que el de la Torre Cuadrada! Creo que el cerebro de Mrs. Edith bastaría...

¡Noche hipócrita! Todo parece dormir, pero nada ni nadie duerme. ¿Y quién puede vanagloriarse de poder dormir en el castillo de Hércules? ¿Creen que Mrs. Edith duerme? ¿Duermen los señores Darzac? ¿Y por qué el señor Stangerson, que de día parece dormir estando despierto, iba a dormir precisamente esta noche, él que, como suele decirse, no ha dejado de recibir la visita del pálido insomnio desde la revelación del Glandier? Y yo, ¿acaso duermo yo?

He salido de mi habitación y he bajado al patio del Temerario; mis pasos me han llevado a toda prisa hasta la galería de la Torre Redonda. Tan oportunamente, que he llegado a tiempo para ver, a la claridad de la luna,

cómo la barca del príncipe Galitch arribaba a la playa, ante los jardines de Babilonia. Él saltó a la playa llena de guijarros, y detrás de él, tras colocar los remos, saltó un hombre. Reconocí al amo y al criado: Feodor Feodórovitch y su esclavo Jean. Unos segundos más tarde se hundían en la sombra protectora de las palmeras centenarias y los gigantescos eucaliptos.

He atravesado el patio del Temerario, y luego, con el corazón latiéndome en el pecho, me he dirigido a la baille. Las losas de la poterna han resonado bajo mi paso solitario y me ha parecido ver que una sombra se erguía, atenta, bajo la ojiva semiderruida del porche de la capilla. Me he detenido en medio de la noche espesa de la Torre del Jardinero y he palpado el revólver en mi bolsillo. La sombra no se ha movido. ¿Es realmente una sombra humana que está escuchando? Me deslizo tras un seto de verbena que bordea el sendero que conduce a la Loba a través de matorrales y el desbordamiento perfumado de la primavera en flor. No he hecho ruido, y la sombra, confiada sin duda, se ha movido. ¡Es la Dama de Negro! La luna, bajo la ojiva semiderruida, me la muestra completamente blanca. Y luego la forma desaparece de pronto como por ensalmo. Prosigo hacia la capilla, y a medida que acorto la distancia que me separa de las ruinas, percibo un ligero murmullo, palabras entrecortadas y suspiros tan húmedos de lágrimas, que hasta mis propios ojos se humedecen. La Dama de Negro estaba llorando, allí, detrás de algún pilar. ¿Estaba sola? ¿No había elegido, en aquella noche angustiosa, aquel altar invadido por las flores para ir a presentar en absoluta paz su plegaria perfumada?

De pronto, al lado de la Dama de Negro, percibo otra sombra y reconozco a Robert Darzac. Desde el lugar en que me encontraba podía oírlos. Mi indiscreción era poco elegante, vergonzosa, pero creí que era mi deber oír lo que decían. Ahora no pensaba en absoluto en Mrs. Edith ni en el príncipe Galitch, pero sí en Larsan. ¿Por qué? ¿Por qué quería saber lo que decían a causa de Larsan? Comprendí que Mathilde había bajado furtivamente de la Loba para pasear su angustia por el jardín, y que su marido se había reunido con ella. La Dama de Negro lloraba. Había cogido las manos de Robert Darzac y le decía:

—Ya sé, ya sé que sufres; no hace falta que me lo digas, viéndote como te veo tan cambiado, tan desgraciado. Yo tengo la culpa de tu dolor, pero no me digas que ya no te amo. ¡Oh, Robert, seguiré amándote... como siempre, te lo prometo...!

Y parecía reflexionar, mientras él, incrédulo, continuaba escuchándola.

Ella prosiguió, de un modo extraño, pero con enérgica convicción:

—Naturalmente que te lo prometo...

Le estrechó la mano una vez más y se fue, dirigiéndole una divina pero tan

desdichada sonrisa, que me pregunté cómo aquella mujer había podido hablar de felicidad a aquel hombre. Me rozó sin verme. Pasó con su perfume, y dejé de percibir el olor de los laureles tras los que me había escondido.

El señor Darzac permaneció en su sitio. Seguía mirándola. Y dijo en voz alta, con una violencia que me hizo reflexionar:

—¡Sí, hay que ser feliz! ¡Hay que serlo!

Indudablemente estaba agotando su paciencia. Y antes de alejarse él también, hizo un gesto de protesta contra la mala suerte, de arrebato colérico contra el destino, un gesto que, a través del espacio, raptaba a la Dama de Negro y la arrojaba en su pecho, convirtiéndolo a él en su dueño.

No había terminado de hacer aquel gesto, cuando mi pensamiento se detuvo, mi pensamiento, que erraba en torno a Larsan, ¡se detuvo en Darzac! ¡Oh, lo recuerdo muy bien! Desde aquel segundo en que hizo el gesto de raptó en medio de la noche lunar, me atreví a preguntarme lo que ya me había preguntado de tantos otros, de todos los otros... «¿Y si fuera Larsan?».

Y rebuscando en el fondo de mi memoria, me percaté de que mi pensamiento fue más directo aún. Ante aquel gesto del hombre, de inmediato gritó: «¡Es Larsan!».

Me quedé tan espantado, que al verlo dirigirse hacia mí, no pude contener un movimiento de huida que le reveló mi presencia. Me vio, me conoció, me agarró del brazo y me dijo:

—¡Ah!, está usted aquí, Sainclair, vigilando... Sí, todos vigilamos, amigo mío. ¡Ya la ha oído! Ya lo ve, Sainclair, demasiado sufrimiento... No puedo más. Íbamos a ser felices; hasta ella creía que el destino la había olvidado..., ¡y ahora reaparece el otro! Pero todo ha terminado, ya no tiene fuerzas para nuestro amor. Se ha doblegado bajo el peso de la fatalidad, que la persigue como un castigo eterno. Ha sido preciso el espantoso drama de la noche pasada para convencerme a mí mismo de que esa mujer me ha amado realmente... antes... Sí, por un momento ha temido por mí, y yo, ¡ay!, he matado por ella. Pero ahí la tiene, ha vuelto a su indiferencia mortal. Ya sólo piensa, si es que piensa algo todavía, en pasear a un viejo en silencio.

Suspiró tan tristemente, tan sinceramente, que aparté de mí el abominable pensamiento. Ya sólo pensaba que en lo que él me decía, en el dolor de aquel hombre que parecía haber perdido definitivamente a la mujer que amaba en el mismo momento en que ella encontraba un hijo cuya existencia él seguía ignorando. De hecho él no había debido de comprender la actitud de la Dama de Negro, la facilidad con que parecía haberse desprendido de él..., y sólo en el amor, exasperado por el remordimiento, que ella profesaba a su padre, podía hallar él una explicación para tan cruel metamorfosis.

El señor Darzac continuó gimiendo:

—¿De qué me sirve haberle herido de muerte? ¿Por qué me impone, como a un criminal, este horrible silencio, si no quiere recompensarme con su amor? ¿Teme que caiga otra vez en manos de los jueces? ¡Ay!, Sainclair, ni siquiera..., no, no, ni si quiera eso. Ella teme que el pensamiento agonizante de su padre sucumba ante el estallido de un nuevo escándalo. ¡Su padre! ¡Siempre su padre! ¡Y yo, yo no existo! ¡La he esperado veinte años, y cuando al fin creía que la tenía, su padre me la arrebató otra vez!

Yo me decía: «Su padre... ¡y su hijo!».

Se sentó en una vieja piedra desprendida de la capilla y siguió hablándose a sí mismo:

—¡Pero yo la arrancaré de entre estos muros! ¡No puedo verla vagar por ahí del brazo de su padre como si yo no existiera!

Mientras decía estas cosas, yo veía la doble y lamentable silueta del padre y de la hija, pasando y volviendo a pasar a la hora del crepúsculo por la sombra colosal de la Torre del Norte, alargada por los rayos de la tarde, e imaginé que no debieron de ser más abrumados por los golpes del cielo aquel Edipo y aquella Antígona que, desde nuestra más tierna edad, nos pintan arrastrando bajo los muros de Colona el peso de un infortunio sobrehumano: la tragedia.

Y de pronto, sin saber por qué, quizá debido a un gesto de Darzac, volvió a asaltarme el terrible pensamiento... y le pregunté a quemarropa:

—¿Cómo es posible que el saco estuviera vacío?

Comprobé que no se turbaba en absoluto. Me respondió sencillamente:

—Quizá Rouletabille pueda decírnoslo.

Luego me estrechó la mano y, cabizbajo, se hundió en los macizos de la balle.

Yo lo miraba andar y...

... Y creo que estoy loco.

XVI. El descubrimiento de «Australia»

La luna le ha golpeado el rostro de pleno. Se cree solo en medio de la noche, y ciertamente es éste uno de esos momentos en que debe de quitarse la máscara del día. En principio, los cristales negros no han dejado de proteger su

mirada incierta. Y si su cuerpo, durante las horas de la comedia, se ha cansado de inclinarse más de lo natural, si sus hombros se han redondeado hábilmente, éste es el minuto en que el corpachón de Larsan, ya fuera de escena, va a delatarse. ¡Que se delate, pues! Lo espío entre bastidores... Detrás de las higueras de Berbería, no se me escapa ni uno solo de sus movimientos.

Ahora está de pie en la galería del Oeste, que le sirve de pedestal; los rayos lunares lo envuelven con un resplandor frío y fúnebre. ¿Eres tú, Darzac? ¿O tu espectro? ¿O la sombra de Larsan resucitado de entre los muertos?

Estoy loco... A decir verdad, hay que tener piedad de nosotros, porque estamos todos locos. Vemos a Larsan por todas partes, y quizá el propio Darzac me habrá mirado algún día a mí, Sainclair, diciéndose: «¿Y si fuera Larsan?». ¡Algún día...! Hablo como si hiciera años que llevamos encerrados en este castillo y no hace más que cuatro días... Llegamos aquí el 8 de abril por la noche.

Sin duda, pero nunca el corazón me había latido así cuando me planteaba la terrible cuestión a propósito de los otros; quizá también porque es menos terrible tratándose de los otros. Además, me ocurre algo singular. Mi mente, en vez de retroceder espantada ante el abismo de una hipótesis tan increíble, se siente atraída, arrastrada, horriblemente seducida. Es el vértigo y no se puede hacer nada por evitarlo. Me empuja a no perder de vista al espectro que está de pie en la galería del Oeste, a encontrarle actitudes, gestos, un parecido por detrás..., y también el perfil..., y la cara... Visto así... se parece totalmente a Larsan... Sí, pero visto de esta otra manera, se parece totalmente a Darzac.

¿Cómo es que esta idea me asalta esta noche por primera vez? Ahora que lo pienso... ¡hubiera debido ser nuestra primera idea! ¿Acaso, cuando el «misterio del cuarto amarillo», no aparecía la silueta de Larsan confundida con la de Darzac en el momento del crimen? ¿No era Larsan en persona el Darzac que iba a buscar la respuesta de la señorita Stangerson a la oficina de correos 40? ¿Acaso aquel rey del camuflaje no había ya emprendido con éxito el ser Darzac, hasta el punto de conseguir acusarlo de sus propios crímenes?

Sin duda, sin duda, pero, a pesar de todo, si ordeno a mi corazón inquieto que se calle para poder oír a mi razón, sabré que mi hipótesis es insensata. ¿Insensata? ¿Por qué? Miren, ahí está el espectro de Larsan, que estira las largas tijeras de sus piernas, que anda como Larsan... sí, pero tiene los hombros de Darzac.

Digo insensato porque, si no es Darzac, puede intentar serlo en la sombra, en el misterio, de lejos, como cuando los dramas del Glandier. Pero aquí..., ¡estamos tocando al hombre! ¡Estamos viviendo con él!

¿Estamos viviendo con él? ¡No!

Para empezar, raras veces sale. Casi siempre esta encerrado en su habitación o inclinado sobre ese inútil trabajo de la Torre del Temerario. A fe que es un buen pretexto ese de pintar para que no le veamos la cara y para responder a la gente sin tener que volver la cabeza.

Pero no siempre está pintando. Sí, pero fuera, siempre, excepto esta noche, lleva sus gafas negras. ¡Ah!, ese accidente del laboratorio ha sido una astucia muy inteligente. Bien sabía la lamparilla que hizo explosión —siempre lo he pensado— el servicio que iba a prestarle a Larsan cuando ocupara el sitio de Darzac. Ella le permitiría evitar la plena luz del día..., a causa de la debilidad de sus ojos. ¡Hasta la señorita Stangerson y Rouletabille buscaban los rincones de sombra para que los ojos del señor Darzac no tuvieran que temer la luz del día! Además, si se reflexiona, resulta que su máxima preocupación desde que llegamos aquí es la sombra. Le hemos visto poco y siempre a la sombra. La sala del consejo es muy sombría, la Loba es sombría, y de las dos habitaciones de la Torre Cuadrada él ha elegido la que está casi siempre sumida en la penumbra.

Pero aun así... ¡Vamos a ver! A Rouletabille no se le engaña fácilmente, aunque sólo sean tres días. Sin embargo, como dice Rouletabille, Larsan ha nacido antes que él, puesto que es su padre.

¡Ah!, vuelvo a ver el primer gesto de Darzac cuando fue a nuestro encuentro en Cannes y subió a nuestro compartimento. Lo primero que hizo fue correr la cortina. ¡Siempre sombra!...

Ahora, el espectro de la galería del Oeste se ha vuelto hacia mí. Lo veo perfectamente, de frente, sin gafas. Está inmóvil, colocado allí como si fueran a fotografiarlo. ¡No se mueva! ¡Ya está! ¡Bueno, pues es Robert Darzac, es Robert Darzac!

Se pone en marcha. Ya no sé... Hay algo que me falta en la forma de andar de Darzac para que reconozca la forma de andar de Larsan; pero ¿qué?

Sí, Rouletabille lo habría visto todo. ¿Eh? Rouletabille razona más que mira. Además, ¿ha tenido tiempo para mirar?

¡No! ¡No olvidemos que Darzac se fue a pasar tres meses al Mediodía! ¡Es verdad! Podemos razonar así: tres meses durante los cuales nadie lo ha visto. Se marchó enfermo, y ha vuelto con buena salud. Nadie se asombra de que la cara de un hombre haya cambiado un poco cuando, tras marcharse con cara de muerto, reaparece con cara de vivo.

Y en seguida tuvo lugar la boda. Con cuánta parsimonia se mostró a nosotros antes y después. Y de todo eso apenas hace una semana. Un tipo como Larsan bien puede mantener el tipo durante seis días.

El hombre (¿Darzac? ¿Larsan?) baja de su pedestal de la galería del Oeste y viene derecho a mí. ¿Me ha visto? Me encojo aún más detrás de mi higuera de Berbería.

Tres meses de ausencia durante los cuales Larsan ha podido estudiar los tics de Darzac, luego lo elimina, ocupa su puesto y se lleva a su mujer. ¡Jugada perfecta!

¿La voz? ¿Hay algo más fácil que imitar el tono de la Provenza? Es cuestión de un poco más o menos de acento. Pero creo que él lo tiene un poco más acentuado. Sí, el Darzac de hoy tiene un poco más de acento, creo, que el de antes de la boda.

Está casi encima de mí, pasa a mi lado..., no me ha visto.

¡Es Larsan! ¡Les digo que es Larsan!

Pero se detiene un segundo, mira delirante todas las cosas dormidas a su alrededor, y él, cuyo dolor vigila solitario, gime como el pobre hombre desdichado que es.

¡Es Darzac!

Luego se va, ¡y yo me quedo allí, detrás de una higuera, sorprendido por la audacia de mis propios pensamientos!

¿Cuánto tiempo estuve así, postrado? ¿Una hora? ¿Dos? Cuando me levanté me dolían los riñones y tenía la cabeza como un bombo. ¡En el curso de mis vertiginosas hipótesis llegué a preguntarme si por azar (¡por azar!) el Larsan que estaba en el saco de patatas no habría sido sustituido por el Darzac que, en la calesa tirada por Toby, lo conducía a las simas del pozo de Castillon! Veía perfectamente cómo el cuerpo agonizante resucitaba de repente y rogaba al señor Darzac que fuera a ocupar su sitio. Para arrojar lejos de mí aquella estúpida suposición me había hecho falta nada menos que el recuerdo de la prueba absoluta de su imposibilidad, que aquella misma mañana me había proporcionado una conversación muy íntima que tuve con el señor Darzac al salir de nuestra cruel sesión en la Torre Cuadrada, sesión durante la cual habían establecido todos los términos del problema del cuerpo de más. En aquel momento, y a propósito del príncipe Galitch, cuya grotesca imagen no dejaba de perseguirme, le planteé algunas preguntas, a las que me respondió de inmediato aludiendo a otra conversación muy científica que Darzac y yo tuvimos el día anterior respecto al mismo príncipe Galitch y que nadie salvo nosotros dos podía haber oído. Sólo él conocía aquella conversación, y por eso mismo no cabía la menor duda de que el Darzac que tanto me preocupaba hoy era el mismo que el de la víspera.

Por insensata que fuera la idea de aquella suplantación, espero que se me

perdone el haberla tenido. ¡Rouletabille tenía un poco de culpa, por su manera de hablarme de su padre como el rey de la metamorfosis! Y así volví a la única hipótesis posible —posible para un Larsan que hubiera ocupado el puesto de un Darzac—, a la de la suplantación en el momento de la boda, tras la vuelta del novio de la señorita Stangerson a París, después de los tres meses de estancia en la Provenza...

La queja desgarradora que Robert Darzac, creyéndose solo, había dejado escapar hacía un momento a mi lado no lograba alejar completamente aquella idea... Lo veía entrando en la iglesia de Saint-Nicolas-du-Chardonnet, lugar elegido por él para celebrar el matrimonio..., quizá, pensaba yo, porque no había otra iglesia más oscura en todo París.

¡Ah, qué estúpido puede resultar uno cuando se encuentra en una noche de luna, detrás de una higuera de Berbería, a la greña con el pensamiento de Larsan!

¡Estúpido, muy estúpido!, me decía yo mientras volvía muy despacio, a través de los macizos de la baille, a la cama que me estaba esperando en una pequeña habitación solitaria del Castillo Nuevo. Muy estúpido, pues, como ya me había hecho ver Rouletabille, si entonces Larsan hubiera sido Darzac, no habría tenido más que llevarse a su bella presa y no hubiera reaparecido como Larsan para espantar a Mathilde, ni la hubiera llevado al castillo de Hércules, en medio de los suyos, ni hubiera tomado la precaución, desastrosa para sus designios, de mostrar otra vez en la barca de Tullio la figura amenazadora de Roussel-Ballmeyer.

En aquel momento Mathilde le pertenecía, y fue desde ese momento cuando ella se recogió. La reaparición de Larsan le arrebató definitivamente la Dama de Negro a Darzac, ¡luego Darzac no era Larsan! ¡Dios mío, cómo me duele la cabeza! La luna deslumbrante, allá arriba, me ha dañado el cerebro. Padezco una «inlunación».

Además, ¿no se había aparecido él al propio Arthur Rance en los jardines de Menton, cuando Darzac acababa de «subir al tren» que lo llevaría a Cannes antes que a nosotros? Si Arthur Rance había dicho la verdad, podía ir a acostarme tranquilo. ¿Y por qué iba a mentir Arthur Rance? Arthur Rance, que todavía está enamorado de la Dama de Negro, que nunca ha dejado de estarlo... Mrs. Edith no es idiota: ¡Mrs. Edith lo ha visto todo! ¡Vamos, vamos a acostarnos!

Estaba todavía bajo la poterna del Jardinero y me disponía a entrar en el patio del Temerario, cuando me pareció oír algo. Parecía como si alguien hubiera cerrado una puerta; había sido un ruido como de madera y hierro, de cerradura. Pasé rápidamente la cabeza fuera de la poterna y me pareció divisar una vaga silueta humana al lado de la puerta misma del Castillo Nuevo; monté

el revólver y, de tres saltos, entré yo también en la sombra. Pero no vi más que sombra. La puerta del Castillo Nuevo estaba cerrada, y yo recordaba perfectamente que la había dejado entreabierta. Estaba muy emocionado y ansioso. Sentía que no estaba solo. ¿Quién podía andar por allí? Evidentemente, si la silueta existía fuera de mi visión y de mi imaginación turbadas, no podía estar más que dentro del Castillo Nuevo, pues el patio del Temerario estaba desierto.

Empujé con precaución la puerta y entré en el Castillo Nuevo. Durante cinco minutos por lo menos escuché atentamente sin hacer el menor movimiento. ¡Nada! Debía de haberme equivocado. Sin embargo no quise encender una cerilla y, lo más silenciosamente que pude, subí la escalera y entré en mi habitación. Me encerré en ella y sólo entonces respiré a gusto.

Sin embargo, aquella visión seguía inquietándome más de lo que me atrevía a admitir, y aunque ya me había acostado, no conseguía dormirme. Por fin, sin saber por qué, la visión de la silueta y el pensamiento de Darzac-Larsan se mezclaron extrañamente en mi desequilibrado entendimiento.

Tanto es así, que llegué a decirme: ¡No estaré tranquilo hasta no haberme asegurado de que el señor Darzac no es Larsan! Y no dejaré de hacerlo en la próxima ocasión.

Sí, pero ¿cómo? ¿Tirándole de la barba? Si me equivoco, me tomará por loco o adivinará mi pensamiento, que no servirá precisamente para consolarlo de las desgracias que sufre.

¡No le faltaría más a su infortunio que resultar sospechoso de ser Larsan!

De pronto arrojé las mantas, me senté en la cama y exclamé:

—¡Australia!

Acababa de acordarme de un episodio del que ya he hablado al comienzo de este relato. Como recordará el lector, cuando el accidente del laboratorio acompañé a la farmacia a Robert Darzac. Pues bien, en el momento en que estaban curándolo, como había tenido que quitarse la chaqueta, la manga de la camisa, en un falso movimiento, se le levantó hasta el codo, lo que me permitió ver que el señor Darzac tenía, cerca de la sangría del brazo derecho, un ancho antojo cuyos contornos parecían seguir el dibujo geográfico de Australia. Mentalmente, mientras el farmacéutico le curaba, no pude dejar de situar en su brazo, en los mismos lugares que ocupan en el mapa, Melbourne, Sydney, Adelaida; y debajo de ese gran antojo, aún había otro mucho más pequeño situado que representaba a Tasmania.

Más tarde, cada vez que me acordaba del accidente, veía aquella mancha en el brazo y, por una asociación de ideas fácilmente comprensible, siempre

me venía el mapa de Australia a la cabeza.

¡Y aquella noche de insomnio, mira por dónde, Australia me venía otra vez a la memoria!

Estaba sentado en la cama, felicitándome por haber pensado en una prueba tan decisiva de la identidad de Robert Darzac, cuando un ruido singular me hizo aguzar el oído. El ruido se repitió. Parecía como si los escalones crujieran bajo unos pasos lentos y precavidos.

Jadeando, me acerqué a la puerta y escuché con la oreja pegada a la cerradura. Primero, sólo silencio, pero luego los peldaños volvieron a crujir. Alguien estaba en la escalera, no me cabía la menor duda, y era alguien que tenía mucho interés en disimular su presencia. Pensé en la sombra que había creído ver hacía poco al entrar en el patio del Temerario. ¿Quién podía ser esa sombra y qué hacía en la escalera? ¿Subía? ¿Bajaba?

Un nuevo silencio. Aproveché para ponerme el pantalón y, armado con mi revólver, conseguí abrir la puerta sin que chirriara. Conteniendo el aliento, avancé hasta la barandilla de la escalera y esperé. Ya he mencionado el estado de deterioro en que se encontraba el Castillo Nuevo. Los fúnebres rayos de la luna entraban oblicuamente por las altas ventanas que se abrían en cada descansillo y recortaban con precisión dos cuadrados de luz blanca en la oscuridad de aquella enorme caja de la escalera. La miseria del castillo, iluminada a trozos, parecía aún más ruinoso. La destartada barandilla de la escalera, los barrotes rotos, los muros resquebrajados, de los que pendían aquí y allá vastos jirones de tapicería, todo aquello, que de día me había impresionado muy poco, me chocaba ahora extrañamente, y mi imaginación estaba preparada para representar aquel decorado lúgubre como un lugar propicio para la aparición de algún fantasma. Realmente tenía miedo. Hacía un momento, la sombra se me había escurrido entre los dedos..., pues casi había podido tocarla. De todos modos, un fantasma puede pasearse por un castillo viejo sin hacer crujir los peldaños de la escalera. Pero habían dejado de crujir.

De repente, asomado por encima de la barandilla, ¡volví a ver la sombra! Estaba iluminada de una forma deslumbrante..., de suerte que de sombra se había convertido en resplandor. La luna la había iluminado como una antorcha. ¡Y reconocí a Robert Darzac!

Había llegado a la planta baja y atravesaba el vestíbulo levantando la cabeza hacia mí, como si sintiera el peso de mi mirada sobre él. Instintivamente me eché atrás. Luego volví a mi puesto de observación justo a tiempo para verlo desaparecer en un pasillo que conducía a otra escalera que comunicaba con la otra parte del edificio. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacía Robert Darzac de noche en el Castillo Nuevo? ¿Por qué tomaba tantas precauciones para que no lo vieran? Mil sospechas cruzaron por mi mente, o

mejor dicho, todos los malos pensamientos de hacía un momento volvieron a apoderarse de mí con una fuerza extraordinaria, y siguiendo sus huellas, me lancé al descubrimiento de Australia.

Llegué al pasillo en el momento que él lo abandonaba y comenzaba a subir, siempre con mucha prudencia, los peldaños carcomidos de la segunda escalera. Oculto en el pasillo, lo vi detenerse en el primer rellano y empujar una puerta. Luego no vi más: él había entrado en la sombra y quizá en la habitación. Trepé hasta la puerta, que estaba cerrada, y, seguro de que se hallaba dentro, di tres golpes. Esperé. Mi corazón latía hasta romperse. Todas aquellas habitaciones estaban deshabitadas, abandonadas. ¿Qué había ido a hacer allí Robert Darzac?

Esperé dos minutos, que me parecieron interminables, y como nadie respondía, volví a llamar y esperé otra vez. Entonces se abrió la puerta y Robert Darzac me dijo, con la voz más natural del mundo:

—¿Es usted, Sainclair? ¿Qué quiere usted, amigo mío?

—Quiero saber —dije, con la voz estrangulada por el miedo y mi mano apretando el revólver en el fondo del bolsillo— qué hace usted aquí a estas horas.

Tranquilamente encendió una cerilla y dijo:

—¡Ya lo ve! Iba a acostarme.

Y encendió una vela, que habían colocado encima de una silla, pues en aquella habitación desvencijada ni siquiera había una pobre mesilla. Una cama en un rincón y una cama de hierro que debían de haber llevado allí durante el día componían todo el mobiliario.

—Creía que usted dormiría esta noche en el primer piso de la Loba, al lado de la señora Darzac y del profesor.

—El apartamento es demasiado pequeño y podría molestar a la señora Darzac —dijo amargamente el desgraciado—. He pedido a Bernier que me pusiera una cama aquí. Además, poco importa dónde me acueste, porque no podré dormir.

Nos quedamos un instante en silencio. Yo estaba avergonzado de mí y de mis descabelladas «elucubraciones». Y, sinceramente, era tal mi remordimiento, que no pude evitar expresárselo. Se lo confesé todo: mis infames sospechas, y cómo, al verlo errar tan misteriosamente y de noche por el Castillo Nuevo, había creído realmente que me las estaba viendo con el mismísimo Larsan, y cómo había decidido ir a descubrir Australia. Pues no le oculté ni siquiera que por un instante había puesto toda mi esperanza en su Australia.

Me escuchaba con la expresión más dolorosa del mundo y, tranquilamente, se levantó la manga y, acercando su brazo desnudo a la vela, me enseñó el antojo que me devolvería la cordura. Yo no quería verlo, pero él insistió en que lo tocara, y pude constatar que era una mancha completamente natural y en la que se hubieran podido colocar unos puntos con los nombres de las ciudades: Sydney, Melbourne, Adelaida. Debajo había otra mancha que representaba a Tasmania.

—Puede usted frotar —me dijo aún con un tono de voz absolutamente desilusionado—. ¡Le aseguro que no se va!

Volví a pedirle perdón con lágrimas en los ojos, pero no quiso perdonarme hasta que me obligó a tirarle de la barba, que, desde luego, no se me quedó en la mano.

Sólo entonces me permitió volver a acostarme, cosa que hice tratándome a mí mismo del más grande de los imbéciles.

XVII. La terrible aventura del viejo Bob

En cuanto desperté, mi primer pensamiento voló otra vez hacia Larsan. A decir verdad, ya no sabía qué pensar —ni yo ni nadie— sobre su muerte ni sobre su vida. ¿Estaba menos herido de lo que habíamos creído? ¿Qué digo! ¿Estaba menos muerto de lo que habíamos imaginado? ¿Había podido huir del saco que Darzac arrojó a la sima de Castillon? Después de todo, la cosa era muy posible, o mejor, la hipótesis no era descabellada, tratándose de Larsan, sobre todo desde que Walter explicara que había encontrado el saco a tres metros del orificio de la hendidura, en un saliente cuya existencia ciertamente el señor Darzac no sospechaba cuando creyó arrojar al abismo los despojos de Larsan.

Mi segundo pensamiento fue para Rouletabille. ¿Qué estaba haciendo durante todo ese tiempo? ¿Por qué se había ido? ¿Nunca había sido tan necesaria su presencia en la fortaleza de Hércules! ¿Si tardaba en llegar, no pasaría aquella jornada sin que ocurriera algún enfrentamiento entre los Rance y los Darzac!

En ese momento llamaron a mi puerta. Precisamente el señor Bernier me traía una esquila de mi amigo, que un pilluelo de la ciudad acababa de depositar en las manos de papá Jacques. Rouletabille me decía en ella: «Estaré de vuelta esta mañana. Levántese de inmediato, y si es tan amable vaya a pescar para mí esas excelentes almejas que abundan en las rocas próximas al cabo de Garibaldi. No pierda un momento. Un saludo y gracias. Rouletabille».

Aquella carta me hizo reflexionar, pues sabía por experiencia que, cuando Rouletabille parecía preocupado por bagatelas, en realidad estaba ocupado en temas importantes.

Me vestí a toda prisa y, armado con un viejo cuchillo que me prestó el señor Bernier, me dispuse a satisfacer el capricho de mi amigo. Cuando franqueaba la puerta del norte sin haber visto a nadie a aquella hora de la mañana —serían las siete—, me encontré con Mrs. Edith y le hablé del mensaje de Rouletabille. Mrs. Edith, a quien la prolongada ausencia del viejo Bob la tenía enloquecida, lo encontró «extraño e inquietante» y me acompañó a pescar. Por el camino me confió que su tío era amigo de hacer de cuando en cuando una escapada, y que hasta ese momento había conservado la esperanza de que su vuelta lo explicara todo; pero ahora volvía a inflamarse el cerebro la idea de una espantosa equivocación, que habría hecho caer al viejo Bob víctima de la venganza de los Darzac.

Entonces profirió entre sus bellos dientes una sorda amenaza contra la Dama de Negro, añadiendo que su paciencia duraría sólo hasta mediodía, y luego no dijo nada más.

Nos pusimos a pescar las almejas que tanto quería Rouletabille. Mrs. Edith tenía los pies desnudos; yo también, pero ponía mucha más atención en los pies de Mrs. Edith que en los míos. El hecho es que los pies de Mrs. Edith, que descubrí en el mar de Hércules, son las conchas más delicadas del mundo, y me hicieron olvidar tan pronto las almejas, que el pobre Rouletabille se hubiera quedado sin su comida de no haber sido por el celo que demostró la joven. Chapoteaba en el agua salada y metía su cuchillo bajo las rocas con una gracia que yo no sabría explicar. De pronto nos erguimos ambos, y aguzamos el oído al unísono. Se oían gritos por la parte de las cuevas. En el umbral mismo de la de Romeo y Julieta distinguimos un grupo reducido que nos hacía señales. Empujados por el mismo presentimiento, llegamos a la orilla a toda prisa. Pronto supimos que dos pescadores, atraídos por unos quejidos, acababan de descubrir en un agujero de la cueva de Romeo y Julieta a un desgraciado que se había caído y que había debido de permanecer allí desmayado durante mucho tiempo.

No nos habíamos equivocado. Era el viejo Bob el que estaba en el fondo del agujero. Cuando lo sacamos hasta la boca de la cueva, a la luz del día, ciertamente parecía digno de compasión, de tan sucia, rota y arrugada como estaba su hermosa levita negra. Mrs. Edith no pudo contener las lágrimas, sobre todo cuando advirtió que el viejo tenía una clavícula dislocada y un pie torcido, y estaba tan pálido que parecía a punto de morir.

Por fortuna no fue así. Diez minutos más tarde, conducido por nosotros siguiendo sus propias órdenes, estaba tendido en la cama de su habitación de

la Torre Cuadrada. Pero ¿quieren creer que aquel cabezota se negó a desnudarse y quitarse la levita antes de la llegada de los médicos? Mrs. Edith, cada vez más inquieta, se instaló a su cabecera; pero, cuando llegaron los doctores, el viejo Bob exigió a su sobrina que lo dejara y que saliera de la Torre Cuadrada. Incluso mandó cerrar la puerta.

Aquella última precaución nos sorprendió mucho. Los señores Darzac, Mr. Arthur Rance y yo estábamos reunidos en el patio del Temerario, así como el señor Bernier, que me observaba de un modo raro, esperando noticias. Cuando Mrs. Edith salió de la Torre Cuadrada después de la llegada de los médicos, se acercó a nosotros y nos dijo:

—Esperemos que no sea nada grave. El viejo Bob es fuerte. ¿Qué les había dicho yo? Es un viejo comediante. ¡Pretendía robar el cráneo del príncipe Galitch! Celos profesionales. ¡Cómo vamos a reírnos cuando se cure!

Entonces se abrió la puerta de la Torre Cuadrada y apareció Walter, el fiel criado del viejo Bob. Estaba pálido e inquieto.

—¡Oh, señorita! —dijo—. Está lleno de sangre. No quiere que lo sepa nadie..., ¡pero hay que salvarlo!

Mrs. Edith había desaparecido ya en la Torre Cuadrada. Nosotros no nos atrevíamos a acercarnos. Pronto reapareció ella.

—¡Oh! —nos dijo—. ¡Es horrible! Tiene todo el pecho desgarrado.

Fui a ofrecerle mi brazo para que se apoyara, pues, cosa singular, Mr. Arthur Rance se había alejado de nosotros y se paseaba por la galería silbando con las manos a la espalda. Intenté reconfortar a Mrs. Edith y le expresé mi condolencia, cosa que ni el señor ni la señora Darzac hicieron.

Rouletabille llegó al castillo una hora después. Yo esperaba su regreso desde lo alto de la galería del Oeste y en cuanto lo vi en la orilla del mar corrí hacia él. Me cortó la palabra a mi primera petición de explicaciones y me preguntó si se me había dado bien la pesca, pero no me dejé engañar por la expresión de su mirada inquisidora. Quise mostrarme tan despabilado como él y le respondí:

—¡Oh, de maravilla! ¡He pescado al viejo Bob!

Se sobresaltó. Me encogí de hombros, pues creía que estaba haciendo teatro y le dije:

—¡Vamos, hombre! ¡De sobra sabía usted lo que íbamos a pescar!

Me miró con aire sorprendido:

—Indudablemente no se da usted cuenta del alcance de sus palabras, mi querido Sainclair, pues está lanzando contra mí una grave acusación.

—¿Una acusación?

—La de haber abandonado al viejo Bob en el fondo de la cueva de Romeo y Julieta sabiendo que estaba allí agonizando.

—¡Oh, no! —exclamé—. El viejo Bob no está agonizando. Tiene un pie torcido y un hombro dislocado, nada grave, y su historia es la más inocente del mundo: ¡dice que quería robar el cráneo del príncipe Galitch!

—¡Menuda ocurrencia! —rio burlón Rouletabille.

Se inclinó hacia mí y, clavando sus ojos en los míos, me preguntó:

—¿Eso es todo? ¿No tiene más heridas?

—Sí —dije—. Tiene otra herida, pero los doctores acaban de decir que no reviste gravedad alguna. Tiene el pecho desgarrado.

—¡El pecho desgarrado! —repitió Rouletabille, apretándome nerviosamente la mano—. ¿Y cómo se ha desgarrado el pecho?

—Pues no lo sabemos; no lo hemos visto. El viejo Bob es muy pudoroso. No ha querido quitarse la levita delante de nosotros; de no haber venido Walter a hablarnos de la herida, asustado como estaba por la sangre que había perdido, nunca habiéramos sabido de su existencia.

Tan pronto como llegamos al castillo nos topamos con Mrs. Edith, que parecía estar buscándonos.

—Mi tío no quiere verme a su cabecera —dijo mirando a Rouletabille con un aire de ansiedad que nunca le había visto—. ¡Es incomprendible!

—¡Lo siento, señora! —repuso el reportero dirigiendo a nuestra adorable anfitriona el más ceremonioso de sus saludos—. ¡Pero le aseguro que en este mundo no hay nada incomprendible, cuando quiere uno tomarse la molestia de comprender! —Y la felicitó por haber encontrado a su agraciado tío en el momento en que ya lo creía perdido.

Mrs. Edith iba a responderle, cuando se presentó el príncipe Galitch. Se había enterado del accidente y venía a preguntar por su amigo el viejo Bob. Mrs. Edith lo tranquilizó, asegurándole que la calaverada de su excéntrico tío no tendría consecuencias, y le rogó que perdonase a su pariente su excesivo amor por los cráneos más viejos de la humanidad. El príncipe sonrió con gracia y cortesía cuando ella le contó que el viejo Bob había querido robarle.

—Encontrará usted su cráneo en el fondo de la cueva donde se cayó. Me lo ha dicho él mismo. Así pues, príncipe, no tema por su colección.

El príncipe siguió pidiendo detalles. Parecía sentir mucha curiosidad por el asunto. Mrs. Edith le contó que su tío le había dicho que había abandonado la

fortaleza de Hércules por el camino del pozo que comunica con el mar. Yo recordaba la experiencia del cubo de agua de Rouletabille y también los herrajes cerrados, así que, cuando oí aquello, las mentiras del viejo Bob adquirieron en mi imaginación proporciones gigantescas; y estaba seguro de que debía de ocurrirles lo mismo a todos los que nos rodeaban. Por último, Mrs. Edith dijo que Tullio le había esperado con su barca en la boca de la galería que desemboca en el pozo para conducirlo hasta la cueva de Romeo y Julieta.

—¡Cuánta complicación —no pude menos de exclamar—, con lo sencillo que hubiera sido salir por la puerta!

Mrs. Edith me miró apesadumbrada y de inmediato lamenté haber tomado tan manifiestamente partido contra ella.

—¡Pero hay algo todavía más extraño! —intervino el príncipe—. Anteayer por la mañana el «verdugo del mar» vino a despedirse de mí porque dejaba estas tierras, y estoy seguro de que cogió el tren de las cinco de la tarde para Venecia, su tierra natal. ¿Cómo es posible, entonces, que condujera en su barca al señor viejo Bob a la noche siguiente? En primer lugar, porque se había ido, y en segundo, porque, según me dijo, había vendido la barca, pues no tenía intención de volver aquí jamás.

Hubo un silencio y el príncipe Galitch prosiguió:

—Pero nada de esto importa ahora. Lo único importante es que su tío se cure rápidamente de sus heridas. Y si usted quiere, señora —añadió con una nueva sonrisa aún más encantadora que las anteriores—, tal vez pueda ayudarme a encontrar una piedra de poco valor que ha desaparecido de la cueva y cuya descripción le voy a dar: piedra puntiaguda de veinticinco centímetros de largo y gastada por uno de sus extremos, en forma de raspador; en una palabra, el raspador más viejo de la humanidad... Tengo mucho interés en él —subrayó el príncipe—, y quizá logre usted saber, señora, por su tío, qué ha sido de mi raspador.

Mrs. Edith le prometió al príncipe, con una cierta altivez que me encantó, que haría todo lo posible para que no se perdiera un raspador tan precioso. El príncipe se despidió y nos dejó. Cuando nos volvimos, Mr. Arthur Rance ya estaba ante nosotros. Debía de haber oído toda la conversación y parecía reflexionar. Llevaba el bastón con el puño en forma de pico de cuervo, silbaba como de costumbre y miraba a Mrs. Edith con una insistencia tan rara que ésta acabó por irritarse.

—¡Ya lo sé! —explotó la joven—, ya sé lo que estás pensando... ¡y no me sorprende nada, créeme!

Y se volvió, singularmente nerviosa, hacia Rouletabille:

—En cualquier caso... —dijo— ¿no podría usted explicarme cómo, si él estaba fuera de la Torre Cuadrada, pudo salir de dentro del armario?

—Señora... —dijo Rouletabille, mirando a Mrs. Edith a los ojos, como si quisiera hipnotizarla—, ¡tenga paciencia y sobre todo ánimo! ¡Porque antes de esta noche, si Dios quiere, podré explicarle todo lo que me pregunta!

XVIII. Mediodía, rey del espanto

Poco después me encontraba en la planta baja de la Loba frente a Mrs. Edith. Yo intenté tranquilizarla al verla tan impaciente e inquieta, pero ella se llevó las manos a los ojos, y sus labios temblorosos dejaron escapar la confesión de su inquietud:

—Tengo mucho miedo —dijo.

Le pregunté de qué tenía miedo y me respondió:

—¿Usted no tiene miedo?

Entonces guardé silencio. Porque era cierto: yo también tenía miedo. Ella siguió diciendo:

—¿No siente usted como si estuviera pasando algo?

—¿Dónde?

—¡Dónde, dónde! ¡A nuestro alrededor! —Se encogió de hombros—: ¡Ah, estoy tan sola, tan sola! ¡Tengo miedo!

Se dirigió hacia la puerta:

—¿Adónde va?

—Voy a buscar a alguien, porque no quiero estar tan sola, tan sola.

—¿A quién va a buscar?

—¡Al príncipe Galitch!

—¡Su Feodor Feodórovitch! —exclamé—. ¿Qué necesidad tiene usted de él? ¿No estoy yo aquí?

Desgraciadamente su desazón crecía a medida que yo me esforzaba por hacerla desaparecer, y no me costó trabajo comprender que le venía sobre todo de la horrible duda que se le había metido en el alma respecto a la personalidad de su tío, el viejo Bob.

—¡Salgamos de aquí! —me dijo, y me condujo fuera de la Loba. Se

acercaba el mediodía y toda la baille resplandecía en medio de una perfumada reverberación. No nos habíamos puesto las gafas negras y tuvimos que llevarnos las manos a los ojos para protegerlos del color excesivamente brillante de las flores; pero los geranios gigantes continuaban sangrando en nuestras pupilas heridas. Cuando nos repusimos un poco de aquel deslumbramiento, avanzamos por el suelo calcinado, anduvimos cogidos de la mano por la arena ardiente. Pero nuestras manos estaban todavía más ardientes que todo lo que tocaban, más que todo el fulgor que nos rodeaba. Mirábamos a nuestros pies para no ver el espejo infinito de las aguas, y quizá también para no adivinar nada de lo que ocurría en las profundidades de la luz. Mrs. Edith repetía: «¡Tengo miedo!». Yo también tenía miedo, aleccionado como estaba por los misterios de la noche, ¡miedo de aquel profundo silencio, aplastante y luminoso de la Provenza! La claridad, cuando se sabe que en ella suceden cosas que no se ven, es más temible que las tinieblas. ¡Mediodía! Todo descansa y todo vive; todo enmudece y todo susurra. Escuche en el interior de su oído: resuenan como una caracola marina, con un sonido más misterioso que los que se elevan de la tierra al atardecer. Cierre sus pupilas y mire dentro de sus propios ojos: encontrará en ellos una muchedumbre de visiones plateadas más turbadoras que los fantasmas de la noche.

Yo miraba a Mrs. Edith. Por su frente pálida corría el sudor en arroyos helados. Yo también me puse a temblar, pues desgraciadamente sabía que no podía hacer nada por ella, y que lo que iba a consumarse a nuestro alrededor se consumiría sin que pudiéramos detenerlo ni preverlo. Ella me conducía ahora hacia la poterna que daba al patio del Temerario. La bóveda de aquella poterna formaba un arco negro en medio de la luz, y al otro extremo del fresco túnel, vueltos hacia nosotros, divisamos a Rouletabille y al señor Darzac, de pie sobre el umbral del patio del Temerario, como dos estatuas blancas. Rouletabille tenía en la mano el bastón de Arthur Rance. No sabría decir por qué aquel detalle me inquietó. Con la punta del bastón enseñaba a Robert Darzac, en lo más alto de la bóveda, algo que nosotros no veíamos, y luego nos señaló a nosotros con la misma punta del bastón. No oímos lo que decían. Se hablaban casi sin despegar los labios, como dos cómplices que comparten un secreto. Mrs. Edith se detuvo, pero Rouletabille le hizo una seña para que se acercara y repitió la seña con el bastón.

—¡Oh! —exclamó ella—. ¿Para qué me querrá ahora? Señor Sainclair, ¡palabra que tengo mucho miedo! Voy a decírselo todo a mi tío, y veremos qué pasa.

Entramos en la bóveda mientras los otros nos miraban aproximarnos sin dar un paso. Su inmovilidad era sorprendente, y con una voz que resonó extrañamente en mis oídos bajo la bóveda, pregunté:

—Pero ¿qué hacen ustedes aquí?

Cuando llegamos a su lado, nos hicieron volver la espalda al patio para que pudiéramos ver lo que ellos estaban mirando. Era un escudo que había en el centro del arco, el blasón de La Mortola, cruzado por el laurel de la rama menor. El escudo había sido esculpido en una piedra, ahora casi desprendida y a punto de caer sobre la cabeza de cualquiera que pasara por debajo. Rouletabille había advertido sin duda del peligro de aquel blasón suspendido sobre nuestras cabezas, y le preguntó a Mrs. Edith si veía algún inconveniente en quitarlo de allí provisionalmente para volver a colocarlo en otro momento como era debido.

—Estoy seguro —dijo— de que si tocara esa piedra con la punta del bastón se caería.

Y pasó el bastón a Mrs. Edith.

—Usted es más alta que yo —dijo—. Inténtelo usted misma.

En vano probamos unos y otros alcanzar la piedra. Estaba yo preguntándome qué significado podía tener aquel singular ejercicio, ¡cuando a mi espalda resonó el grito de la muerte!

Nos volvimos todos a un tiempo lanzando una exclamación de horror. ¡Dios mío, aquel grito! ¡El grito de la muerte que atravesaba el espacio bajo el sol del mediodía después de haber surcado nuestras noches! ¿Cuándo cesaría? ¿Cuándo, este horrible aullido que oí por primera vez en las noches del Glandier, dejará de anunciarnos que a nuestro alrededor hay una nueva víctima, que uno de nosotros acaba de ser alcanzado por el crimen, tan súbita, solapada y misteriosamente como por la peste? ¡Aunque el avance de la epidemia no es tan invisible como esta mano que mata! ¡Y allí estamos nosotros, los cuatro, estremecidos, con los ojos desorbitados de espanto, intentando horadar la profundidad de la luz todavía vibrante por el grito de la muerte! ¿Quién ha muerto? ¿O quién va a morir? ¿Qué boca agonizante ha dejado escapar ahora ese gemido supremo? ¿Cómo orientarse en medio de la luz? Se diría que es la propia claridad del día la que se queja y suspira.

El más horrorizado es Rouletabille. Le he visto, en las circunstancias más extremas, conservar su sangre fría por encima de las fuerzas humanas; le he visto, ante la llamada del grito de la muerte, lanzarse al peligro oscuro y arrojarlo como un héroe al mar de las tinieblas; ¿por qué tiembla así, en medio del esplendor del día? Está ahí, ante nosotros, pusilánime como el niño que es, él, que otras veces se comporta como si fuera el dueño del tiempo. ¿No había previsto este instante? ¿Este instante en que alguien expira a la luz del mediodía? Mattoni, que pasaba en ese momento por la baille, y que también lo ha oído, ha echado a correr. Un gesto de Rouletabille lo clava en el sitio, bajo la poterna, como un inmutable centinela, y el joven avanza ahora hacia el lamento, o mejor, camina hacia el centro del lamento, pues el lamento nos

rodea, forma círculos a nuestro alrededor en medio del espacio abrasado. Y nosotros vamos detrás de él, conteniendo la respiración, con los brazos extendidos como cuando se va a tientas en plena noche temiendo chocar con algo que no ve. ¡Ah!, nos acercamos al espasmo, y nada más pasar la sombra del eucalipto, nos encontramos el espasmo al final de la sombra. Vemos las sacudidas de un cuerpo agonizante. Reconocemos ese cuerpo. ¡Es Bernier! Es Bernier, que entre estertores intenta levantarse, pero no lo consigue, se ahoga; Bernier, de cuyo pecho mana un torrente de sangre; Bernier, sobre el cual nos inclinamos y que, antes de morir, aún tiene fuerzas para arrojarnos estas dos últimas palabras: ¡Frédéric Larsan!

Y su cabeza vuelve a caer. ¡Frédéric Larsan! ¡Frédéric Larsan! ¡Él en todas partes y en ningún sitio! ¡Siempre él, en ningún sitio! ¡Ahí tenemos una vez más su huella! ¡Un cadáver, y nadie, razonablemente, en torno a ese cadáver! Porque la única salida de estos lugares donde lo han asesinado es esta poterna donde estamos nosotros cuatro. ¡Y los cuatro nos hemos vuelto al unísono nada más oír el grito de la muerte, tan de prisa, tan de prisa, que tendríamos que haber visto el gesto de la muerte! ¡Y no hemos visto más que la luz! Enmudecidos por el mismo sentimiento, entramos en la Torre Cuadrada, cuya puerta ha quedado abierta; entramos sin vacilación en los aposentos del viejo Bob, en el salón vacío; abrimos la puerta de la habitación. El viejo Bob estaba tranquilamente tendido en su cama, con el sombrero de copa en la cabeza, y a su lado una mujer: ¡la señora Bernier! ¡Verdaderamente, qué tranquilos están! ¡Pero la mujer del desgraciado ha visto nuestros rostros y ha lanzado un grito de espanto con el presentimiento inmediato de alguna catástrofe! ¡No ha oído nada! ¡No sabe nada! ¡Pero quiere salir, quiere ver, quiere saber no sé qué! ¡Intentamos sujetarla! En vano. Sale de la torre, y ve el cadáver. ¡Ahora es ella la que gime a gritos sobre el cadáver sangrante, en medio del ardor terrible del mediodía! Arrancamos la camisa del hombre tendido y descubrimos una herida debajo del corazón. Rouletabille se levanta con ese aire que le vi en el Glandier tras examinar la herida del cadáver increíble.

—¡Parece que se trata de la misma arma! —dice—. ¡Es de la misma medida! Pero ¿dónde está el cuchillo?

Buscamos el cuchillo por todas partes sin encontrarlo. El hombre que lo ha usado se lo ha llevado. ¿Dónde está el hombre? ¿Qué hombre? ¡Nosotros no sabemos nada, pero Bernier sí lo ha sabido antes de morir, y quizá ha muerto por haberlo sabido! ¡Frédéric Larsan! Repetimos temblando las dos palabras de la muerte.

De pronto, en el umbral de la poterna, vemos aparecer al príncipe Galitch con un periódico en la mano. El príncipe Galitch viene hacia nosotros leyendo el periódico. Tiene un aire burlón. Pero Mrs. Edith corre hacia él, le arranca el periódico de las manos, le muestra el cadáver y le dice:

—Acaban de asesinar a un hombre. Corra a llamar a la policía.

El príncipe Galitch mira el cadáver, nos mira a nosotros, y sin pronunciar palabra se aleja a toda prisa; va a buscar a la policía. La señora Bernier sigue gimiendo. Rouletabille se sienta en el pozo. Parece haber perdido todas sus fuerzas. Y a media voz le dice a Mrs. Edith:

—¡Pues que venga la policía, señora! ¡Usted lo ha querido!

Mrs. Edith lo fulmina con un relámpago de sus ojos negros. Sé lo que ella está pensando. Piensa que odia a Rouletabille, que por un instante ha podido hacerla dudar del viejo Bob. ¿Acaso no estaba el viejo Bob en su habitación mientras asesinaban a Bernier, y velado por la señora Bernier en persona?

Rouletabille, que acaba de examinar cansinamente la tapa del pozo, que sigue intacta, se tiende sobre el brocal como en una cama donde quisiera, por fin, saborear algún descanso, y añade en tono más bajo:

—¿Y qué va a decirle usted a la policía?

—¡Absolutamente todo!

Mrs. Edith ha pronunciado esas palabras con los dientes apretados, rabiosamente. Rouletabille meneaba la cabeza con desesperación y cierra los ojos. Se le ve aplastado, vencido. Robert Darzac quiere registrar la Torre Cuadrada, la Torre del Temerario, el Castillo Nuevo, todas las dependencias de este patio, de donde nadie ha podido escaparse y donde, lógicamente, debe de encontrarse aún al asesino. El reportero intenta disuadirlo tristemente, y lo consigue. ¿Estamos buscando algo Rouletabille y yo? ¿Buscamos en el Glandier, después del fenómeno de la disociación de la materia, al hombre que desapareció de la galería inexplicablemente? ¡No, no! ¡Ahora sé que no hay que buscar a Larsan con los ojos! Acaban de matar a un hombre detrás de nosotros. Lo hemos oído gritar bajo el golpe asesino. Nos volvemos, ¡y no vemos nada más que luz! Para ver hay que cerrar los ojos, como Rouletabille hace en este momento. Pero ¿no los está abriendo otra vez? Una nueva energía lo endereza. Se pone de pie, levanta el puño cerrado hacia el cielo.

—¡No es posible! —exclama—. ¡Si no, es que no existe el lado bueno de la razón!

Y se arroja al suelo, y ahí lo tenemos otra vez a cuatro patas, con la nariz pegada a la tierra, husmeando cada piedra, dando vueltas alrededor del cadáver y de la señora Bernier —a quien en vano hemos intentado alejar del cuerpo de su marido—, dando vueltas alrededor del pozo, alrededor de cada uno de nosotros. Ah, ahí lo tenemos otra vez, igual que un cerdo que busca en el fango su pitanza —y nunca mejor dicho—, mientras nosotros nos quedamos mirándole, observándole curiosa, estúpida, siniestramente. De pronto se

levanta, coge un poco de polvo y lo arroja al aire con un grito de triunfo, como si fuera a hacer renacer de aquella ceniza la desvanecida imagen de Larsan. ¿Qué nueva victoria acaba de ganarle al misterio? ¿Qué le ha hecho adquirir en un instante una mirada tan segura? ¿Qué es lo que le ha devuelto el sonido de su voz? Sí, véanlo cómo ha vuelto a su diapasón ordinario cuando dice a Robert Darzac:

—Tranquilícese, señor. ¡Nada ha cambiado!

Y volviéndose hacia Mrs. Edith:

—Señora, ahora sólo tenemos que esperar a la policía. ¡Esperemos que no tarde!

La desgraciada se sobresalta. Rouletabille de nuevo la ha asustado.

—¡Ah, sí, pues que venga! ¡Qué se encargue de todo! ¡Que piense por nosotros, y que sea lo que Dios quiera! —dice Mrs. Edith cogiéndome del brazo.

De pronto, bajo la poterna, vemos llegar a papá Jacques, seguido de tres policías. Es el sargento de la Mortola y dos de sus hombres, que, avisados por el príncipe Galitch, acuden al lugar del crimen.

—¡La policía! ¡La policía! ¡Dicen que ha habido un crimen! —exclama papá Jacques, que aún no sabe nada.

—¡Calma, papá Jacques! —le grita Rouletabille.

Y cuando el hombre, sin aliento, llega junto a él, el reportero le dice en voz baja:

—Nada ha cambiado, papá Jacques.

Pero papá Jacques ha visto el cadáver de Bernier.

—Sólo un cadáver más —suspira—. ¡Es Larsan!

—¡Es la fatalidad! —replica Rouletabille.

Larsan y la fatalidad son todo uno. Pero ¿qué significa ese nada ha cambiado de Rouletabille, sino que a nuestro alrededor, a pesar del cadáver incidental de Bernier, sigue existiendo todo lo que temíamos, todo lo que nos estremecía a Mrs. Edith y a mí y que no sabemos qué es?

Los policías están muy ocupados y van parloteando por todas partes en una jerga incomprensible. El sargento nos anuncia que ha telefoneado al hostel Garibaldi, a dos pasos de allí, donde precisamente está comiendo el delegado o comisario especial de la estación de Vintimille. Éste comenzará la investigación y la proseguirá el juez de instrucción, que también ha sido avisado.

Y llega el delegado. Está encantado, a pesar de que no ha tenido tiempo de terminar de comer. ¡Un crimen! ¡Un verdadero crimen! ¡En el castillo de Hércules! ¡Está radiante! Sus ojos brillan. Se muestra sumamente ocupado, se hace el «importante». Ordena al sargento que ponga a uno de sus hombres a la puerta del castillo con la consigna de no dejar salir a nadie. Luego se arrodilla al lado del cadáver. Un policía se lleva a la señora Bernier, que gime más fuerte que nunca. El delegado examina la herida y dice, en excelente francés:

—¡Esto es una señora cuchillada!

El hombre está encantado. Si tuviera al asesino delante, sin duda lo felicitaría por la estocada. Nos mira. Nos observa de hito en hito. Quizá busca entre nosotros al autor del crimen para expresarle su admiración. Luego se levanta.

—¿Y cómo ha ocurrido esto? —dice, animándose y saboreando el placer de tener una auténtica historia criminal—. ¡Es increíble, increíble! ¡En cinco años que llevo de delegado no habían asesinado a nadie! Creo que el señor juez de instrucción...

Al llegar aquí se detiene, pero nosotros acabamos la frase:

—¡Se pondrá muy contento!

Se limpia con la mano el polvo blanco de las rodillas, se seca la frente y, con un acento de la Provenza que duplica su júbilo, repite:

—¡Es increíble!

En ese momento entra un nuevo personaje en el patio, en el que reconoce a un doctor de Menton que llega para visitar a su paciente, el viejo Bob.

—¡Ah, doctor! ¡Llega usted a tiempo! ¡Examine esa herida y dígame lo que piensa de semejante cuchillada! Pero, si es posible, convendría no mover el cadáver hasta que llegue el señor juez de instrucción.

El doctor examina la herida y nos da todos los detalles técnicos que podamos desear. No cabe la menor duda. Es una cuchillada en toda regla, que penetra de abajo hacia arriba en la región cardíaca y que, certeramente, ha destrozado un ventrículo. Durante la charla entre el delegado y el doctor, Rouletabille no ha dejado de mirar a Mrs. Edith, que decididamente se ha cogido de mi brazo, buscando refugio a mi lado. Sus ojos evitan los de Rouletabille, que la hipnotizan, que le ordenan que se calle. Y yo sé que ella se está muriendo de ganas de hablar.

A petición del delegado hemos entrado en la Torre Cuadrada. Nos hemos instalado en el salón del viejo Bob, donde va a comenzar el interrogatorio y donde cada uno vamos a contar por turno lo que hemos visto y oído. La señora Bernier es la primera en ser interrogada. Pero no le sacan nada. Declara que no

sabe nada. Estaba en la habitación del viejo Bob, velando al herido, cuando entramos nosotros como locos. ¡Llevaba allí más de una hora dedicada a trenzar una cuerda y había dejado a su marido en la portería! Curiosamente, a mí no me interesa tanto lo que pasa ante mis ojos y lo que se dice cuanto lo que no veo y espero... ¿Va a hablar Mrs. Edith? Ella mira obstinadamente por la ventana abierta. Un policía se ha quedado al lado del cadáver, cuyo rostro ha sido tapado con un pañuelo. Mrs. Edith, como yo, sólo presta una vaga atención a lo que pasa en el salón. Su mirada continúa girando en torno al cadáver.

Los gritos del delegado nos hacen daño en los oídos. A medida que vamos explicándole el suceso, el asombro del comisario italiano aumenta en proporciones inquietantes y, naturalmente, el crimen le parece cada vez más increíble. Está a punto de encontrarlo imposible, cuando le toca ser interrogada a Mrs. Edith.

Ella tiene ya la boca abierta para responder, cuando se oye la voz tranquila de Rouletabille:

—Miren al final de la sombra del eucalipto.

—¿Qué hay al final de la sombra del eucalipto? —pregunta el delegado.

—¡El arma del crimen! —replica Rouletabille.

Salta al patio por la ventana y, de entre otras piedras ensangrentadas, recoge un objeto brillante y agudo. Y lo blande ante nuestros ojos.

Lo reconocemos: ¡Es «el raspador más viejo de la humanidad»!

XIX. Rouletabille hace cerrar las puertas de hierro

El arma del crimen pertenecía al príncipe Galitch, pero a nadie le cabía duda de que se lo había robado el viejo Bob, y no podíamos olvidar que, antes de expirar, Bernier había acusado a Larsan de ser el asesino. Nunca la imagen del viejo Bob y la de Larsan se hallaron tan bien mezcladas en nuestros ánimos inquietos como desde el momento en que Rouletabille recogió en la sangre de Bernier el raspador más viejo de la humanidad. Mrs. Edith comprendió que la suerte del viejo Bob estaba ahora en manos de Rouletabille. Le bastaba con decir unas palabras al delegado respecto a los singulares incidentes que acompañaron la caída del viejo Bob en la cueva de Romeo y Julieta, enumerar las razones que había para temer que el viejo Bob y Larsan fueran la misma persona y, en fin, repetir la acusación de la última víctima de Larsan, para que las sospechas de la justicia recayesen sobre la cabeza con

peluca del geólogo. Ahora bien, aunque Mrs. Edith no había dejado de creer en lo más hondo de su alma de sobrina que el viejo Bob presente era realmente su tío, imaginándose comprender de golpe, gracias al raspador asesino, que el invisible Larsan estaba acumulando en torno al viejo Bob todos los elementos de su perdición para hacerle cargar con su culpa y también con el peso peligroso de su personalidad, Mrs. Edith, digo, temió por el viejo Bob y por ella misma; tembló de espanto en el centro de aquella trama, como un insecto en medio de la tela donde acababa de caer preso, tela misteriosa tejida por Larsan con unos hilos invisibles prendidos en los viejos muros del castillo de Hércules. Intuyó de algún modo que si hacía un movimiento —un movimiento de labios—, estaban perdidos los dos, y que el inmundo animal de presa no esperaba más que ese movimiento para devorarlos. Entonces ella, que había decidido hablar, se calló, y ahora le tocó a ella temer que Rouletabille hablara. Más tarde me contó su estado de ánimo en aquel momento, y me confesó que sintió tal pavor de Larsan como quizá no hubiéramos sentido nunca ni siquiera nosotros mismos. Aquel fantasma, del que ella había oído hablar con un espanto que al principio la hizo sonreír, la interesó de inmediato cuando escuchó el episodio del cuarto amarillo, debido a la imposibilidad en que se vio la justicia para explicar su salida; luego la apasionó, cuando conoció el drama de la Torre Cuadrada, debido a la imposibilidad en que nos veíamos para explicar su entrada; pero allí, a plena luz del día, Larsan había matado ante sus propios ojos en un espacio en que no había nadie más que ella, Robert Darzac, Rouletabille, Sainclair, el viejo Bob y la señora Bernier, todos demasiado lejos del señor Bernier para haberlo podido herir. ¡Y Bernier había acusado a Larsan! ¿Dónde estaba Larsan? O, para razonar como yo le había enseñado al contarle lo de la «galería inexplicable», ¿en el cuerpo de quién? Ella estaba bajo la bóveda entre Darzac y yo, y Rouletabille enfrente de nosotros, cuando el grito de la muerte resonó al final de la sombra del eucalipto, es decir, ¡a menos de siete metros de allí! Por lo que respecta al viejo Bob y a la señora Bernier, ¡no se habían separado! Si los descartaba de su argumentación, no le quedaba nadie para matar a Bernier. Esta vez no sólo se ignoraba cómo se había ido él y cómo había llegado, sino también cómo había estado presente. ¡Ah, por fin ella comprendía que, sólo de pensar en Larsan, había momentos en que uno se ponía a temblar hasta la médula!

¡Nada! Alrededor del cadáver, sólo aquel cuchillo de piedra que el viejo Bob había robado. Era horrible, y suficiente para hacernos pensar cualquier cosa, imaginar cualquier cosa...

Ella leía la certidumbre de esta convicción tanto en los ojos como en la actitud de Rouletabille y de Robert Darzac. Sin embargo, a las primeras palabras del reportero, comprendió que el objetivo de éste no era otro que salvar al viejo Bob de las sospechas de la justicia.

Rouletabille se hallaba entre el delegado y el juez de instrucción, que acababa de llegar, y razonaba, sosteniendo el raspador más viejo del mundo en la mano. Parecía definitivamente establecido que en torno al muerto no podía haber más culpables que los vivos que ya he enumerado unas líneas más arriba, cuando Rouletabille demostró, con una rapidez mental que colmó de gozo al juez de instrucción y desesperó al delegado, que el verdadero culpable, el único culpable, había sido el muerto mismo. Los cuatro seres vivos de la poterna y los dos de la habitación del viejo Bob estaban vigilándose unos a otros y no se perdieron de vista mientras alguien mataba a Bernier a unos pasos de allí, de donde se deducía necesariamente que ese alguien tenía que ser el propio Bernier. El juez de instrucción, muy interesado, replicó preguntándonos si alguno de nosotros sospechaba las razones de un probable suicidio de Bernier; a lo que Rouletabille respondió que para morir podía prescindirse del crimen y el suicidio y que bastaba un accidente para ello. El arma del crimen, como irónicamente se llamaba al raspador más viejo del mundo, atestiguaba con su sola presencia el accidente. Rouletabille no se imaginaba a un asesino premeditando tan grave delito con ayuda de aquella vieja piedra. Y era menos comprensible aún que Bernier, si había decidido suicidarse, no hubiera hallado mejor arma para su muerte que el cuchillo de los trogloditas. Por el contrario, si aquella piedra, que podía haber atraído su atención por su forma extraña, hubiera sido recogida por el señor Bernier y éste la tuviera en la mano en el momento de una caída, el drama se explicaría con toda sencillez. El señor Bernier había caído con tan mala suerte sobre aquel pedrusco terriblemente triangular, que le atravesó el corazón. Ante esto llamaron de nuevo al médico, volvieron a descubrir la herida, confrontándola con el objeto fatal, y se impuso la conclusión científica de que la herida la había ocasionado dicho objeto. De ahí al accidente, tras la argumentación de Rouletabille, no había más que un paso. Los jueces emplearon seis horas en darlo. Seis horas durante las cuales nos interrogaron sin cansancio y sin resultado.

En lo que respecta a Mrs. Edith y a un servidor, después de inútiles ajeteos y vanas inquisiciones, mientras los médicos curaban al viejo Bob, nos sentamos en el salón que estaba delante de su habitación y del que acababan de salir los magistrados. La puerta que daba al pasillo de la Torre Cuadrada estaba abierta. A través de ella oíamos los gemidos de la señora Bernier mientras velaba el cuerpo de su marido, al que habían trasladado a la portería. Entre aquel cadáver y aquel herido, tan inexplicables el uno como el otro a pesar de los esfuerzos de Rouletabille, nuestra situación —la de Mrs. Edith y la mía— era, por qué no confesarlo, hartamente complicada, y todo el espanto de lo que habíamos visto se duplicaba en el trasfondo de nosotros mismos con el horror de lo que aún nos quedaba por ver. De pronto, Mrs. Edith me cogió la mano:

—¡No me deje, no me deje! —me rogó—. No tengo a nadie más que a usted. No sé dónde está el príncipe Galitch y no tengo noticias de mi marido. ¡Eso sí que es horrible! Me ha escrito cuatro letras diciéndome que se iba a buscar a Tullio. A estas horas, no sabe siquiera que han asesinado a Bernier. ¿Habrá encontrado al «verdugo del mar»? ¡Ahora sólo espero la verdad de Tullio, del «verdugo del mar»! ¡Y ni un telegrama!... ¡Es atroz!

Desde ese instante en que Mrs. Edith me cogió la mano con tanta confianza y la conservó unos instantes entre las suyas, fui suyo con toda mi alma y no le oculté que podía contar con mi total dedicación. Intercambiamos aquellas razones en voz baja, mientras por el patio pasaban y volvían a pasar las sombras rápidas de los hombres de la justicia, a veces precedidos y a veces seguidos de Rouletabille y el señor Darzac. Rouletabille no dejaba de echar una ojeada hacia nosotros cada vez que tenía oportunidad. La ventana había quedado abierta.

—¡Oh, está vigilándonos! —dijo Mrs. Edith—. Tal vez le molestemos quedándonos aquí. Pero no dejaremos este sitio suceda lo que suceda, ¿verdad, señor Sainclair?

—Tenemos que estar agradecidos a Rouletabille —me atreví a decir— por su intervención y su silencio respecto al raspador más viejo de la humanidad. Si los jueces supieran que ese puñal de piedra es de su tío, el viejo Bob, ¿quién sabe hasta dónde llegarían? Y si supieran que Bernier, al morir, ha acusado a Larsan, ¡todo se complicaría terriblemente!

Y subrayé las últimas palabras.

—¡Oh! —replicó ella vivamente—. ¡Su amigo tiene tan buenas razones para callarse como yo! Sólo temo una cosa, sí, una sola cosa.

—¿Qué?

Se levantó, febril.

—¡Lo único que temo es que haya salvado a mi tío de la justicia sólo para perderlo mejor!

—¿Cómo puede usted pensar eso? —le pregunté sin mucho interés.

—Me ha parecido leerlo hace un momento en los ojos de sus amigos. ¡Si estuviera segura de no equivocarme, preferiría vérmelas con la justicia!

Se calmó un poco, pareció rechazar una hipótesis absurda y luego me dijo:

—En fin, hay que estar preparados para todo, ¡y yo sabré defenderlo hasta la muerte!

Tras esto me mostró un pequeño revólver que llevaba escondido bajo la ropa.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Por qué no está aquí el príncipe Galitch?

—¡Otra vez! —exclamé encolerizado.

—¿Es verdad que está usted dispuesto a defenderme? —me preguntó, hundiendo en mis ojos su mirada turbadora.

—Estoy dispuesto.

—¿Contra todo el mundo?

Vacilé. Ella repitió:

—¿Contra todo el mundo?

—Sí.

—¿Contra su amigo?

—¡Si es preciso! —dije, suspirando, y me pasé la mano por la frente bañada en sudor.

—¡Está bien! Le creo —dijo—. En ese caso voy a dejarle aquí unos minutos. Vigile esta puerta, por mí.

Señaló la puerta tras la que descansaba el viejo Bob y se fue. ¿Adónde iba? ¡Más tarde me lo confesó! ¡Corrió a buscar al príncipe Galitch! ¡Ah, mujer tenía que ser!...

No bien desapareció bajo la poterna, Rouletabille y el señor Darzac entraron en el salón. Lo habían oído todo. Rouletabille avanzó hacia mí y no me ocultó que estaba enterado de mi traición.

—Ésa es una palabra un poco fuerte, Rouletabille —le dije—. Bien sabe usted que no tengo por costumbre traicionar a nadie. Pero Mrs. Edith es realmente digna de lástima, y usted no la compadece bastante, amigo mío.

—¡Y usted la compadece demasiado!

Enrojecí hasta la punta del cabello. Estaba a punto de estallar. Pero Rouletabille me cortó la palabra con un gesto brusco:

—Sólo le pido una cosa, una sola, ¿me oye? Y es que, pase lo que pase, pase lo que pase..., ¡no vuelva a dirigirnos la palabra ni al señor Darzac ni a mí!

—¡Será un placer! —repliqué estúpidamente irritado, y le volví la espalda.

Me pareció que hizo un esfuerzo para contener su cólera.

En aquel momento, los jueces, que salían del Castillo Nuevo, nos llamaron. La investigación había terminado. A sus ojos, y después de la declaración del médico, el accidente ya no ofrecía duda, y tal fue la conclusión que dieron al

caso. Abandonaron, pues, el castillo. El señor Darzac y Rouletabille los acompañaron hasta la salida. Y estaba yo así, acodado en la ventana que daba al patio, asaltado por mil siniestros pensamientos y esperando con angustia creciente el regreso de Mrs. Edith, mientras en la portería, donde había encendido dos velas mortuorias, mamá Bernier gemía y rezaba por el alma de su difunto marido, cuando oí surcar el aire de la tarde una especie de gong formidable, como un clamor de bronce; ¡y comprendí que era Rouletabille, que mandaba cerrar las puertas de hierro!

Transcurrido un minuto, vi llegar en alocada carrera a Mrs. Edith, que se precipitó hacia mí como hacia su único refugio.

Luego vi aparecer al señor Darzac.

Y luego a Rouletabille, y, cogida de su brazo, a la Dama de Negro.

XX. ¡Demostración corporal de la posibilidad del «cuerpo de más»!

Rouletabille y la Dama de Negro entraron en la Torre Cuadrada. Nunca había visto yo a Rouletabille caminar de una manera tan solemne. En cualquier otro momento menos trágico que aquél, sin duda me habría arrancado una sonrisa. Nunca magistrado o procurador alguno, arrastrando la púrpura o el armiño, entró en el tribunal, donde el reo le esperaba, con más amenazadora majestad. Pero creo también que nunca juez alguno estuvo tan pálido.

En cuanto a la Dama de Negro, era notorio que hacía esfuerzos inauditos por disimular el espanto que reflejaba su mirada turbada, por ocultarnos la emoción que la hacía apretar febrilmente el brazo de su joven compañero. También Robert Darzac tenía el aspecto sombrío y decidido de un hombre justiciero. Pero lo que por encima de todo contribuyó a aumentar nuestra tensión fue la aparición de papá Jacques, Walter y Mattoni en el patio del Temerario. Los tres venían armados con fusiles y fueron a colocarse en silencio ante la puerta de la Torre Cuadrada, donde recibieron de boca de Rouletabille, y con una pasividad absolutamente militar, la consigna de no dejar salir a nadie del Castillo Viejo. Mrs. Edith, en el colmo del terror, preguntó a Mattoni y a Walter, que le eran particularmente fieles, qué significaba todo aquel dispositivo y a quién iba dirigido, pero no le respondieron. Entonces ella se interpuso valerosamente entre ellos y la puerta del viejo Bob, y extendiendo los brazos como para cortar el paso, exclamó con voz ronca:

—¿Qué van a hacer? Espero que no irán a matarlo...

—No, señora —replicó sordamente Rouletabille—. Vamos a juzgarlo. Y para estar más seguros de que los jueces no serán verdugos, juraremos sobre el cadáver del señor Bernier, después de haber depositado nuestras armas, que no llevamos ninguna encima de nosotros.

Y nos condujo a la cámara mortuoria, donde la señora Bernier seguía gimiendo a la cabecera del lecho de su esposo, muerto por el raspador más viejo de la humanidad. Allí nos desembarazamos todos de nuestros revólveres y prestamos el juramento que Rouletabille nos exigía. Sólo Mrs. Edith se resistió a deshacerse del arma que Rouletabille sabía que escondía bajo sus vestidos. Pero a instancias del reportero, que le hizo comprender la conveniencia de aquella medida, acabó por consentir.

Rouletabille volvió a coger del brazo a la Dama de Negro y salió al pasillo, seguido de todos nosotros; pero en lugar de dirigirse hacia el apartamento del viejo Bob, como todos esperábamos, fue derecho a la puerta de la habitación del cuerpo de más. Y sacando la llave especial de la que ya he hablado, abrió la puerta.

Entramos en el antiguo apartamento de los señores Darzac y nos quedamos sorprendidos al ver sobre la mesa del señor Darzac el tablero de dibujo, la aguada en que estuvo trabajando, al lado del viejo Bob, en su gabinete del patio del Temerario, y también el bote de pintura roja; y dentro de él, el pincel. Por último, en el centro de la mesa se hallaba, muy oportunamente, el cráneo más viejo de la humanidad.

Rouletabille cerró la puerta con cerrojo y, bastante emocionado, nos dijo mientras lo mirábamos con estupor:

—Señoras y señores, siéntense por favor.

Tomamos asiento en las sillas que había dispuestas en torno a la mesa, presas de un creciente malestar e incluso diría de una suma desconfianza. Un secreto presentimiento nos advertía que todos aquellos objetos tan familiares para los dibujantes podían ocultar bajo su tranquila banalidad aparente las razones fulminantes del drama más temible. Y para colmo, el cráneo parecía reírse como el viejo Bob.

—Comprobarán ustedes —dijo Rouletabille— que hay una silla de más y, en consecuencia, un cuerpo de menos: es el de Mr. Arthur Rance, pero no podemos esperar más.

—¡Quizá en este momento posee la prueba de la inocencia del viejo Bob! —observó Mrs. Edith, a quien todos aquellos preparativos habían turbado más que a nadie—. ¡Ruego a la señora Darzac que se una a mí para suplicar a estos señores que no tomen ninguna decisión antes de que llegue mi marido!

La Dama de Negro no tuvo tiempo de intervenir, pues Mrs. Edith siguió hablando y en ese momento oímos unos golpes en la puerta y la voz de Arthur Rance, que gritaba:

—¡Traigo el pequeño alfiler con cabeza de rubí!

Rouletabille fue a abrirle:

—¡Arthur Rance! —dijo—. ¡Por fin!

El hombre parecía desesperado:

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué ocurre? ¿Otra desgracia? ¡Ya me ha parecido que llegaba demasiado tarde cuando he visto las puertas de hierro cerradas y he oído en la torre el oficio de difuntos! ¡Sí, he imaginado que habían ejecutado al viejo Bob!

Entretanto, Rouletabille había vuelto a cerrar la puerta con cerrojo.

—¡El viejo Bob está vivo y el señor Bernier está muerto! Siéntese, por favor —le pidió cortésmente Rouletabille.

Arthur Rance, observando con sorpresa el tablero de dibujo, el bote de pintura y el cráneo ensangrentado, preguntó:

—¿Quién lo ha matado?

Entonces se dignó advertir que su mujer estaba allí y le estrechó la mano, pero mirando a la Dama de Negro.

—¡Antes de morir, Bernier acusó a Frédéric Larsan! —respondió el señor Darzac.

—¿Quiere usted decir con eso —interrumpió vivamente Mr. Arthur Rance — que ha acusado al viejo Bob? No lo sufriré más. Es posible que yo también haya dudado de la personalidad de nuestro querido tío, ¡pero repito que les traigo el pequeño alfiler con cabeza de rubí!

¿Qué significado encerraba aquel pequeño alfiler con cabeza de rubí? Recordé que Mrs. Edith nos había contado que el viejo Bob se lo había quitado de las manos cuando ella se divertía pinchándolo la noche del drama del «cuerpo de más». Pero ¿qué relación podía haber entre el alfiler y la aventura del viejo Bob? Arthur Rance no esperó a que le preguntáramos y nos dijo que aquel alfiler había desaparecido al mismo tiempo que el viejo Bob y que acababa de encontrarlo en manos del «verdugo del mar», atando un fajo de billetes con que su tío había pagado aquella noche la complicidad y el silencio de Tullio, el cual lo había conducido en su barca ante la cueva de Romeo y Julieta y se había alejado al amanecer muy inquieto al no haber visto regresar a su pasajero.

Y Arthur Rance concluyó, triunfante:

—¡Un hombre que le da a otro hombre en su barca un alfiler con cabeza de rubí no puede estar, a la misma hora, encerrado en un saco de patatas en la Torre Cuadrada!

A lo que dijo Mrs. Edith:

—¿Y cómo se te ocurrió ir a San Remo? ¿Sabías que Tullio estaba allí?

—Recibí una carta anónima comunicándome su dirección.

—Fui yo quien se la envié —dijo tranquilamente Rouletabille, y añadió con un tono glacial—: Señores, me felicito por el pronto regreso de Mr. Arthur Rance. Ahora ya estamos reunidos en torno a esta mesa todos los habitantes del castillo de Hércules... todos aquellos para quienes mi demostración corporal de la posibilidad del cuerpo de más puede tener algún interés. ¡Les ruego que presten mucha atención!

Pero Arthur Rance le interrumpió otra vez:

—¿Qué quiere decir con eso de que «ya estamos reunidos en torno a esta mesa todos los habitantes del castillo para quienes mi demostración corporal de la posibilidad del cuerpo de más puede tener algún interés»?

—Quiero decir —declaró Rouletabille— ¡para todos aquellos entre los que podemos encontrar a Larsan!

La Dama de Negro, que aún no había dicho nada, se levantó temblando:

—¡Cómo! —gimió en un suspiro—. Entonces... ¿Larsan está entre nosotros?

—¡Estoy seguro! —dijo Rouletabille.

Hubo un silencio espantoso durante el cual no nos atrevimos a mirarnos.

El reportero prosiguió con su tono glacial:

—Estoy seguro... y es algo que no debería sorprenderla, señora, ¡pues en realidad nunca la ha abandonado a usted! En cuanto a nosotros, señores, ¿no es verdad que ese pensamiento nos abrumó a todos el día de la comida con las gafas negras en la terraza del Temerario? Si exceptuamos a Mrs. Edith, ¿quién de nosotros no sintió en aquel momento la presencia de Larsan?

—Es una pregunta que también podríamos hacer al profesor Stangerson —replicó Arthur Rance—. Puestos a razonar de ese modo, no veo por qué el profesor, que estaba en aquella comida, no se encuentra también en esta pequeña reunión.

—¡Mr. Rance!... —exclamó indignada la Dama de Negro.

—Le pido perdón —repuso un poco avergonzado el marido de Mrs. Edith—. Pero Rouletabille ha dicho «todos los habitantes del castillo de Hércules».

—El profesor Stangerson tiene su pensamiento tan lejos de nosotros —explicó Rouletabille con su hermosa solemnidad infantil—, que no necesito su cuerpo. Aunque el profesor Stangerson haya vivido a nuestro lado en el castillo, nunca ha estado «con nosotros». ¡Larsan, en cambio, nunca nos ha dejado!

Esta vez nos miramos a hurtadillas, y la idea de que Larsan pudiera estar realmente entre nosotros me pareció tan disparatada que, olvidando que no debía dirigir la palabra a Rouletabille, me atreví a decir:

—Pero en aquella comida de las gafas negras había otras personas que no veo aquí...

Rouletabille gruñó, echándome una mirada maliciosa:

—¡Otra vez el príncipe Galitch! Ya le he dicho, Sainclair, a qué tarea se dedica el príncipe en estas tierras... ¡y le juro que no le interesan en absoluto las desgracias de la hija del profesor Stangerson! Deje al príncipe Galitch con su tarea humanitaria...

—Eso —observé con bastante mala intención—, eso no es un razonamiento.

—Justamente, Sainclair, su charlatanería me impide razonar.

Pero yo estaba ya estúpidamente lanzado y, olvidando que había prometido a Mrs. Edith defender al viejo Bob, me puse a atacarle por el puro placer de pillar a Rouletabille en un renuncio; y debo decir que Mrs. Edith me guardó rencor por ello durante mucho tiempo.

—El viejo Bob —afirmé con seguridad— estaba también en la comida de las gafas negras, y usted lo descarta de entrada de sus razonamientos por causa del alfiler con cabeza de rubí. Pero ese alfiler, que está aquí para probarnos que el viejo Bob se reunió con Tullio, el cual se encontraba con su barca en la boca de una galería que comunica el mar con el pozo, ese alfiler, repito, no nos explica cómo el viejo Bob pudo, según nos ha dicho, tomar el camino del pozo, siendo así que nosotros encontramos el pozo cerrado por fuera.

—¡Usted! —dijo Rouletabille, mirándome con una severidad que me molestó—. ¡Fue usted quien lo encontró cerrado! ¡Pero yo lo había encontrado abierto! Le envié a pedir noticias a Mattoni y a papá Jacques, y cuando usted volvió, me encontró en el mismo sitio, en la Torre del Temerario, pero me había dado tiempo de ir corriendo al pozo y comprobar que estaba abierto.

—¡Y de cerrarlo otra vez! —exclamé—. ¿Por qué volvió a cerrarlo? ¿A quién quería engañar?

—¡A usted, señor mío!

Pronunció aquellas cuatro palabras con un desprecio tan aplastante, que los colores se me subieron al rostro. Me levanté. Todos los ojos se habían vuelto hacia mí, y mientras recordaba la brutalidad con que Rouletabille me había tratado hacía un momento ante el señor Darzac, ¡tuve la horrible sensación de que todos aquellos ojos sospechaban de mí y me acusaban! ¡Sí, me sentí envuelto en el atroz pensamiento general de que yo podía ser Larsan!

¡Yo, Larsan!

Los miré uno por uno. Pero Rouletabille no bajó los ojos cuando los míos le expresaron la feroz protesta de todo mi ser y mi indignación furibunda. La cólera galopaba por mis venas.

—¡Está bien! —exclamé—. Hay que acabar con esto. Si el viejo Bob está descartado, si el príncipe Galitch está descartado, si el profesor Stangerson está descartado, no quedamos más que nosotros, los que estamos encerrados en esta sala. ¡Y si Larsan está entre nosotros, muéstrelos de una vez, Rouletabille!

Y repetí con rabia, pues el jovenzuelo, con sus ojos que me traspasaban, me estaba sacando de mis casillas y haciéndome portar como un maleducado.

—¡Muéstrelo, muéstrelo de una vez! ¡Ya se está demorando como en el juicio!

—¿Y no tenía yo razones en el juicio para demorarme? —respondió sin conmoverse.

—Entonces ¿piensa dejarle escapar otra vez?

—¡No, juro que esta vez no se escapará!

¿Por qué su tono seguía siendo tan amenazador? ¿De verdad, de verdad, creía que Larsan estaba en mí? Mis ojos se encontraron con los de la Dama de Negro. ¡Ella me observaba con espanto!

—Rouletabille... —dije con la voz estrangulada—, no estará usted pensando, no estará sospechando...

En ese momento sonó un tiro de fusil cerca de la Torre Cuadrada, y todos nos sobresaltamos, recordando la consigna que el reportero había dado a los tres hombres de disparar contra cualquiera que intentara salir de la Torre Cuadrada. Mrs. Edith lanzó un grito y quiso arrojarle afuera, pero Rouletabille, que no había hecho el menor movimiento, la apaciguó.

—Si hubieran disparado contra él —dijo—, habrían disparado los tres. ¡Ese tiro no es más que una señal, la que me dice que ya puedo «comenzar»!

Y volviéndose hacia mí:

—¡Señor Sainclair, debería usted saber que yo no sospecho nunca de nada ni de nadie sin haberme apoyado previamente en «el lado bueno de la razón»! ¡Es un resistente bastón que nunca me ha fallado en el camino, y les invito a todos ustedes a que se apoyen conmigo en él! Larsan está aquí, entre nosotros, y el lado bueno de la razón se lo va a mostrar; vuelvan a sentarse todos, por favor, y no me quiten los ojos de encima, ¡pues voy a comenzar a plasmar en este papel mi demostración corporal de la posibilidad del cuerpo de más!

Fue a comprobar otra vez que los cerrojos de la puerta estaban bien echados y, volviendo a la mesa, cogió un compás.

—He querido hacer mi demostración —dijo— en el mismo lugar en que se produjo el cuerpo de más. Así será más irrefutable.

Midió con el compás el radio del círculo que representaba el espacio ocupado por la Torre del Temerario en el dibujo del señor Darzac, y trazó ese mismo círculo en un trozo de papel blanco que había fijado con chinchetas de cobre en el tablero de dibujo.

Luego dejó el compás, cogió el bote de pintura roja y preguntó al señor Darzac si reconocía su pintura. El señor Darzac, que no comprendía de todo aquello más que nosotros, respondió que, efectivamente, él había preparado aquella pintura para su aguada.

La mitad de la pintura se había secado en el fondo del bote pero, en opinión del señor Darzac, la mitad que quedaba daría sobre el papel prácticamente el mismo color que había dado en la acuarela del plano de la península de Hércules.

—¡Nadie la ha tocado! —prosiguió con mucha gravedad Rouletabille—. A esta pintura no se le ha añadido más que una lágrima. Por lo demás, verán que una lágrima más o menos en este bote no perjudicará para nada mi demostración.

Y diciendo esto, mojó el pincel en la pintura y pintó todo el espacio ocupado por el círculo que había trazado de antemano. Lo hizo con esa meticulosidad que ya me había sorprendido cuando, en la Torre del Temerario, ante mi absoluta estupefacción, no pensaba más que en pintar mientras ocurría el asesinato.

Cuando terminó, miró la hora en su enorme reloj de bolsillo y dijo:

—Como pueden ver, señoras y señores, la capa de pintura que recubre mi círculo no es ni más ni menos espesa que la que colorea el círculo del señor Darzac. Es prácticamente el mismo color.

—Sin duda —respondió el señor Darzac—, pero ¿qué significa eso?

—¡Ya lo verá! —replicó el reportero—. ¡Bueno, doy por supuesto que el autor de este plano, de esta pintura, es usted!

—¡Pues no del todo! ¡Y no fue poco el disgusto que me llevé al encontrarlo en tan deplorable estado cuando entré con ustedes en el gabinete del viejo Bob a nuestra salida de la Torre Cuadrada! ¡El viejo Bob había emborronado el dibujo al hacer rodar su cráneo sobre él!

—¡Ahí está! —subrayó Rouletabille.

Y cogió de encima de la mesa el cráneo más viejo de la humanidad. Le dio la vuelta y, mostrándole al señor Darzac la mandíbula completamente roja, le preguntó aún:

—También opina usted que el rojo que se encuentra en esta mandíbula es el mismo con que se ha impregnado de su plano, ¿no es así?

—¡No cabe la menor duda! El cráneo estaba boca arriba sobre mi plano cuando entramos en la Torre del Temerario.

—¡Bien, seguimos siendo del mismo parecer! —dijo el reportero.

Entonces se levantó, con el cráneo en el hueco del brazo, y entró en aquella hendidura del muro provista de una amplia ventana guarnecida de barrotes, que en otra época había sido tronera para cañones y que el señor Darzac había convertido en cuarto de aseo. Encendió con una cerilla un quinqué de alcohol que había en una mesilla y colocó sobre él una cacerola llena de agua. El cráneo continuó todo el tiempo en el hueco de su brazo.

Durante toda aquella extraña representación no le quitábamos los ojos de encima. Nunca la actitud de Rouletabille nos había parecido tan incomprensible, ni tan extraña, ni tan inquietante. Cuantas más explicaciones nos daba y más actuaba, menos le entendíamos. ¡Y teníamos miedo, porque sentíamos que alguno de los que estábamos allí tenía más miedo que el resto! ¿Quién podría ser? ¡Tal vez quien parecía más tranquilo!

El más tranquilo era Rouletabille, con su cráneo y su cacerola.

Pero ¡cómo! ¿Por qué retrocedemos todos repentinamente al unísono? ¿Por qué el señor Darzac, con los ojos desorbitados por un espanto nuevo, por qué la Dama de Negro, por qué Mr. Arthur Rance, por qué yo mismo reprimimos un grito, un nombre que expira en nuestros labios? ¡Larsan!

Pero ¿dónde lo hemos visto? ¿Dónde lo hemos descubierto esta vez, estando como estamos mirando a Rouletabille? ¡Ah, ese perfil en medio de la sombra roja de la noche que empieza a caer sobre nosotros, esa frente en el fondo de la tronera que viene a ensangrentar el crepúsculo, como en la mañana del crimen la sangrienta aurora vino a enrojecer estas paredes! ¡Oh, esa mandíbula dura y voluntariosa, que se redondeaba hace un rato como una

figura suave, un poco amarga, pero encantadora, en medio de la luz del día, ahora se recorta malvada y amenazadora sobre la pantalla del anochecer! ¡Cómo se parece Rouletabille a Larsan! ¡Cómo en ese momento se parece a su padre! ¡Es Larsan!

Otra vez emocionado al oír el gemido de su madre, Rouletabille sale del marco fúnebre en que se nos ha aparecido con figura de bandido y viene hasta nosotros convertido otra vez en Rouletabille. Aún seguimos temblando. Mrs. Edith, que no ha visto nunca a Larsan, no puede comprenderlo. Me pregunta:

—¿Qué está pasando?

Rouletabille está ahí, delante de nosotros, con el agua caliente en la cacerola, una toalla y el cráneo. Y limpia el cráneo.

Ya está. La pintura ha desaparecido. Nos lo hace comprobar. Entonces, situándose delante de la mesa, queda en muda contemplación delante de su propia acuarela. Eso le habrá llevado por lo menos diez minutos, durante los cuales nos ha ordenado con una seña que guardáramos silencio..., diez minutos realmente impresionantes... ¿Qué está esperando? De pronto coge el cráneo con la mano derecha y, con el gesto familiar de los jugadores de bolos, lo hace rodar varias veces sobre su aguada; luego nos enseña el cráneo y nos invita a comprobar que no tiene ninguna huella de pintura roja. Rouletabille saca de nuevo su reloj.

—La pintura está seca ya en el plano —dice—. Se ha secado en un cuarto de hora. El día 11 vimos entrar en la Torre Cuadrada, A LAS CINCO, al señor Darzac, que venía de fuera. Pues bien, el señor Darzac nos ha dicho que después de haber entrado en la Torre Cuadrada y de haber echado los cerrojos de su habitación, no volvió a salir hasta que vinimos a buscarlo pasadas las seis. Por lo que respecta al viejo Bob, lo vimos entrar en la Torre Redonda A LAS SEIS, ¡con el cráneo virgen de pintura!

»Entonces, ¿cómo es posible que esta pintura, que sólo tarda un cuarto de hora en secarse, estuviera aquel día lo suficientemente fresca, más de una hora después de que el señor Darzac la dejase, para manchar el cráneo del viejo Bob, que en un arrebato de cólera lo había hecho rodar sobre la aguada al entrar en la Torre Redonda? No hay más que una explicación, y les desafío a que encuentren otra, y es que el señor Darzac que entró en la Torre Cuadrada A LAS CINCO, y al que nadie vio salir, no es el mismo que el que había estado pintando en la Torre Redonda, antes de la llegada del viejo Bob, A LAS SEIS, con el cual nos encontramos nosotros en la habitación de la Torre Cuadrada sin haberlo visto entrar y con el que salimos después... En una palabra: ¡que no es el mismo que el señor Darzac que está aquí, presente ante nosotros! EL LADO BUENO DE LA RAZÓN NOS DICE QUE HAY DOS MANIFESTACIONES DE DARZAC.

Y Rouletabille miró al señor Darzac.

Éste, como todos nosotros, estaba aún bajo el golpe de la luminosa demostración del joven reportero. Nos encontrábamos divididos entre un espanto nuevo y una admiración sin límites. ¡Qué claro estaba todo lo que decía Rouletabille! ¡Claro y espeluznante! Una vez más encontramos allí la marca de su prodigiosa, lógica y matemática inteligencia.

El señor Darzac exclamó:

—Así se explica que él pudiera entrar en la Torre Cuadrada con un disfraz que le daba sin duda mi misma apariencia, y que pudiera esconderse en el armario, de suerte que yo no lo viera cuando poco después vine aquí a despachar mi correspondencia tras salir de la Torre del Temerario, donde había dejado la aguada. Pero ¿cómo le abrió el señor Bernier?

—¡De la forma más sencilla! —replicó Rouletabille, que había cogido la mano de la Dama de Negro entre las suyas como si quisiera darle ánimo—. ¡Porque el señor Bernier creyó que era usted!

—Claro, así se explica que cuando yo llegué a mi puerta sólo tuve que empujarla. El señor Bernier creía que yo estaba dentro.

—¡Exacto! ¡Magistralmente razonado! —concedió Rouletabille—. Y el señor Bernier, que había abierto a la primera manifestación Darzac, no tuvo que ocuparse de la segunda, porque no la vio, como tampoco la vimos nosotros. Usted llegó ciertamente a la Torre Cuadrada en el momento en que el señor Bernier se hallaba con nosotros en el parapeto, examinando las extrañas gesticulaciones del viejo Bob, que estaba hablando con Mrs. Edith y el príncipe Galitch a la entrada de la Barma Grande.

—Pero entonces —preguntó el señor Darzac—, ¿cómo es que la señora Bernier, que estaba en la portería, no me vio y no se extrañó de ver entrar por segunda vez al señor Darzac sin haberlo visto salir?

—Imagínese —repuso el reportero con una triste sonrisa—, imagínese, señor Darzac, que la señora Bernier en aquel momento en que usted pasaba..., es decir, en que la segunda manifestación Darzac pasaba, estaba recogiendo un saco de patatas que yo había vaciado en el suelo... y estará usted en lo cierto.

—¡Bueno, pues puedo felicitarle de hallarme todavía en este mundo!

—¡Felicítese, señor Darzac, felicítese!

—¡Tiemblo sólo de pensar que en cuanto entré eché los cerrojos, como le dije, y que me puse a trabajar con aquel bandido a la espalda! ¡Dios mío, hubiera podido matarme sin resistencia!

Rouletabille avanzó hacia el señor Darzac.

—¿Por qué no lo hizo? —le preguntó, mirándole a los ojos.

—¡Sabe usted perfectamente que estaba esperando a alguien!

Y el señor Darzac volvió su cara dolorosa hacia la Dama de Negro.

Rouletabille estaba ahora junto al señor Darzac. Le puso las manos en los hombros.

—Señor Darzac —dijo con una voz que había vuelto a hacerse clara y llena de bravura—, tengo que confesarle una cosa. Cuando comprendí cómo se había introducido el «cuerpo de más» y constaté que usted no hacía nada por desengañarnos en lo referente a la hora de las cinco, la hora en que creíamos, en que todo el mundo, menos yo, creía que usted había entrado en la Torre Cuadrada, ¡estaba en mi perfecto derecho de sospechar que el bandido no era el que había entrado a las cinco en la Torre Cuadrada bajo el disfraz de Darzac! ¡Por el contrario, pensé que aquel Darzac bien podía ser el verdadero y que el falso era usted! ¡Ah, mi querido señor Darzac, cómo sospeché de usted!

—¡Pero eso es una locura! —exclamó el señor Darzac—. ¡Si no dije la hora exacta en que entré en la Torre Cuadrada es porque aquella hora estaba algo confusa en mi memoria y no le concedí ninguna importancia!

—De tal suerte, señor Darzac —continuó Rouletabille sin hacer caso de las interrupciones de su interlocutor, ni de la emoción de la Dama de Negro y tampoco de la actitud de todos nosotros, más horrorizada que nunca—, de tal suerte que el verdadero Darzac, que venía de fuera para recobrar el sitio que usted le había robado (¡en mi imaginación, señor Darzac, en mi imaginación, tranquilícese!), ¡habría sido reducido, gracias a los oscuros cuidados de usted y con la ayuda harto fiel de la Dama de Negro, habría sido reducido, digo, al perfecto estado de no volver a perjudicar su audaz empresa! ¡De tal suerte, señor Darzac, que pude pensar que usted era Larsan y el hombre que fue metido en el saco era Darzac! ¡Vaya imaginación la mía, señores! ¡Qué inaudita sospecha!

—¡Bah! —replicó sordamente Darzac—. ¡Aquí todos hemos sospechado de todos!

Rouletabille le dio la espalda, se metió las manos en los bolsillos y, dirigiéndose a Mathilde, que parecía a punto de desmayarse ante el horror de la imaginación de Rouletabille, dijo:

—¡Ánimo, señora, sólo un poco más!

Y entonces, con aquella voz «subida de tono» que tan bien le conocía yo, aquella voz de profesor de matemáticas exponiendo o resolviendo un teorema, continuó:

—Vea usted, señor Darzac: había dos manifestaciones Darzac... Para saber cuál era la verdadera y cuál la que escondía a Larsan... mi deber, el que me indicaba el lado bueno de mi razón, consistía en examinar sin escrúpulo ni reproche, una tras otra, esas dos manifestaciones... ¡con total imparcialidad! Y comencé por usted.

El señor Darzac perdió la paciencia:

—Bueno, ya está bien. ¡Puesto que ya no sospecha de mí, dígame de una vez quién es Larsan! ¡Se lo exijo!

—¡Sí, dígalo de una vez! —le exigimos todos, rodeándolo.

Mathilde se precipitó sobre su hijo y lo cubrió con su cuerpo como si estuviera amenazado. Pero aquella escena había durado ya demasiado y nos tenía exasperados.

—¡Si lo sabe, que lo diga! ¡Y acabemos de una vez! —gritó Arthur Rance.

De pronto, mientras recordaba haber oído ya los mismos gritos de impaciencia en la sala de audiencia, un nuevo disparo resonó fuera, y nos quedamos todos tan sobrecogidos, que nuestra cólera se derrumbó de golpe y rogamos a Rouletabille que pusiera fin lo antes posible a aquella situación intolerable. A decir verdad, en aquel momento todos le suplicábamos a cuál más, ¡como si quisiéramos probar a los demás, y quizá también a nosotros mismos, que no éramos Larsan!

Cuando se oyó el segundo disparo, a Rouletabille se le transformó el rostro; todo su ser parecía vibrar con una energía feroz. Abandonando el tono socarrón con que le había hablado al señor Darzac y que nos había minado el ánimo a todos, apartó suavemente a la Dama de Negro, que se obstinaba en querer protegerlo, se apoyó en la puerta con los brazos cruzados y dijo:

—Verán, en un caso como éste no hay que descuidar ningún detalle. ¡Dos manifestaciones Darzac entrando y dos manifestaciones Darzac saliendo, una de ellas en el saco! ¡Un asunto realmente embrollado! Y ahora, señor Darzac, permítame decirle que ¡tenía cien razones para sospechar de usted!

Entonces pensé yo: «¡Qué mala suerte que no hubiera confiado en mí! ¡Le habría ahorrado el trabajo y le habría hecho “descubrir Australia”!».

El señor Darzac se plantó ante el reportero y le espetó con una rabia creciente:

—¡Dígame qué razones! ¡Qué razones!

—Se las diré, amigo mío —dijo el reportero con una calma suprema—. Lo primero que pensé cuando analicé las peculiaridades de la manifestación Darzac que le toca a usted fue: «¡Bah! ¡Si fuera Larsan, la señora Darzac se

habría dado cuenta!». Evidente, ¿no le parece? Pues bien, tras observar concienzudamente el comportamiento de la que, del brazo de usted, se convirtió en señora Darzac, acabé por convencerme de que ella sospechó todo el tiempo que usted era Larsan.

Mathilde, que había vuelto a desplomarse en una silla, encontró fuerzas para levantarse y protestar.

En cuanto al señor Darzac, su rostro parecía más devastado que nunca por el sufrimiento. Se sentó, diciendo a media voz:

—¿Es posible que hayas pensado eso, Mathilde?

Mathilde bajó la cabeza y no respondió.

Rouletabille, con una crueldad implacable, y a mi juicio inexcusable, continuó:

—Al recordar todos los gestos de la señora Darzac, después de su retorno de San Remo, veo en cada uno de ellos la expresión del terror que sentía a dejar escapar el secreto de su miedo, de su perpetua angustia. ¡Ah, déjeme hablar, señor Darzac..., tengo que explicarme, para que todo el mundo se explique! ¡Estamos «despejando la situación»! Nada era entonces natural en la forma de ser de la señorita Stangerson. La misma precipitación con que accedió a apresurar la ceremonia nupcial demostraba su deseo de arrojar el tormento de su espíritu. ¡Cuán claramente decían entonces sus ojos, de los que todavía me acuerdo: «¿Es posible que siga viendo a Larsan por todas partes, incluso en el que está a mi lado, que me conduce al altar, que me lleva consigo?»!

»Ya en la estación lanzó un adiós desgarrador. Ya gritaba: “¡Socorro!”. ¡Socorro contra ella, contra su pensamiento! ¿Y acaso también contra usted? Pero no se atrevía a exponer su pensamiento a nadie, porque tenía miedo de que le dijeran...

Rouletabille se inclinó al oído del señor Darzac y le dijo murmurando, no tan bajo como para que yo no lo oyera, pero sí lo suficiente para que Mathilde no captara las palabras que salían de su boca:

—¡Que estaba volviéndose loca!

Y retrocediendo un poco prosiguió:

—¡Así que ahora ya debe usted de comprenderlo todo, mi querido señor Darzac! Aquella extrema frialdad con que le trataba a usted; y también, a veces, la culpabilidad y los remordimientos que le acometían por haber dudado de usted, que en su incesante vacilación la empujaban a prodigarle por momentos de las más delicadas atenciones... En fin, permítame que le diga que yo mismo le he visto a veces tan sombrío, que he llegado a pensar que

usted había descubierto que la señora Darzac, cuando lo miraba, cuando le hablaba, cuando se callaba, ¡en el fondo tenía siempre presente el pensamiento de Larsan! Por consiguiente, entendámonos bien, no era la idea de «que la hija del profesor Stangerson se había dado cuenta de ello» la que podía alejar mis sospechas, puesto que, muy a su pesar, ¡igualmente se daba cuenta! ¡No, no fue por eso! ¡Mis sospechas se alejaron por otro motivo!

—Podrían haberlo hecho —replicó irónico y desesperado el señor Darzac—, podrían haberlo hecho por la sencilla razón de que, si yo hubiera sido Larsan, poseyendo a la señorita Stangerson, convertida en mi mujer, ¡tendría todo el interés en que ella siguiera creyendo en la muerte de Larsan! ¡Y yo no me habría resucitado a mí mismo como Larsan! ¿No estaba claro que el día en que Larsan volviera al mundo yo habría perdido a Mathilde para siempre?

—¡Perdón, señor, perdón! —se disculpó Rouletabille, que se había puesto más blanco que la cal—. Otra vez abandona usted, si me es lícito decirlo, el lado bueno de la razón. ¡Porque él nos indica lo contrario de lo que usted cree ver! Lo que yo veo es esto: ¡si usted tiene una mujer que cree o está cerca de creer que usted es Larsan, todo el interés de usted residirá en mostrarle que Larsan existe fuera de usted!

Al oír esto, la Dama de Negro se deslizó contra la pared, llegó jadeando hasta Rouletabille y devoró con la mirada la cara del señor Darzac, que se había puesto pétrea. Por lo que respecta a nosotros, estábamos tan afectados por la novedad e irrefutabilidad del razonamiento de Rouletabille, que deseábamos ardientemente conocer la continuación y saber hasta dónde podía llegar una hipótesis tan formidable. El joven continuó, imperturbable.

—Pero si tenía interés en mostrarle que Larsan existía fuera de usted, hay un caso en que ese interés se transformaba en una necesidad inmediata. Imagínese..., y digo «imagínese», mi querido señor Darzac, que usted hubiera resucitado realmente a Larsan, una vez, una sola, sin querer, dentro de usted, a los ojos de la hija del profesor Stangerson, ¡y así se encuentra de pronto en la necesidad, digo bien, en la necesidad de resucitarlo de nuevo, pero siempre fuera de usted..., para probar a su mujer que el Larsan resucitado no está dentro de usted! ¡Ah, cálmese, se lo ruego! ¡Ya le he dicho que mis sospechas han desaparecido definitivamente! Lo menos que podemos hacer es divertirnos razonando un poco, después de las angustias pasadas, en que parecía no haber lugar para ningún razonamiento. Vea, pues, adónde me veo obligado a llegar al considerar como realizada la hipótesis (son los procedimientos matemáticos que usted conoce mejor que yo, usted que es un sabio), al considerar, repito, como realizada la hipótesis de la manifestación Darzac que es usted ocultando a Larsan. ¡Así pues, en mi razonamiento usted es Larsan! Y ahora me pregunto yo qué pudo suceder en la estación de Bourg para que usted apareciera en el estado de Larsan a los ojos de su mujer. El

hecho de la resurrección es innegable. Existe. ¡En ese momento no puede explicarse más que por su voluntad de ser Larsan!

El señor Darzac permanecía mudo.

—Como dice usted —prosiguió Rouletabille—, debido a esa resurrección, la felicidad se le escapa. Entonces, si esa resurrección no puede ser voluntaria, no tiene más que una razón de ser, una razón ¡accidental! Eso lo aclara todo. Oh, le he dado muchas vueltas al incidente de Bourg... Sigo razonando, no se asuste. Está usted en Bourg, en el restaurante. Usted cree que su mujer, como ella le ha dicho, le espera fuera de la estación. Después de terminar su correspondencia, siente la necesidad de ir a su compartimento a arreglarse un poco, a echar la ojeada del maestro en camuflajes sobre su disfraz. Usted piensa: unas pocas horas más de comedia y, una vez pasada la frontera, en un lugar donde ella será completamente mía, definitivamente mía..., abajo la máscara, pues, pese a todo, la máscara le pesa; tanto es así, que al llegar al compartimento decide tomarse unos minutos de descanso. Se alivia de esa barba mentirosa y de las gafas, y en ese momento se abre la puerta del compartimento... Su mujer, horrorizada, al ver aquella cara sin barba en el espejo, la cara de Larsan, huye despavorida lanzando un grito de espanto. ¡Ah, usted comprende el peligro! Sabe que está perdido si inmediatamente su mujer no ve a Darzac, su marido, en otra parte. ¡Se pone rápidamente la máscara, baja por la ventana del compartimento, cruza la vía por el lado opuesto al del andén y llega al restaurante antes que su mujer, que corre a buscarlo! Ella le encuentra de pie. Ni siquiera ha tenido tiempo de sentarse. ¿Todo está salvado? ¡Desgraciadamente no! Su desgracia no ha hecho más que comenzar. Pues el atroz pensamiento de que usted pueda ser a la vez Darzac y Larsan no la abandona. En el andén de la estación, al pasar bajo una farola de gas, ella le mira, le suelta la mano y se lanza como una loca a la oficina del jefe de estación. ¡Ah, ya ha comprendido usted! Hay que alejar de inmediato ese pensamiento abominable. Sale usted de la oficina y cierra precipitadamente la puerta, ¡y también finge que acaba de ver a Larsan! Para tranquilizarla, y también para engañarnos, en el caso de que ella se atreviera a desvelarnos su pensamiento, ¡es usted el primero en avisarme, en enviarme un telegrama! ¡Qué nítida se presenta ahora su conducta! No puede usted negarle el deseo de reunirse con su padre. ¡Ella se iría sin usted! Y como todavía no hay nada perdido, tiene usted la esperanza de recobrarlo todo. Durante el viaje su mujer continúa debatiéndose entre la fe y el terror. Ella le entrega su revólver, en una especie de delirio de su imaginación, que podría resumirse en esta frase: «¡Si es Darzac, que me defienda! ¡Si es Larsan, que me mate! ¡Porque así dejaré de no saber a qué atenerme!». En las Rochers Rouges la siente otra vez tan alejada de usted, que para reprochárselo volverá a mostrarle a Larsan. ¡Ya ve usted, mi querido señor Darzac, lo bien que encajaba todo en mi pensamiento! Y hasta su aparición de Larsan en Menton, durante su viaje de Darzac a

Cannes mientras iba a nuestro encuentro, podía explicarse todo de la forma más sencilla. Usted habría cogido el tren ante sus amigos en Menton-Garavan, pero se bajó en la estación siguiente, que es la de Menton, y allí, tras una corta estancia necesaria en su guardarropa urbano, se apareció en el estado de Larsan a sus mismos amigos que habían ido paseándose hasta Menton. El tren siguiente le llevaría a Cannes, donde nos encontraríamos. Sólo que, como aquel día tuvo usted el disgusto de oír de boca de Arthur Rance, que también había ido a Niza a nuestro encuentro, que aquella vez la señora Darzac no había visto a Larsan y que su exhibición de la mañana no había servido de nada, ¡se vio obligado a mostrarle aquella misma tarde a Larsan, bajo las propias ventanas de la Torre Cuadrada, ante las que pasaba la barca de Tullio! ¡Ya ve usted, mi querido señor Darzac, cómo las cosas aparentemente más complicadas se convertirían de golpe en sencillas y lógicamente explicables, si por casualidad mis sospechas llegaran a confirmarse!

Al oír aquellas palabras yo, que, sin embargo, había visto y tocado a Australia, no pude menos de estremecerme al mirar a Robert Darzac como se mira a un pobre hombre a punto de convertirse en víctima de algún horrible error judicial. Y, a mi alrededor, todos los demás se estremecieron igualmente por él, pues los argumentos de Rouletabille eran tan terriblemente posibles, que todos nos preguntábamos cómo, después de haber establecido tan bien la posibilidad de su culpabilidad, se las arreglaría para poder demostrar su inocencia. Robert Darzac, después de haber mostrado la más sombría agitación, se calmó un poco al escuchar al joven, y me pareció que abría esos ojos asombrados, extravagantes, de mirada perturbada, pero muy interesada, que tienen los acusados en el banco de la audiencia cuando oyen al fiscal pronunciar una de esas formidables requisitorias ¡que los convencen a ellos mismos de un crimen que a veces no han cometido! La voz con que consiguió pronunciar las palabras siguientes no era ya una voz de cólera, sino de curioso espanto, la voz de un hombre que se dice: «¡Santo Dios, de qué peligro he logrado librarme sin saberlo!».

—Pero si ya no tiene usted esas sospechas —dijo, recobrando la calma—, me gustaría saber, después de todo lo que acaba de decirme, qué fue lo que pudo alejarlas.

—¡Para alejarlas sólo me hacía falta una certeza! ¡Una prueba simple, pero absoluta, que me indicara de una forma deslumbrante cuál de las dos manifestaciones Darzac era Larsan! Por suerte, esa prueba me la aportó usted a la misma hora en que cerró el círculo, ¡el círculo en el que se había hallado «el cuerpo de más»!, el día en que, tras haber afirmado (cosa que era verdad) que había echado los cerrojos del apartamento nada más entrar en la habitación, ¡nos mintió usted al no desvelarnos que había entrado en esta habitación hacia las seis y no a las cinco, como el señor Bernier decía y como

nosotros mismos habíamos podido comprobar! ¡Entonces éramos usted y yo los únicos que sabíamos que el Darzac de las cinco, del que todos hablábamos como de usted mismo, no era usted! ¡Y usted no dijo nada! ¡Y no finja que no concedía ninguna importancia a ese detalle, puesto que esa hora se lo explicaba todo a usted, esa hora decía que un Darzac distinto de usted, el verdadero, había venido a la Torre Cuadrada a esa hora! De ese modo, después de su falso asombro, ¡cómo se callaba usted! ¡Su silencio nos mintió! ¡Y qué interés habría tenido el verdadero Darzac en ocultar que otro Darzac, que bien podía ser Larsan, había venido antes que usted a esconderse en la Torre Cuadrada! ¡Sólo Larsan tenía interés en ocultarnos que había otro Darzac distinto de él! DE LAS DOS MANIFESTACIONES DARZAC, LA FALSA ERA NECESARIAMENTE LA QUE MENTÍA. ¡Esa certidumbre fue la que alejó definitivamente mis sospechas! ¡LARSAN ERA USTED, Y EL HOMBRE QUE ESTABA EN EL ARMARIO ERA DARZAC!

—¡Miente! —aulló, saltando sobre Rouletabille aquel que yo no podía creer aún que fuera Larsan.

Pero nos interpusimos, y Rouletabille, que no había perdido la calma, extendió el brazo y dijo:

—¡Y todavía está!

¡Escena indescriptible! ¡Momento inolvidable! Al gesto de Rouletabille, la puerta del armario fue empujada por una mano invisible, como sucedió la terrible noche que había visto el misterio del «cuerpo de más».

¡Y apareció el «cuerpo de más» en persona! Clamores de sorpresa, de entusiasmo y de horror llenaron la Torre Cuadrada. La Dama de Negro lanzó un grito desgarrador:

—¡Robert! ¡Robert! ¡Robert!

Era un grito de alegría. Ante nosotros había dos Darzac, tan parecidos el uno al otro, que cualquiera que no fuera la Dama de Negro hubiera podido equivocarse. Pero su corazón no la engañó, aun admitiendo que su razón, después de la curiosa y triunfante argumentación de Rouletabille, hubiera podido vacilar todavía. Con los brazos extendidos iba hacia la segunda manifestación Darzac que descendía del armario fatal. ¡El rostro de Mathilde irradiaba una vida nueva! Sus ojos, sus tristes ojos, cuya mirada extraviada había visto yo tantas veces en torno al otro, miraban fijamente a éste con una alegría magnífica, pero tranquila y segura. ¡Era él! ¡Era el que ella creía perdido, y que había intentado buscar en el rostro del otro, pero sin poder encontrarlo, y que ella achacó durante días y noches a su propia y miserable locura!

Por lo que respecta al hombre que hasta el último minuto yo no había

podido creer culpable, el hombre feroz que, desenmascarado y acorralado, veía de pronto erguirse frente a él la prueba viviente de su crimen, intentó aún uno de esos gestos que con tanta frecuencia le habían salvado. Rodeado por todas partes, intentó la huida. Entonces comprendimos la audaz comedia que venía representando desde hacía unos minutos. No teniendo ya ninguna duda sobre el desenlace de la discusión que mantenía con Rouletabille, había tenido ese increíble dominio de sí mismo para no dejar traslucir nada, y de ahí aquella habilidad última para estirar a placer una argumentación, al final de la cual sabía que encontraría su perdición, pero durante la cual quizá descubriría los medios para huir. Y maniobró tan bien, que en el momento en que avanzábamos hacia el «otro» Darzac, ¡no pudimos impedir que se arrojara de un salto al cuarto que había servido de habitación a la señora Darzac y que cerrara violentamente la puerta con una rapidez fulminante! Nos dimos cuenta de que había desaparecido cuando era demasiado tarde para desbaratar su treta. Rouletabille, durante la escena precedente, no había pensado más que en guardar la puerta del pasillo y no se había fijado en que cada movimiento que hacía el falso Darzac, a medida que iba quedando convicto de impostura, lo acercaba a la habitación de la señora Darzac. El reportero no concedía ninguna importancia a tales movimientos, sabiendo que aquella habitación no ofrecía ninguna salida para la huida de Larsan. Sin embargo, cuando el bandido estuvo detrás de la puerta que cerraba su último refugio, nuestra confusión aumentó. Parecía como si de pronto nos hubiéramos vuelto todos locos. ¡Golpeábamos, gritábamos y pensábamos en todas las genialidades de sus inexplicables evasiones!

—¡Se va a escapar! ¡Se nos va a escapar otra vez!

Arthur Rance era el más desesperado de todos. Mrs. Edith estaba triturándose el brazo con mano nerviosa, excitada e impresionada por la escena. Nadie prestaba atención a la Dama de Negro ni a Robert Darzac, que, en medio de aquella tempestad, parecían haber olvidado hasta el ruido que hacíamos a su alrededor. No decían palabra, pero se miraban como si descubrieran un mundo nuevo, el mundo del amor. Y es que, gracias a Rouletabille, acababan de encontrarlo.

Éste abrió la puerta del pasillo y llamó a los tres criados, que llegaron con sus fusiles. Pero hacían falta hachas. La puerta era sólida y estaba cerrada con gruesos cerrojos. Papá Jacques fue a buscar una viga que nos sirvió de ariete. Todos nos pusimos a ello y, finalmente, vimos que la puerta cedía. Nuestra ansiedad llegaba al colmo. En vano nos repetíamos que íbamos a entrar en una habitación donde no había más que paredes y barrotes. Nos lo esperábamos todo, o mejor dicho, nada, obsesionados por la idea de la escapada, la desaparición, el vuelo, o la disociación de la materia de Larsan.

En cuanto la puerta comenzó a ceder, Rouletabille ordenó a los criados que

volvieran a coger los fusiles, con la consigna, sin embargo, de no utilizarlos más que en el caso extremo de que fuera imposible apoderarse de él vivo. Luego dio un último golpe con el hombro, y la puerta finalmente cedió. Él fue el primero en entrar a la estancia.

Nosotros le seguimos. Y en el umbral, detrás de él, todos nos detuvimos llenos de estupefacción. ¡Para empezar, Larsan estaba allí! ¡Dios mío, ahora sí era visible! Estaba tranquilamente sentado en un sillón, y nos miraba con sus grandes ojos tranquilos y fijos. Tenía los brazos apoyados en los del sillón y la cabeza en el respaldo. Parecía que nos concediera audiencia, dispuesto a escuchar nuestras peticiones. Incluso creí distinguir una ligera sonrisa irónica en sus labios.

Rouletabille avanzó un poco más:

—Larsan... —dijo—, ¿se rinde?

Pero Larsan no respondió.

Entonces Rouletabille le tocó la mano y el rostro y nos dimos cuenta de que estaba muerto.

Rouletabille nos señaló entonces con su dedo el chatón abierto de una sortija que debía de haber contenido en su interior un veneno fulminante.

Arthur Rance escuchó los latidos de su corazón y declaró que todo había terminado.

Tras esto, Rouletabille nos rogó que saliéramos de la Torre Cuadrada y que nos olvidáramos del muerto.

—Yo me encargaré de todo —dijo gravemente—. ¡Era un cuerpo de más y nadie notará su desaparición!

Y dio a Walter una orden que tradujo Arthur Rance:

—¡Walter, tráigame «el saco del cuerpo de más»!

Luego hizo un gesto que todos comprendimos y le dejamos solo con el cadáver de su padre.

El señor Darzac se sintió mal de pronto y lo llevamos al salón del viejo Bob. Pero era sólo una debilidad pasajera, y en cuanto abrió los ojos sonrió a Mathilde, que inclinaba sobre él su bello rostro, en el que se leía el miedo a perder un esposo en el mismo momento en que, por un concurso de circunstancias que aún seguían siendo misteriosas, acababa de encontrarlo. La convenció de que no corría ningún peligro y le rogó que saliera del cuarto un momento junto a Mrs. Edith. Cuando las dos mujeres nos hubieron dejado, Mr. Arthur Rance y yo intentamos reanimarlo para que nos revelara los pormenores de su curioso estado de salud. Pues, cabía preguntarse, ¿cómo un

hombre que todos habíamos creído muerto y que había sido encerrado en un saco, agonizante, podía surgir vivo otra vez del armario? Cuando le abrimos la ropa y le quitamos el vendaje que ocultaba la herida de su pecho, para volver a ponérselo bien, supimos que la herida, por una casualidad no tan rara como pudiera creerse, tras haber provocado un coma casi inmediato, no presentaba ninguna gravedad. La bala que había herido a Darzac en la lucha feroz que sostuvo con Larsan le había dado en el esternón, causando una fuerte hemorragia externa y sacudiendo dolorosamente todo el organismo, pero sin suspender ninguna de las funciones vitales.

Se han visto heridos de este tipo paseándose entre los vivos unas horas después de haber creído asistir a sus últimos momentos. Y yo mismo recordé —cosa que acabó de tranquilizarme— la aventura de un buen amigo mío, el periodista L., el cual nada más acabar de batirse en duelo con el músico V., se maldecía a sí mismo por haber matado a su adversario de un tiro en el pecho, sin haberle dado tiempo siquiera a disparar. De pronto, el muerto se levantó y alojó una bala en el muslo de mi amigo, a consecuencia de la cual estuvieron a punto de amputarle la pierna y que lo retuvo largos meses en cama. En cuanto al músico, que había vuelto a caer en coma, al día siguiente salió a pasear por el bulevar. También él, como Darzac, había sido herido en el esternón.

Tras terminar de vendar a Darzac, papá Jacques fue a cerrar la puerta del salón, que se había quedado entreabierta, y me preguntaba la razón que habría empujado al buen hombre a tomar aquella precaución, cuando oímos en el pasillo un ruido como de un cuerpo arrastrado por el suelo. ¡Pensé en Larsan, en el saco del «cuerpo de más», y en Rouletabille!

Dejé a Arthur Rance al lado del señor Darzac y corrí a la ventana. No me había equivocado; vi aparecer en el patio el siniestro cortejo.

Era casi de noche. Una oscuridad propicia lo envolvía todo. Sin embargo, distinguí a Walter de centinela bajo la poterna del Jardinero. Miraba hacia la baille, dispuesto evidentemente a cerrar el paso a todo el que intentase entrar en el patio del Temerario...

Vi a Rouletabille y a papá Jacques, que se dirigían hacia el pozo, dos sombras inclinadas sobre otra sombra, que yo conocía perfectamente y que una noche de horror había contenido otro cuerpo. El saco parecía pesado. Lo levantaron hasta el brocal del pozo. La tapa que lo cerraba había sido echada a un lado. Rouletabille saltó al brocal y entró en el pozo sin vacilar..., parecía conocer el camino. Poco después se hundió y desapareció su cabeza. Entonces papá Jacques levantó el saco y se inclinó sobre el brocal, sosteniendo aún el saco que yo ya no veía. Luego se enderezó y volvió a cerrar el pozo, poniendo cuidadosamente la tapa y fijando los herrajes: éstos hicieron un ruido que me recordó al que tanto me había intrigado la noche en que, antes del

descubrimiento de Australia, me lancé sobre una sombra que desapareció de repente, y en que me di de narices contra la puerta cerrada del Castillo Nuevo.

Quiero ver... hasta el último minuto, quiero saber... ¡Aún hay muchas cosas inexplicables que me inquietan! Tengo la parcela más importante de la verdad, pero no la verdad completa o, mejor dicho, me falta alguna cosa que explicaría la verdad...

He salido de la Torre Cuadrada y he vuelto a mi habitación del Castillo Nuevo, me he acercado a la ventana y mi mirada se ha hundido profundamente en las sombras que cubren el mar. Noche cerrada, tinieblas celosas. Nada. Me esfuerzo por oír, pero ni siquiera percibo el ruido de los remos en el agua.

De pronto, lejos, muy lejos..., en todo caso me parece que aquello ocurría muy lejos en el mar, en el horizonte..., o mejor, frente al horizonte, quiero decir, en esa estrecha banda roja que decoraba la noche, el único recuerdo que nos quedaba del sol...

Algo entró en aquella estrecha banda roja, algo oscuro y pequeño, pero como yo no veía más que aquello, me pareció enorme y formidable. Era la sombra de una barca que se deslizaba con un movimiento casi automático sobre el agua, luego se detuvo, y vi levantarse la sombra de Rouletabille. Lo distinguí, lo reconocí como si hubiera estado a diez metros de mí. Sus menores gestos se recortaban con una precisión fantástica sobre la banda roja... ¡Oh, no fue largo! Se inclinó y volvió a levantarse de inmediato elevando un fardo que se confundía con él... Luego, el fardo se deslizó dentro de la oscuridad y la pequeña sombra del hombre reapareció ya sola, volvió a inclinarse, se curvó, se quedó así un instante inmóvil, y luego se desplomó en la barca, que recobró su deslizarse automático, hasta que salió completamente de la banda roja, y la banda roja desapareció también...

Rouletabille acababa de confiar a las aguas de Hércules el cadáver de Larsan.

Epílogo

¡Niza, Cannes, Saint Raphaël, Toulon...! Ante mí veo desfilar sin pesar todas las etapas de mi viaje de regreso. A la mañana siguiente de tantos horrores, siento prisa por abandonar la Provenza, volver a París, sumergirme en mis tareas, y también, y sobre todo, siento prisa por encontrarme cara a cara con Rouletabille, que se ha encerrado a dos pasos de mí con la Dama de Negro. Hasta el último minuto; es decir, hasta Marsella, donde se separarán, no quiero turbar sus dulces, tiernas o desesperadas confidencias, sus proyectos

para el futuro, sus últimos adioses. Pese a todos los ruegos de Mathilde, Rouletabille ha preferido marcharse, emprender el camino a París y a su periódico. Él tiene la facultad de saber desaparecer. La Dama de Negro no puede convencer a Rouletabille; él ha dictado sus condiciones. Quiere que el señor y la señora Darzac prosigan su viaje de bodas como si en las Rochers Rouges no hubiera pasado nada extraordinario. No es el mismo Darzac que lo comenzó; otro Darzac terminará ese feliz viaje, pero para todo el mundo Darzac habrá sido el mismo sin solución de continuidad. El señor y la señora Darzac están casados. La ley civil los une. En cuanto a la ley religiosa, siempre se podrá llegar a un arreglo con el Papa, como dice Rouletabille, y en Roma hallarán los medios de regularizar su situación si se demuestra que ella los necesita para apaciguar los escrúpulos de su conciencia. ¡Que los señores Darzac sean felices, definitivamente felices: se lo tienen bien ganado...!

Y quizá nadie habría sospechado nunca la horrible tragedia del saco del cuerpo de más, si hoy, cuando escribo estas líneas, varios años después, que por lo demás nos han traído la prescripción y nos han librado de los riesgos de un proceso escandaloso, no nos viéramos en la necesidad de dar a conocer al público todo el misterio de las Rochers Rouges, como en otra ocasión tuve que levantar los velos que recubrían los secretos del Glandier. La culpa ha sido de ese abominable Brignolles, que está al corriente de muchas cosas, y que desde el fondo de América, en donde se ha refugiado, quiere hacernos «cantar». Nos amenaza con un horrible libelo, y como ahora el profesor Stangerson ha descendido ya a esa nada, en donde, según su teoría, todo va a perderse cada día, pero que cada día lo recrea todo, hemos pensado que era preferible «ganarle por la mano» y contar toda la verdad.

¡Brignolles! ¿Qué papel había jugado en este segundo y terrible asunto? ¡En el tren que me llevaba a París —era la mañana siguiente al desenlace final—, a dos pasos de la Dama de Negro y de Rouletabille, que se besaban entre lloros, aún seguía preguntándomelo! Cuántas cuestiones me planteaba, con la frente apoyada contra la ventana de mi coche cama. Una palabra, una frase de Rouletabille me lo hubiera explicado todo, pero él no pensaba en mí desde el día anterior; la Dama de Negro y él no se habían separado.

Dijimos adiós, en la Loba misma, al profesor Stangerson. Robert Darzac se marchó de inmediato a Bordighera, donde Mathilde se reuniría con él. Arthur Rance y Mrs. Edith nos acompañaron a la estación. Mrs. Edith, contrariamente a lo que yo esperaba, no mostró ninguna tristeza por mi partida. Atribuí aquella indiferencia a que el príncipe Galitch fue con nosotros hasta el andén. Ella le dio noticias del viejo Bob, que eran excelentes, y no se ocupó más de mí. Yo sentía una pena real. Y creo que ya es hora de que haga una confesión al lector. Nunca le habría dejado adivinar los sentimientos que experimentaba hacia ella, si unos años más tarde, después de la muerte de Arthur Rance —

que llegó acompañada de verdaderas tragedias, de las que tal vez hablaré algún día—, no me hubiera casado con la rubia, melancólica y terrible Edith.

Nos acercábamos a Marsella.

¡Marsella!

Los adioses fueron desgarradores. No se dijeron nada.

Cuando el tren se puso en movimiento, ella se quedó en el andén, sin hacer un gesto, con los brazos colgando, de pie tras sus velos oscuros, como una estatua de duelo y de dolor.

Ante mí, los hombros de Rouletabille sollozaban.

¡Lyon! No podemos dormir. Hemos bajado al andén, recordando nuestro paso por aquí hace unos días, cuando corríamos en ayuda de la desdichada... Volvemos a sumergirnos en el drama. Rouletabille ahora habla y habla. Evidentemente está intentando aturdirse, no pensar en la pena que le ha hecho llorar como un niño durante horas.

—¡Ay, amigo mío, ese Brignolles era un cerdo! —me dice en un tono de reproche que casi me hace creer que yo alguna vez había considerado a ese bandido como un hombre de bien.

Y entonces me lo cuenta todo, todo aquel enorme suceso que cabe en tan pocas líneas. ¡Larsan necesitaba a un pariente de Darzac para poder encerrarlo en un manicomio! ¡Y descubrió a Brignolles! No podía haber dado con nadie mejor. Los dos hombres se entendieron de inmediato. Ya se sabe lo fácil que es, incluso hoy, encerrar a cualquier ser entre las cuatro paredes de una celda. La voluntad de un pariente y la firma de un médico siguen bastando en Francia, por inverosímil que parezca, para realizar esa siniestra y rápida tarea. Una firma nunca ha sido un problema para Larsan. Falsificó una y Brignolles, generosamente pagado, se encargó de todo. Cuando Brignolles llegó a París, ya formaba parte del plan. Larsan pretendía ocupar el sitio de Darzac antes del matrimonio. El accidente de los ojos, como por lo demás yo nunca había dejado de pensar, fue provocado. Brignolles tenía la misión de arreglárselas para que los ojos de Darzac sufrieran el daño suficiente para que Larsan, que lo reemplazaría, pudiera contar ya con ese triunfo formidable: ¡las gafas negras! Y a falta de gafas, que no siempre pueden llevarse, ¡el derecho a la sombra!

La marcha de Darzac al Mediodía iba a facilitar extrañamente el designio de los dos bandidos. Fue al final de su estancia en San Remo cuando Larsan, que no había dejado de vigilar a Darzac, lo «empaquetó» rumbo al manicomio. Naturalmente, en aquella circunstancia lo ayudó esa policía especial, que no tiene nada que ver con la policía oficial, y que en los casos más desagradables

se pone a disposición de las familias que piden tanta discreción como rapidez de ejecución.

Y un día en que daba un paseo al pie de la montaña... Precisamente el manicomio se encontraba en la montaña, a dos pasos de la frontera italiana... Todo estaba preparado desde hacía mucho tiempo para recibir al desgraciado. Brignolles, antes de salir para París, se entendió con el director y presentó a su apoderado, Larsan. Hay directores de manicomios que no piden muchas explicaciones, siempre que estén en regla con la ley... y que les paguen bien. Y se hizo rápidamente. Son cosas que pasan todos los días.

—Pero ¿cómo se ha enterado usted de todo eso? —pregunté a Rouletabille.

—¿Se acuerda, amigo mío, de aquel trozo de papel que me llevó al Castillo de Hércules el día en que, sin avisarme, siguió la pista del inefable Brignolles, que había venido a dar una vuelta por la Provenza? Aquel trozo de papel, con el membrete de la Sorbona y la palabra bonnet... me iba a ser de gran ayuda. Para empezar, las circunstancias en que usted lo descubrió, dado que lo recogió después del paso de Larsan y de Brignolles, lo convertían en algo precioso. Y luego, el lugar en que lo habían tirado fue para mí como una revelación cuando me puse a buscar al verdadero Darzac, después de haber llegado a la conclusión de que era él el «cuerpo de más» que habían sacado dentro del saco.

Y Rouletabille, de la forma más nítida, me hizo pasar por las diferentes fases de su comprensión del misterio, que hasta el final seguiría siendo incomprensible para nosotros. ¡Primero fue la revelación brutal del secado de la pintura y luego la otra revelación formidable que le proporcionó la mentira de una de las dos manifestaciones Darzac! ¡Bernier, en el interrogatorio a que Rouletabille lo sometió antes de que volviera el hombre que se llevó el saco, refirió las palabras de la mentira del que todo el mundo tomaba por Darzac! Éste se asombró delante de Bernier; ¡pero no le dijo a Bernier que el Darzac al que había abierto la puerta a las cinco no era él! Éste oculta ya esa falsa manifestación de Darzac, ¡y sólo puede tener interés en ocultarla si esa manifestación es la verdadera! ¡Quiere disimular que hay o ha habido por el mundo otro Darzac que es el verdadero! ¡Eso está claro como la luz del día! Rouletabille se siente deslumbrado, vacila, se siente mal, le castañetean los dientes... Pero quizá, espera él, quizá Bernier se ha equivocado, quizá ha comprendido mal las palabras y el asombro del señor Darzac. ¡Rouletabille le preguntará al propio señor Darzac y entonces verá perfectamente! ¡Ah, que vuelva pronto! ¡Es el señor Darzac en persona quien va a cerrar el círculo! ¡Con qué impaciencia le espera! Y, cuando éste vuelve, cómo se aferra a la más débil esperanza... «¿Ha mirado la cara del hombre?», le pregunta, y cuando Darzac le responde: «¡No, no la he mirado!», Rouletabille no puede disimular su alegría. Le hubiera sido tan fácil a Larsan responder: «¡Sí, la he

visto! ¡Era la cara de Larsan!»... El joven no había comprendido que ésa era la última malicia del bandido, una negligencia buscada y que encajaba en su papel: ¡el verdadero Darzac no hubiera actuado de otro modo! Se habría librado del horrible despojo sin querer mirarlo otra vez. Pero ¿qué podían todos los artificios de un Larsan contra los razonamientos, contra un solo razonamiento de Rouletabille? El falso Darzac, ante la pregunta clara y neta de Rouletabille, cierra el círculo. ¡Miente!

Rouletabille ahora sabe. Y, sus ojos, que van siempre detrás de su razón, ahora ven.

Pero ¿qué hará? ¿Descubrir a Larsan de golpe, corriendo el peligro de que escape? ¡No, no! ¡Necesita reflexionar, arreglar las cosas! ¡Quiere ir a tiro seguro! ¡Pide veinticuatro horas! Garantiza la seguridad de la Dama de Negro obligándola a alojarse en el apartamento del señor Stangerson y haciéndole jurar en secreto que no saldrá para nada del castillo. Engaña a Larsan, dándole a entender que cree «literalmente» en la culpabilidad del viejo Bob. Y como Walter vuelve al castillo con el saco vacío, le queda una esperanza..., ¡que el verdadero Darzac no esté muerto! Finalmente, muerto o vivo, corre en su búsqueda. Tiene un revólver de Darzac, el que encontró en la Torre Cuadrada, un revólver nuevo igual a otro que ha visto en casa de un armero de Menton. Va en busca del armero, le enseña el revólver y se entera de que esa arma la compró el día anterior por la mañana un hombre que responde a la siguiente descripción: sombrero flexible, abrigo gris amplio y flotante, gran sotabarba. Y en seguida pierde esa pista... ¡pero no se entretiene en recuperarla! Encuentra una nueva pista o, mejor dicho, prosigue la que había conducido a Walter al pozo de Castillon. Allí hace lo que no ha hecho Walter. Éste, una vez que ha encontrado el saco, no se ha preocupado de nada más y ha vuelto a bajar a la fortaleza de Hércules. Pero Rouletabille continúa con sus pesquisas y se da cuenta de que esa pista (constituida por la excepcional separación de las dos ruedas de la calesa), en lugar de bajar hacia Menton, después de haber tocado el pozo de Castillon, bajaba por el otro lado de la vertiente de la montaña hacia Sospel. ¡Sospel! ¿No había sido visto Brignolles apeándose justamente en Sospel? ¡Brignolles! Rouletabille se acordó de mi expedición. ¿Qué venía a hacer Brignolles a estos parajes? Su presencia debía de estar estrechamente ligada al drama. Por otro lado, la desaparición y reaparición del verdadero Darzac atestiguaban que había habido secuestro. Pero ¿dónde? ¡Brignolles, que había partido en connivencia con Larsan, no habría hecho el viaje desde París para nada! ¡Quizá había ido, en aquel peligroso momento, a vigilar al secuestrado! Prosiguiendo su pensamiento lógico, Rouletabille interrogó al dueño de la posada del túnel de Castillon, el cual le confesó que la víspera le había intrigado mucho ver pasar a un hombre que respondía a la descripción del cliente del armero. El hombre había entrado a echar un trago en su casa y le pareció que estaba muy alterado y que tenía unas reacciones tan

extrañas, que se le hubiera podido tomar por un evadido del sanatorio mental... Rouletabille tuvo la sensación de que «se quemaba» por dentro, pero, con voz indiferente, preguntó:

—¡Ah, hay un sanatorio mental por aquí!

—¡Por supuesto! —respondió el dueño de la posada—. ¡El sanatorio del monte Barbonnet!

Ahí adquirirían todo su significado aquellas dos famosas sílabas: bonnet. Ya no le cabía duda a Rouletabille de que el falso Darzac había encerrado al verdadero como loco en el sanatorio del monte Barbonnet. Saltó al carruaje y pidió que lo condujeran a Sospel, que está al pie de la montaña. ¿Y si tuviera la suerte de encontrarse con Brignolles? Pero no lo vio, y cogió el camino del monte Barbonnet, rumbo al sanatorio. Estaba decidido a saberlo todo, a intentarlo todo. Amparado en su condición de reportero del periódico L'Époque, ¡ya sabía él hacer hablar al director de aquel manicomio para profesores de la Sorbona! ¡Y quizá..., quizá sabría definitivamente lo que había pasado con Robert Darzac, pues desde que se había encontrado el saco sin el cadáver, desde que Larsan no había querido desembarazarse de Darzac arrojándolo al pozo de Castillon, cabía pensar que había juzgado más útil para sus propósitos llevarlo, vivo todavía, al sanatorio! Y así Rouletabille empezó a extraer conclusiones bastante razonables: ¡en efecto, a Larsan, el marido de Mathilde le era mucho más útil vivo que muerto! ¡Qué rehén para el día en que ella se diera cuenta de su impostura! Aquel rehén le convertía en dueño de todos los tratados que pudieran seguirse entre la desgraciada mujer y el bandido. ¡Muerto Darzac, la misma Mathilde mataría a Larsan con sus propias manos o lo entregaría a la justicia!

Rouletabille había acertado. A la puerta del sanatorio se topó con Brignolles. Sin dudarle un momento, le saltó al cuello, amenazándole con el revólver. Brignolles era un cobarde. ¡Le suplicó al reportero que le perdonara, que Darzac estaba vivo! Un cuarto de hora después, Rouletabille lo sabía todo. Pero el revólver no había bastado, pues Brignolles, que detestaba la muerte, amaba la vida y todo lo que la hacía amable, en particular el dinero. A Rouletabille no le costó mucho trabajo convencerle de que estaba perdido si no traicionaba a Larsan, y que podía salir ganando mucho si ayudaba a la familia Darzac a salir de aquel drama sin escándalo. Se entendieron y ambos entraron al sanatorio, donde el director los recibió y escuchó sus discursos con cierto estupor, que pronto se transformó en pavor, y finalmente en una inmensa amabilidad, que se tradujo en la liberación inmediata de Robert Darzac, quien, por una suerte milagrosa que ya he explicado, sólo había resultado herido. Rouletabille, loco de alegría, lo llevó a Menton. Pasó por alto las efusiones emotivas y «plantaron» a Brignolles, citándolo en París para ajustar cuentas. Por el camino, Rouletabille supo, de boca de Darzac, que,

unos días antes, estando encerrado, había caído en sus manos un periódico de la región, ¡en el que se decía que el señor y la señora Darzac, cuya boda acababa de celebrarse en París, estaban de paso en la fortaleza de Hércules! El Darzac original no necesitó más para saber de dónde venían todas sus desgracias, y para adivinar quién había tenido la fantástica audacia de ocupar su sitio al lado de una mujer desgraciada, cuya mente, aún vacilante, hacía posible la más loca de las empresas. Aquel descubrimiento le proporcionó fuerzas desconocidas. Después de haber robado el abrigo del director para esconder a la vista el uniforme del sanatorio y de cogerle un centenar de francos de la bolsa, consiguió, a riesgo de romperse la cabeza, escalar un muro que en otra circunstancia le hubiera parecido infranqueable. Bajó a Menton, corrió a la fortaleza de Hércules, ¡y vio con sus propios ojos a Darzac! ¡Se vio a sí mismo! ¡Se tomó unas horas para parecerse tan bien a sí mismo, que hasta el otro Darzac se hubiera equivocado! Su plan era sencillo. ¡Entrar en la fortaleza de Hércules como quien entra en su casa, colarse en el apartamento de Mathilde y mostrarse al otro para confundirlo delante de ella! Interrogó a la gente de la costa y se enteró dónde se alojaba el matrimonio. En el fondo de la Torre Cuadrada. ¡El matrimonio! Todo lo que Darzac había sufrido hasta entonces no era nada al lado de lo que le hacían sufrir aquellas dos palabras: ¡el matrimonio! ¡Su sufrimiento no cesó hasta que volvió a ver a la Dama de Negro, cuando la demostración corporal de la posibilidad del «cuerpo de más»! Entonces comprendió. Ella nunca se hubiera atrevido a mirarle así. ¡Nunca habría lanzado tal grito de alegría, nunca le habría reconocido tan victoriosamente si, víctima de los maleficios del otro, hubiera sido en cuerpo y alma la mujer del otro, aunque sólo fuera por un segundo! ¡Habían estado separados, sí..., pero nunca se habían perdido del todo!

Antes de poner en práctica su plan, fue a comprar un revólver a Menton, se desembarazó de su abrigo, que hubiera podido perderle por poco que salieran en su busca, compró una chaqueta que por el color y el corte pudiera recordar el traje del otro Darzac, y esperó a las cinco para actuar. Se escondió detrás de la villa Lucie, en lo alto del bulevar de Garavan, en la cima de un pequeño cerro desde donde se veía todo lo que pasaba en el castillo. A las cinco se arriesgó, sabiendo que Darzac estaba en la Torre del Temerario, y que, por consiguiente, de momento no se encontraría con él en el fondo de la Torre Cuadrada, que era su objetivo. Cuando pasó a nuestro lado y nos reconoció a los dos, tuvo un fuerte deseo de gritarnos que era él, pero logró contenerse pese a todo, ¡porque quería ser reconocido únicamente por la Dama de Negro! Sólo aquella esperanza lo mantenía en pie. Sólo por eso valía la pena vivir y, una hora más tarde, cuando tuvo a su disposición la vida de Larsan, que en la misma habitación, dándole la espalda, contestaba la correspondencia, ni siquiera se sintió tentado por la venganza. ¡Después de tantas pruebas, aún no había sitio en su corazón para el odio fatal hacia Larsan, de tan lleno como lo

tenía siempre del amor por la Dama de Negro! ¡Pobre, querido y desgraciado señor Darzac, no tuvo alma para hacerlo!

Conocemos ya el resto de la aventura. Lo que se me escapaba era cómo el verdadero señor Darzac había entrado por segunda vez en la fortaleza de Hércules y llegado hasta el armario. Entonces me enteré de que la noche misma en que llevó a Darzac hasta Menton, Rouletabille, que conocía por la huida del viejo Bob la existencia de una salida al castillo a través del pozo, con ayuda de una barca hizo entrar al castillo al señor Darzac por el mismo camino que había visto salir al viejo Bob. Rouletabille quería ser dueño de la situación y hasta de la hora en que iba a confundir y a dar el golpe de gracia a Larsan. Aquella noche era ya demasiado tarde para actuar, pero contaba con poder terminar con Larsan la noche siguiente. El plan consistía en ocultar durante un día al señor Darzac en la península. Ayudado por Bernier, le encontró un rincón abandonado y tranquilo en el Castillo Nuevo.

Al llegar a este punto no pude menos que interrumpir a Rouletabille con un grito, que tuvo la virtud de hacerle emitir una franca carcajada.

—¡Entonces, era eso! —exclamé.

—En efecto.

—¡Por eso aquella noche pude descubrir Australia! ¡Aquella noche era el verdadero Darzac el que tenía frente a mí! Y yo sin saber nada de toda esta historia. Y claro, allí estaba Australia, y también la barba, que aguantaba y aguantaba... ¡Dios mío, ahora lo comprendo todo!

—Le ha llevado su tiempo —replicó jocosamente Rouletabille—. Aquella noche, amigo mío, nos puso usted en un buen aprieto. Cuando apareció en el patio del Temerario, el señor Darzac acababa de llevarme hasta el pozo. No tuve tiempo más que para dejar caer la tapa sobre mí, mientras el señor Darzac corría al Castillo Nuevo. Pero, cuando usted se acostó, tras el incidente de la barba, él vino a verme y me lo contó todo. Aquello complicaba las cosas. Si por casualidad hablaba usted a la mañana siguiente con el otro Darzac, creyendo hacerlo con el del Castillo Nuevo, hubiera sucedido una catástrofe. A pesar de todo, no quise ceder a los ruegos del señor Darzac, que quería ir a decirle toda la verdad. Yo tenía miedo de que, al saberla, no fuera usted capaz de disimularla durante todo el día siguiente. Tiene usted una naturaleza un poco impulsiva, Sainclair, y la vista de un malvado le causa ordinariamente una loable irritación, que por desgracia en ese momento habría podido perjudicarnos. ¡Además, el otro Darzac era muy astuto! Decidí, pues, arriesgar el golpe sin decirle nada. Al día siguiente yo tenía que entrar de manera ostensible en el castillo por la mañana, y hasta ese momento había que arreglárselas para que usted no se encontrara con Darzac. ¡Por eso se me ocurrió enviarle a pescar almejas a primera hora!

—Ahora comprendo...

—¡Siempre acaba usted comprendiendo, Sainclair! Espero que no le haya molestado lo de la pesca, porque sin duda le proporcionó una encantadora hora al lado de Mrs. Edith.

—Y hablando de Mrs. Edith, ¿por qué se dio usted el maligno placer de despertar mi cólera de aquella manera tan tonta?

—Sólo para poder desencadenar la mía y prohibirle que volviera a dirigirnos la palabra a mí y al señor Darzac. Le repito que, después de su aventura nocturna, yo no quería que usted hablase con el señor Darzac. Deberá seguir comprendiendo, querido Sainclair.

—Lo sigo haciendo, amigo mío.

—Le felicito.

—Sin embargo..., hay algo que aún no comprendo. ¡La muerte del señor Bernier! ¿Quién mató a Bernier?

—¡El bastón! —dijo Rouletabille con aire sombrío—. Fue ese maldito bastón.

—Creía que había sido el raspador más viejo de la...

—Fueron ambos: el bastón y el raspador. Pero fue el bastón quien provocó su muerte. El raspador no hizo más que ejecutarla.

Miré a Rouletabille preguntándome si aquella vez no estaba asistiendo al final de su preclara inteligencia.

—Usted, Sainclair, no ha comprendido nunca, entre otras cosas, por qué a la mañana siguiente del día en que yo lo entendí todo dejé caer el bastón de Arthur Rance ante los señores Darzac. Yo esperaba que el señor Darzac lo recogiera. ¿Recuerda, Sainclair, el bastón de Larsan y el gesto que hacía con él en el Glandier? Tenía una forma de cogerlo tan suya... que quería comprobar y ver..., ver a aquel falso Darzac coger el bastón con el puño en forma de pico de cuervo como lo cogía Larsan. Mi razonamiento era seguro, pero quería ver con mis propios ojos a Darzac con el gesto de Larsan. Y aquella idea fija me persiguió hasta el día siguiente, incluso después de mi visita al manicomio. Incluso después de haber estrechado entre mis brazos al verdadero Darzac, quise ver al falso con los gestos de Larsan. ¡Ah, poder verlo de pronto blandir el bastón como el bandido... olvidar su gran disfraz por un segundo, erguir sus hombros falsamente curvados! Entonces ¡golpea!, pensé. ¡Golpea en el blasón de los Mortola! ¡Con fuertes bastonazos, mi querido y falso señor Darzac! ¡Y golpeó! ¡Y vi toda su impostura, toda! Pero también la vio otro, y murió por ello. ¡Fue el pobre Bernier, que se quedó tan sobrecogido al verlo, que tropezó y cayó sobre el raspador, con tan mala suerte, que murió a consecuencia de la

caída! Está muerto por haber recogido el raspador, que habría caído sin duda de la levita del viejo Bob, y que él iba a llevar al estudio del profesor, en la Torre Redonda. ¡Está muerto por haber visto en el mismo momento el bastón de Larsan! Todas las batallas, Sainclair, todas, dejan víctimas inocentes.

Nos callamos un instante. Pero después no pude evitar decirle que le guardaba rencor por haber tenido tan poca confianza en mí. No le perdonaba que hubiera querido engañarme como a todo el mundo con el cuento del viejo Bob.

Sonrió.

—¡Ése no me preocupaba! Estaba seguro de que él no era quien estaba en el saco. Sin embargo, la noche que precedió a su pesca, en cuanto hube escondido en el Castillo Nuevo al verdadero Darzac, con la complicidad de los Bernier, y pude abandonar la galería del pozo después de haber dejado allí mi barca para mis proyectos del día siguiente..., una barca que me había prestado el pescador Paolo, amigo del «verdugo del mar», llegué a la orilla a nado. Naturalmente me había desnudado y llevaba mi ropa en un paquete sobre la cabeza. Cuando llegué a la orilla, me topé en la sombra con Paolo, que se sorprendió al verme tomar un baño a aquella hora y me invitó a ir a pescar pulpos con él. Aquello me permitía dar vueltas toda la noche alrededor del castillo de Hércules y vigilarlo. Así que acepté. Y entonces me enteré de que la barca que me había prestado era la de Tullio. El «verdugo del mar» se había hecho repentinamente rico y anunció a todo el mundo que se retiraba a su tierra natal. Contaba que había vendido a un precio extraordinario unas preciosas conchas al viejo sabio..., de hecho, hacía varios días que le veían a todas horas con él. Paolo sabía que, antes de ir a Venecia, Tullio se detendría en San Remo. La aventura del viejo Bob me resultaba clara: le había hecho falta una barca para abandonar el castillo, y aquella barca era justamente la del «verdugo del mar»; pregunté la dirección de Tullio en San Remo y, utilizándolo como intérprete de una carta anónima, envié allí a Arthur Rance, convencido de que Tullio nos informaría sobre la suerte del viejo Bob. En efecto, el viejo Bob había pagado a Tullio para que lo acompañara aquella noche a la cueva y desapareciera de inmediato. Me daba lástima el viejo profesor, así que decidí avisar a Arthur Rance; efectivamente, podía haberle ocurrido algún accidente al viejo. Por lo que a mí respecta, yo sólo pedía una cosa: que aquel exquisito personaje no volviera antes de que yo hubiera acabado con Larsan, haciendo creer al falso Darzac que el viejo Bob me preocupaba por encima de todo. Así, cuando me enteré de que acababan de encontrarlo, sólo me alegré a medias, pero debo confesar que la noticia de su herida en el pecho me convenía para mis propósitos, ya que coincidía con la herida en el pecho del hombre del saco. Gracias a ese detalle podía proseguir unas horas más con mi estrategia.

—¿Y por qué no terminó con él de inmediato?

—¿No comprende que me era imposible hacer desaparecer el cuerpo de más de Larsan en pleno día? ¡Necesitaba todo el día para preparar su desaparición durante la noche! ¡Pero ocurrió la desgraciada muerte de Bernier! La llegada de la policía no iba a simplificar las cosas precisamente. ¡Esperé para actuar a que hubieran desaparecido! El primer tiro que oyeron ustedes cuando estábamos en la Torre Cuadrada fue para avisarme de que el último policía acababa de salir del mesón de Albo, en el cabo de Garibaldi, y el segundo para indicarme que los aduaneros se habían ido a cenar a sus barracas y que el mar estaba libre...

—Pero dígame, Rouletabille —dije, mirándole fijamente a sus ojos claros—, cuando dejó la barca de Tullio, para sus planes, al final de la galería del pozo, ¿sabía usted ya lo que llevaría la barca al día siguiente?

Rouletabille bajó la cabeza:

—No... —respondió pausadamente—, no lo sabía, Sainclair. No pensaba que llevaría un cadáver. ¡Al fin y al cabo era mi padre! ¡Pensaba que llevaría un cuerpo de más para el manicomio! Ya lo ve, Sainclair, yo sólo pretendía condenarlo al encierro, aunque para siempre... Pero él se quitó la vida. ¡Dios lo quiso así! ¡Que Dios le haya perdonado!

No dijimos una palabra más en toda la noche.

En Laroche quise hacerle tomar algo caliente, pero rechazó la comida. Compró todos los periódicos de la mañana y se empapó de los acontecimientos del día. Las páginas estaban llenas de noticias de Rusia. En San Petersburgo acababan de descubrir una vasta conspiración contra el Zar. Los hechos relatados eran tan sorprendentes, que difícilmente se les podía dar crédito.

Abrí L'Époque y en la primera columna de la primera página leí en gruesas letras capitales:

JOSEPH ROULETABILLE PARTE PARA RUSIA

Y debajo:

EL ZAR LE RECLAMA

Le enseñé el periódico a Rouletabille, que se limitó a encogerse de hombros y dijo:

—¡Vaya! ¡Y sin pedir mi opinión! ¿Qué querrá mi señor director que vaya a hacer allí? No me interesa el Zar, ni los revolucionarios. ¡Eso es problema suyo, no mío! ¡Que se las apañen como puedan en Rusia! Porque yo pienso tomarme unas vacaciones. Sí, señor, necesito descansar. A propósito, Sainclair,

amigo mío, ¿querría usted acompañarme? Podríamos ir juntos a descansar a algún sitio.

—¡No, no, gracias! —me apresuré a decir—. ¡De verdad se lo agradezco! ¡Pero ya estoy harto de descansar con usted! Tengo un deseo incontenible de trabajar.

—Como usted quiera, amigo mío. Yo nunca obligo a nadie.

Como ya nos acercábamos a París, se atusó el pelo, vació los bolsillos y se sorprendió de encontrar en uno de ellos un sobre rojo que no sabía cómo había ido a parar allí.

—¡Vaya, vaya! —dijo, y lo abrió.

Y de pronto rompió a reír a carcajadas. Volvía a encontrarme con mi alegre amigo Rouletabille, y quise conocer la causa de aquella extraordinaria hilaridad.

—¡Me voy de viaje, querido amigo! —dijo—. ¡Sí, me voy! Si se ponen así..., pues iré. Esta misma noche cogeré el tren.

—¿Adónde?

—¡A San Petersburgo!

Y me tendió la carta, en la que pude leer:

«Señor, nos hemos enterado de que su periódico ha decidido enviarle a Rusia debido a los incidentes que en estos momentos tienen trastornada a la corte de Zarkoïe-Selo... Por tanto, nos vemos obligados a advertirle que no llegará vivo a San Petersburgo».

Firmado: COMITÉ CENTRAL REVOLUCIONARIO

Miré a Rouletabille, cada vez más desbordado de alegría.

—Me parece que el príncipe Galitch estaba en la estación —apunté simplemente.

Me entendió en seguida, se encogió de hombros con indiferencia y repuso:

—¡Pues muy bien, amigo mío! ¡Vamos a divertirnos!

Y eso fue todo lo que pude sacarle, a pesar de mis protestas. Por la noche, cuando en la estación del Norte le estreché entre mis brazos suplicándole que no nos abandonara, y a pesar de que le mostré mis más sentidas lágrimas de amigo, él siguió riéndose mientras repetía:

—¡Pues muy bien, amigo mío! ¡Vamos a divertirnos!

Ésa fue su despedida.

Al día siguiente retomé el curso de mis asuntos en el Palacio de Justicia. Los primeros colegas que vi fueron los letrados Henri-Robert y André Hesse.

—¿Cómo han ido sus vacaciones? —me preguntaron.

—¡Muy bien, excelentes! —respondí.

Pero tenía tan mala cara, que no dudaron en llevarme de inmediato al bar.